HISTORIA
DEL
MOVIMIENTO REPUBLICANO
EN EUROPA.
HISTORIA
DE LA
MOVIMIENTO REPUBLICANO
EN EUROPA
HISTORIA DEL MOVIMIENTO REPUBLICANO EN EUROPA

POR EMILIO CASTELAR.

TOMO SEGUNDO.

ADMINISTRACION:

OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,
Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID, 1874.
Esta obra es propiedad de su editor Manuel Rodríguez, y se reserva los derechos de traducción y reproducción. Queda hecho el depósito que marca la ley.

ADMINISTRACIÓN

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 10, y Ronda de Embajadores.
El movimiento alemán llevaba la política a la libertad; pero la filosofía al materialismo. Un sistema se produjo al choque de tantos sistemas contrarios, con el propósito firme, firmando de engendrar en la ciencia verdadera armonía. El principio de la observación interior, proclamado por Descartes, cayó en desprecio, merced a una ontología muchas veces ambiciosa. A su vez, el principio ontológico cayó en desprecio merced a desarrollos arbitrarios. Intentábase, pues, la rehabilitación de los principios necesarios. El saber, reco-
gido en el puro estudio del yo, es el saber esencial, es el saber, fundamento de toda ciencia. Pero la vida no se encierra solamente en el mundo interior; la vida no se reduce solamente al pensar. Hay que completar la psicología con la ontología, como hay que completar el análisis con la síntesis, como hay que completar la razón con la religión, como hay que completar el individuo con la sociedad; y hay que traer al mundo moderno una ciencia fundada en verdaderas armonías. Así pensaba la nueva escuela. Aunque los principios científicos parezcan diversos, forman una serie sistemática, un todo armonico, a la manera que los gases, los líquidos, los sólidos, diversos entre sí, forman un todo armonico en el planeta; y los planetas, los satélites, los soles, diversos entre sí también, forman un todo armonico en el Cosmos. Puede y debe unirse en la ciencia a la psicología de Descartes la ontología de Hegel; al sentido religioso de Leibnitz, el sentido crítico de Kant, todo inspirado en la idea de Dios, y convertido a mejorar al hombre por
medio de purísimas moral, que a su vez mejore y perfeccione las sociedades humanas.

La ciencia tiene por objeto el conocimiento. El conocimiento supone relación entre el su- geto que conoce y el objeto conocido. Cuando esta relación conviene con la naturaleza de los objetos, ya sean cuerpos, ya cualidades, exis- te la verdad. La verdad no está solamente en lo que es, sino en la relación de lo que es con el que piensa. Constituye la ciencia una serie sistemática, orgánica de verdades. El método es el medio de la ciencia. La verdad no está solamente en la ciencia, sino en el procedi- miento para llegar a la ciencia. Conocemos las verdades por intuición y por deduc- ción. De aquí dos métodos, el analítico y el sintético. El análisis comprende la observa- ción, y la síntesis comprende la contempla- ción; el análisis examina lo experimental, la síntesis se eleva a lo que está sobre toda ex- periencia, á lo absoluto, á lo infinito, á lo eterno. Uno y otro método se completan y abrazan todo el espíritu y todo el Universo. Donde concluye el análisis comienza inmedia-
tamente la síntesis. En todo conocimiento hay unidad ó tesis, variedad, oposición ó antítesis, armonía ó síntesis. Y lo mismo que hay en el conocimiento, hay en la ciencia, serie orgánica de conocimientos.

Esta filosofía se llama la filosofía armónica. Y su idea fundamental es la idea de Humanidad. Y la humanidad no puede solamente encerrarse en la tierra. La humanidad habita otros planetas también, y en este sentido es infinita como es infinito el Universo. Las hipótesis astronómicas de Laplace y Herschel explicando el origen de los planetas; las observaciones hechas sobre Mercurio que han comprobado la existencia de continentes, de mares, de gases, de atmósfera; el descubrimiento maravilloso del espectro solar, por el cual se toca, se palpa casi la fundamental unidad del Cosmos; las revelaciones de los aerolitos, de esas piedras celestes que ruedan en torno de los planetas, y que no solamente tienen signos de los metales y metaloides terrestres, sino de los organismos también; la persistencia de la vida en aparecer y brillar
donde quiera que encuentra para ello elementos favorables; todas estas razones si no prueban matemáticamente, inspiran la idea de que la humanidad se halla difundida, como los ángeles de la teología, por todos los espacios y por todos los mundos. Y la humanidad es el ser armónico en que se encuentran, en que se compenetran el espíritu y la naturaleza.

Como nosotros buscamos en los sistemas filosóficos más el aspecto político y social que el aspecto metafísico, prescindiremos de los conceptos y juicios de la filosofía armónica sobre el mundo espiritual y el mundo de la naturaleza. Y seguiremos buscando los conceptos más relacionados con la política. La filosofía, en sentir de la escuela que examinamos, funda las bases racionales de las instituciones. La filosofía nos da la idea del derecho absolutamente conforme a la naturaleza del hombre. Las legislaciones históricas, los derechos escritos o consuetudinarios podrán ser variables y progresivos; pero la idea del derecho es como la naturaleza misma del hombre, inmutable. La sociedad aparece co-
mo un organismo compuesto de otros organismos políticos y civiles cuyo objeto es asegurar el desarrollo de la naturaleza humana y el cumplimiento de nuestro destino en la tierra. Toda sociedad responderá en sus instituciones al estado moral e intelectual del individuo como el efecto responde á la causa. Elevando al hombre en pensamientos y obras, se elevará la sociedad en leyes e instituciones. Entre las instituciones que han de cambiar más directamente el modo de ser social, se encuentran, como fundamentales, el Estado, la Iglesia, la Escuela. La filosofía trabaja por la respectiva independencia de estos organismos políticos. Si la Iglesia absorbe al Estado, el pensamiento filosófico reivindica los derechos del poder civil. Si el Estado absorbe a la Iglesia, el pensamiento filosófico reclama el derecho á la libertad de la conciencia humana. Si el Estado ó la Iglesia absorben a la Escuela y pretenden dirigir exclusivamente la enseñanza demuestra la filosofía que la ciencia es independiente de todo poder, es un poder en sí misma, y tiene derecho á organizarse por su
propia autoridad y por su interna fuerza. La práctica obedece a la teoría, la realidad al ideal como obedecen las piedras a las ideas del escultor y a los golpes de su cincel. Los intereses reaccionarios llaman utopía al pensamiento capital que anima a cada siglo. Pero el pensamiento progresivo pasa de la conciencia a las leyes con fuerza inconfundible.

El ideal, la Reforma y la revolución anuncian el comienzo de una nueva edad orgánica en el género humano. El ideal de la humanidad antes de la reforma fue religioso; el ideal de la humanidad antes de la revolución fue político; el ideal de la humanidad ahora es científico, esencialmente científico. Este ideal no abraza solamente la relación del hombre con Dios, o la relación del hombre con la sociedad; abraza, además de estas relaciones fundamentales, todos los derechos y todos los deberes humanos en todas las manifestaciones de nuestro ser, en toda la plenitud de nuestra vida. Sintiéndose cada hombre dentro de la humanidad, una idea de justicia superior le guiará en sus relaciones con los
demás hombres; sintiendo que además de estar dentro de la humanidad, lleva en sí la humanidad, una confianza en el progreso le sostendrá, y poco a poco en cada personalidad surgirá el ideal que ha de abrazar desde el sentimiento hasta la conciencia, desde las manifestaciones más primitivas de la vida hasta la sublimidad de la idea. Y se reformará en sentido progresivo la sociedad, porque mientras la historia de la filosofía cuenta las evoluciones del pensamiento, y la historia política las evoluciones de la realidad, la filosofía de la historia proclama el principio fundamental que sigue: las evoluciones de la realidad han obedecido siempre, en toda la sucesión de los tiempos, a las evoluciones del pensamiento.

La Historia es una ciencia experimental, una ciencia de hechos; la filosofía es una ciencia de leyes, de principios. Y juntándose ambas ciencias, forman una tercera, con soberano influjo en el siglo presente, y que se llama Filosofía de la Historia. En esta ciencia la Historia dará los hechos y la filosofía la razón de
los hechos: la Historia lo que sucede, y la Filosofía lo que debe suceder; la Historia la realidad, y la filosofía lo ideal; la historia, los fenómenos; y la filosofía, las leyes de esos fenómenos; la historia, la vida en su corrien- te, en sus transformaciones, en su mudar con- tínuo, y la filosofía, el pensamiento en su per- renne luz. Así la Historia es la ciencia del des- arrollo de la vida; y la Filosofía es la ciencia de los principios que deben regular la vida. Y la Filosofía de la historia es la ciencia de la vida y de las leyes también de la vida.

Por eso la filosofía de la Historia enseñará al hombre que vive bajo la autoridad de Dios, y la ley de la Providencia, en la naturaleza y entre sus leyes cósmicas, para realizar el mundo del espíritu. Pero ni la autoridad de Dios y sus leyes; ni el ambiente natural y sus poderosas influencias; ni el medio de la so- ciedad y sus accidentes históricos, anulan el principio, en cuya virtud el hombre causa su propia vida, el principio de libertad. E inme- diatamente que surge la idea de libertad, sur- ge con ella la idea del derecho. Esta concep-
ción del derecho, es la obra más maravillosa, más grande de la vida moderna, y con más trascendencia a la política universal. Las sociedades antiguas ponían el derecho en el Estado; la sociedad moderna pone el derecho en el hombre. La Edad Media, aquel período histórico, de un lado ponía el derecho en el espacio, en la tierra, y de aquí el poder feudal; de otro lado en el tiempo, en la tradición, en algo sobrehumano, y de aquí el poder teocrático. La más alta concepción de la filosofía moderna, es la concepción del derecho humano, base fundamental de la nueva política. Reconociéndolo en cada hombre, ha fundado la libertad; reconociéndolo en todos los hombres, ha fundado la igualdad natural. Y el principio de que el derecho está en cada hombre, crea la individualidad; y el principio de que el derecho está en todos los hombres, crea el complemento de los individuos, crea la sociedad. Este ser humano, que forma un mundo aparte, completo; que reúne como en su foco todos los rayos de la vida; que resume y com-
pendia todos los varios organismos; sér sensible, por cuya virtud conoce lo individual, lo que cae bajo la experiencia; sér reflexivo, por cuya virtud conoce las relaciones entre los seres, lo general; ser dotado de razón, por cuya virtud se eleva hasta lo divino; libre, y artífice de su vida y responsable de sus acciones; perfectible, y por lo mismo capaz de crear nuevas instituciones, y de ilustrarse con la verdad y dirigirse al bien, bajo un ideal que tiende á realizar por su voluntad autónoma, necesita encarnar en la sociedad todas estas varias esencias de su naturaleza. El conjunto de medios, de condiciones, dependientes de la voluntad, y necesarios al desarrollo de nuestra naturaleza, y al cumplimiento de nuestro destino en la tierra, constituyen esencialmente el derecho.

En cuanto convertimos los ojos y el pensamiento al Universo, vemos fundado en el Universo un orden divino. En la nebulosa inmensa á que cósmicamente pertenecemos, el sol nos ilumina con su luz, nos vivifica con su calor, nos sostiene con su fuerza; tiñe de matices el
cáliz de las flores, y llena de melodías la garganta del ave; saca de los torrentes, de los ríos, de los océanos las evaporaciones indispensables a refrescar la atmósfera y engendra el magnetismo, la electricidad que parecen ya corrientes de la vida espiritual. Y la tierra, colocada en el término medio de nuestro sistema solar, vive recorriendo su elipse con movimiento uniforme que engendra la diversidad y la armonía de las estaciones, henchida de los frutos indispensables al mantenimiento de sus infinitas especies. Y el hombre, con su frente y sus ojos dirigidos a lo infinito, con su combustión pulmonar, encendiendo y colorando la sangre, con el amor fecundo para mantenerse y perpetuarse en la humanidad; con la muerte, con ese divino presente, para renovar las generaciones y trasfigurarse en otro ser más perfecto, allá en la cima de otros mundos mejores es el mediador entre la naturaleza y el espíritu. Y todo este sistema, que se extiende desde el zoófito nacido en los confines de la vida orgánica, hasta el cerebro tocando en la vida divina; todo este
sistema proclama la existencia, no solo de las
leyes naturales, sino también de un órden pro-
videncial y divino. Pero este órden divino de
la naturaleza proviene de la necesidad.

Se necesita fundar en la tierra otro órden
divino, más hermoso aun que el órden natu-
ral, y fundarlo, no por medio de la necesi-
dad, sino por medio de la libertad. Se necesi-
ta que el sentimiento sea, no solo el instinto
que engendra y conserva, sino el afecto y la
efusión de las almas que eleva y educa; la
muerte, no solo la fuerza que destruye y re-
nueva, sino el culto de lo pasado, la religión
de los recuerdos, la esperanza, la certeza de
la inmortalidad; se necesita que los afectos y
las ideas formen otro nuevo Universo moral
dentro de la naturaleza. En este Universo mo-
ral existirá la personalidad, el individuo cons-
ciente y responsable; la familia, personalidad
collectiva, ungida por el amor, consagrada al
sacerdocio de perpetuar la humanidad; el ar-
te, ese edén, donde se refugia el corazón lacera-
rado por las tristezas de todos los días y por
la oposición entre la realidad y el ideal; la in-

TOMO II.

2
La vida humana se compone de una serie continua de relaciones tan estrechas, que el...
bien de unos depende del bien de otros, y el desarrollo social de cada uno se determina por el desarrollo de todos. Estas relaciones, mediante las cuales se determinan los seres, mutuamente entre sí, llámase condición humana. Todos los miembros de la humanidad mutuamente se condicionan y se completan. Y de aquí nace el orden divino en la sociedad, análogo al orden divino de la naturaleza. Pero aquel orden divino de la sociedad, que ha de realizar la libertad humana, no puede realizarse sino por medio de un principio de organización que establezca en todas las esferas, en todas las condiciones, de las cuales depende el cumplimiento de todos los fines humanos. Así, la escuela armónica ha definido el derecho: conjunto orgánico de condiciones libres, dependientes de la voluntad, que han de cumplir el destino del hombre sobre la tierra.

El derecho existe primero en la persona, y en la persona tiene su autonomía. Pero no existe solamente una persona, existen muchas personas, y el derecho hará coexistir estas personas, y coexistir sus diversas autonomías.
Pero no existen y coexisten solamente las personalidades; existen y coexisten para asistirse mutuamente, para completarse, para coadyuvar, mediante relaciones mútuas, á la plenitud de la vida, y al cumplimiento completo del bien. Y el derecho que no consagre esta relación de mutuo auxilio y asistencia, será un derecho formal, externo, áncora de una libertad estéril, y no será la vida en toda su extensión, en toda su grandeza, en todo su desarrollo, cumpliendo y realizando todos sus fines sociales.

Es el derecho una ley de las relaciones humanas. Esta ley ha existido siempre, aunque no se haya revelado hasta nuestros días como ha existido la gravedad antes de que Newton la descubriera y formulara. Pero si ha existido, no ha tomado verdaderamente cuerpo en las instituciones, sino hoy en nuestros democraticos tiempos. El derecho no tiene solamente su esencia, tiene también sus procedimientos y sus formas. Para realizar el derecho se necesita el medio del derecho. No solo debe ser la justicia un resultado, sino que debe ser
EN EUROPA.

un procedimiento. Al bien debemos ir por el bien. Elevar los medios revolucionarios á medios permanentes de progreso, constituye uno de los más grandes errores, y uno de los más acerbos males de nuestro tiempo. Las revoluciones vienen como una crisis necesaria, como una enfermedad inevitable, como un mal preciso, cuando los poderes, muertos en la conciencia humana, pretenden perpetuarse por la fuerza. Una injusticia engendra otra injusticia. Pero las revoluciones se ahuyentan necesariamente de los pueblos donde toda inspiración justa puede realizarse y cumplirse por medio del derecho.

El derecho tiene por origen la persona humana; y por fin la perfección de la persona humana. La antigüedad tuvo de esta idea presentimientos en el arte, previsiones en la filosofía; pero no llegó á tener jamás conocimiento concreto ni á fundarla en el sentido social. El derecho es independiente de todos los poderes humanos, superior á todos los poderes humanos. Para llegar á esta concepción se han necesitado muchas evoluciones histó-
ricas. Se ha necesitado romper el politeísmo antiguo, que confundiendo los dioses con el mundo, oprimian al hombre bajo el yugo del destino; se ha necesitado elevar en el Cristianismo a Dios sobre el mundo y al hombre sobre las influencias de clima y sobre las particularidades de raza; y aún se ha necesitado mucho más, aún se ha necesitado que así como el cristiano nos trajo la idea de la unidad de Dios en el siglo primero de nuestra era, la filosofía en el siglo último, en el siglo pasado, trajese la idea de la humanidad, no como un ser abstracto, sino como un ser orgánico y viviente. Las ideas se condensan en la sociedad. Y la condensación de estas ideas humanitarias se ha visto primero en la revolución americana, que puso como epílogo ó apéndice los derechos fundamentales; después en la revolución francesa, que puso los derechos fundamentales como próemio ó introducción á sus constituciones.

Para regular las relaciones de derecho y para mantener el derecho, se necesita de un organismo político, que se llama Estado. Aris-
tóteles señaló profundamente la necesidad del Estado, cuando dijo que para prescindir del Estado, sería necesario que el hombre cayese en la naturaleza de las bestias, ó se elevase á la naturaleza de los dioses. El Estado es el reflejo del hombre mismo. Como la razón dirige al hombre, el Estado á la sociedad, como la conciencia castiga al hombre interior por sus faltas morales, el Estado castiga al hombre social por sus faltas, por sus delitos, por sus crímenes sociales. Cada hombre lleva en sí un Estado abreviadísimo; cada Estado es un hombre superior. Señalar los límites del Estado, es el problema por excelencia de los tiempos modernos. Hay el sistema que debe llamarse de unitarismo, y que confunde el Estado con la sociedad, y le encomienda todos los fines sociales. Hay el sistema de variedad ú oposición que deja el Estado reducido á la función sencillísima de la seguridad general. Por el primer sistema se va al despotismo, por el segundo sistema á la anarquía. El Estado de la escuela armónica es un término medio entre estos dos extremos; es la síntesis que
contiene dentro de sí la unidad social y las variedades ú opiniones individuales.

El error más grave que puede cometerse en política, es considerar el Estado como un solo organismo, cuando debe ser una serie de organismos independientes entre sí, pero también relacionados y unidos. Si consideramos el Estado como un solo organismo, caeremos en el error de la política democrática francesa, en ese error de crear una Convención casi absolutista, y convertirla en la dispensadora general de todos los derechos, y la mediatrix única entre to las las sustituciones. Así ha resultado al poco tiempo de montarse tamaña máquina, ó la revolucion y con ella el gobierno de un partido, ó la dictadura y con ella el gobierno de un hombre. Considerando el Estado como una serie de organismos, consíguese reconozca la personalidad con su autonomía y sus derechos; el municipio como otra personalidad, con su autonomía y sus derechos; el Estado particular ó provincia, con su autonomía y sus derechos, siendo el Estado central ó nacion la clave de todos estos dere-
chos y el seguro de todas estas necesarias y diversas autonomías. Y cuando se concibe así el Estado, la mejor manera de asegurar su existencia se halla en el contrato político. No hay que confundir el contrato político de ninguna manera con el contrato social. Es el contrato social pura ficción. El contrato político es el pacto fundamental en que mútuamente se convienen los derechos de las personas libres, y las facultades también de los poderes públicos. El contrato supone deberes y derechos recíprocos; supone que nadie puede exigir el respeto de su autoridad sino á cambio del cumplimiento de su deber. Así los ciudadanos recaban la plenitud de su derecho e imponen al Estado el deber de reconocérselos y respetárselos. Los municipios contratan con el Estado particular los derechos y deberes recíprocos por medio de cartas municipales análogas á nuestras antiguas cartas-pueblos. Los Estados particulares ó provincias escriben sus respectivas constituciones donde están señalados los poderes que deben reservarse y los poderes que deben remitir al Estado cen-
tral ó nación. Esta forma de gobierno que distribuye la autoridad y la libertad por igual en todo el organismo social, no solo está en armonía con la naturaleza, no solo en armonía con el derecho público más perfecto, sino en armonía con el mismo derecho internacional, que puede asegurar la paz perpetua sobre el suelo volcánizado de Europa. Los Estados Unidos, que perfeccionan esta forma de gobierno, han merecido bien de la humanidad. Y han merecido bien de la humanidad, no solamente por el ideal de justicia y democracia que despertaron en el siglo pasado, sino también por la práctica escuela que ofrecen hoy de política republicana y democrática, de la única política bastante poderosa para asegurar la paz perpetua. Los reyes, dice uno de los más elocuentes defensores de la filosofía armónica, los reyes han puesto en sus banderas como símbolos, ya las alimañas feroces, los leones, los leopardo, ya las aves rapaces, las águilas; el pueblo americano ha puesto sus estrellas enseñando que cada Estado forma un mundo aparte, y todos los Estados se hallan
congregados y mútuamente sostenidos en los dilatados espacios de la República.

Así es que la historia camina á la fundación de los Estados-Unidos en todos los continentes, sí, Estados-Unidos que sean como el organismo interior de la federación verdaderamente humana. Esta fórmula de la política señala el comienzo de la edad madura en el género humano, y de la edad armónica en la historia. Así como el pensamiento es tesis, antítesis y síntesis; el Universo unidad, variedad y armonía; la mecánica celeste atracción, repulsión y equilibrio; el mundo orgánico, vegetal pegado á la tierra, animal que se mueve y se opone, género humano, ó especie sintética; la humanidad es infancia ó inocencia; juventud y madurez, pareciéndose la muerte al nacimiento; y la historia, es: 1.° edad edénica ó paradisiaca; 2.° edad de oposición; 3.° edad madura ó de armonía.

Dios preside la historia, como preside el Universo. Los séres finitos, los séres humanos, viven primero, como vive el feto en las entrañas de la madre, indivisos de la natura-
leza, confundidos con el Universo; después nacen a la oposición, ejercitan sus fuerzas, las emplean, rompen con todo en abierta guerra, y adquieren así consciencia de su valor, de su fuerza; hasta que conociendo perfectamente su derecho, los límites de su derecho, el conjunto de las cosas creadas, sus propias relaciones con el mundo visible e invisible, entran en el período que tiene por ideal verdadero la ciencia y por fin práctico la justicia. El espíritu ha sido como la planta, un ser pegado a la tierra, y será en la edad de armonía un ser relacionado con todo el Universo, por un conocimiento superior de las cosas creadas, aproximándose á Dios, por una realización completa y plena del ideal en la vida.

Un divino instinto ha reunido á los hombres en sociedad, les ha enseñado á gorgear el lenguaje, los ha tenido en el encanto de la inocencia, en el seno del Eden. Pero esta edad embrionaria y paradisiaca se ha concluido, y ha comenzado la edad de lucha por una caída desde la paz en la guerra, desde la inocencia en la culpa. La naturaleza, que tenía al hom-
bre en su regazo, que lo mantenía con su leche purísimas, lo ha abandonado al esfuerzo y al combate del trabajo. Dichoso abandono de la naturaleza, bendita culpa del hombre, que han traído consigo la redención divina del trabajo, de esa actividad, de esa fuerza que ha completado verdaderamente la naturaleza. Pero el hombre llegó á exaltar su orgullo hasta creer que todo lo debía someter á sus personales satisfacciones: de aquí la tiranía ciega de unos, y la obediencia servil de otros, de aquí el amo y el esclavo. Los conocimientos de la edad primera se conservaron por una casta, por la casta sacerdotal; se mantuvieron en privilegiado lugar, en el templo; se dilataron más tarde por todas las clases sociales, mediante el simbolismo y el arte. La filosofía entró en el templo como Prometeo en el cielo, y convirtió en humana, en racional, la ciencia mágica, la ciencia teocrática. Y el mundo entró en la juventud. Mientras unos pueblos se perdían en el seno de la barbarie, otros pueblos cultivaban los gérmenes de las ideas. Y esto provenía de que unos pueblos se ais-
laban de los otros, y cada uno vivia para sí solo. Habia pueblos guerreros como el persa, pueblos comerciantes como el fenicio, pueblos artistas como el griego, pueblos religiosos como el judío. Pero todos vivian en el egoísmo, y no miraban más allá de su familia, de su gente, de su ciudad, de su tribu, de su nación. Roma, la más humanitaria de las ciudades antiguas, solo supo hacer el mundo romano.

Y en cuanto acaba el mundo romano, comienza la Edad Media. Su ideal, es un ideal de oposicion radicalísima al paganismo; es el ideal cristiano, en cuyo fuego casi desaparece el mundo, casi se derrite y se evapora la materia. Los pueblos rompen por todas partes, por todas las regiones en la guerra feudal, guerra de castillo á castillo, de ciudad á ciudad; y solamente les queda un lazo que los une, el lazo de la fé. Por eso la Iglesia absorbe el Estado. Pero el sacerdocio ya no es una casta, que se cierra á todas las gentes no selladas desde la cuna con el sello divino; es una clase libre y abierta por completo á todas las
gentes. Así, en medio de aquel caos, hay un principio de unidad, la tendencia del hombre á Dios, la tendencia del arte á lo infinito, que el alma busca en la plegaria, las letras en el himno religioso, la pintura en los cuadros sagrados, la arquitectura en esas agujas góticas que parecen elevarse y perderse, como el incienso que se exhala del templo, como el misticismo que se exhala de la fe, en la inmensidad de los cielos.

El Pontificado quiso aprovechar este sentimiento de lo divino para fundar un régimen teocrático, á la manera del Oriente; pero la naturaleza humana reveló confusamente á los pueblos las primeras nociones de la libertad, y se fundaron contra la teocracia y sobre las ruinas de la teocracia las sociedades civiles. La monarquía, sosteniendo el dualismo entre la Iglesia y el Imperio, contribuyó poderosamente á impedir un retroceso hacia las teocracias asiáticas. Pero si este dualismo fué saludable, demostró también que el mundo de la Edad Media carecía de un verdadero y sólido organismo.
El Renacimiento vino, y fue para la Edad Media como el cristianismo para el mundo antiguo, el comienzo de otra edad, el alma de otro mundo. Desde los abismos del cielo, hasta los abismos del mar; desde los abismos del mar, hasta los abismos de la conciencia, todo se ha esclarecido é iluminado. El cuerpo humano se levanta, se erige en señor de la creación, y respira y absorbe un nuevo espíritu. En este mismo instante brotan los dos partidos que van á dividirse la sociedad moderna, el partido conservador ó reaccionario que está representado por el jesuitismo, y el partido liberal ó progresivo que está representado por el masonismo.

Y en verdad, la Reforma tiene todos los accidentes históricos de las demás religiones. San Francisco de Asís es su profeta, Sarona-rola, su Bautista, Lutero su revelador, é Ignacio de Loyola es la reacción, toda la reacción religiosa.

Ignacio de Loyola que es toda la reacción, toda entera contra esta obra, ha nacido en España, en la tierra, que va pronto á sacrificarse,
á consumirse por conservar la ortodoxia católica. Ha nacido en las provincias Vascas, en las provincias de los grandes desfiladeros, de las razas tenaces, al pie de los Pirineos, llamados montañas de fuego por los antiguos; cerca de aquel indómito mar cantábrico, que con su oleaje convida a las milagrosas aventuras. Es compatriota del marino por excelencia, Elcano, aquel que se asoció a la fortuna de Magallanes y que por vez primera dio la vuelta al planeta.

Ha nacido en los últimos tiempos caballerescos y se ha criado en los primeros tiempos modernos y a fines del siglo XV. La guerra ha sido su ocupación; las aventuras el empleo de su juventud. Pero de pronto en la guerra de Navarra, sostenida por el rey Católico, una bala le hiere, una enfermedad le sobreviene, y tras la bala y tras la herida una exaltación casi milagrosa al espíritu. Caballero fue en la guerra, caballero será en la religión; por su rey peleó en la juventud, por su Dios peleará en el resto de la vida; y la única dama de sus pensamientos será la Vírgen María. Poséele por completo la enfermedad nacional: amor á
lo sobrehumano, á lo milagroso, á todo aquello que está fuera de los estrechos límites de lo posible. El Amadis de Gaula ha sido su lectura, y el Amadis de Gaula le inspira, ni más ni menos que al mismo D. Quijote. También vela sus armas, también jura desfacer los agravios inferidos y los entuertos hechos á la religión Católica. Leyendo las páginas de la vida del caballero de Guipúzcoa, creéis leer las páginas del caballero de la Mancha. Ignacio es además un asceta. En la cueva de Monserrat se entrega al ayuno, á la maceración, á la penitencia, como aquellos primeros solitarios del cristianismo, suscitados por la fé, y dispersos en la inmensidad del desierto. De allí intenta ir á Tierra Santa para beber en las fuentes del cristianismo una fé como la fé de los Cruzados. Y de su viaje vuelve á Monserrat para entregarse nuevamente á la penitencia. Mas conoce que necesita no solamente las oraciones y la mortificación para pelear, sino también las ideas. ¿Cómo peleará, valiéndose de la virtud de las ideas si no sabe nada? Pues corre á estudiar, primero á Alcalá; de Alcalá
á Salamanca, de Salamanca á París, á las tres universidades que contienen toda la ciencia de aquel tiempo. Ya en París reúne varios amigos que luego habían de ser tan célebres como él: Lainez, Salmeron. Y con todos ellos funda en Montmartre, al pie de una fuente que todavía corre, después de una comunión eternamente célebre, la nueva sociedad religiosa. Desde París, Ignacio y sus correligionarios van á Venecia á incorporarse en la cruzada contra los turcos. De Venecia, predicando en una especie de lengua franca entre españoles, franceses é italianos, se dirige á Roma, donde el Papa confirma sus estatutos, y donde nace la más célebre, la más pujante, la más temida de las órdenes religiosas, la orden de los Jesuitas.

Jamás se ha fundado institución alguna en guerra tan abierta con el espíritu de su tiempo. El siglo décimo-secto era un siglo de renovación, el jesuitismo una secta de retroceso: el siglo décimo-sexteto fundaba la libertad de pensar, el jesuitismo fundaba la servidumbre intelectual; el siglo décimo-sexteto iba
á la reforma religiosa; el jesuitismo iba á la reacción religiosa; el siglo décimo-sexta ado-
raba la emancipación de la conciencia, el je-
suitismo la persona del Papa; el siglo décimo-
sexta oía la voz divina, el Espíritu Santo en la idea de cada hombre; el jesuitismo solo
veía á Dios en la autoridad tradicional y ecle-
siástica; el siglo décimo-sexta arrancaba á Ro-
ma la conciencia, y el jesuitismo devolvía á Roma el imperio absoluto sobre el tiempo y
sobre la eternidad. Jamás de memoria huma-
nna se recordaba una asociación religiosa, re-
gular y secular á un tiempo; lanzada á los pa-
lacios y lanzada á los desiertos; en acecho del
cortesano, del ministro, del monarca, y en
acecho del indio salvaje perdido en las pamp-
ras de América ó en las selvas del Asia; ja-
más, repito, de memoria humana se recorda-
bá una asociación religiosa como esta, que se
fundase en la autoridad y en la obediencia ab-
soluta, que exigiese con tan soberano imperio
la reducción del hombre, de su espíritu vivaz,
de su libertad indómita, de sus inclinaciones
avasalladoras; á la fría naturaleza del cadá-
ver. Era la secta de la autoridad. En vista de
estas enseñanzas de la historia, atribuye la
escuela armónica todos los principales retro-
cesos de nuestro espíritu al jesuitismo y al
masonismo todos los principales adelantos. La
base del espíritu moderno la encuentra en el
Renacimiento; y la ley del Renacimiento en la
armonía entre el sentido naturalista del paga-
nismo y el sentido espiritualista de la Edad
Media. Para llegar á esta síntesis uno y otro
sentido, tuvieron que perder ambos su exclu-
sivismo. Y para cumplirla y realizarla entró
la forma pagana á exaltar toda la simbólica
católica; y se consagró el espíritu cristiano á
destruir la autoridad externa de la Iglesia con
el propósito firme de purificar más el dogma.
Durante una gran parte de la Edad Media, la
Iglesia predominó sobre el Estado; y desde el
Renacimiento predominó el Estado sobre la
Iglesia. Así todas las funciones sociales y ci-
viles se fueron poco á poco secularizando; y
todos los principios refiriendo á un principio
absoluto, á Dios, revelado antes que en la Igle-
sia, en la pura conciencia. Las religiones his-
tóricas continuaron, es verdad, alimentando el espíritu del pueblo: el budismo, la extrema Asia, el cristianismo Europa, y la recién descubierta América; el mahometismo el Asia occidental, parte de la Europa oriental y el norte de África, donde refluía, expulsado de las occidentales regiones de España. Pero sobre estas religiones históricas levantaba el pensamiento filosófico la religión natural, la religión de la razón, consagrada á traer la moralidad á la vida y á volver las almas á su fuente, á Dios. Y así como el pensamiento filosófico encuentra en la conciencia pura la religión natural, encuentra en la vida y en sus leyes el gran principio de la política moderna, el principio del derecho humano.

Desde el punto en que una idea se concibe por la razón, hasta el punto en que una idea se realiza por la voluntad general, corren períodos de perturbación y de anarquía, de guerra y de revoluciones. Pero poco á poco la impura realidad se amolda á la pura idea. El derecho internacional se funda; y si hay guerras de nación á nación, ya no las hay de cas-
tillo á castillo, de calle á calle, de casa á casa, como en la turbulenta Edad Media. Y el pensamiento filosófico corre por la tierra como la sangre por el cuerpo, como la sávia por el árbol, para trasfigurar la sociedad y su política. Alemania proclama el derecho de la conciencia; Inglaterra y Holanda el derecho de las naciones; América el derecho del hombre; Francia el derecho del ciudadano. Desde este punto el gobierno de las democracias se halla fundado. Cada ciudadano participa por derecho propio del poder y de la autoridad y de la soberanía de toda la nación. A este contenido social le falta una forma, un organismo propio. Pero así como se ha encontrado el derecho en las leyes de la vida, se encuentra la República y la federación en las leyes sociales.

Y al llegar á esta época, empieza verdaderamente la tercera edad histórica, la edad de madurez, la edad de armonía. La sociedad se organiza en consonancia con la naturaleza. Cada nacionalidad forma parte de una federación continental; y los continentes parten tam-
bien de una federación humana. El ideal se realiza sin esfuerzo, sin guerra, hasta sin trabajo, por su propia interna virtud. La sociedad es una, y el Estado su órgano. La ley se identifica con el derecho. El pueblo entero da las leyes, porque el sufragio universal esclarecido por la instrucción, no amenaza ni perturba, sino que dirige, ilustra. Cada una de las facultades naturales de la vida, encuentra sus leyes y sus instituciones, su propio organismo. Hasta aquí solo se han organizado en asociaciones fundamentales el Estado y la Iglesia; se organizarán también el arte, la industria, el trabajo, el comercio, la ciencia: que todas las grandes esencias sociales deben tener en la sociedad su respectiva y proporcionalidad organización. La enseñanza comienza a ser ya un organismo independiente y a gozar de propia autoridad, de propio poder en los Estados-Unidos. El nuevo espíritu no viene a destruir, sino a vivificar; no viene a mermar la vida, sino a completarla; no viene a perturbar la sociedad, sino a erigirla sobre las sólidas incontestables bases del derecho. Cada
fin fundamental de la vida es un organismo; y cada organismo tiene su vida propia, como tienen los planetas su calor central. Devuelto al hombre su derecho, y á la conciencia su libertad, cada indivíduo podrá escuchar la voz divina de su vocación, como cada sociedad fundar por propia dirección su autónomo gobierno.

Este ideal, nacido de la ciencia, encarnado por sucesivos progresos en la realidad, norma de la vida, devolverá á cada hombre su sacerdocio en el Universo, y su relación íntima con Dios; congregará y reunirá las familias humanas en asociaciones fundamentales, que centuplicuen las fuerzas del trabajo, los rendimientos del comercio, las maravillas de la industria, las esperanzas de la religión, las visiones del arte, las ideas de la ciencia. Contará la humanidad con todos sus hijos, libres, iguales, hermanos, y cada hombre sentirá en su persona y en su conciencia la vida, el aliento; el espíritu de la humanidad; todas las naciones conservarán el carácter propio, la independiente personalidad formada por la natu-
raleza y por la historia, y todas se juntarán en el plan divino del derecho, en la armonía de la justicia, en el seguro de las instituciones democráticas, concurriendo á formar la federación universal; las razas, todas perfectibles, llamadas por la voz de la razón y reunidas por los progresos de la industria, que acerca los continentes y domena los mares, entrarán en la nueva ciudad de Dios; disolveránse los ejércitos de la guerra y se armarán ejércitos de trabajadores que conjuren los males y que preparen el planeta á ser el santuario de la nueva humanidad; y el Eden perdido se habrá encontrado al término de nuestro viaje, siendo cada hombre el compendio de la humanidad, cada planeta el compendio del Universo, y la humanidad y el Universo reunidos por la ciencia en amor inmortal, un santuario como los cielos infinitos, del Eterno, y de la divina Providencia.

Esta filosofía tuvo gran influjo en Viena por Arhens; en Bélgica por Thiberghien; en Francia por Pascal, Dupat y Darimon; en Heidelberg por Leonhardi; en España por Sanz
del Rio. Como puede observarse, atendiendo á la exposición de sus primeros principios, y de sus más universales puntos de vista, la escuela armónica, fundada por Krause, es acaso de todas las escuelas alemanas la que más profundamente toca á los dos principios capitales de la política moderna, á la idea del derecho, y al organismo de la federación. Quizá si nuestro ministerio en este trabajo fuera de crítico y no de historiador, observaríamos ciertas tendencias á confundir la esfera del derecho con la esfera de la moral, y á dar á la virtud fuerzas coactivas, carácter de ley social, apoyo del Estado, que la quitaría su expontaneidad y su intrínseco mérito. Quizá también sus principios filosóficos están tocados de cierto eclecticismo trascendental, y sus ideas políticas de cierto socialismo utópico. Quizá, no en la moral ciertamente, no en el estudio y apreciacion de las pasiones, sino en las lejanas consecuencias de la doctrina, hay analogías con San Simon y con Fourrer, con el uno, por la idea casi mística de la Humanidad, con el otro, por la
esperanza casi falansteriana de la armonía, con ambos por el sistema social. Mas, aparte estos reparos dichos á la lijera y apuntados por incidencia; ¡qué fé tan viva en la justicia, qué amor tan grande á la humanidad, qué esperanza tan cristiana en el cumplimiento de nuestros destinos sobre la faz del planeta, qué virtud dada á la idea de la federación universal!

De todas maneras, el largo camino que hemos recorrido, muestra lo dicho al principio; que el movimiento republicano debe á la nación alemana las fórmulas luminosas del derecho, la idea que lo mueve y que le impulsa. Hemos visto esta idea del derecho en la ciencia, ahora la veremos en la vida. Ahora veremos en otras secciones de este trabajo el derecho, y su organismo natural, la idea republicana, moviéndose en dos esferas más prácticas, más positivas: en el arte y en la política. Entonces aparecerán á nuestros ojos los campeones de lo que hace tiempo se llamó la joven Alemania; los jefes de la extrema izquierda hegeliana; los revolucionarios del 48;
los diputados de los parlamentos; los enemigos jurados de las tradiciones religiosas; los propagadores de las ideas sociales; los apóstoles primeros de la Internacional; los decididos partidarios de la unidad y de la independencia germánica. Entonces veremos al doctor Strauss, proponerse despojar á Cristo de la corona de su divinidad y dejar al rey la corona histórica. Entonces veremos á Bruno Bauer en la esfera histórica esclarecer los primeros siglos de la Iglesia; y en la esfera política reivindicar la libertad. Entonces seguiremos á Ruge en su carrera de revolucionario por Alemania, y en su peregrinación de emigrado por Europa. Entonces contaremos los trabajos de Stirner. Entonces veremos cómo han influido Lassalle y Marx en el movimiento social de la raza germánica. Entonces recordaremos desde las cartas sobre París del gran escritor republicano hasta las sátiras del gran humorista, y desde las sátiras del humorista hasta los versos democráticos, nacionales, que han encendido la sangre, el alma de toda una generación. Y seguiremos á
esa pléyade ilustre de revolucionarios, que después de haber vertido su sangre en los campos de batalla, sus ideas en la prensa y en la cátedra, en el foro y en la tribuna del Parlamento, han hallado un asilo honroso en los Estados-Unidos de América ó en los cantones federales de Suiza, ilustrando como el suelo de su nacimiento, el suelo de su adopción. Y entonces veremos también hasta qué punto los grandes cambios verificados en Alemania, las dos guerras con Austria y con Francia, la obra maravillosa de Bismark ha hecho adelantar ó retroceder al movimiento republicano en el seno de la moderna Alemania. Y se observará el influjo que la idea republicana ha tenido en la obra de la unidad germánica, y el influjo que la unidad germánica ha tenido en nuestra idea republicana.

De todas maneras, ¿por qué las naciones han de ser enemigas, cuando la trasformación del espíritu se debe igualmente a todas ellas? Y sino, mirad los tiempos modernos, desde sus comienzos hasta nuestros días. Italia acababa de exaltar la antigua forma clásica en el
arte, el antiguo sentido naturalista en la cien-
cia por medio de esa primavera del espíritu
humano que se llama el Renacimiento. Y
mientras Italia completaba el arte y la histo-
ria, Portugal y España completaban el planec-
ta, trayendo Portugal á la vida moderna, el
Asia, olvidada, la tierra de lo pasado, y en-
contrando España la América desconocida, la
tierra de lo porvenir. Preparado el espíritu
humano por el Renacimiento, preparada la
tierra misma por las navegaciones, sintiendo-
se fuerte y soberana de la humanidad, viene
la revelacion de la libertad de la conciencia,
viene la Reforma en la tierra, de donde había
venido el borrador, el boceto de la individua-

dad, primera raíz de las libertades modernas,
en la tierra germánica. Inmediatamente el
sentido del pueblo aleman intentó deducir las
consecuencias prácticas de la Reforma en la
guerra de los campesinos. Pero los excesos
de esta revolucion exagerada y viciada por
los anabaptistas imposibilitan su triunfo; y
las consecuencias políticas de la reforma fue-
ron deducidas por Holanda y por Inglaterra.
La primera sirvió de asilo a los libres pensadores de las naciones católicas como Bayle, como Descartes, y por consecuencia de principal elemento a la formación del espíritu moderno; la segunda empleó todos los recursos de la observación y de la experiencia para componer una filosofía práctica que lleve las ideas liberales al sentido común de la humanidad. Y á esta obra en el pensamiento correspondió otra obra análoga en el espacio con la aparición maravillosa de una democracia libre, republicana, federal en la tierra virgen de América. Y la libertad americana encendió á Francia. Y mientras Francia destruía los antiguos organismos sociales, la Iglesia intolerante, la monarquía absoluta, y los reemplazaba con nuevos organismos, y traía las tablas de nuestros principios; Alemania creaba elaborándola lenta pero seguramente en sus estaciones maravillosas de filosofía, la idea fundamental de la política moderna, la idea madre de todos nuestros progresos, la idea que tarde ó temprano se ha de encarnar en la República, la idea del humano derecho.
CAPITULO XVII.

DEL CARACTER DE LOS PUEBLOS ESLAVOS.

En nuestros capítulos anteriores hablamos del movimiento republicano en el pueblo francés, y del movimiento de las ideas en los pueblos germánicos; y debemos hablar en estos capítulos del movimiento republicano en los pueblos eslavos. Como el globo se mueve entre dos polos, muévase la Europa central entre dos razas. Los latinos, al Occidente, representan la sociedad histórica; los eslavos, al Oriente, representan algo de lo que representaban las razas germánicas en torno de la antigua civilización heleno-romana, en torno
de los dos imperios, cuyas capitales eran Bizancio y Roma.

La sobra de materiales, de documentos, de libros, abruma cuando se estudia los pueblos germanos ó latinos; y la falta de estas materias de conocimiento, desespera cuando se trata de los pueblos eslavos. Muchos de ellos, encerrados en asiático despotismo, apenas pueden revelar cuanto pasa en el secreto de su conciencia, ni en la realidad de su vida. Es necesario atenerse para conocerlos, á obras de escritores desterrados, febriles obras, donde siempre se exageran dos sentimientos, frutos naturales del destierro, la pasión exaltada por la patria ausente y el exaltado horror á sus gobiernos. Yo he procurado, en cuanto de mí ha dependido, buscar la verdad en medio de las tinieblas, aunque estas tinieblas sean tan espesas que se palpen. La raza eslava se halla representada hoy en el mundo por el imperio ruso, y al conocimiento del estado de las ideas en el pueblo ruso deben principalmente enderezarse todos nuestros esfuerzos. Dentro de cada raza, un pueblo lleva la voz.
lleva la representacion durante un cierto pè
rido de tiempo. En la primera mitad de la
Historia antigua, llevó la representacion de
nuestra raza heleno-latina el pueblo griego;
en la segunda mitad el pueblo romano. En la
Historia moderna, desde fines del siglo décim
quinto hasta fines del siglo décimo-sextio,
lleva la representacion de esta misma raza el
pueblo español. Y en los siglos décimo-séti
mo y décimo-octavo, pasa nuestro cetro á
manos del pueblo francées, que sostiene hasta
sus ultimas desventuras esta altisima repre
sentacion, hoy próxima tal vez á volver de
nuevo al pueblo que la desempeñó en la His
toria antigua, el pueblo italiano, indepen
diente, uno, aliado de Prusia, dueño de esa
ciudad de los milagros que se llama Roma, y
que llegó á tener un feudo monárquico en
la capitalidad de aquel vastisimo imperio es
pañol que engarzara hasta el sol en su co
rona.
Lo mismo ha pasado á las demás razas. Des
de su fundacion hasta la paz de Westphalia, el
imperio de Austria ha representado en el mun-
do la raza germánica. Pero desde la paz de Westphalia hasta nuestro tiempo, esa representación ha tocado a Prusia. Y en la raza anglo-sajona, la representación le toca al pueblo inglés durante tres siglos, hasta que á fines del pasado siglo pasa de derecho al pueblo jóven que preside al Nuevo Mundo, y lo llama con su ejemplo á la independencia, mientras deslumbra al Viejo Mundo y lo llama con sus instituciones á la libertad.

Pues hoy, el pueblo que conmover á las tribus diseminadas por las orillas del Danubio; que se interpone entre la raza griega y sus antiguos dominadores los turcos; que se asimila por fuerza la Polonia; que sostiene á Bohemia en la reivindicación constante de su autonomía; que amenaza al pueblo escandinavo y al pueblo germano, y al imperio de Austria, y al imperio de Constantinopla; que se adelanta á disputarle su dominación asiática á la poderosa Inglaterra, y se gloria de disciplinar bajo el sable de sus emperadores catorce nacionalidades distintas, para que á un tiempo lleven la civilización al Oriente y renueven
la vida de Occidente; el pueblo que tiene todos estos varios ideales en la inteligencia y todas estas confusas esperanzas en el corazón, es el pueblo ruso, que se cree el órgano único de todos los pueblos eslavos en el mundo.

Los escritores moscovitas se empeñan con fuerte y decidido empeño en que Rusia ha de ser como el vivero de los progresos más difíciles, de los progresos sociales.

Ninguna cuestión conozco en que los pareceres sean de tan radical manera, no ya opuestos, sino contradictorios; y en que la contradicción carezca más de términos y medios para llegar a una síntesis. Para unos, el mundo moderno es más desgraciado aún que el mundo antiguo. Este podia prometerse de las tribus germánicas esparcidas por las orillas del Rhin y del Danubio, renovaciones para su sangre, libertad para sus instituciones, como lo muestran las apologías de Tácito trazando la vida de la independencia individual junto a la ergástula del imperio; como lo muestran las impresiones de Lucano diciendo que allende el Rhin resucitaban más vigorosos los principios
vencidos por el Cesarismo en el día de Farsalia, en la noche de Filipos. La venida de los germanos á Roma, podía ser, debía ser, para Roma saludable renovación. Pero esos tártaros que conservan el carácter de las estepas asiáticas, esos mongoles acostumbrados á obedecer imperios tan podridos como el imperio bizantino en sus postrimerías; esos cosacos salvajes en toda su rudeza y viciados ya por el vírus corrosivo de la inmoralidad; solo guardan avaros en sus venas sangre cancerosa, y en sus instituciones uno de aquellos enormes despotismos que han despoblado con crueles guerras y embrutecido con teocracias inmóviles el antiguo Oriente.

Junto á tales tétricas pinturas, trazadas por los enemigos de Rusia, álzanse las apocalípticas esperanzas de los defensores y los amigos de Rusia. Para estos, los rusos podrán y deberán renovar el ministerio designado en los apocalipsis judío y cristiano á los exterminadores ángeles de la proterva Roma, de la inmunda Babilonia. Aunque nuestros tiempos no son tiempos de visiones místicas; aunque
ninguno de estos renovadores contemporáneos hablaba desde Patmos ni veía los siete candeleros de oro; el varón envuelto en blanca túnica, semejante á la nieve, de ojos semejantes al fuego, llevando en las manos guirnaldas de estrellas; los tronos á cuyas plantas brillaba un océano de cristal y en cuyas cimas un arco iris de mil varios matices; los ángeles que retenían á los cuatro puntos cardinales el respiradero de los vientos; y las maldiciones que, mezcladas con el estridor de la trompeta del Juicio y las ráfagas del huracán universal, caían, como lluvia de fuego, sobre la impura Babilonia, sobre aquella ciudad que corrompida y corruptora, abrevó al mundo en la copa de sus orgías, y lo envenenó con el viejo vino de sus vicios; aunque no veían este grande apocalipsis religioso, veían verdadero apocalipsis social. Y á los que no descubrían el medio de concluir con tantos intereses poderosos, con tantas gerarquías políticas, con las aristocracias industriales y los elementos burocráticos traídos por la misma revolución francesa, mostrábanles los escrito-
res moscovitas, bajo las capas de cieno sobre­puestas en el suelo de Rusia por un despotis­mo de origen alemán, el cosaco nómade como todas las razas llamadas á fines progresivos, libre como el viento en sus estepas, indivi­dualista como los antiguos germanos, al punto de serle incomprensible, no ya la monarquía, pero el mismo Estado en cualquiera de sus formas; y socialista hasta el punto de desconocer la propiedad individual y vivir en sus tri­bus del acerbo común, del trabajo de todos unidos en intereses y en espíritu.

Algun escritor ha llamado á los eslavos, al nervio de la población rusa, árabes rubios. En efecto, tras aquella piel blanca y rosada, bajo aquella cabeza de áureos cabellos, en el fondo de sus ojos azules, ocultase un alma tan poé­tica como el alma de los semitas, y tan dada á expresar sus poéticas ideas en las cadencias de melancólicos cantares. Y si al árabe se parecen por su poesía y su música, se diferen­cian del árabe por su carácter gracioso y co­municativo, por su espíritu universalizador y cosmopolita. Tienen una aptitud maravillosa
EN EUROPA.

para apropiarse á todos los estados sociales; y para hablar todas las lenguas humanas. Pasan fácilmente de un estado á otro estado, y olvidan más fácilmente aun el antiguo, como los godos del siglo cuarto cambiaban con extraña movilidad la religión de la naturaleza por la religión de la secta arriana, y la religión de la secta arriana por la religión de la Iglesia católica. Acaso de esta inquieta movilidad proviene la fama de lijereza caída sobre los eslavos, fama que ellos contrastan denominando á esta lijereza flexibilidad saludable. Sus varias aptitudes para la vida social, dependen también de la diseminación de esa raza sobre el planeta. Los griegos y latinos vivíamos asentados en las tres penínsulas mediterráneas y en las costas meridionales de Francia; los germanos vivían entre el Vístula y el Báltico, y el Rhin y el Danubio, en regiones de un mismo carácter; pero los eslavos habitan hoy, desde las orillas del Adriático, eternamente griegas, hasta las orillas del golfo de Finlandia, eternamente escandinavas; desde las regiones de la luz clásica, de las artes plásticas, regiones
esencialmente pictóricas y escultóricas, donde los artistas de las formas plásticas se inspiran hasta las otras regiones interpolares, donde medio año de noches boreales reflejadas en argentados desiertos de hielo, suceden á medio año de días blanquecinos iluminados por un sol pálido, noches y días que convidan á la concentracion del espíritu en el pensamiento.

Pero de esta diseminacion extraen los eslavos contínuas argumentaciones en apoyo del carácter cosmopolita de su raza y del carácter sintético del espíritu de esta raza. No es, segun ellos, la raza eslava esa raza latina más social que individual, fundadora de los Estados fuertes y de las religiones universales, pero próxima siempre al cesarismo; ni tampoco esa raza germánica á la cual sus tendencias individualistas, su espíritu de aislamiento, su olvido de la igualdad natural entre los hombres aproximaran siempre á la aristocracia: los eslavos llevan dentro de sí la ecuacion maravillosa entre la libertad y la igualdad, entre la sociedad y el individuo, entre el espíritu humanitario y el espíritu per-
sonal, entre todo aquello que tiene de eficaz el socialismo para redimir á los pueblos, y todo aquello que tiene el individualismo de saludable para la completa realizacion del derecho; los eslavos reclaman, pues, el título de la raza verdaderamente sintética en la moderna historia.

Oid en qué se fundan sus apologistas. Los eslavos son los más legítimos hijos de la naturaleza, los primeros guardadores de la sangre aria. Los eslavos han llamado á los labradores con el nombre zenda de avatai, que quiere decir venerados. En su mitología, especialmente en la polaca, no existió nunca el bárbaro dios de la guerra. El pobre roturador de los campos es llamado á la jefatura de la tribu, de la raza; y hasta en tiempos cercanos á nuestros tiempos, hasta fines de la Edad Media, el rey no podía vestir la púrpura monárquica si no vestía antes el sayal agrícola. Sus villas se llamaban vieve, que quiere decir propiedad común á todos los ciudadanos. El jurado existía antes que entre los sérvios y que entre los ingleses. El ideal de la sociedad eslava es el ideal
republicano de las familias indo-europeas, que ha engendrado las ciudades de Grecia y de Italia; pero henchido de indomable amor a la co­lectividad, sin mengua de la propia independencia. Por esto los eslavos son los llamados á realizar la revolución de nuestro tiempo. Co­mo el Evangelio religioso, que fué el prólogo de nuestra civilización, exigió la presencia de los germanos en Occidente, el Evangelio so­cial exige en Occidente la presencia de los es­lavos. Ellos no son, no pueden ser milicia de los déspotas; ellos son y serán siempre por su temperamento y por su historia soldados de las revoluciones.

Extrañas teorías en verdad estas que cam­biaban todo el sentido común de la política europea. Los soñadores, los amigos de las antiguas restauraciones habían contado en to­do tiempo con el auxilio de Rusia. Los cosa­cos en su esperanza debían desarraigar la re­volución y traer el mesianismo armado de la autoridad inmóvil y del orden gerárquico. El ideal para los reaccionarios estaba en aquel imperio ruso de que tenían confusas y raras
noticias, pero en que vislumbraban al rededor del Czar omnipotente lujosísimo clero, fuerte ejército, y á los pies del Czar manadas de pueblos dormidos en la indiferencia estúpida de la servidumbre, prontos solo á moverse cuando el clarín guerrero los evocará, como el ángel del Juicio supremo á los muertos, para lanzarse feroces sobre los pueblos de Occidente y unirlos á sus mismas cadenas bajo el látigo de una autoridad semi-asiática por su poder y por su origen. ¡Qué grande, qué tremendo desengaño encontrarse con que los soldados de la autoridad eran los más radicales entre los revolucionarios, los más propios para renovar la sangre y la vida de esta sociedad que los absolutistas querían hechizar con las antiguas creencias!
CAPITULO XVIII.

DEL MOVIMIENTO DE LAS IDEAS EN RUSIA Y DE LA INFLUENCIA GERMANICA.

La revolución rusa verdaderamente se personifica en Bakounine. Detengámonos a contemplar por breves momentos a este hombre sin el cual sería imposible comprender el movimiento de las ideas en Rusia. Su primer maestro fue Panlof, el cual definía la ciencia, el conocimiento de la naturaleza. En cuanto esta definición se hallaba formulada, surgían las dos preguntas. Primera: ¿qué es conocimiento? Segunda: ¿qué es naturaleza? La respuesta a la primera pregunta contenía todo el mundo moral, y la respuesta a la segunda
pregunta contenía todo el mundo físico. Entraba, pues, el profesor con este proemio en la cátedra de física, y al velas desplegadas, por el inmenso océano del pensamiento filosófico. El sistema de Schelling ya no privaba en Alemania cuando privaba en Rusia. Mas si en Alemania era una reacción, desde el punto en que lo sustituía otro sistema mucho más riguroso y científico; en Rusia era un progreso superior al dogmatismo escolástico y a la ortodoxia griega. Los espíritus entraban en el seno de la naturaleza como paralíticos que recobraron el movimiento, como ciegos que recobrarán la luz, echándose á nado con placer indecible en las tumultuosas ondas, en el explendoroso étér, en las suaves armonías de la vida universal, con todas sus maravillosas perspectivas, con todos sus ilimitados horizontes, reveladores de la existencia en sí, y de la presencia por do quiera de lo infinito y de lo eterno.

La filosofía de Schelling es el proemio de la filosofía de lo absoluto que había de desarrollar Hegel, y lo absoluto es la identidad de lo
subjetivo con lo objetivo. Por una reacción contra la filosofía anterior, este nuevo sistema sacaba al hombre del aislamiento, de la concentración en sí mismo, y lo sumergía en el Universo. Las leyes de la naturaleza, leyes son ideales en la conciencia, las leyes de la conciencia leyes son reales de la naturaleza. Lo absoluto se desarrolla, se encarna en la materia y sus organismos; en la sociedad y sus instituciones; en la filosofía y sus ideas, donde adquiere la plenitud de la vida con la plenitud de la conciencia. El espíritu duerme en la piedra, se despierta en la planta, sueña en el animal, piensa en el hombre. El éther fue diluido en los espacios infinitos; esencia de esencias, fue la primera manifestación de la vida. Cayó en el éther, como la piedra en el lago, la palabra divina, la palabra creadora. A las vibraciones de esta palabra en el éther, brotaron los organismos, y rompieron en abierta lucha las naturales oposiciones del Universo. Hubo oposición entre las fuerzas centripetas y las fuerzas centrípedas que constituyeron sin embargo la mecánica celeste;
oposición entre los agentes químicos que constituyeron nuevas afinidades en la vida; oposición entre la electricidad positiva y la electricidad negativa que produjeron un fluido necesario al planeta; oposición entre el carbono y el oxígeno que formaron la atmósfera, donde todos respiramos; oposiciones, como la oposición entre lo subjetivo y lo objetivo, que luego forma en su armonía el conocimiento; oposiciones que dan por resultado la naturaleza, el Universo. La vida universal, dispersa, difundida por do quier, solamente se conoce en el organismo, como el rocío disperso en la atmósfera, invisible en la atmósfera, solo se conoce cuando se concentra en trémula gota sobre el pétalo de las flores. Pero la vida no se acaba en lo real, sino que continúa en lo ideal. Es la naturaleza el desarrollo de lo real, y es la historia el desarrollo de lo ideal. En la naturaleza lo infinito se irradia en lo finito; y en la historia al revés, lo finito se irradia, se vuelve a lo infinito. Pero si la naturaleza es el desarrollo de lo real, y la historia el desarrollo de lo ideal, la filosofía es la identidad de lo
real y de lo ideal, de lo subjetivo con lo objetivo, la grande, la suprema ecuación.

Esta filosofía, sujetando el espíritu y la vida, la Historia y la naturaleza a leyes fijas, a desarrollos normales, inspiraba cierta resignación al estado social presente, como una consecuencia del estado social anterior, y una premisa del subsiguiente estado social. Sin duda, á razón de tal carácter, esta filosofía no pudo retener mucho tiempo en su mágia, en su encanto, el espíritu inquieto, intranquilo, activo de Bakounine. El soldado incansable podía decir, como el doctor de la leyenda alemana cuando examina el origen de las cosas: «En el principio no era el Verbo, en el principio era la acción, la acción, siempre la acción.» Su temperamento fuerte, sanguíneo, de un temple verdaderamente atlético, de una robustez incontestable, había menester el combate, entonces, por los años de 40 y 41, en que gozaba de todas sus facultades y vivía con toda su vida. El sistema de Schelling era un sistema místico, contemplativo, aunque el objeto de su misticismo y de sus con-
templaciones fuera la naturaleza, como la política de Schelling era una política de transacciones, de pactos, de emancipación gradual y sucesiva, aunque se apoyara en sentimiento tan liberal como el sentimiento del progreso.

Pero si Panlof llevó á Moscow la filosofía de Schelling, Stanekevitch llevó otra filosofía más lógica, más sistemática, menos mística, la filosofía hegeliana. Era Stanekevitch á la sazon un joven de veintisiete años, débil como un niño, impresionable como una mujer. La calentura de la tísis consumía su cuerpo quebrantado; y la calentura de la inspiración su alma extática. En los sacudimientos nerviosos que atravesaban como tempestades interiores todo su organismo; en las palabras entusiastas que á borbotones, como lava encendida de ideas, caían á cada instante de sus labios; en la profundidad y la fijeza de su mirar tristísmo; en la aureola casi fantástica pero visible, ceñida por la inspiración artística á su frente espaciosa como un cielo; en todo su ser, en toda su existencia, veíase que aquel joven era uno de esos espíritus predilectos del arte,
para quienes el mundo es como un punto de apoyo, que fugazmente huellan, anhelosos por volar en alas del éxtasis, en el ensueño magnético de un verdadero idealismo, á su habitación propia, á su natural espacio, á los cielos. Un joven así debía ser la antítesis completa del revolucionario. El ruido de la acción le molestaba, y las realidades asperísimas de la vida le ponían aún más enfermo. Para aquel joven febril, asaltado por crudos dolores de cuerpo y alma, no había más que un ejercicio digno del hombre, el ejercicio del pensamiento; y no había más que un refugio contra la tiranía, el refugio de la ciencia. Su estudio era la meditación, sus obras todas discursos, su ministerio enseñar, su amor la idea, su esparcimiento el arte, su vida la compañía de sus discípulos y el comercio con los discípulos, su ambición transformar las conciencias, seguro de que una vez transformadas las conciencias, transformarían la realidad.

El sentido predominante en la filosofía hegeliana, profesada por este joven, es el sen-
tido histórico. Jamás la historia tuvo de sí misma una conciencia tan clara como en el sistema de Hegel. La realidad de la lógica demostraba la idea de Schelling de que las leyes del entendimiento son leyes de los hechos, como los cálculos de Galileo demostraron el sistema de Copérnico. El principio de que la Historia de la filosofía es la filosofía de la Historia, calificado por muchos de logomachía, encerraba en fórmula felicísima la estrecha relación entre lo ideal y lo real dentro de la vida humana. El gran pensamiento de que la Historia del mundo es la Historia de la libertad decía como la personalidad, dormida en el seno del panteísmo asiático, ahogada en ese océano de tinieblas que constituye la servidumbre universal, se levanta por un desarrollo y crecimiento interior, produciendo la religión, el arte, la ciencia, en las diversas aplicaciones de sus facultades hasta llegar al grado mayor de la vida, á la plena conciencia de sí misma. No es maravilla si este sistema engendra en Rusia un elocuenteísimo profesor de Historia, Granovski, que lo llevó á la cátedra
de Moscow; y un crítico eminentísimo que lo aplicó al estudio de las ideas y al juicio de las artes.

El crítico de quien hablamos es Belinski, el cual ejercía por su acerado sarcasmo contra los viejos errores teológicos y las viejas castas sociales un ministerio á mediados del siglo décimo-nono en Rusia, semejante al que ejercía Voltaire en Francia á mediados del pasado siglo.

Pero este gran crítico ruso, que había llevado el espíritu revolucionario á las concien- cias, tuvo algunos instantes de vacilación y aun de decaimiento. Era como el amigo íntimo, como el hermano de Bakounine, que por él tenía todo el cariño, todo el entusiasmo con que suelen mútamente atraerse á la amistad y en la amistad completarse los temperamentos y los caracteres radicalmente contrarios. Belinski era en la vida privada taciturno, melancólico, tímido, caviloso. Su timidez y su modestia le impedían ejercer el magisterio que exige gran confianza en sí mismo como base de carácter, y gran fuerza dogmática co-
mo base de pensamiento. Pero así que sus ideas más claras eran combatidas, así que su espíritu político y científico era contrariado por algún libro servil, por algún escritor de corte, el tímido se tornaba héroe, el taciturno orador, el caviloso nítido como la luz, el melancólico risueño, alegre; y con vena digna de Cervantes, é ironía digna de Enrique Heine, flagelaba, conspuía á todos esos autores, olvidados de la propia razón, capaces de poner bajo las ruedas del carro de los emperadores como los supersticiosos indios, algo más que el cuerpo y la vida, el alma inmortal y la conciencia. En estos combates por crear la dignidad humana, á lo menos en la república de las letras, el eminentísimo crítico, no solamente destrozaba á sus contrarios, sino que al oponer ideas á ideas, sistemas á sistemas, elevábase muchas veces en alas de su génio lírico y lógico á un tiempo, hasta las cimas de lo ideal, y desde ellas derramaba á torrentes la más pura poesía.

Durante algún tiempo, Bakounine y Belinski, estuvieron separados. Provino la separa-
cion de que éste, deslumbrado por un pensamiento de Hegel, no bien comprendido, se dió á justificar el despotismo arriba, y abajo la resignación al despotismo. El pensamiento no bien comprendido, era: «todo aquello que es racional, es real.» Y el discípulo sacaba la consecuencia de que, si el Czar había herido ó degollado catorce naciones; si con el ce­tro en una mano y el sable en la otra, regía por Asia, por Europa, aun por América, razas enteras sometidas á su dominación, como el ganado al pastor, era porque tal autoridad se necesitaba para el progreso del género hu­mano, y su total educacion. Así, desprendiéndose de la realidad como un místico, negándose á oir los quejidos del dolor humano, impasible ante la servidumbre universal, se absorbía en la contemplacion de su propio espíritu, se re­creaba en egoismo intelectual, ante cuyos en­sueños y abstracciones, disipábase el mundo y la sociedad como el ténue humo de los ho­locaustos.

Un génio activo, emprendedor, como el gé­nio de Bakounine, poco dado á las abstraccio-
nes, y muy dado á la realidad; no podía, no, convenir con esta indiferencia entre el bien y el mal, entre la libertad y la servidumbre, que llegó á helar por algún tiempo la candente alma del crítico. Pero por fin, aquel frio fue pasajero, y Belinski volvió con fuerza igual á reivindicar, en cuanto se lo permitia la censura moscovita, el derecho del pensamiento á su independencia, y del ciudadano á su libertad. En torno de aquel gran escritor, se agrupaba la juventud anhelosa de reformas. Bajo oscuros símbolos, en alegorías muchas veces inexplicables, buscando caminos tortuosos, con el escalpelo en la mano para analizar la ortodoxia religiosa y la autoridad imperial, con el fuego de la nueva fe en el alma enferma de aspiraciones infinitas é indomables, el gran escritor trasformaba la conciencia de la juventud, afrentada de aquel Emperador casi dios, de aquellos siervos casi bestias, y deseosa de modificar, desde la propiedad hasta la Iglesia, para recibir las inspiraciones de su razón y no la librea de la corte. Por eso decía el gobernador militar de Petersburgo, siempre
que se encontraba al crítico en el paseo de la perspectiva: «os tengo preparada una fortaleza y en la fortaleza un buen calabozo.» Y al cabo se prohibieron en vida sus escritos y se negó á sus discípulos, después de muerto, la honra de levantarle un sepulcro, que nunca podía ser tan duradero como su memoria.

Reducida la existencia al puro pensamiento, y reducido el pensamiento en su expresión á la pura alegoría, no encontraba, no, Bakounine en Rusia espacio bastante al desarrollo de su carácter. La agitación política e intelectual de Occidente, le tentaba con tentaciones verdaderamente invencible. París le atraía como la capital del pensamiento, como el foco de la revolución. A París pasó algunos años antes del movimiento de Febrero. Ya en la capital de Europa, convirtióse el revolucionario ruso en abogado de los infelices polacos. Nosotros no podemos comprender el esfuerzo que necesita hacer un ruso para sobreponerse á las preocupaciones de su tierra natal en los tristísimos asuntos de Polonia. Según las ideas más arraigadas en la educación rusa, Polonia es un
pueblo que ha merecido su tremendo castigo por las internas divisiones y la incapacidad radical en gobernarse á sí mismo; un pueblo, que se vendió á sus enemigos de fuera, antes que reconciliara á sus partidos de dentro; un pueblo, que agitaba á toda la Europa con sus escandalosas elecciones de reyes, y luego reducía todos sus reyes á la nulidad y á la impotencia; un pueblo, cuyas mayores gentes vinculaban la autoridad en poderosa oligarquía, y cuyas menores gentes eran víctimas de aristocráticos privilegios, verdaderas argollas; un pueblo, que había conquistado á los rusos, y los había tenido largos siglos entre hierros y bajo el látigo; un pueblo, que destruido, desmembrado, dispersos sus hijos más ilustres, repartidas entre extrañas naciones sus provincias más antiguas, aun conserva tal temperamento que no puede libertarse de su catolicismo intolerante, de su servidumbre intelectual y material, de su aristocracia soberbia, y de sus partidos rebeldes y entre sí enemigos, de sus dos eternas faltas, la monstruosa union entre la anarquía y el despotismo. Cuando un hom-
bre se ha levantado de esa suerte sobre toda la educación de su vida, tiene verdadero mérito ese hombre, y presta servicios á la humanidad que no podrán borrar fácilmente, ni otras faltas, ni otros errores.

En esto suena la revolución de Febrero. Con la revolución de Febrero estallan levantamientos sincrónicos en toda Europa. Alemania, foco de luz científica, conviértese á su vez en volcán de ardiente llama revolucionaria. El apóstol ruso recorre los campos germánicos, llenos de combates; visita las ciudades, presa de la exaltación y del delirio. Su alma se dilata en la lucha. Organizar es su trabajo, combatir su deseo, sublevar su fin, establecer una dictadura revolucionaria su ambición. Él no quiere Estado, ni gobierno. En su pensamiento, la autoridad se reduce á la gerencia de una compañía mercantil. La dirección social ha de perder en su sistema todo carácter político. No puede formularse con mayor crudeza la anarquía. Pero este hombre que no quiere ningún género de gobierno, á su vez gobierna con imperio. Criado en el absolutis-
mo, gustanle las sociedades secretas y sus fórmulas cabalísticas, cual á las aves nocturnas las tinieblas. Aunque protesta contra toda autoridad, se conoce en todos sus actos que tiene del poder, de la autoridad una grande idea. Ejércela, cuando menos, con verdadero imperio sobre los trabajadores. Yo ignoro si encuentran algo misterioso en aquella su estatura gigantesca; en la blanca y poblada barba que le da aspecto patriarcal; en las formas atléticas que recuerdan uno de aquellos godos puestos al frente del imperio por los degenerados romanos; en su actitud y aire de pontífice oriental; en la luz concentrada de sus ojuelos, y la sonrisa irónica de sus labios; en toda su persona, que parece reunir desde la perseverancia germánica, hasta la movilidad eslava, todos los caracteres más opuestos de la inmensa Rusia. Pero yo sé decir que le he visto ejercer poderosísima atracción sobre los trabajadores, los cuales suelen prestarse á recibir como doctrinas luminosas las fórmulas de Bakounine; como trabajos emancipadores, sus trabajos de organización. Y este
magnetismo que ejerce indudablemente sobre el trabajador, me explica la celeridad de su fortuna y de su desgracia en Dresde. Todavía le llaman por Alemania, acordándose de sus proezas en la revolución, el dictador de Dresde. Preso con las armas en la mano, condenado á muerte, le conmutaron la pena en prisión perpétua.

El imperio de Austria, que siempre ha gustado de estos cargos de verdugo y carcelero, tomó para sí la custodia del preso. Reclamóle el emperador Nicolás y le fué entregado, después de un año de durísimo encarcelamiento. Al recibirlo en sus manos los soldados rusos, le recibieron cargado de cadenas, que habían hecho hasta hondas llagas en sus carnes. Inmediatamente le quitaron aquel peso, aquel tormento. Agradecido, se avalanzó al cuello de sus compatriotas, para abrazarlos con euforia. Este entusiasmo patrio no le valió la libertad; pero le valió algún alivio en su cautiverio. Desde 1849 hasta 1855 estuvo preso. Pero á la exaltación de Alejandro II, su prisión en Rusia fué conmutada por la deportación en
Siberia. Habiendo hecho una correría á las orillas del rio Amor, fugóse á los Estados-Unidos, y de los Estados-Unidos vino á Suiza, donde se instaló, para darse bajo la sombra de sus republicanas libertades, á la propaganda del colectivismo.

Y el colectivismo no es en su esencia otra cosa mas que el comunismo. Y no puede darse á una sociedad que viene del Renacimiento en sus artes; de la Reforma en su conciencia; de la crítica de la razon pura en su filosofía; del dogma de la responsabilidad en su moral; de la idea de la libertad en su derecho; de la revolucion americana y la revolucion francesa en sus instituciones; y que va á completar todos estos progresos, consagrando la personalidad humana en su íntegra esencia, y en la suma total de sus relaciones; no puede dársele á una sociedad así, profundamente democrática, pero también profundamente liberal, por toda norma de vida, por toda esperanza de ascensión y crecimiento, el comunismo asiático, el comienzo de las sociedades, la época de su gestacion en que la rica variedad de
la naturaleza humana todavía no se desarrollaba, como no se desarrollan las ramas, las hojas, las flores ni los frutos en la tosca semilla, en el pobre germén, que sin embargo contiene toda la planta. El comunismo es la forma naturalísima del patriarcado antiguo, de la tribu nómade y errante que lleva en sus carros de guerra familia, propiedad, gobierno, leyes, y dioses. Pero en cuanto la personalidad brota, con ella brota la ley de variedad. Y con la ley de variedad, la diversidad de aptitudes, resultado de la diversidad de facultades, que forman, por sus mismas contradicciones, las armonías de la vida. El hombre tiene derecho a vivir en sociedad donde todas sus facultades puedan libremente desarrollarse y crecer bajo su individual responsabilidad por los consejos de su conciencia libre, por los impulsos de su voluntad independiente y autónoma. Pero no tiene, no puede tener derecho el hombre a que el empleo desigual de sus facultades, producto de su propia voluntad, se premie igualmente. Para conseguir este fin, se necesita crear un Estado que violente la naturaleza; y
para violentar la naturaleza, se necesita crear un Estado que asesine la libertad. Solamente la fuerza podrá destruir el individualismo ingénito a la personalidad humana. Solamente la fuerza podrá disciplinar, regimenter las aptitudes y distribuir con igualdad los productos de estas aptitudes. La tijera del jardinero de Versalles iguala los árboles que la naturaleza en su libre expontaneidad produce de diversas estaturas, para que las leyes de la variedad se cumplan. Y así como el jardinero igualaba los árboles en las combinaciones matemáticas pero yertas de Le Notre, la monarquía encorvaba á las clases bajo el yugo de Luis XIV. Pues una autoridad tan fuerte como la autoridad del rey-sol, se necesitaría para distribuir igualmente los bienes humanos, y conservar en común la propiedad. Y uno de los males mayores del comunismo es su naturaleza mecánica, con la cual destruye la libre expontaneidad del genio. Si le preguntáis á Bakounine, os dirá que el municipio comunista eslavo es el bello ideal de la sociedad humana. Y si le asegurais que preferís el mu-
municipio sajon, el municipio americano, os dirá que allí reinan la desigualdad y el egoísmo. Pero yo le preguntaría: ¿cómo el municipio eslavo no ha producido todavía ni un Fulton, ni un Francklin, ni un Morse? No los ha producido porque la naturaleza solo se somete al genio, y el genio solo se revela en la libertad.

Lo cierto es que toda la idea social de Bakounine es una utopía, y una utopía desprovista de fantasía, una utopía que no se ha caldeado en el horno de la imaginación. Yo comprendo los grandes utopistas que han escrito y han divulgado un poema cosmogónico, un poema social. Yo los comprendo, y me parecen sus teorías como una via-láctea de ideas, en la cual se desvanece todo lo indeciso, y se condensan nuevos mundos. Si estos utopistas que han buscado en su conciencia una nueva sociedad, no han hecho más que sostener, señalar, abrir horizontes, han hecho mucho, sí, mucho por la humanidad. Han puesto junto a nuestros dolores sus esperanzas. De esta suerte, su idealidad se levanta sobre todos los tiempos, y mantiene las incontestables aspi-
raciones al progreso, y aviva la sed de lo infinito. El profeta social es como el poeta, compañero inseparable de los hombres; y como el poeta, les encubre bajo las rosadas alas de sus presentimientos los dolores de cada pulsación de la vida, y las penas de cada día de trabajo.

En el mundo bíblico el profeta creó la idea de Israel, que alimentara cien generaciones. De igual manera, la sibyla del mundo pagano, queda de pie sobre los altares del cristianismo, cuando todos los dioses han muerto. Esta mujer misteriosa sobrevive a las divinidades, y resplandece aun bajo la bóveda de la Capilla Sixtina, en el santuario del catolicismo, porque ha esperado mucho. En toda época, junto a toda realidad, habrá un íris de esas ilusiones, que prometerá, no solo una reforma social, sino también una reforma cosmogónica. Despues de hojear uno de estos libros apocalípticos, yo siento latir con mayor fuerza mis sienes, y espaciarse en mágicas esperanzas mis sentimientos. Si levanto los ojos al cielo, creo ver dentro de mi pequeña retina lo infinito, creo escuchar las vibraciones en mi tor-
pe oído de la vida universal. Y cuando consi­
dero los orbes luminosos, los cometas erran­
tes, las estrellas que son soles de soles, el as­
tro de nuestros días terrestres acompañado de
su cintura de planetas, que á su vez arrastra
en pos de sí plácidos satélites y enjambres de
aereolitos, creo que las fuerzas cosmogónicas
me auxilian poderosamente en mis individua­
les progresos; y que los misterios de la natu­
raleza y del espíritu se revelan á mi débil ra­
zon, y que los cielos florecen como en una
primavera universal; y que la via-láctea llue­
ve gotas de rocío misterioso en nuestras zonas
celestes iluminándolas de nuevas lunas; y que
lijeras y resistentes alas brotan en nuestras
espaldas para volar con el éxtasis en los ojos
y la verdad en el pensamiento de mundo en
mundo, de sol en sol, comunicándome con to­
dos sus habitantes, diviendo nuevos aspectos
de la belleza y de la verdad eterna antes de mi
desconocidos, oyendo las armonías inefables
de los astros, en las combinaciones de sus mo­
vimientos, hasta que la vida toda del Cosmos
refluía en mí sin anegarme, y yo, sin sentir
mi razón deslumbrada, vea las transformaciones de mi ser en nuevas formas del espíritu, y sobre mi espíritu á Dios, animando y reproduciendo eternamente la vida y sus creaciones.

Esto no será sañoso á la política; mas es halagüeño á la fantasía. Pero ¿qué ideal es el ideal de Bakounine? Un ayuntamiento comunista sometido en lo político á un Czar sin responsabilidad y en lo administrativo á una burocracia sin entrañas. Yo lo he visto, yo por mis propios ojos, subir á la tribuna del Congreso de Berna, y explicar friamente sus utopías en lenguaje fácil, pero descarnado. Una legión de trabajadores le seguía, empeñada en creer que su posición no se mejorará, sino cuando haya igualado los hombres bajo el yugo de un Estado fuerte y regulándolos por el patron de sus combinaciones comunistas. Algunos jóvenes rusos le circundaban, pálidos como la muerte, febriles como la tisis, exaltados hasta la demencia, proponiendo la proclamación del ateísmo como dogma de la democracia, y el combate oficial, armado, público, por todas las fuer-
zas de los gobiernos, á la idea de Dios. Aquellos delirantes nihilistas deseaban ver una inquisición del materialismo, un Felipe II que persiguiera á los deístas, la opresión material de las conciencias, la guerra violenta con las ideas que son de todo punto incoercibles como el calor, y como la luz. El comunista ruso paseaba su concentrada y chispeante mirada sobre todos sus adeptos como un Pontífice sobre sus fieles, y dirigía sardónicas reticencias á todos los que no imaginaban como el mejor de los gobiernos el gobierno de nuestros conventos, y como la región más privilegiada de la tierra, la triste y estéril estepa moscovita. «Yo quiero, decía, dirigiéndose á los demócratas de Europa, una resolución clara, neta. Yo quiero la nivelación de los individuos y de las clases, porque fuera de esto no hay justicia. Yo soy colectivista, y por eso pido la abolición de la herencia. Si vosotros tenéis otros medios, dádnoslos, porque de lo contrario creeremos que solo llamas á los trabajadores para imponerles nuevas cadenas.» Alberto Richard le sigue.
y formula con no menos claridad sus ideas. «El remedio á los males de esta sociedad se encuentra en la posesion colectiva del suelo.» Faclart es el más fanático. Sus palabras están dictadas por una grande exaltacion: «Si no sois ateos, parareis logicamente en tiranos. En lugar de ser una liga para emancipar á los pueblos, sereis una santa alianza contra las revoluciones. Antes que conservar cosa alguna de la antigua organizacion social, quiero las irrupciones de los bárbaros.»

El Congreso de Berne, representante fiel de la democracia, de la Republica, de la federacion, en ninguna manera podia aceptar semejantes doctrinas. Hubiera ahogado la obra, que tuvo entre sus profetas al Dante, y á Lu­tero; entre sus filósofos á Descartes y á Loke; entre sus Bautistas á Voltaire y á Rousseau; entre sus soldados á Wasingthon y á Hoche, hubiérala ahogado en el polvo del materialismo nihilista. En cuanto los demócratas rechazaron estas doctrinas, alzóse airado el publicista moscovita, congregó á los suyos, di-
rigió algunas amenazas á los que llamaba republicanos formalistas, y abandonó el salon de sesiones, diciendo que exclusivamente se consagraba desde aquel día á los trabajadores y á la solución del problema social por el colectivismo.

Efectivamente, un año más tarde se verifica el importante Congreso de trabajadores en Basilea. Bakounine ha cumplido sus amenazas, ha infundido la idea comunista rusa en las venas de los trabajadores occidentales. Sus teorías se reducen á las siguientes: 1.ª destrucción de todo estado político; 2.ª sustitución del Estado político por las asociaciones de trabajadores; 3.ª liquidación social; 4.ª propiedad colectiva de la tierra; 5.ª apropiación en común de todos los instrumentos de trabajo; 6.ª ateísmo en religión, materialismo en filosofía.

¿Estas teorías aceptadas por una gran parte de los trabajadores europeos, provenían de alguna de esas naciones que han recorrido la civilización en todas sus fases, de alguna de esas Universidades que han agotado la ciencia en todas sus profundidades? No. Prove-
nian de las estepas de Rusia, de tribus podridas antes de estar maduras, de inteligencias atormentadas por sombras que oscurecen cuanto alcanzan, de sectarios rusos, perdidos en el desierto, agenos a todo nuestro movimiento científico, y que huyendo de la intolerancia de su Iglesia y de las tiranías de sus bárbaros czares, se precipitaban resueltamente en el nihilismo, en verdadero suicidio de la conciencia y del alma.
CAPÍTULO XIX.

LA ESCUELA DE LOS ESLAVÓFILOS.

La teoría de Bakounine obedece en el fondo á un sentimiento análogo al sentimiento de los eslavófilos. Estos sectarios creen su raza la raza elegida de la libertad, cómo los judíos creían á su pueblo el pueblo elegido de Dios. En el corazón de tales patriotas solo existen ideas repulsivas, no ya á la dominación, sino á la influencia extranjera. Creeríase que estaban sometidos como estuvieron los húngaros y los polacos, descuartizados como están aún los pueblos de Polonia, ¡ellos, los dominadores y los tiranos de tantas nacionali-
dades muertas! La idea de los eslavófilos rusos nació al calor del misticismo, en el seno de la Santa Alianza, cuando los reyes exaltados por sus victorias, y los pueblos febriles por sus batallas, creían extinguidas las ideas revolucionarias y posible la restauración de la Edad Media con sus aristocracias teocráticas y militares, sus reyes-soldados, sus pontífices mediadores entre Dios y los hombres, entre los cielos y las grandes potestades de la tierra. Entonces toda una escuela, llamada romántica, coincidía con estas tendencias de los déspotas, y dábase en Alemania á levantar más allá de la invención de la imprenta y del descubrimiento del Nuevo-Mundo; más allá de la predicación de Lutero y de la ironía de Cervantes; más allá de las estatuas de Miguel Angel y de los cuadros de Rafael; más allá de este Renacimiento, que había devuelto su calor al espíritu, su justo imperio á la naturaleza; una sociedad que los románticos creían católica y caballeresca, cuando en su esencia era militar y sierva. Arrastrados de estas tendencias arcaicas, los hijos de Bohe-
mía, opresos por el Austria, levantaron sus brazos al Emperador Alejandro, en nombre de la comunidad de sangre, en nombre de la sangre eslava. A tal clamor los rusos se acordaron de que ellos eran también eslavos, hermanos de los oprimidos; y Alejandro, alemán, hermano de los opresores. Y un movimiento hacia los tiempos precedentes a la dinastía alemana, se pronunció en Rusia. Para estos arqueólogos, la religión rusa, heredera del espíritu griego que ha sido el espíritu verdaderamente metafísico y dogmático del cristianismo; la raza eslava con su carácter emprendedor, con su nerviosa y femenina sensibilidad, unida a energías verdaderamente varoniles, con su talento asimilador en el cual todas las ideas penetran sin desnaturalizarlo como penetran los jugos de la tierra y el oxígeno del aire en la sangre; las tradiciones municipales del campesino ruso, que se administra con verdadera independencia y vive en perfecta comunidad de intereses, bases son de verdadero crecimiento político, social, interrumpido por un germanis-
mo cuyos emperadores con sus soldados mecánicos y sus burócratas-máquinas, han puesto sobre las espaldas de un pueblo atrofiado en su juventud, la plúmbea capa de una cultura tocada ya de irremediable decadencia. La ciudad rusa verdaderamente es la ciudad oriental, es la ciudad de las doradas cúpulas, es la ciudad cabeza de la antigua Moscovia, es Moscú; en tanto que Petersburgo, fundada cerca del mar y á orillas del Neva, para aspirar más pronto las ideas y recibir más pronto la sangre de los germanos, es la ciudad, que ha sobrepuesto á las instituciones y á la vida eslava un imperio de extranjeros, el cual obliga á una raza de libres á ser en su aristocracia como una turba de cortesanos; y en su democracia como una manada de siervos. Restaurar el eslavismo, áhí toda la idea de los rusos tradicionalistas. Y la idea de Bakounine es análoga, es dominar al Occidente, á esta tierra donde las más altas instituciones han sido formuladas por los filósofos, y ensayadas por los pueblos con la doctrina nihilista, nacida en la yerta inmensidad de las este-
pas, que jamás producirán uno de esos profetas maravillosos como Cristo, y Moisés y Mahoma, engendrados por los caldeados desiertos del Asia y del África, por las riberas luminosas del Mediterráneo, el mar de las artes y el mar de las ideas; y bajo el nihilismo, especie de teología dogmática de la desesperación producida por la servidumbre, extender la municipalidad rusa con sus tierras en común, ó sus repartos de tierras en lotes, como todavía sucede en la India, lo cual puede ser principio de una civilización en mantillas, pero no idea, no esperanza de una civilización como la nuestra, que ha llegado á su completa madurez, y que ha adquirido, ó está próxima á adquirir este supremo bien, la alianza del orden con la libertad, de la estabilidad con el progreso, de la democracia con el derecho, del individuo con la sociedad en el cielo inmortal de nuestros principios de justicia.

Este partido de los eslavófilos ó eslavonófilos, como otros les llaman, es un partido que tiene aun extrema influencia en los destinos
de Rusia. Dentro de Rusia el eslavismo se dirige contra el influjo de Petersburgo y de su corte. Fuera de Rusia se dirige contra los austriacos que dominan á los etchecos, y los húngaros que dominan á otra rama de la familia eslava. En cuanto hay un conflicto entre Francia y Alemania, los eslavófilos se ponen de parte de Francia, porque Alemania es el blanco de todas sus iras históricas. Pero en realidad, por el contraste con sus tribus patriarcales, detestan toda la civilización de Occidente. Moscow debía ser la natural residencia de esta secta. Por los años de 1840 llegó á la Ciudad Santa un aventurero croata llamado Jaz, apelando al sentimiento ruso para que le defendiera y le amparara contra los opresores de la Dalmacia y la Croacia. Enorme suma fué entregada á este apóstol. En expéndido banquete ofrecido á su honor, pronunciaronse, y en verso, entre el choque de las copas estas terribles palabras: «Bebamos hasta embriagarnos sangre de magyares y de alemanes.» Un chusco, al oir este despropósito, acertó á desvirtuarlo con la siguiente sa-
lida: «Señores, perdón, voy á dejar á ustedes unos minutos. Mi casero es alemán, corro á matarle con este cuchillo de mesa, y vuelvo al instante.» En unos provocó á risa esta ingeniosa broma, pero en otros de los asistentes á indignación, que de esta suerte se arraiga el fanatismo en Rusia.

Contra tal tendencia, que era funesta, reaccionaria, se levantó un hombre de extraordinario talento, Tchedayef. Corría el estío de 1838. Este hombre, dolorido, melancólico, incapaz de olvidar la multitud de desterrados, hundidos en las minas de Siberia, cuyos lamentos llevaba en los oídos, cuyas tristezas en el alma, ahogándose como ellos bajo la máquina pneumática del despotismo, cogió nerviosamente la pluma y trazó al relámpago de su cólera la elegía de la desesperación moscovi- 

ta. Para él esa Rusia tan alabada por los eslavófilos, no era más en el mundo europeo que una excepción horrible, una laguna ponzonosa, á cuyos deletéreos miasmas se había dormido la razón de todo un pueblo, y se había estancado la sangre de toda una raza. Esta
especie de condenado al infierno ruso, que te-
nia el valor de escribir audaz protesta contra
la eternidad de su pena, mereció que un gran
poeta dijera de él: «en Roma hubiera sido
Bruto; en Atenas Pericles; pero bajo el yugo
despótico, no fué más, ni pudo ser más que
simple oficial de húsares.» El Emperador, al
ver un hombre de tanta audacia, un hombre
que osaba insultarle, é insultar la nación,
vínculo y mayorazgo de su despotismo, le hizo
declarar loco oficialmente. Todos los sábados
iban un médico y un alguacil á certificar que
el grande escritor continuaba en estado de si-
niestra y monomaníaca demencia. El demente
era un hombre de alta estatura, de aristocrá-
tico aire y finas maneras, vestido con elegan-
cia, salado por todos con respeto; un hom-
bre, en cuya cara pálida como la cera, en cu-
yos ojos sombríos como un cielo del Norte, en
cuyos lábios contraídos siempre por amarga
sonrisa, en cuya conversación, bordada de
epígramas, descubríase la imagen de inmenso
dolor soportado con melancollía inexplicable,
que unas veces le apartaba de la sociedad co-
mo á un eremita, y otras veces le sumergía como á un náufrago en el oleaje de las pasiones y en las tormentas del mundo. Errante por las calles de Moscow, con el siniestro aspecto de un aparecido, ya se recluía en su interior y se callaba, como si hubiera renunciado á toda comunicación de sus pensamientos, ya soltaba la vena satírica, y se reía á todo reír de la vida moscovita, de su servidumbre religiosa y social. Hay en Moscow una gran campana, que al primer toque se resintió, y hubo necesidad de quitarle el badajo. Esta gran campana sin lengua, era para el escritor liberal un símbolo de ese pueblo ruso, grande, inmenso, ocupando una parte considerable de la tierra, pero mudo, condenado á no tener ni una idea en su inteligencia, ni una palabra en sus labios sellados por el despotismo. Así Tchekhýef atribuyendo esta esclavitud rusa á la religión ortodoxa, huía de los altares bizantinos y se abrazaba al catolicismo democrático predicado por Lamennais y Lacordaire, trasformándolo con el naturalismo de Schelling, lleno indudablemente de ideas religiosas y hasta
místicas. El Verbo había sido la encarnación de la idea divina en la vida humana. El Verbo, la revelación eterna del pensamiento por la palabra, había levantado la oscura conciencia humana, como una hostia luminosa en el templo del espacio, sobre el gigantesco altar del planeta. Y este inmenso territorio ruso, decía el escritor, hállose poblado por numerosísimas razas, la cual se dá á sí mismo el nombre de eslava, un nombre que en su más genuina etimología, quiere decir palabra, cuando se halla privada del habla. En efecto, no puede comprenderse toda la virtud de la palabra humana, toda la fuerza y eficacia que para el progreso del mundo tiene este sonido, apenas articulado por los labios, y ya desvanecido en los aires, no puede comprenderse cómo penetra hasta el fondo de las inteligencias, cómo mueve y levanta la voluntad, cómo abre nuevos horizontes en el tiempo y inaugura nuevas edades en la historia, cómo convierte en hombres las petrificaciones de razas alcanzadas por el despotismo; no puede comprenderse este milagro, sino cuando se ven los
medios á que apelan los tiranos para impedir la difusión de esa luz y de ese calor fecundantes; y el poder con que al cabo la palabra humana se sobrepone á todos, y soterra ella tan deleznable, tan lijera, tan etérea á sus fuertes perseguidores con todos sus esbirros, y todos sus ejércitos. La palabra, dicha en el desierto, suscita siempre un Moisés; y los Faraoones, que lo persiguen, que creen alcanzar con su espada al profeta, se anegan tristemente en el oleaje levantado por la palabra.

Así, cuando los hombres no pueden ejercitar su palabra, comunicársela mútuamente en los problemas políticos, religiosos, buscan un problema histórico, un problema arqueológico; y allí estallan las oposiciones de las inteligencias, y allí brotan las luchas de los partidos, y allí se encierran todos los términos de los sistemas sociales. De esta suerte me explico yo la existencia de los eslavófilos en Rusia, y la enemiga de sus contrarios. Los eslavófilos ortodoxos vienen á ser como nuestro partido tradicionalista. Y esta existencia de un partido tradicionalista en Rusia es un
bien, porque provoca la existencia de otro partido contrario, de otro partido progresivo. Es la condición esencial de la naturaleza humana. Jamás se planteará una idea sin que se planteé inmediatamente su contraria. De la oposición de ideas y de la oposición de fuerzas resulta en verdad a un mismo tiempo el equilibrio en la mecánica celeste y el equilibrio en la razón humana. Así la historia marcha entre radicales oposiciones hasta que las oposiciones se resuelven, y se elevan a misteriosas armonías. Mi aliento y el aliento de las plantas, que son opuestos, se necesitan y se completan. Con las oposiciones de las ideas sucede lo mismo. Pueden los pueblos acariciar utopías sociales; pero los déspotas acarician utopías autoritarias. Y una de las mayores utopías autoritarias es conseguir la unidad de fe, la unidad de creencias religiosas y metafísicas. Para esto han empleado sus aristocracias teocráticas, seguidas muchas veces de sus legiones de inquisidores. Y la naturaleza se ha vengado de tales utopistas alzando junto á cada dogma su heregía, junto á cada Iglesia
su secta disidente, junto á cada pontífice su tribuno, junto á cada idea por una fuerza dialéctica incontestable la idea radicalmente contraria. Y así junto á los eslavófilos ortodoxos y autoritarios nacieron los eslavófilos republicanos y socialistas.

Los ortodoxos tenían tres hombres que descoltaban sobre todos; Komekof, el dialéctico; Kireyefski, el místico; Aksakof, el fanático. Komekof era un moscovita vigorosísimo de inteligencia y de carácter; en memoria prodigioso, en fantasía poeta, en argumentacion poderoso, en el debate incansable; pronto siempre á la pelea, último en la retirada, armado de sílogismos y de invectivas, de tradiciones poéticas y de dilemas insalvables; ya encastillado en la ciencia, ya espaciándose en el misticismo; y cuyo único propósito se reducía á demostrar en todas sus conversaciones que la razón humana está tocada de incurable ceguera para conocer la verdad, y la voluntad humana de irremisible impotencia para cumplir el bien, no quedándole otro recurso en la tierra que acudir al auxilio de Dios, cuyo ór-
gano es la Iglesia griega, depositaria del espíritu y de la divina palabra. Kireyefskii con su hermano, representaba el misticismo, el éxtasis. Filósofos humanitarios un tiempo; horribles desventuras los habían lanzado al pie de los altares, donde padecían, se desesperaban como náufragos sobre escollos desiertos, que han huido de una muerte súbita para encontrar una muerte lenta. Eran como dos monges; corrían á las Iglesias, se arrodillaban al pie de las imágenes, absorbían su vista y su idea en la contemplación, desvanecíanse en plegarias perfumadas de misticismo, y cuando habían concluido los piadosos ejercicios y se miraban uno á otro con los ojos enrojecidos por cálidas lágrimas, decíanse con mútuos dichos: pronto se cumplirán nuestros únicos deseos, pronto llegaremos al descanso eterno de la muerte.

Aksakof representaba la acción. Su entusiasmo era tan grande que creía encontrar en los campos rusos el granito para fundar una sociedad perfecta; y en la reacción hacia los tiempos verdaderamente rusos, el único
medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza. Por el odio que á todo lo occidental sentía, iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos, recogidos dentro de botas de campana, túnica abrochada á lo campesino, alto gorro de pieles que le daba, como á Rousseau en sus posteriores extravagancias, el aspecto de un armenio ó de un persa. Llevando á extremos tan pueriles su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serian sus ódios á todo occidental. Pedro I, que había recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilización y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veía en él sino el perturbador de la vida rusa, el asesino como Felipe II de su propio hijo, el verdugo cruel que se gozaba en atormentar y matar en persona á sus víctimas, el plagio de Occidente, el fundador de Petersburgo, la ciudad anti-moscovita, la ergástula de los cortesanos, la fastuosa corte de los alemanes. Y si este horror sentía hacia Pedro I, sentíalo más intenso aun hacia Pedro III, Catalina II, alemanes de nacimiento y origen, fun-
dadores de la dinastía germánica que aun opri-
me á los rusos. La vida entera de Aksakof se
compendiaba en la reivindicacion del espíritu
nacional. Cuanto más estudiaba la historia
más crecia su fanatismo. La pasion le pertur-
baba. Su excesivo celo por la patria cegaba su
clara inteligencia. Creía exclusivamente ruso
el desarrollo de la vida popular, y era una ilu-
sion tal creencia.

Los escandinavos constituyeron Rusia en
principado; los mongoles en imperio; la ciudad
de Nougord ejerció un poder que pasó luego
a Moscow, y Moscow lo guardó hasta que hubo
de cederlo á Petersburgo. El tártaro, el cosa-
co, han llevado una grande variedad á la vida
rusa. Y estas influencias del Oriente no po-
dian ser las únicas influencias que formaran
un pueblo tan grande, un imperio tan vasto
como el pueblo y el imperio ruso. Acostum-
bramos á creer que solo en los pueblos meri-
dionales se verifican las grandes irrupciones.
Parécenos que la conquista se siente atraída
por el aroma de nuestro azahar; por la claridad
de nuestro cielo; por la mágica de nuestras
costas esmaltadas de reverberaciones deslumbradoras; por la belleza plástica de estas sirenas que se llaman Grecia, Italia, España, coronadas de grandes cordilleras, y mecedas por las sonoras ondas del artístico Mediterráneo. Pero la historia enseña que también las estepas glaciales, las noches eternas, las sombras caliginosas del Norte han sido atravesadas por irrupciones contínuas: que de esta traslación de las razas, de estas comunicaciones incesantes por el comercio y por la guerra, tarde ó temprano, resulta la vívida levadura de nuevos pueblos. Por consiguiente reintegrar á Rusia en su pristina esencia, como querían los eslavófilos, era un verdadero delirio.
CAPITULO XX.

LOS REVOLUCIONARIOS.

La pléyade, en que Belinski era la filosofía, Granouski la historia, Ogaref el apostolado, Hertzen la fantasía y Bakounine la acción, deseaba otra cosa, deseaba llevar á Rusia las instituciones liberales, democráticas de Occidente, y á Occidente las soluciones sociales, el espíritu de Rusia. Debemos decirlo en honor del revolucionario ruso. Ha recorrido todos los círculos de la vida, y ha llevado á todos igual pasión por su ideal. Desde las sociedades secretas á los públicos salones moscovitas; desde los salones moscovitas á los clubs
parisienses; desde los clubs á las barricadas alemanas; desde las barricadas alemanas á los calabozos austriacos; desde los calabozos austriacos á las fortalezas rusas; desde las fortalezas rusas á las minas de Siberia; desde Siberia al Pacífico; desde el Pacífico á los Estados- Unidos, desde los Estados- Unidos á Suiza y sus congresos; desde Suiza y sus congresos á Bélgica y los suyos; desde Bélgica á Londres y á la Internacional; desde la Internacional á las últimas revoluciones de Lyon y Marsella, su único pensamiento ha sido fundar la tribu comunista eslava en medio de la civilizada Europa. En vano le hemos dicho que el comunismo es el principio y no el término de la civilización; que esa forma social solo se encuentra en el origen de las sociedades y en la cuna de las sectas; que nosotros vamos á reintegrar la personalidad humana en toda su esencia, en todo su derecho, y no á encerrarlo en el seno de la naturaleza como un feto; que la propiedad colectiva es la propiedad de las primeras escuelas cristianas y de los últimos conventos católicos; que no hay
emancipación posible para el pueblo si no se salva la libertad en toda su extensión, y como raíz de nuestras libertades, la propiedad en toda su pureza. Bakounine continúa infundiendo en las venas de Occidente, una idea utópica, una idea fundamentalmente reaccionaria, que de ser admitida, nos llevaría a los tiempos antiguos, y nos reduciría a lo mismo que está hoy reducido el campesino ruso, a perpétua infancia.

Es creencia general que las ideas revolucionarias no habían trascendido durante el reinado anterior en Rusia, sino a los salones y a algunos emigrados convertidos en verdaderos occidentales. La reprehensión triunfaba del espíritu humano, según el vulgar sentir. Y sin embargo, para conocer la inutilidad de la reprehensión en el mundo, no hay como estudiar la ineficacia del despotismo en Rusia contra la fuerza de las ideas. Estos misteriosos rayos de luz habían atravesado todos los obstáculos. Volvíanse los espesos muros de la tiranía moscovita diáfanos, transparentes como el cristal. A cada paso descubriase una mis-
teriosa sociedad republicana. Y en cada so-
ciedad republicana tramábase una conjura-
ción política. Mr. Liprandi, hablando de las
descubiertas en 1849 y en 1850, en secreto
informe decía: «Los discípulos de diversos
colegios tienen perdida la cabeza. Embebidos
en extravagantes sistemas, cada palabra, cada
línea salidas de sus espíritus, respiran esas
doctrinas perniciosas, cuyas terrible conse-
cuencias ellos mismos no alcanzan.» En otro
documento presentado al general Nabokoff so-
bre las mismas conjuraciones, léense estas
palabras: «Abandonándose ciegamente á las
utopías, créense llamados á refundir toda la
vida social, toda la humanidad, prontos á
convertirse en apóstoles y mártires de esta
desdichada decepcion. Todo puede esperar-
se de tales gentes; ningún obstáculo les de-
tendrá jamás; porque en su concepto no tra-
bajan por sí mismos, sino por la humanidad;
y en sus trabajos no miran á lo presente,
sino á lo porvenir.» «Sorprendiéme, decía
cierto oficial de la guardia, en visita hecha
á un sobrino mio de la escuela de derecho
de Petersburgo, hallarle entre las manos las Contradicciones económicas de Proudhon.

Habiendo preguntado en tono severo como se procurara semejante libro, lo he recibido de mis camaradas, me respondió, todos lo tienen.» Léese en el folleto firmado Iscander, este juicio: «La Rusia parece tranquila porque está inmóvil bajo un sudario.» En 1855 decía un pensador ruso: «No puede señalarse el día preciso del advenimiento de las ideas revolucionarias en Rusia; pero se acerca á más andar y revestirá una forma propia, la forma rusa.» Bakounine decía en uno de los folletos publicados después de su cautiverio: «El pueblo ruso no se cree feliz. Gobernado por mano extranjera, por soberanos de origen germánico, que no comprenden ni las necesidades, ni el carácter del país, y cuya política, mezcla informe de mongólica brutalidad y de pedantismo aleman, excluye todo sentimiento nacional. De suerte que, privados de derechos políticos, no tenemos ni esta misma libertad natural, de que gozan los pueblos civilizados, y que permite
al hombre vivir en armonía con su carácter indígena, reposar entre los suyos y abandonarse plenamente a los instintos de su raza."
CAPÍTULO XXI.

LOS POETAS.

El espíritu moderno penetraba por todos los poros de la nación rusa, de la raza eslava. Hay en las naciones una bella manifestación de su actividad, la poesía, el arte, a cuyas cimas alcanza el primer albor de las ideas, cuando todavía duermen oscurecidas en el fondo de las conciencias. Por este medio, la raza eslava demostraba hasta en tiempo de Nicolás que no podía ser monstruosa excepción sobre la tierra, que no podía arrastrar tanto tiempo el peso de sus cadenas cuando innumerables pueblos las han roto. Es verdad que los em-
peradores tienden la mano hasta sobre el fuego sacro de las ideas que anuncia la aparición de nuevas leyes, como el fuego del Sinaí; pero también es verdad que se abrasa la sacrílega mano con que atentan al espíritu inmortal de la humanidad. La poesía misteriosa, velada; incierta como los ensueños, incierta como los crepúsculos; encerrando en símbolos á veces oscuros sus ideas luminosas, y en alegorías deslumbradoras sus libres aspiraciones, revela al hombre la dignidad interior de alma, y con la dignidad interior de alma la existencia del derecho. Cuando las nacionalidades han muerto en la tierra, viven aun erguidas en la poesía. Los hijos de Israel, proscritos, bajo los sáculos de Babilonia, á orillas de extranjeros ríos, no se consolaban sino viendo el vuelo de la golondrina que traía en sus alas nuevas de la patria, ó escuchando el canto de los profetas que traía en sus estancias verdades á la inteligencia, esperanzas al corazón, vida al espíritu.

El hombre, que personifica en su más alta expresión la revolución literaria rusa, es
Pouchkine. El romanticismo, que en Francia y en España, representaba la emancipación, representaba en Alemania, por estos contrastes entre las razas que forman como la trama de la vida histórica, el retroceso. Era la escuela romántica entre nosotros, libre protesta contra el espíritu cortesano y tradicional de la literatura borbónica, llamada clásica, mientras era en Alemania franca reacción contra las ideas de nuestro tiempo, y religioso culto á los tiempos de la Edad Media. En Rusia, el romanticismo tenía carácter análogo al carácter francés y español; en Rusia, era protesta viva contra el Estado germánico de la corte, é invocación elocuente al espíritu del siglo y al advenimiento de la libertad sobre los pueblos. Pouchkine fué romántico. En los albores de su romanticismo, no cantó, pues, la naturaleza, como la cantaban los poetas clásicos: Delille en Francia, Melendez en España; no cantó, como querían sus tiranos, los bosques de abedules y alerces; las estepas inmensas como el mar; la nieve vírgen, plateada por los rayos de la lu-
na llena; las ondas del Báltico, ya celestes en los eternos días del verano, ya aprisionadas bajo el marmóreo hielo en las eternas noches del invierno; los horizontes polares, con sus rosadas auroras boreales de un explendor indecible cuando los repiten y los descomponen los desiertos y las cordilleras de cristal; no cantó, no, esta naturaleza que continúa en sus movimientos, en su explendor, en su belleza, aun cuando presencie el crimen, y que recoge y bebe en completa indiferencia la sangre de los mártires, y sostiene con su vivificante aire el pecho de los tiranos; cantó el espíritu con sus ideas, el espíritu con sus agitaciones, el espíritu que se hincha de tempestades interiores, y sale airado hasta escalar el cielo en pós de la justicia y de la libertad; y que cuando cae, rugiente de dolor y desesperación, no reconoce ni en Dios mismo autoridad y poder para robarle su derecho.

¡Cantar el espíritu en el seno de Rusia! Caro debía pagar lo el poeta. Según unos historiadores, Pouchkine fue azotado antes de ser conducido al destierro. Según otros, fue me-
ramente proscrito al interior, y recluido en silencioso claustro. Allí devoraba su propio sér. El martirio del Titan, solitario en la cima del Cáucaso, era su martirio. A los ímpetus de la escuela romántica, sucedieron los dolores de Byron. Aquellos dolores punzantes, aquellas penas desgarradoras; la duda de lo divino y humano, derramada sobre las heridas interiores del corazón y de la conciencia; la hiel, saliendo á borbotones del hígado, como de ánfora quebrada; la ironía fina, el sarcasmo amarguísimo; los tránsitos bruscos desde los éxtasis de los ángeles en mística oración á los juramentos de los campesi­nos en brutal embriaguez; toda aquella escala de la indignación, fustigaba la conciencia muerta de un pueblo tristemente esclavo. Su dolor, su duda, su amargura, eran el dolor, y la duda, y la amargura de su generación, que había entrevisto la libertad en el cielo del porvenir, para caer herida bajo el látigo; bajo el Kout del pretoriano cosaco. Rusia gimió por el poeta; Rusia se avergonzó de sí misma en la vergüenza del poeta.
Este llegó á crear una personificación de sus propios males, creando un tipo inmortal de su espíritu y del espíritu ruso; llegó á crear el tipo de Oneguine. Es admirable el talento de los poetas para poner en una sola persona el carácter de todo un siglo. Nuestro teatro español tiene de tal aptitud poética maravillosos ejemplos. El Segismundo de Calderon, nacido para rey, encerrado entre las bestias; puesto en las entrañas de áspera gruta, sin comunicación alguna con el género humano, condenado á envidiar la libertad del ave que cruza sobre su cabeza, y del pez que coletea á sus plantas, y del bruto de las selvas, y del arroyo sin espíritu; con menos albedrío que los seres materiales, personifica aquel pueblo español, que desde la cima del mundo, cayendo en miserable servidumbre, perdió bajo sus cadenas hasta el alma. Oneguine era también el tipo, también la personificación de Rusia y del espíritu ruso. Agil, y no puede moverse; inteligente y no puede pensar; con palabra, y no puede hablar; sediento, y no puede beber; hambriento, y no
puede comer. Las facultades intelectuales y las facultades físicas, son en él completamen­

te inútiles, hasta el amor parece vedado á quien solo ha de engendrar esclavos. One­
guine es la imágen de las generaciones, que nacen y mueren bajo el despotismo; ociosas
para los más altos ministerios de la vida; in­
útiles en las esferas de la actividad humana;
anhelantes por salir de su esclavitud pero sin
acertar la salida; generaciones abortivas y
yertas, para quienes la tierra es como vasto
sepulcro, y la vida sin libertad, sin pensa­
miento, sin conciencia, como perpétua asfixia.
Esta persuasión de que eran todas sus fa­
cultades inútiles, llegó á infundir en el poeta una completa indiferencia entre la libertad y
la servidumbre, entre el error y la verdad,
entre la reaccion y el progreso. ¿A qué aspi­
raria la piedra á la inteligencia? ¿A qué aspi­
raria al calor de la vida? Poco á poco toda as­
piracion fué ahogada en aquel corazon, toda
idea fué muerta en aquella inteligencia, y el
poeta quedó como la naturaleza, que produce
la hermosura sin tener conciencia de produ­
cirla. Cantó, cantó; pero cantó en la olímpica indiferencia del arte por el arte. Cantó, cantó; pero cantó repitiendo las pasivas impresiones fugaces de todos los días, como repite el trasparente lago los objetos de sus orillas. No fué una idea reanimando la naturaleza y la vida, como debe ser la virtud poética, fué una máquina fotográfica repitiendo los hechos y las ideas que pasaban por los cristales de su mente. Nicolás llegó al total cumplimiento de sus deseos, el poeta se había suicidado. En su triste suicidio maldijo el único elemento que le sostuviera contra la tiranía y que le auxiliara á soportar la soledad de su cláustro; maldijo la opinión pública, triste reo de crimen horrible contra el género humano, maldiciendo su protector en la desgracia, su juez en el perjurio. Para el sentir de aquella alma desolada, cuando sacudía y atormentaba las cuerdas del arpa puesta por Dios en sus manos, el pueblo estúpido, indiferente, capaz de apreciar el Apolo del Belvedere por el peso del mármol y no por la hermosura de las líneas; el pueblo
dormido en el barro de sus campos, con su aliento de muerte como la cavidad de los sepulcros, le decía que su cántico era sonoro y ruidoso, pero vano y estéril como el viento; y á un pueblo así debía bastarle por todo regalo, no la poesía, don celeste, sino el calabozo de los despotas, el látigo de los pretorianos y el hacha de los verdugos. En efecto, el látigo de los pretorianos había mordido hasta el alma de Pouchkine.

Cuando suscita naturaleza un poeta, y pone en su inteligencia ideas universales, en su corazón humanos sentimientos, alzándole á la esfera luminosa, donde todos los objetos se esclarecen y se vivifican en la luz de la hermosura, y todas las ideas se expresan y se encarnan deliciosamente en suaves armonías, lo suscita, le dá la inspiración, le confía el arte mágico de las formas; le pone en la voz melodiosa acentos, y en la mente la virtud del trabajo creador; le hace sensible y á veces hasta desgraciado, para que embellezca las noches de la vida como el satélite emblece las noches del planeta, y despierte nue-
vas almas como la primavera despierta nuevos seres, y difunda ideas en los senos de la conciencia como difunden aromas, miel la luz y el calor en las entrañas de la naturaleza.

Renegar hasta de su inspiración, nada podía serle tan beneficioso en la corte. Mandóle el déspota, no soldados que lo azotaran, cortesanos que le corrompieran. Acordóse de que todos los déspotas habían tenido junto a sí un génio; Filipo, Aristóteles; Augusto, Virgilio; Cárlos V, Garcilaso; Luis XIV, Moliere, y quiso Nicolás tener su poeta, escogiendo á Pouchkine, que había dado flexibilidad maravillosa á la lengua rusa, y que había recibido los caudales de las ideas del siglo, evaporándolos en holocausto al despotismo. Así le nombró su chambelan. Todavía quedaba un resto de pudor en el corazón del poeta, y se resistió á semejante gracia. Pero Nicolás, resuelto á deshonrarlo, después de oprimirlo, impúsole que optara entre el cargo de chambelan ó el destierro al Cáucaso. El déspota asiático ar-
rojó Daniel á los leones; el Czar ruso arrojó Pouchkine á los cortesanos. En semejante situación no quedaba á Pouchkine otro recurso que morir ó deshonrarse, y escogió deshonrarse. Fué chambelán. La librea le pesaba como una cadena. Dios le había hecho uno de sus ángeles de elección, y el despotismo lo había convertido en una de sus bestias de carga. Allá, en la soledad de su alma, en el diálogo con su conciencia, cuando recordará que hay un Dios en el cielo y una justicia implacable en la tierra; delante de la historia, cuyos premios y castigos son eternos como la sucesión y la corriente de los tiempos, el poeta debía retorcerse de dolor, de ira contra sí mismo, de triste desesperación por no haber preferido á los favores de los tiranos que matan, la trasfiguración y la apoteosis del martirio, que deja inextinguible luz en la memoria humana.

Que su dolor fué grande, se conoce en que su vida fué desastrosa. Perdió lo más necesario á toda existencia, perdió la estimación de sí propio. Buscó los medios todos de huir
de sí mismo y no tropezar con el cadáver de su génio amortajado entre las espesas sombras de su conciencia. Para huir de sí mismo se entregó desenfrenado al placer. Aquella vida sin porvenir, torrente sin cauce, pensamiento sin objeto, inteligencia sin luz, canto sin ninguna inspiración, corazón sin esperanza, espíritu sin ideal; aquella vida se evaporó, por lo que á ideas respecta, en lo vacío, y se estancó, por lo que respecta á sentimientos, en el vicio. La orgía fué para él como un bebedizo. Pero si en la orgía encontró alguna vez olvido, encontró también terrible, implacable castigo. Abrió las puertas de su casa á los epicúreos, y los epicúreos, según sus sospechas, le corrompieron la única mujer á quien verdaderamente había amado en el mundo, su compañera de destierro, su esposa.

El poeta fué siempre celoso como un árabe. Biznieto de un negro, las pasiones de Othelo hervían ruidosamente en su pecho. ¿Eran fundados sus celos? No ha podido averiguarlo la historia; pero sí dirá siempre
que podia temerlo todo Pouchkine de su propia abyeccion y de los compañeros que le rodeaban. Los anónimos no le consentían vida tranquila. Varios maridos engañados le hablaban bajo sus firmas de la comunidad de sus desgracias. Danthes, oficial de guardias, era el rival preferido. Corrió el poeta a su casa, mostróle las cartas, y demandó en el acto un desagravio, una reparacion. Danthes, para disuadirlo, pidióle la mano de su cuñada, de la hermana mayor de la señora de Pouchkine. Verificóse el matrimonio; pero se engendraron nuevas sospechas. En tal situación, el poeta injurió públicamente a su cuñado y el cuñado no tuvo más remedio que empeñar y aceptar un duelo. ¡Terrible tragedia! Dos hombres unidos por tantos lazos, casados con dos hermanas, iban a matar o morir. El uno de ellos arrastraba al sepulcro una existencia henchida de placeres; el otro una existencia malograda por haber faltado á la vocacion de su génio. Los dos, antes de matarse, llevaban algo muerto y podrido en sus respectivas almas.
El duelo se verificó en espeso bosque cerca de Petersburgo. Danthes disparó primero. Pouchkine fue mortalmente herido. En las ánimas de la muerte, con el velo de la eternidad ante los ojos, sintiendo partirsele el pecho al estertor de agonía desgarradora, apretó febrilmente la pistola, y la disparó sobre su enemigo. Herido Danthes en la paletilla izquierda, cayó al suelo. El poeta, creyéndole muerto, le arrojó la pistola a la cabeza, y dijo: yo pensé que me alegraría más la muerte de ese hombre. En realidad no había otro muerto que él. Una larga, una penosísima agonía comenzó en cuanto le depositaron sobre su lecho. La familia, á quien había deshonrado, le rodeaba desolada; y el pueblo, á quien había ofendido, pedía noticias de su poeta nacional. Solo un hombre, frío como el hierro, impasible como el destino, rodaba en torno de aquel triste lecho de agonía, para acabar de extinguir algo más grande que la vida material, para acabar de extinguir las obras del génio á quien había corrompido. Este hombre era el Emperador. Podía el poeta haber escrito
allá en la soledad de su gabinete, en el secreto de su conciencia, cuando el espectro de una vida malograda se apareciera á sus ojos febriles, cuando el torcedor del génio le demandara con imperio y con remordimientos alguna verdad saludable; podía entregar en tercetos, en estancias inmortales el tirano al castigo irreparable de una execracion eterna en la posteridad. Era indispensable arrancar este último florón á su corona; este último pedazo á su alma. El Emperador le mandó un emisario encargado de pedir todos sus papeles á cambio del pago de sus deudas, y del señalamiento de una pension á su mujer y á sus hijos. El poeta selló este trato al borde oscuro de la eternidad. Era la madrugada del 2 de Enero de 1838 cuando espiró. Al morir, no pudo contemplar, no, con ojos serenos la posteridad, ni decir que había cumplido fielmente con el ministerio de su génio. Dejábase entre las garras del despotismo su inmortalidad hecha trizas, y su gloria tan deleznable como el polvo de su cadáver. Ni aun sintió su perseguidor que tuviera funerales.
En Rusia todo pertenece al Emperador. Era, pues, suyo también el cadáver. A la callada, en noche glacial, conduciendo el muerto á otra Iglesia que no fuera su parroquia, estando un cura que dijese como á hurtadillas rápida misa, dió tierra el Emperador al poeta, que bien pronto desapareció bajo el sudario de una inmensa capa de nieve, no tan fría como la capa de nieve que el despotismo tendiera sobre su genio. Ese es el destino de toda alma grande nacida bajo la infame coyunda del despotismo.

¡Cuán desolador el Gobierno absoluto! ¡Cómo apaga el genio! ¡Cómo corta sus alas á todas las bellas inspiraciones humanas! ¡Cuán perseguidos fueron siempre los escritores rusos! Lermentoff, que había sido osado á gritar en verso venganza sobre el sepulcro del primer poeta nacional, es arrojado á las sombras del destierro, y muere desgraciadamente. Palevoi, que osa recordar la existencia de un problema social, ve sus artículos secuestrados, su invectiva paralizada, y se entrega al silencio primero, después al elogio de los
pretorianos y sus mentidas glorias. Gogol escribe las Almas muertas, una novela digna de Cervantes. Así como las fantasías de la Edad Media recibieron golpe mortal de la razón madura y moderna de Cervantes; los horrores de la servidumbre, el comercio con las almas que debían contarse o no en los censos, recibieron golpe mortal del alma humanitaria de Gogol. Los pobres siervos en su eterna noche; los agentes del fisco en su codicia eterna; el triste alcabalerío de las estepas comerciando con los cuerpos y las almas; la podredumbre de una administración, por cuyas venas corre el pus de todos los negocios; la vida del señor territorial encerrado, sapo asquerosísimo, en sus estepas, que parecen humedecidas de lágrimas; todos estos crímenes, y todos estos horrores, tomaron cuerpo y voz para denunciarse como siempre se denuncia á sí misma la maldad, en la obra inmortal escritor moscovita.

La ironía es un gran corrosivo del mal y un gran despertador de la conciencia, porque opone á las tristezas de la realidad, á las
sombras de lo presente, la clara, la vivísima luz del ideal. Aun cuando la ironía no señale ese ideal, búscalo ansiosa la razón, persuadida de las tristezas y de las tinieblas presentes. Una sátira elocuentísima aparece siempre junto a una iniquidad, que se cuartea y se arruina. Antes de que la esclavitud se acabara en América, la novela de una mujer cristiana esparció por todas las conciencias, y derramó en todos los corazones, las nubes de lágrimas condensadas en las cabañas de los negros. Poco antes de que la servidumbre del terruño fuera enterrada en Rusia, la mató Gogol. Lo más admirable, para demostrar la eficacia del genio y la ineficacia de la persecución, es que la censura dejó franco paso á la obra, y el Emperador la premió con un libro, cuyas hojas eran billetes de banco. Pero bien pronto conocieron todos el veneno guardado en aquella humilde flor de las estepas. Gogol fué acerbamente criticado, suponiéndole falta completa de patriotismo. La segunda parte de su novela ó no se escribió nunca, ó se quemó después de escrita.
El poeta cayó en tristeza tan grande que nadie sabe todavía si lo consumió esta tristeza. Lo cierto es que su razón se extravió mucho, y en sus extravíos, para agradar al amo de todas las Rusias, publicó unas deplorables cartas sobre la ortodoxia griega. En la juventud, en la fiebre, consumido por un mal misteriosísimo, mal que le daba profunda y extraña melancolía, espiró Gogol, después de haber dejado entrever algunos círculos del infierno de la servidumbre. Pero la literatura, despertada por Pouchkine, cumplió su destino; a través del látigo, del Kout, de las bayonetas, de los verdugos, y de los Emperadores, pasó con su antorcha; y encendió en millones de seres enterrados bajo el terruño, la luz y el calor de la vida con la luz y el calor de la libertad.
CAPITULO XXII.

UNA REVOLUCION RUSA.

Agitada Rusia por innumerables ideas, debía también agitarse profundamente en la esfera inferior de la realidad de los hechos, durante los primeros días del reinado de Nicolás. Su hermano Alejandro, que indirectamente contribuyera á la muerte violenta de su propio padre, Paulo I, y que convidaría á los asesinos á llevar el ataúd en el solemne entierro de la régia víctima; vivió vida melancólica, y murió muerte desesperada y siniestra. El recuerdo de su padre; la convicción de que la corona había quemado la frente
de su hermano mayor; la seguridad de que el propio temperamento le arrastraban a la vio-
lenicia; el matrimonio con una mujer de rango inferior a su rango; decidieron al gran-duque heredero, á Constantino, resuelta, poderosa-
mente á declinar el Imperio, que solo podia anticiparle desastrosa muerte. Antes, mucho antes de que su hermano Alejandro pasara de esta vida, depositó el heredero Constanti-
no en lugar seguro, solemne renuncia al tro-
no, que debia recaer en la persona de su her-
mano segundo, Nicolás. Este dudaba si acep-
tarla ó no; y creia que la renuncia de Constantino necesitaba solemne confirmacion. Así, entre la muerte del Emperador Alejan-
dro y el advenimiento del Emperador Nico-
lás, hubo un período de verdadero inter-
regno.

La ocasion era propicia para un movimien-
to revolucionario. En esos instantes en que el poder carece de unidad, las revoluciones toman fuerza y corage. Por las estepas rusas corria el viento revolucionario que agitaba á toda Europa. El masonismo se confundia con
las demás sectas de los campos rusos y llenaba los corazones de sentimientos progresivos y humanitarios. La irrupción de las huestes napoleónicas había sembrado también tras sus pasos vaga aspiración a la reforma social. El ejemplo de los movimientos militares de España y Italia, esparcía esos contagios, en que palpita el espíritu fundamentalmente uno de toda Europa. La Constitución española de 1812, constitución esencialmente democrática, deslumbraba las inteligencias, y atraía a sí muchas nobles almas.

El Emperador difunto, en sus veleidades liberales admiraba mucho, y exigía a los soldados españoles reunidos contra Napoleon bajo sus banderas juramento de servirla y defenderla. A todos estos externos motivos, uníase el ideal acariciado en algunos cosacos de ánimo esforzadísimo, y que los impulsaba fuertemente a elevarse sobre los tiempos de la dinastía germánica a los tiempos de Ivan, para buscar en su tradición puramente moscovita, no restauraciones imposibles de Imperios, yertos como los imperios asiáticos, sino
gérmenes de una República federal eslava, que fuese el lazo sagrado entre toda una heroica raza.

De aquí sociedades secretas innumerables. Ya en 1823 la llamada del Bien público había echado en Volhynia las bases de la alianza federal panlavista. Una comisión de jueces, de esbirros, de verdugos, fue mandada de la corte contra esta sociedad de republicanos que padeció, pero no espiró en la persecución. Muchos pensadores la llevaron á las provincias más apartadas, y muchos militares la recibieron como promesa de emancipación y como medio de unir su instituto con el espíritu de nuestro siglo. Aquellas sociedades eran verdaderas conjuraciones. Por 1823 tuvieron los conjurados una reunión misteriosa en Kiew, donde se confabularon para destronar á la familia reinante. Sucediánse unas á otras las reuniones en diversos territorios del Imperio, proponiéndose en todas el destronamiento de la dinastía alemana y la proclamación de la República rusa. Estas sociedades crecían en tales términos que llegaban á tener
asiento en la misma capital del imperio, bajo ejércitos de esbirros, y se animaban al calor del alma de un poeta, el cual se reía del despotismo, á pesar del presentimiento siniestro de que moriría á sus manos. Y mientras estas ideas hervian confusamente en la inteligencia de la juventud literaria y militar, Alejandro espiraba en su reclusión de Tangarog, herido, no por el puñal de estos conjurados, sino por su negra melancolía.

El 8 de Diciembre de 1828, supo el gran duque heredero la muerte de su hermano, é inmediatamente confirmó á Nicolás su resolución de no aceptar el trono. A pesar de esta resolución, Nicolás hizo jurar por Emperador á Constantino, y solo aceptó para sí la corona cuando se hubo convencido de que no le quedaba otro recurso, vista la tenacidad del heredero en renunciarla. Los papeles que llegaron del retiro donde había muerto Alejandro, anunciaban la conjuración, y aun designaban como sospechosos de tramarla y sostenerla varios oficiales de la guardia.

El gobernador militar, hombre de gran
candor y de cortos alcances, no quería creerlo, y cuando le hablaban de las reuniones misteriosas de los jóvenes solía decir: «Déjadlos que lean entre sí y entre sí aplaudan mutuamente sus pésimos versos.»

Los conjurados supieron que después de haberse prestado juramento de fidelidad a Constantino, debía prestársele otro nuevo a Nicolás; y pensaron hallar en aquel extraño caso plausibles coyunturas para arrastrar a los soldados a una sublevación, asegurándoles que el heredero legítimo había sido destronado por su hermano rebelde, intruso, tal vez fratricida. Era la mañana del 26 de Diciembre de 1825. Nicolás, asaltado de torvas ideas leía la fórmula del juramento y la completaba con una proclama a sus tropas. Muchos de los regimientos habían ya cumplido con la fórmula, y Nicolás respiraba, cuando llegó la noticia que los soldados de Moskva se resistían, que mataban a alguno de sus jefes, que iban hacia palacio sublevados, y que se reunían en torno de la estatua de Pedro el Grande, amenazando con sus avanzadas y
sus tiradores á todos los transeuntes. El Emperador vaciló un momento, pero al cabo se decidió á salir contra los sublevados. Su familia le detenia, arrojándose todos, y especialmente las princesas desoladas, á su cuello, á sus pies, para impedir la salida. El momento era decisivo, supremo; uno de esos momentos en que se resuelve la suerte de las dinastías y de los imperios. La vacilación del Emperador podía alentar á los soldados. Nicolás salió. Una gran multitud rodeaba el palacio, y oia sumisa la proclama leida por el mismo Emperador con voz verdaderamente extentórea. Cumplido este acto, reinó silencio tan profundo, que el Emperador se dirigió á algunos ciudadanos diciendo que en sus mejillas besaba á todo el pueblo, y en aquella inmensidad solo se oyó la resonancia de los besos.

Los sublevados formaban una muchedumbre confusa, abigarrada, donde las voces eran tan discordes como las ideas, sin ninguna disciplina que los uniera, ni motivo alguno claro que los impulsara, pues mientras varios de
sus jefes acariciaban una república, la totalidad pedía, anhelante de servidumbre, el verdadero, el legítimo tirano. Dábanse muchas voces de «Viva la Constitución,» que los soldados repetían con delirio, imaginando que Constitución era el nombre de pila de la mujer de Constantino. Y mientras esta discordancia reinaba en sus filas, adelantábase Nicolás á su presencia. Un viejo general, que le acompañaba, y fue el primero en reclamar de los sublevados disciplina, cayó traspasado de un pistoletazo á los pies del Czar. Un hombre resuelto hubiera en aquel punto destronado á la familia germánica y destruido la obra de Pedro el Grande, porque el Emperador, si bien exponía su persona, descuidaba toda decisión y suspendía todo encuentro. Un ataque de caballería, que por fin se ordenó, hubo de suspenderse inmediatamente, porque los caballos resbalaban en el hielo. Decidióse apelar á la artillería.

Pero en esta incertidumbre los regimientos de granaderos de la guardia se habían sublevado también y tocaban al palacio de Invier-
no para apoderarse de la familia imperial. Cualquiera hubiese creído en tan supremo instante que sonaba la última hora de la dinastía de Rusia. Pero otro batallón de zapadores, fiel á Nicolás se interpuso, y evitó el golpe de mano. Las tropas sublevadas encontraron al Emperador en su camino, «Alto» dijo este. «Somos de Constantino» gritaron los granaderos. «Pues aquel es vuestro camino» les repuso el príncipe, señalándoles en su aturdimiento la plaza donde estaba el resto de las tropas. En estas había universal indecisión. El pueblo, fiel á Nicolás, se irritó, y comenzó á pedradas con los rebeldes. La artillería acabó la obra comenzada por el pueblo, y la insurrección fué destruida, ahogada en su cuna.

Concebir con claridad un ideal, formularlo en silencio; difundirlo entre esclavos; tocar con su luz en las conciencias ciegas, con su calor en la tierra estéril; organizarlo por medio de sociedades que se difunden rápidas en vasto territorio de antiguo desolado por la tiranía; llegar á verlo estallar en el seno de los
mismos institutos donde la autocracia encuentra el seguro de su poder, y el áncora de su despotismo; todo este trabajo podrá parecer baladí á los que solo miden la grandeza de los esfuerzos humanos por su éxito; pero eternamente parecerá grande á los que sabemos como toda idea sembrada germina, y como todo impulso dado mueve los pueblos, aunque al pronto desfallezcan, hacia el fin supremo de encarnar la propia vida, y realizar la propia esencia en la reivindicación de sus derechos. El Emperador, en cuanto tiene del movimiento noticia, se arroja al pie de los altares, ruega y aun llora, despídense de su familia, monta á caballo, sale, impone respeto con su ademan imperioso, su hermosa figura, su mirada olímpica y centelleante, despierta en el pueblo los sentimientos de obediencia que hay en toda muchedumbre esclavizada, y concluye por medio de su artillería la salvación iniciada por medio de su prestigio y de su audacia.
CAPITULO XXIII.

LOS MARTIRES.

El Emperador ha impedido la sublevacion. Pero no puede impedir que haya la idea relampagueada á los ojos del pueblo. No puede impedir que esta idea relampagueante haya tenido sus sectarios. No puede impedir que estos sectarios hayan grabado un dia de sublevacion militar en las paginas de la historia rusa. No puede impedir que este dia de sublevacion traiga otro dia de castigo. No puede impedir que este castigo engendre martires. No puede impedir que el nombre de estos martires sea repetido por las nuevas
generaciones y ensalzado en el seno de los calabozos como rayo de la luz que penetra, y vivifica al través de los espesos muros y de las altas rejas. Nada de esto puede impedir la autocracia; y todo ello crea nuevas almas libres.

El movimiento de 1825 no es un movimiento inútil ó estéril. De entonces data ese impulso hácia las ideas modernas que sienten las varias generaciones rusas. De entonces data ese profundo sentimiento liberal y republicano que se arraiga en sus Universidades. De entonces data esa creencia de que es posible modificar la realidad con el pensamiento. Abortó la sublevación, pero su propio aborto sirvió para atraer las almas grandes con la fecunda virtud del heroísmo y del martirio. Y cuando se mira el vasto imperio, encerrado en el despotismo, se vé que una legión de pensadores, á través de todos los obstáculos opuestos por la censura, por la autocracia extendida sobre el pensamiento, reivindica la libertad; y que otra legión de mártires, en los helados caminos de
Siberia, en las minas de los montes ourales, enseña la áspera y saludable religión del deber.

¿Y quiénes fueron los jefes de esta sublevación, es decir, los verdaderos fundadores del partido republicano en Rusia? Hombres de gran talento, conocedores del pueblo en que trabajaban, comenzaron por buscar un nombre aristocrático, prestigioso. Y encontraron el nombre del príncipe Troubetzkoï. Era este el jefe de una familia nobilísima, la cual, a la manera de los Medinacelis en España, pretendía tener más derecho que la dinastía reinante al trono de Rusia. Guiado el príncipe por esta tradición, bien puede asegurarse que no tuvo en las horas supremas del levantamiento el valor a la altura de la ambición. Pero un largo martirio le rehabilita de esta falta. La vida, que le dejaron, valía menos que la muerte de sus compañeros en la horca. Proscrito á las minas de los montes ourales, bajo grados de frío insufribles para la naturaleza humana, y entre los duros tratamientos de los presídios, su destierro es
trágica tumba, destierro lleno en cada mi-
muto de indecibles sufrimientos. Hay á su
lado un verdadero ángel custodio, cuyos do-
lores serán recogidos por la historia, su mu-
jer. Durante su permanencia en la corte, los
dos esposos, unidos por esas razones de Es-
tado que también imperan allá en las aristocra-
cias, se miraban con verdadera indiferencia
mútua. Pero en cuanto la adversidad
llega, siente la heróica princesa una intensa
pasión, inspirada por el sentimiento del do-
lor, y sostenida por la idea del deber. Bella,
tienda, joven; nacida entre los refinamientos
de lujo; criada en esos palacios moscovitas
donde á las comodidades parisienses juntan-
se explendores orientales; ni su sexo, ni su
educación la detienen; y en el carro primitivo
del campesino ruso, en la talega, por cami-
nos muchas veces no hollados, entregada á
todas las furias de los elementos, á todos
los peligros del desierto, corre días y días,
noces y noches, centenares de leguas, yerta
unas veces, hambrienta otras, siempre dolo-
rida, para compartir en el fondo de las minas,
bajo eterna noche, el jergon de un galeote. Allí vive con él, allí le sostiene, allí le da cinco hijos. Y cuando tras quince años de dolores materiales y morales horribles, una familia, engendrada en la desesperación, nacida con la marca de las cadenas, se ha formado, todavía sus males se agravan en virtud de una ley, que la envía á formar en el desierto una colonia penitenciaria. La madre, que no se asustó del tormento, se asusta de la soledad y pide que la dejen aproximarse con su marido á una población donde pueda tener escuela en que edúquen á sus hijos. ¡Los hijos de un galeote! jamás, dice el tirano. Y aquella madre, aquella esposa, que hubiera partido con su dolor las piedras, y las hubiera ablandado con el espectáculo de su sacrificio, no ablanda el férreo corazón del Czar, cuando le pide humildemente, con santa prevision maternal, que á lo ménos la deje vivir cerca de un boticario, para procurar medicina á sus hijos si están los infelices enfermos. Y el Emperador contesta al noble que le presenta esta sencilla petición: ¿Cómo os atreveréis
á hablarme de esa familia de rebeldes? Así el corazón humano se endurece en las alturas del trono.

Pero los verdaderos jefes de esta sublevación militar, vienen á ser el gran pensador Pestel y el gran poeta Ryleyef, ámbos militares. El primero, Pestel, educado en la escuela de pages, coronel en el regimiento Viatka, á la hora de la tremenda revuelta; inteligencia clarísima, corazón esforzado, carácter integro y entero; de una expansión, así en ideas como en sentimientos, que atraía y arrastraba á las muchedumbres; de una fuerza de voluntad que transformaba y modelaba á imagen de su espíritu los hechos, dominados por la dulzura misma de su encantadora humildad y por el poder de su génio extraordinario; apóstol como todos los talentos luminosos y organizador como todas las voluntades fecundas; estudiando la patria historia, encontró que la autocracia, el despotismo, eran de origen mongol; y la burocracia, la centralización, de origen germánico; que los mongoles dominaron doscientos años,
los bárbaros ciento, los alemanes siglo y medio á Rusia; y que entre todas estas irrupciones, entre todas estas conquistas, no hicieron más que deslustrar y oscurecer las ideas eslavas; los derechos inspirados por la originalidad de la naturaleza, la familia patriarcal y primitiva; la comunidad con sus bienes sagrados; proponiendo para destruir todo lo extranjero y restaurar todo lo nacional, á manera del eslavismo literario, que la raza se dirigiese por poderes de eleccion, celados en parlamentos de sufragio universal, y responsables ante los pueblos, que debían enlazarse en amplia y republicana federación. Pestel tenía de la revolución social, un sentimiento digno de los Gracos; y de la patria, una idea digna de Camilo; y por la república, un culto digno de Wasingthon; y en la guerra y en la milicia, aptitudes verdaderamente napoleónicas. El génio le había sido dado en potencia por la naturaleza; y no quiso el medio de su desarrollo, la atmósfera bajo cuyo frío brotara, que este génio se desarrollase en la viviente realidad. Ese es uno de los males mayor del
despotismo: las ideas que apaga, los caracteres que mata, las voluntades que esteriliza, las generaciones de almas que arroja mudas y sombrías a la eternidad.

Pestel había escrito un código republicano, que los jueces de su causa ridiculizaban, y que sin embargo contenía el ideal de las generaciones presentes, y la sociedad de las generaciones por venir. Su causa, como la causa de sus cómplices, fue comenzada, vista, seguida por un tribunal, bajo la inspección del mismo Emperador. Este dirigía preguntas á los acusados como un espía; los trataba como un fiscal; y luego los entregaba ya perdidos, condenados á sus irrisorios jueces. Y digo irrisorios, porque dióse el caso de que condenaran á un oficial á cierta pena, y el Emperador, de su propio puño y letra, la corrige y la elevara á pena superior. Pestel fué condenado á muerte, y murió como saben morir los valientes. Al saber su sentencia, solo pidió ser fusilado, en vez de ser ahorcado. El Emperador negó esta gracia. Al salir hacia el patibulo, solo encargó que se salvara
y se conservará su código político. Y el verdugo cogió al escritor, le ató las manos a la espalda, le ciñó una cuerda escurridiza a la garganta, apretó el nudo fatal, y lanzó como un péndulo aquel cuerpo en los aires, destuyendo un cerebro, del cual se escapaba a las alturas la invisible llamarada del genio. ¡Cuántas ideas se desvanecieron, y cuántas obras se destrozaron sobre las tablas de aquel espantoso cadalso!

Si Pestel fue la idea de aquel movimiento, Ryleyef fue la imaginación, la fantasía. Creóle poeta el cielo, y dióle todos los presentes de la poesía. Aun hoy, recita la juventud rusa con emoción, versos inéditos, no impresos, no publicados, que las memorias conservan como en depósito, y que los lábios repiten como la oración de esta nuestra edad. No se equivocaba, no, el poeta, sobre la suerte reservada a su genio por el destino implacable. «Moriré por la tierra que me vió nacer, decía; lo siento, lo conozco, y no solo acepto, sino que bendigo mi destino.» Empleado en la carrera militar y en la carrera judicial, jamás
quiso tocar con sus manos purísimas la soldada del despotismo. Redactor de un alma-naque literario, señalaba ya en sus páginas que la justicia es la estrella polar del humano espíritu. En sus acciones solo se encontraban estos móviles: el amor á su ideal, el amor á la humanidad, el amor á la patria, siempre el amor desinteresado á todo lo sublime. Inca-paz de odiar, amante del bien puro, sin ninguna baja pasión, quería ir al bien por el camino del bien, sin verter sobre la tierra sedienta de bien, ni una lágrima, ni una gota de sangre. La palabra de Demóstenes, le parecía más eficaz contra la tiranía que el puñal de Bruto. Imaginación ferviente, purísima, enamorada de lo infinito, al abrir sus alas, debía troncharlas contra los hierros del despotismo. En el mundo solo amaba la salud de la patria. Y para curar la patria, sus primeras ideas fueron monárquico-constitucionales, ideas convertidas más tarde, merced al influjo de Pestel, en republicanas federales. Tal fue la ley de su vida, y el consuelo de su muerte. En sombría mañana de Enero, bajo un cielo
cubierto de plomizas nubes, sobre una tierra llena de nieve, subían varios condenados a muerte, vestidos de sayal, encubierto el róstro en largos capuchones, atadas las manos a la espalda, por las escaleras de un cadalso. A su cabeza estaba Conrado Ryleyef, y sus compañeros eran Murawieff, Rumime y otros. El verdugo les ata la soga al cuello y los lanza con violencia al espacio. Las sogas se rompen, y los condenados caen ilesos en el suelo. Desgraciada patria, dijo Ryleyef levantándose, desgraciada patria, donde no se sabe ni siquiera ahorcar a un hombre. Bien pronto le demostró el verdugo que se sabia ahorcar, y ahorcar perfectamente, bajo el imperio de los déspotas.

El Jespotismo podía creer que, al ahorcar aquellos hombres, había también ahorcado una idea. Sus cuerpos yertos, sus voces extintas, la luz de sus ojos apagada, inspiraban la creencia al soberbio de que muere un principio cuando la sangre ha hecho estallar el cerebro que lo encubriera y la muerte aclarar los lábios que lo propagaran. Mas la idea
se trasmite por conductos misteriosos de generacion en generacion, de gente en gente, de siglo en siglo. Levantais en su contra la censura y la desvanece; oponéis fronteras celadas por esbirros á su paso de nacion á nacion, y las salva; la extirpais por el hierro, por el fuego, y queda como el eterno patrimonio del género humano en el fondo de su inextinguible conciencia, hasta que concluye por arrastrar á sus perseguidores y por modificar y trasformar las mismas leyes destinadas á su exterminio.

Los progresos que el derecho social ha conseguido en Rusia, débense principalmente á estos héroes, á estos mártires del pensamiento. Sin su apostolado, sin su muerte, la idea dormitaría aun tristemente en la conciencia; y el siervo, como las plantas, estaría aun arraigado en el miserable terruño. Si nueva vida ha latido en aquellas heladas comarcas; si un movimiento social ha impulsado los pobres campesinos, máquinas de trabajo, al derecho, á la libertad, sin duda débese á todas estas voces que han roto sus mordazas,
á todos estos holocaustos que han santificado nuestra causa y han redimido á los siervos. Jamás la esclavitud antigua se acabará si los estoicos no predicen la unidad fundamental del género humano, y á su vez los pobres nazarenos no completan este principio con la unidad de Dios. Pues jamás la servidumbre rusa hubiera concluido sin esta legión sagrada de poetas, de filósofos, de publicistas; que acertaron á desafiar las iras del poder en el destierro, en la horca; y á penetrar con la luz del pensamiento, en ese infierno donde la sangre se hiela, en el infierno de una educación pervertida, de un espíritu nacional constantemente yermo bajo las sombras del error. Cuando el siervo se sienta dueño de su conciencia y de su vida; cuando se vea libre de la justicia señorial que lo oprimía y lo vejaba; cuando pueda abrazar á sus hijos sin temor al látigo que cruzaba su rostro, y al destierro en Siberia que continuamente se cernía sobre su existencia, ignorará que la idea aca-riciada por los mártires desconocidos de la libertad, predicada por los apóstoles oscuros
de la democracia, cuyo nombre ha borrado hasta de la memoria pública una censura implacable, esa idea castigada como un crimen, ha ascendido, sávia misteriosa, del cadalso de los criminales al trono de los Emperadores, y desde allí ha bajado por su propia virtud, por su propia fuerza, convertida en reformas sociales, como lluvia vivificante, sobre la gleba feudal, y como maná de nueva vida sobre los ganados de siervos.
CAPÍTULO XXIV.

LA EMANCIPACIÓN DE LOS SIERVOS.

Indudablemente desde la muerte de Nicolás, ha progresado la sociedad rusa y ha progresado con sentido democrático. Y este progreso principalmente se debe a que la propaganda misteriosa y subterránea no ha cesado un momento. Cuando no ha podido hablar en Moscú, en Petersburgo, ha hablado en Londres, en Ginebra, y el golpe de la prensa hasé oído desde el seno de los palacios hasta el seno de las cabañas, en toda la silenciosa Rusia. Ya por los años de 1848 pudo convencerse Nicolás de que progresaba la idea caí-
da de los cadalsos de 1826. La revolución francesa, que él saludó con alborozo por destructora de una monarquía constitucional, llevó calor, electricidad á su imperio. En 1849 descubrióse vasta conjuración republicana, alimentada por una de esas sociedades secretas que brotan oscuramente en las sombras. Consejeros honorarios, oficiales de la guardia, estudiantes de la universidad, hidalgos y hasta gentiles hombres la compo-
nían. Veintiuno fueron condenados á muerte. En Rusia la pena capital está abolida por una disposición de la emperatriz Isabel. Y como el despotismo es tan hábil y tiene tantos recursos, no pueden imponerla los tribunales ordinarios, pero pueden imponerla los consejos de guerra, sobre todo á los reos de alta traición. Los conjurados fueron perseguidos, presos, condenados á muerte, puestos en capilla, sacados al lugar del suplicio, asistidos por los sacerdotes; sus ojos vendados, abiertos sus pechos á las balas, forzadas sus rodillas á hincarse en tierra, y al punto de sonar la palabra «fuego,» cuando ya habían devorado
todos los horrores de la agonía, esperando como inmediato descanso la muerte, léese el perdon concedido por un capricho de su tirano, vengativo hasta en la compasion, cruel hasta en la misericordia.

Pero la muerte hirió al tirano Nicolás, y un nuevo reinado se inauguró en la persona de su hijo el emperador Alejandro. Nicolás era un déspota a la manera asiática. En el terror se encerraba todo el númen de su furiosa política. Si el terrible Ivan azotaba, laceraba, hería los cuerpos de sus enemigos hasta arrancarles poco á poco, para que la vida durára más tiempo, y con la vida el dolor, cabeza, entrañas, arrojando después todas estas carnes destrozadas en calderas de agua hirviente; Nicolás ponía bajo el memorial de una princesa que demandaba evitáran á su marido la pena de deportación á Siberia: «que vaya á pie;» y obligaba á un pobre anciano á asistir á los bailes de corte en la misma noche en que comenzaba á cumplir su hijo único, bajo el peso de enormes hierros, horrible viaje á las minas de los montes
ourales, sepulcros de vivientes. Como su padre Paulo, como su abuelo Pedro III, Nicolás tenía ramos de locura. Merced á ella el siglo décimo-nono ha visto lo que parecía reservado á siglos más bárbaros, ha visto la muerte de naciones, la muerte de razas; ha visto caer los polacos, como los judíos en los tiempos de Nabucodonosor, de Ciro, de Vespasiano. Pero si Nicolás era un déspota á la manera asiática, Alejandro es un déspota á la moderna, un déspota ilustrado, un déspota que se gloria de ejercer su despotismo en pro del pueblo. Desconfiado, melancólico, deseoso de servir al espíritu moderno hasta donde el espíritu moderno le sirva á él, y de falsificarlo, ejerce la crueldad solo cuando cree que la necesita, y cae después de haberla ejercido en tristezas profundas, que muchos temen degeneren algún día, como sucedió á sus abuelos y á su padre, en verdadera demencia. Solo en Polonia, cuando la insurrección última, ha sido cruel Alejandro. Para las deportaciones de muchedumbres, para tal exterminio de pueblos, para
los fusilamientos de mujeres y niños, en el seno de las iglesias, conteniendo con las balas el cántico y la oración, sustituyendo el humo de la pólvora al humo de inciensos; para todos los horrores del bárbaro Mouravief, tenía Alejandro un consuelo, un gran consuelo, por más ideal y arqueológico que parezca: pensar en los tiempos antiguos, en la opresión de los rusos por los polacos, en el carácter aristocrático de estos; en su intolerancia religiosa, en su apego fanático al catolicismo enemigo de la religión griega, en sus tendencias jesuíticas, en la opresión impuesta á los siervos, en el feudalismo de sus instituciones, en la perturbación arrojada por sus dietas sobre toda Europa. Y después de haberse mecido en estas disculpas dadas por los periódicos rusos, creía dulce, dulcísimas venganza, emancipar revolucionariamente los siervos, y revolucionariamente despojar de sus propiedades á los señores. Pero la historia no agradece ni aun la justicia cuando la dicta el propio interés y se convierte en sañuda venganza.
El acto verdaderamente ilustre del reinado de Alejandro, fue la emancipación de los siervos. La servidumbre última, en las condiciones que hasta nuestro siglo alcanzara, databa de 1597. Un bárbaro, un usurpador declaró propiedad de los señores sus campe­
sinos convirtiéndolos en verdaderos animales domésticos. Nada le duele tanto a la natura­
leza humana, como la pérdida de la libertad; y miles de sublevaciones sucedieron a esta horrible medida. Pero al cabo, cayeron los sublevados bajo el yugo, y al yugo quedaron apegados y uncidos. El propietario los mante­
nia; pero les golpeaba como a sus bestias de carga; los repartia entre sus tierras, conside­
rándolos solo como fuerzas brutas; les daba los oficios que le placia; los alquilaba por cierto tiempo y cierta cantidad; disponia de ellos, creyéndolos una planta animada y mó­
vil de sus tierras. Y la industria moderna, lejos de disminuir, agravaba sus males. Al cabo, en el antiguo régimen agrícola eran la­
bradores adscritos al suelo, como el nido de la alondra, pero teniendo en el suelo su ho­
gar y su familia, y con el hogar y la familia el aire, la luz, un relativo bienestar. Pero viene la industria, levanta sus fábricas, quiere producir mucho con escaso capital y grande trabajo, corre a la globa, ofrece alquiler por los siervos, los recibe sin más encargo que hacerlos producir alto salario para sus amos, y los explota hasta convertirlos en rueda de sus máquinas, y en resorte de sus teares, donde se dejan atormentados y exháustos, en los torrentes de su acre sudor, torrentes de la vida. Algunos de estos infelices son conducidos a Europa, adiestrados en las manufacturas, y adoctrinados en las escuelas industriales. La libertad ha sido la esposa querida de sus almas durante cierto tiempo. Cuando vuelven á Rusia y ven que la han perdido, desfallecen, se enferman, mueren de nostalgia, de duelo por la libertad perdida. Este sentimiento honra á la naturaleza humana; este sentimiento dice que el hombre no quiere poseer nada cuando no se posee á sí mismo, y que la conciencia de sí, las informes revelaciones interiores de su derecho, le mo-
verán siempre, á pesar de tantas doctrinas materialistas como han pretendido en vano corromperlo, á ser eterno reivindicador de la libertad.

Por fin viene la guerra de 1854, y con la guerra de 1854, la experiencia de que los soldados nacidos en la servidumbre, no pueden medirse con los soldados nacidos en la libertad. La idea, que tanto había animado á los escritores más ilustres de la democracia rusa, esa idea de emancipación de los siervos, penetró hasta en la mente de sus más implacables perseguidores, y se llevó en pos de sí á sus más encarnizados enemigos. El nuevo Czar subió al trono con esa aurora sobre su diadema. El rumor de que la servidumbre iba á abolirse, llegó á la cabaña del siervo cuando todavía no resonaba en los gabinetes de la diplomacia. Algunos, como si voz misteriosa les llamara á nueva vida, alzabanse, cogían sus mujeres y sus hijos, y se iban, como los israelitas de Egipto, á merced de Dios, por la estepa desierta e inmensa, buscando anhelo-sos la tierra prometida, buscando la libertad.
Era necesario que los soldados salieran á su encuentro, que les cerráran con bayonetas el paso, que les hicieran volver por fuerza al terruño, donde les pesaba con pesadumbre infinita, su antigua esclavitud. Por fin la libertad resonó en aquellos oídos, como el cántico de Pascua en los oidos del doctor Fausto, devolviéndoles verdaderamente la vida. El Czar habló, y veinte millones de hombres palpitaron gozosos bajo la inmensa pesadumbre de sus cadenas. Sintióse la aristocracia horriblemente contrariada. No solo perdía parte de su riqueza, sino también parte de su influjo político. La jurisdicción, el derecho de administrar justicia, una de sus mayores y más altas prerogativas, quebrábase entre sus manos acostumbradas á sostener el yugo sobre el cuello de los pueblos. El 20 de Noviembre de 1857 salía á luz el rescripto que anunciaba la emancipación. El propietario debía conservar la propiedad de su tierra; y el siervo adquirir la cantidad de terreno indispensable á su habitación y sustento. La nobleza, tan sumisa á su Emperador cuando
el Emperador oprimía, demandó en son de combate y de amenaza la formación de comités que pusieran los intereses del propietario en armonía con las ideas del príncipe. Habráseles concedido á los nobles un período de doce años para recibir el pago de la vivienda y de la choza. Mas se les encargaba al mismo tiempo que resolvieran en esos comités nombrados por su propia clase, todos los problemas y apaciguaran todas las dificultades, teniendo en cuenta los intereses recíprocos. Una de las bases esenciales á la emancipación, era que los siervos emancipados formasen comunidades rurales. La nobleza se reunió en comités, y los comités comenzaron á oponer dilaciones á las reformas. El Emperador cortó estas dilaciones, emancipando de un golpe, y por un solo rescripto, á los siervos de los dominios reales. Esta disposición hirió profundamente á la nobleza. Han creído los aristócratas de todos los pueblos europeos que era cosa fácil y hacedera conseguir la libertad política y descuidar la reforma social. Han creído que podían ellos
tener prensa y parlamento, dejando solo á los siervos látigo y cadenas. Han creído que las ideas quedan, como vapores indecisos, allá en la mente, y no se encarnan aquí en la realidad. Han creído posible amalgamar la libertad y la servidumbre. Y cuando imaginaban que sus aspiraciones políticas no podían llegar hasta la mente del esclavo sujeto á la tierra, se han tristemente encontrado con que el esclavo era socialmente redimido, en odio á ellos, por los mismos déspotas, por los enemigos de todos. Así, en las guerras de 1848 y 1849, cuando los nobles de Hungría y los nobles de Galitzia peleaban por patria y libertad, no acordándose de que también necesitaban patria y libertad los plebeyos, el Emperador de Austria rompía sobre el terruño las cadenas de los siervos, y se conciliaba al pueblo, inspirándole sus propios sentimientos, el odio á la nobleza. El Emperador Alejandro había, pues, realizado una revolución en Rusia, una revolución, mediante la cual, en todos los dominios moscovitas, millones de hombres entaban resueltamente al goce de la verdadera
vida con el goce del derecho, encontrando la raíz de la existencia social, es decir su inviolable personalidad.

Esta revolución social engendró verdadera revolución política. El régimen bárbaro de la censura previa fue esencialmente modificado. Reemplazóle el régimen, no menos autoritario, pero más leve, de las advertencias, de las multas, de la supresión de periódicos. Es un progreso el sistema de ahogar las ideas sobre el sistema que no las dejan nacer. El régimen judicial también hubo de cambiarse con la pérdida de los derechos jurisdiccionales de la nobleza. El jurado apareció sobre la estepa. Es verdad que el Gobierno se reservó la arbitraria facultad de declarar los delitos que debían ir o no al jurado; pero la raíz de la institución existe, y de esa raíz brotarán nuevas reformas. Las asambleas provinciales vieron ampliados sus derechos y crecida su influencia administrativa. Modificaronse algo las pésimas prácticas de la burocracia, y se prometió algún respiro a este pueblo siervo. El despotismo se dulcificó un poco. Y con la
dulcificación del despotismo, se abrieron un tanto á la esperanza las almas encerradas bajo la antigua servidumbre. Hubo quien presintió la aparición de nuevos Estados generales; quien demandó para Rusia la palabra, la tribuna. Pero la palabra no le será nunca de grado concedida por el despotismo: que la palabra, henchida de ideas, es el Verbo de la redención social.

El movimiento revolucionario no se detuvo por esta causa. El espíritu humano tiene la sed infinita, la sed insaciable del bien; y á cada reforma que alcanza, siente necesidad de otra reforma. El pueblo ruso demostraba que no era el antiguo pueblo romano, y que no había perdido por completo en sus héroes la noción de sus derechos. Cuando las tribus bárbaras avanzaban, y el imperio romano se perdía, los Césares gritaban desde sus despedazados tronos, con la desesperación de verdaderos náufragos: libertad, libertad. Y el pueblo romano, acostumbrado á cinco siglos de esclavitud, se preguntaba á sí mismo, y preguntaba á los demás ¡libertad!
¿qué es eso de libertad? Había perdido hasta la conciencia de su derecho. El pueblo ruso amó y aceptó la libertad, como un don celeste; y se regocijó de obtenerla sobre aquel terruño regado con su sudor y con sus lágrimas.
CAPITULO XXV.

CONFLICTOS Y PERSECUCIONES.

La idea continuó su camino, lo continuó perseverantemente. Hertzen, Ogaref, desde el destierro, tocaban á rebato contra el viejo despotismo decadente, reo convicto y confeso de las desgracias de Rusia. Pero como el despotismo no puede existir sin suscitar conflictos, sobrevino la guerra de Polonia, que deslumbrada por la reciente emancipacion de Italia, quiso de nuevo demostrar su vida en su martirio. Los publicistas revolucionarios rusos doliéronse de las desgracias de Polonia, y demandaron para esta nacionalidad invenci-
ble la autonomía, el derecho. Los ódios contra Polonia son verdaderamente en Rusia ódios nacionales. Acuérdanse aun los rusos de aquellos tiempos en que eran esclavos de los polacos. Creen que la oposición de los polacos á unificarse con ellos es fundamentalmente una infame, una escandalosa traición á la raza eslava. Llamanse á sí mismos los demócratas de esta raza, y llaman á los polacos los aristócratas, los señores feudales. Por consecuencia piensan que toda defensa de Polonia es una defensa del feudalismo militar y de la teocracia. Los republicanos desterrados en Londres y en Ginebra, no podían participar de este sentido. El espíritu occidental los envolvía como la atmósfera, y para el espíritu occidental, Polonia es un pueblo mártir, un pueblo tres veces descuartizado, un pueblo, cuya indomable vitalidad asombra, y que tiene derecho á tomar cuerpo y sentarse entre las naciones europeas. Algunos de estos principios resplandecían vivamente en las obras, en los artículos de los republicanos rusos diseminados por Occidente. Rusia los
maldijo. Así, el escritor nacional, cuyas cóleras tomaban la grandeza de las cóleras de todo un pueblo, cuyos escritos eran los escritos de toda una raza; capaz de despertar con su acerada palabra en las huesas los restos de los rusos esclavizados por Polonia, y capaz también de predicar una Cruzada exterminadora contra los católicos la manera de la Cruzada católica contra los Albigenses; el escritor de esta fuerza, de este empuje, númeró inspiración de la Gaceta de Moscow, llamárse Katkof, y presentaba á los ojos de sus lectores entusiasmados el ministerio de la raza eslava en el mundo: llevar su pura sangre, su espíritu luminoso, su personalidad libre y su disciplina social á las razas occidentales necesitadas de una renovación de su vida. Para este fin el Czar es como un jefe á caballo de una raza en armas, y Polonia un soldado de la vanguardia que se pasa á los enemigos, á los Emperadores y á los papas de Occidente. Era necesario ó someter ó matar á ese soldado. Por eso Katkof aplaudía las deportaciones á Siberia, los fusilamientos en las plazas de
Varsovia, la violación de las Iglesias, los incendios de las selvas; y presentaba a Mouraviev en Polonia, como un ángel exterminador, que cumplía apocalípticamente los mandatos del Eterno.

La desgraciada revolución polonesa circundó las sienes del escritor panlavista con una aureola de gloria. Pero el hervor de sus pasiones le llevó más allá del alcance de su pensamiento. Katkof ha admirado mucho las instituciones británicas, y ha caído en el bizantinismo ruso. Katkof se ha educado en Alemania y ha tenido, por odio a Occidente, que odiar también la patria de su espíritu. Katkof posee una razón independiente, y la ha sometido a la ortodoxia griega. Al representar el sentido de su raza, no lo ha purificado, lo ha seguido con ceguera incurable, y lo ha cegado también con sus propias preocupaciones. Coincidiendo con la guerra de Polonia, sobrevinieron los incendios de Rusia. Las llamas brotaban por todas partes. Desde los barrios populosos de Petersburgo, hasta las humildes chozas del campo hu-
meaban, como si furias invisibles recurrieran con la tea en la mano todos los espacios de la nación. Al mismo tiempo que estos incendios devastaban el suelo, innumerables manifiestos republicanos movían y alarmaban las conciencias. Para que nada faltase, los estudiantes se amotinaban en las Universidades. El partido republicano fue denunciado por Katkof, como perturbador, como rebelde, como incendiario. El poeta Michailof, enviado á Siberia y muerto allí; el periodista Teheranychevski, encerrado en una fortaleza; el desdichado Mastsanof, siervo que había conseguido la emancipación de su cuerpo, y que aspiraba á la emancipación de su alma, encontrando en su nueva aspiración toda suerte de males, dicen bien claramente que el despotismo, al sentirse criticado y urgado, había sentido también renacer en sí la histórica, la implacable furia del Czar Nicolás. A estas desgracias del partido revolucionario ruso, sucedieron otras que escitaron aún más contra él y sus adeptos, la antigua cólera moscovita. Un día se cometió terrible atentado
contra la persona del Emperador. El brazo de un siervo que apartara la pistola, salvó la vida del Czar. La opinión pública imaginó que el regicida era un polaco. Pero el regicida resultó ruso, y ruso revolucionario. De aquí nuevo ensañamiento en la prensa contra la revolución, y nuevas persecuciones contra los liberales. La idea que verdaderamente se ha abierto paso hasta el poder, ha sido la idea de Mr. Milutine, la idea del Czar revolucionario, la idea del Czar demócrata, la idea del Czar combatiendo a la aristocracia y amparando a la plebe como los Césares romanos. Pero al partido revolucionario no le satisface y prosigue incansable, ya desde las sociedades secretas, ya desde las columnas de una prensa semi-libre, ya desde el destierro, la reivindicacion gloriosísima de la libertad, y la preparación necesaria a la República.

¡Extraña Rusia! Bajo el dominio de una Iglesia intolerante las sectas más discordes pululan: unas que interpretan por sí mismas la Biblia a la manera protestante; otras que
aguardan como los judíos el Mesías libertador de su raza; muchas que profesan, ya el principio maniqueo del eterno reinado sobre la naturaleza, en fuerzas iguales del bien y del mal, ya la práctica bárbara de la mutilación a lo Orígenes; algunas que corren a los desiertos, y allí encienden hogueras donde se abran voluntariamente los fanáticos; innumerables, que creen falseado el Nuevo Testamento y perdido el Viejo, vivo aun Cristo y errante sobre la tierra, vivo aun Pedro I, que encarna una de las manifestaciones del Mesianismo y que vendrá pronto a redimir a la tierra, mientras otras sectas, para las cuales el espíritu humano todavía no ha sufrido ninguna de sus maravillosas trasformaciones, hijas naturales de la Edad Media, aplican el oido a tierra, y aguardan silenciosas el momento supremo en que los cielos se desvanecan como un vapor, y el planeta se disipe y se deshaga como un montón de cenizas, entre las espadas centelleantes de los ángeles exterminadores, y la cólera de Dios volcada como inmenso océano de hiel sobre todos
los orbes. Y si bajo una Iglesia intolerante las sectas pululaban de esa suerte, bajo un cesarismo inmenso, que lleva en sus sienes como corona de diamantes los hielos del polo y en sus pies como sandalias de esmeraldas las ondas del Mediterráneo; que toca desde el frío mar blanco, hasta el meridional mar negro; que se enrosca a una porción inmensa del planeta y penetra en el centro de los dos grandes continentes asiático y europeo; que cuenta bajo su cetro las razas más varias, el germano que se gloría de su carácter europeo, y el mongol, que conserva su carácter asiático; el lapon del polo, y el tártaro de la estepa; el griego, que es la raza más ilustre en lo pasado, y el eslavo, que espera ser la raza más ilustre en lo porvenir; bajo un cesarismo inmenso, armado de tantas fuerzas, defendido por tantos ejércitos; se reúnen varios entusiastas apóstoles, oscuros, desarmados, hablando o escribiendo desde el destierro, pero que hacen temblar a sus tiranos, porque tienen una fuerza incontrastable, la fuerza de una idea, cuya virtud ha de conver-
tir, más tarde o más temprano, esas legiones de razas siervas en una federación, en una democracia, en una libre y humanitaria República.
Uno de los escritores que más han contribuido en Europa á difundir la tesis originaria del carácter democrático y socialista de los eslavos, es el escritor Hertzen. Mis lectores me perdonarán si reproduzco aquí su biografía que he publicado en otro lugar, y aparte de este trabajo, en el cual debe tener y tiene por necesidad inevitable un carácter predominante. Suprimir á Hertzen era imposible, porque suprimíamos la figura más original y más curiosa de la revolución rusa. Presentarlo de dos maneras paréceme difícil.
Además, este retrato fué hecho en presencia del original y no quiero retocarlo. Me contento, pues, con la reproduccion. Ya ha muerto después de haber sido por espacio de mucho tiempo la víctima y la sombra del Emperador Nicolás y de su raza. Desde Londres primero, desde Ginebra después, el escritor ruso lanzaba en estilo vivísimo, caldeado de fé, reluciente de poesía, llamamientos audaces á las razas eslavas para que cumplieran sus providenciales destinos. Me parece que todavía le estoy oyendo referirme poco antes de morir sus empeños revolucionarios, y sus audaces conjuraciones. Tenia el cuerpo breve, la cabeza grande, la cabellera larga y rubia como un godo, el color claro, la barba rara, los ojos pequeños y luminosos como aquellas pupilas de los ojos hunnos que, según Jornandez, tanto aterraban á los degenerados romanos; todos los rasgos de las razas del Norte. Pero en cambio tenia en la viveza de su palabra, en el calor que la animaba, en las fuertes emociones que la sacudían, en los tránsitos bruscos de lo sublime á lo grotesco,
en la variedad maravillosa, y en la gracia inimitable, todo el estro, toda la vena de los hombres del Mediodía. Para escribir el relato de la revolución rusa había escrito sus propias memorias, é hizo bien, porque sus memorias resumían todos los hechos revolucionarios que pasaban en la realidad, y todos los ideales que se descubrían claramente en la conciencia de los pensadores rusos. Hertzen era demócrata, republicano, federal; y además difundía con verdadero empeño las ideas sociales, destinadas á emancipar económicamente á los pueblos.

Con tales méritos, no hay para qué decirlo, pronto, muy pronto, fué á dar en el destierro, y á seguir la suerte de los desterrados á Siberia. A pesar de correr el mes de Abril, cuando le forzó el paternal gobierno ruso á emprender su viaje, los caminos estaban cubiertos de espesa capa de hielo, sobre la cual se resbalaban los caballos de su carruaje; y fuera de sus márgenes el Volga, en cuyas aguas estuvo á punto de perderse con su pequeña barca imperial, agujereada por un cho-
que, henchida de agua, zozobrante, entre la 
indiferencia de los barqueros vecinos, la de-
sesperación del gerdarme custodio, los llo-
ros del doméstico adscrito á su servicio, y las 
maldiciones del pobre barquero, dependiente 
del gobierno, que veía próximos castigos se-
verísimos, y se lamentaba de que la barca se 
perdiera, y él no se ahogara; pues tan ruda y 
cruel es para los inferiores la bizantina admi-
nistración de los rusos. Son de estudiar en la 
animada descripción de este viaje la barbarie 
de los empleados, la inmundicia de los para-
dores oficiales, la grosería de los gendarmes, 
las lamentaciones de los subprefectos que se 
quejan hasta de la disminución en el consumo 
del aguardiente, cuyo despacho tiene mono-
polizado el gobierno, interesándole por ende 
fomentar el vicio de la bebida, que les aporta 
anualmente muchos millones de rublos.

Un pueblo, de corazón perdido por el des-
potismo, de estómago envenenado por el 
aguardiente, engendraba de necesidad corrup-
tora política y corrompida administración. 
Allá, en Perone, á las fronteras de Siberia, á
la vista de las montañas Ourales, vivían multitud de polacos desterrados bajo el yugo de la infame burocracia rusa. Hertzen recibió del gobernador imperiosas órdenes de no tratar con ellos, al mismo tiempo que con ellos le juntaba el gobernador todos los sábados, merced á revistas de inspección celebradas en las oficinas del gobierno. Entre los desterrados conoció uno tan miserable de fortuna, como rico de alma, ido de Francia á Polonia para sublevar á sus conciudadanos, y enviado de Polonia á Siberia para purgar su gran delito, el delito de patriotismo. La mujer de este mártir corria, á la sazon, sola y á pie, sin saber casi el camino, guiada por su instinto como el ave, sostenida por el amor en aquel martirio, desde Polonia á Siberia, para unirse con su esposo en la soledad y en la tristeza del destierro.

Los empleados rusos, los burócratas castigan los territorios infelices que gobiernan con depredaciones propias más de conquistadores que de gobernantes. Entre las brutalidades entonces al uso contábase la increíble...
bar sus niños, sus pequeñuelos á los judíos, vestirlos de soldados, y en la edad más necesitada del cariño de las madres y el calor de los hogares, entregarlos á la vara del sargento y al frío del cuartel. Hertzen vió muchos, el que más de doce, el que ménos de ocho años, recien reclutados, conducidos por los desiertos de hielo, azotados por los glaciales vientos del mar blanco, llenos de heridas en sus cuerpos, y de tristeza en sus almas, que caian muertos á centenares por aquellas estepas, no tan desoladas ni tan tristes como las almas capaces de concebir y perpetrar estos crímenes.

De las fronteras de Siberia fué trasladado Hertzen á Viatka, region mas occidental, donde había un gobernador, antiguo titiritero de ferias y fiestas populares, antiguo criminal y presidiario, cuya buena letra y cuya eterna paciencia en escribir dia y noche le conciliaron el afecto de un poderoso funcionario ruso, que lo elevó á la dignidad de gobernador, dignidad ejercida como un sátrapa, pues se abrogaba ciertos derechos feu-
dales, que no son para nombrados, sobre el bello sexo. En cierta ocasión uno de los ofendidos, no recuerdo si esposo o hermano, protestó, y púsoyó á buen recaudo en los manicomios, á fin de poder probar con testimonios irrecusables que el ofendido era un loco, y la mujer por este defendida la amada de una noche del Emperador Alejandro, á la cual debía acatamiento y consideraciones un representante del Emperador Nicolás.

Cuando este gobernador se encontraba en Perone, enviaronle un noble, que llegó acompañado de su perro y de sus papagayos. Al mes, comprometido el nuevo confinado en amorosa aventura, salió á la calle de buena mañana en paños menores, persiguiendo á latigazos una infeliz mujer. Castigado con la internación á Siberia por tal escándalo, convidó todas las personas de más viso en la ciudad á comer la víspera de su partida. Fue expléndido el banquete. Al terminar regalóles un pastel de carne, grande y sabrosoímo. Cuando lo hubieron comido y celebrado, dijoles: «no dudo que os haya sabido bien,
porque esa carne es carne de mi perro. » Y arrojó la piel todavía ensangrentada sobre la mesa. Todos se pusieron malos de rabia y de asco. Leyendo los anales de los pueblos sometidos al despotismo, persuádese el ánimo de que el despotismo engendra así en las alturas como en los abismos sociales furiosa demencia. El Emperador Alejandro murió de melancolía; Nicolás casi de suicidio; el Czar reinante tiene en todos los rasgos de su rostro pintada torva tristeza; el general Souvarou despertaba á sus soldados cantando el canto del gallo por los campamentos; raras enfermedades morales y físicas, que son frecuentes en los libros de Tácito y de Suetonio.

Así no me extraña que en Rusia obligaran al demócrata Hertzen por fuerza á ser empleado del mismo gobernador que le atormentaba, y en el mismo gobierno que era como su vasto calabozo. Allí tenía el buen escritor, carácter de suyo inquieto, espíritu altivo, talento innovador y audaz, que resignarse á los burocráticos oficios de redactar estadísticas y que depender con empleados—máquinas, suje—
tos á ordenanza, siervos hasta de alma, esbirros de educación, sin ningún sentimiento moral, sin ninguna idea elevada, tomando el cargo como vínculo, su ejercicio como so­
corrida industria; y oprimiendo al campesino que necesitaba de la administración, cohecha­
do y robado de mil modos, como bestia ad­
crita á los cargos públicos para la mejor explo­
tación y cultivo de tan pingües haciendas. Pe­
ro ¿qué extraño es todo esto en gentes dirigi­
das y mandadas, no ya por la arbitrariedad, sino por el capricho? Un día se quemó el pa­
lacio de invierno. El Emperador Nicolás man­
dó que fuera reconstruido en el plazo de un año. Imposible obra tan larga en tiempo tan breve. Pero lo mandó, y no había más que obedecer. El exceso de fatiga mató á innume­
rables trabajadores. Un día criticó esta bar­
bárie en la escuela de ingenieros cierto alumn­
o. El gobierno quiso saber quién era el atre­
vido crítico. Negáronse sus compañeros á de­
nunciarle, y todos fueron azotados. Uno de ellos, por no sufrir tal afrenta, lanzóse de una ventana y estrélló su cabeza contra las losas
del patio. De tal suerte gobiernan los autócratas.

Y este gobierno era todavía más cruel y arbitrario en la persona de sus agentes y gobernadores allá por Siberia. El gobernador general Petel oprimía á los infelices campesinos y vedaba que sus quejas llegaran al Emperador, abriendo en la frontera las cartas y castigando como delitos los lamentos. Un hijo suyo conspiró por la libertad y fué ahorrado. Cuando estaba en capilla, entró el inhumano padre, y en vez de llorar, le reconvino ágriamente: que así muere la conciencia, así la naturaleza se asfixia y desaparece en los destinados á servir al despotismo. El hijo le respondió en esta frase; «muero por una idea, padre, por la idea de evitar en lo sucesivo á mi patria gobernadores como vos.»

Imposible tal empresa; uno de los sucesores de Petel abría los caminos de su provincia por los mismos procedimientos de Nicolás para reedificar palacios. Otro, sin ser sacerdote, decía misa con toda pompa y toda solemnidad los domingos en su capilla y á pre-
sencia del arzobispo. Otro, siempre que se emborrachaba, hacía salvas con los cañones de las fortalezas para saludar como un gran acontecimiento su divina embriaguez. Y estos hombres se creen de todo punto infalibles. Cierto agente administrativo contó entre los muertos de una casa de beneficencia un oficial espirante. Pero por uno de esos cambios súbitos en la naturaleza, no espiró el moribundo. Su muerte fue, sin embargo, anunciada; y los inferiores ascendieron y los pacientes heredaron las tierras que le pertenecían. Cuando sanó y pidió la restitución de su grado y de sus tierras, díjole el gobierno: «negado,» porque la estadística señaló á su tiempo irrevocablemente la situación y estado de este oficial. Vivió todavía mucho, aunque para el gobierno estuvo siempre entre los muertos.

Así, los campesinos rusos cuentan por días nefastos aquellos en que ven aparecer el ingeniero ó ayudante de ingeniero á señalar caminos; el agrimensor á medir tierras; el sacerdote á enterarse de los sacramentos recibidos
por sus hijos; y sólo conoce un medio de conjurar estas calamidades, tenderles unos cuantos rublos en papel, secos frutos de sus continuos afanes. Y no hay miedo que se descubra el cohecho, porque la ley castiga igualmente al cohechador y al cohechado, al funcionario que con amenazas estafa y al pobre estafado; al que da casi por necesidad y al que recibe el dinero.

Así la impunidad es universal. Pero como sucede en las naciones entregadas á lo arbitrario, pagó por todos el más inocente. A la caída del primer imperio francés, á la victoria del imperio ruso, cuando el favorito de la fortuna y de la guerra hogaba hácia su prisión de Santa Helena, creíase el Emperador Alejandro dueño del mundo; y poseído de exaltado misticismo, elevándose sobre antiguas dudas, proclamaba á Dios como dispensador supremo de tanta gloria para él, y de tanto poder para su autoridad mesiánica y cuasi-divina. Queriendo de alguna suerte perpetuar su sentimiento de gratitud, pensó erigir en Moscow, la ciudad santa, que había sido también la ciu-
dad sacrificada, grandioso templo á Dios. Un arquitecto de génio, había imaginado construir esta obra, que debía eclipsar todas las obras humanas en piedra, dentro de las entrañas y sobre la cima de esbelta colina, que domina la capital antigua de Rusia. El templo debía ser en su primer cuerpo un sepulcro iluminado por escasa luz, abierto en el seno de la colina, destinado á guardar las cenizas de los mártires de la independencia; y en su segundo cuerpo, basado sobre grandes pirámides egipcias, una Iglesia de Cristo, del Verbo, del combate por la verdad, del sacrificio en la crucifixión, ornado de profetas y de santos, que unieran en sus simbólicas figuras el Antiguo con el Nuevo Testamento; y en su tercer cuerpo, especie de sagrado que contuviera y encerrara la idea incomunicable de Dios, un santuario, sin ninguna figura, de largas líneas, de grandes dimensiones, empapado en místicos matices, erigido airosamente sobre inmenso intercolumnio, y rematado por la cúpula mayor que hubiera conocido el mundo, perdiéndose como la oración de los fieles,
como el incienso de los sacerdotes, en la inmensidad de los cielos. Witberg se llamaba el arquitecto que había concebido la obra. Mas puesto a la cabeza de una comisión encargado de traer los materiales, vendido por los mismos que le rodeaban, estafado indignamente, cayeron sobre él todos los rigores de los Czares, y vivió pobre en el destierro, y murió deshonrado, pidiendo en vano la justa y merecida rehabilitación de su nombre.

Este grande artista fué uno de los compañeros y de los amigos de Hertzen, allá en la segunda estación de su destierro, en Viatka. Pero bien pronto iba a comenzar la tercera y la más feliz. A consecuencia de un viaje del actual Emperador, á la sazón príncipe heredero, las penas del desterrado se mitigaron y se dulcificó su destierro. Hertzen fue conducido de Viatka á Vladímiro, ciudad ya más cercana á Moscow. Las dos primeras épocas del destierro habían durado desde Abril de 1835 hasta Enero de 1838. Llegado á Vladímiro, los recuerdos de su vida pasada, los sentimientos de su corazón exaltado, le llevaron
á compartir su ser con una hermosa e inteligente joven, á quien había amado mucho, y que mucho le amaba también. Era de su propia familia, prima suya, huérfana de padre y madre, pobre, protegida de una tía de ambos amantes, tía noble, rica, aristocrática, reaccionaria, egoísta, gruñona, encerrada en viejo palacio, donde los muebles seculares, los ahumados retratos de familia pendientes en paredes vestidas de riquísimas telas descoloridas; los escudos bordados en todas las cortinas, las arañas de cristal oscurecidas por el tiempo y por el humo; los adornos de antigua porcelana; los viejos relojes con su sonido lúgubre; los siervos cargados de libreas; las ancianas criadas vestidas y tocadas á inmemorial usanza; los monos que tosían de viejos y los papagayos que de viejos se desplumaban, como que eran testimonios de eterna repulsión al espíritu moderno, y de aislamiento inaccesible á todas las ideas de nuestro siglo. Allí, en aquella casa feudal, la hermosa Natalia, privada de todo cariño, adivinaba al través de su servidumbre otra vida,
otros sentimientos, otras ideas. La víspera de la partida de su primo para Siberia, fué á la prisión, y con una mirada le reveló su amor, y en cartas escritas á hurtadillas, se lo dijeron. Descubriólo la tía, y se opuso á que Natalia, educada por ella, se casara con un calavera, con un demente, con un desterrado, con un demócrata, con un joven caído de la gracia del clero, de la nobleza y del Czar. Hertzen dejó sigilosamente su destierro de Vladimiro, tomó el camino de Moscow, fué á la ciudad, obtuvo de Natalia que saliera á encontrársele en sitio de antemano designado, y se la llevó á su destierro, donde unióse en matrimonio con ella ante Dios y los hombres. Este amor fue bien pronto bendecido, consagrado por el nacimiento de un hijo, que vino á confundir más y más aquellos dos corazones llenos de amor, aquellas dos almas henchidas de poesía, dadas ambas al culto de las ideas de su siglo, y que solamente tocaban á la realidad, para embellecerla con sus esperanzas, y para modificarla con sus arraigadas ideas de progreso y de reforma.
En 1839, se levantó su destierro y pudo ir á Moscow, donde encontrara sus antiguos amigos, dados al trabajo del pensamiento filosófico, y al culto de las esperanzas sociales. Caso verdaderamente original y que apenas comprendemos en los pueblos de Occidente. El revolucionario, siempre perseguido, estaba siempre empleado. En Viatka había sido adscrito al gobierno de la provincia y á la sección de Estadística; en Vladimiro, á las oficinas del periódico oficial. Los diarios rusos del tiempo, merecen una especialísima mención. Bajo aquella fuerte censura, en la necesidad de ocultar todo pensamiento libre, la nación callaba amordazada; pero en cambio el gobierno escribía sin tasa y derramaba torrentes de negra tinta sobre el pueblo, como para oscurecer más su conciencia. Cada ministro tenía su periódico; y cada gobierno de provincia lo mismo. Para redactarlos hacíanse levas de escritores, quedándose con aquellos, que mostraban tener, si no buen estilo, buena ortografía. Y todo su deber estribaba en seguir ciegamente la consigna oficial.
Apenas llegado del destierro, su padre obligó a Hertzen á ir á San Petersburgo, donde le reservaba el ministro de la Gobernación otro empleo en las oficinas de Heráldica. Moscow es la capital de la tradición rusa, la capital del pensamiento ruso; Petersburgo es la capital de la burocracia rusa, la capital del Imperio alemán sobrepuesto al espíritu moscovita, nunca fatigado de reivindicar su antiguo predominio. Por consecuencia, Petersburgo es la ciudad de los esbirros y de los espías. Sí, espía el mozo de la fonda que enciende la chimenea; espía, el peluquero que os mueve á hablar mientras os peina y adereza el cabello; espía, la lavandera; espía, el comerciante, para quien llevais vuestras cartas de crédito, ó vuestras letras de cambio: el espía os sigue, se pega á vuestro cuerpo, á vuestra conciencia, vela invisible vuestro sueño; parece el aire, que os rodea perpetuamente. Como Hertzen hablara á un pariente suyo de la estatua de Pedro I, que ante la fonda se alzaba oscura y casi negra sobre la nieve, y recordara el primer grito de li-
íngatad lanzado á los piés de tal estatua, una
seña expresiva le impuso silencio, recordán-
dole el peligro de tales conversaciones, en la
residencia del Emperador omnipotente. A los
pocos días, cuando más descuidado estaba,
entra un gendarme en su habitación, le man-
da seguirle, y tomándolo en un trineo, le lle-
va á presencia del director general de policía,
que á boca de jarro, lánzale la amenaza de
un nuevo destierro en Siberia. Pero ¿por qué?
pregunta afligido, sin atinar con la causa de
este nuevo tormento, horrible para un jóven
casado y con hijos. «Por haber creído y di-
vulgado la noticia de que un gendarme, un
empleado en la policía imperial, robó y ma-
tó á un transeunte en las calles de la capital
hace tres noches. «Pero si todo el mundo lo
cuenta,» replicó Hertzen. «Son noticias ofen-
sivas á la majestad del Emperador y al crédi-
to del gobierno,» le dijo el general. Lo peor del
caso, era que Hetzen no lo había contado á na-
die en Petersburgo; lo había escrito en carta á
su padre. Y esta carta le costó humillaciones
propias, pesadumbres de familia, destierro
larguísmo; y un aborto á su mujer, herida por la presencia insólita del gendarme y la tardanza en el regreso del marido, á quien creía ya por siempre condenado á las minas de Siberia, pena tan triste como la pena de muerte. Estas persecuciones, después de todo, mostraban los remordimientos del Emperador.

Pero ¡qué castigo habría para los déspotas, si no tuvieran la conciencia en remordimientos, la vida en zozobra! Ahogan el espíritu humano, arrancan la voz al pensamiento, extienden la soledad sobre la conciencia, apagan la luz de las ideas; no hay partidos en su imperio; no hay controversias en sus academias; todos creen lo que uno solo cree; todos ruegan públicamente á Dios por el mismo que los oprime y los degrada. El Imperio está en paz, porque está en silencio. Pero súbito estalla una conjuración de cuartel, ó de serrallo. El cortesano, que besaba de rodillas, temblando los piés al opresor, saca un puñal y hiere. La mujer, que se prostituía á sus antojos, y le engañaba con mentidos trasportes, derrama unas cuantas gotas de corrosivo.
vino en la copa de la orgía, y envenena. El pretoriano, que blandía su lanza a las puertas del palacio para ahuyentar la cólera del pueblo, vuelve esa lanza contra su señor, y destona. Como se ha sobrepuesto a la naturaleza el tirano, vengase de él ruidosamente la naturaleza. Como ha podrido las conciencias, no encuentra en la adversidad una conciencia pura. Los sentimientos más universales y más humanos huyen del corazón de su familia. La mujer le desprecia, el hijo le aborrece, el padre le maldice. En su propio lecho está la conjuración. Su vida habrá podido ser vida de omnipotencia y de placeres, pero es su muerte, ese nacimiento de las almas grandes, muerte de dolor y de angustia. Estudiando el fin de los despotas, he visto la inmortalidad del humano ser, la perennidad de la humana vida, porque en la agonía comienza verdaderamente para ellos la justicia.

La historia romana es la fisiología experimental del despotismo. Augusto, que muere en su lecho, muere con sardónica sonrisa en los labios, con frío escepticismo en el alma,
creyendo su imperio una farsa, su vida una comedia, su fin el fin de un histrion. Tiberio espira huyendo del Senado y de su conciencia, en la casa de Lúculo, ahogado bajo las almohadas de su lecho, sin saber á quien irá el anillo con que se había como desposado con la tierra, oyendo ya anticipadamente las expansiones ruidosas de la alegría causada por la noticia de su muerte en la corte y en el pueblo. Calígula es herido entre comediantes asiáticos, y espira pidiendo en vano compasión á sus verdugos. Cláudio es envenenado por su propia mujer. Neron quisiera conservar la vida, convertirse de cesar en cantor, pasar del trono al teatro; ya cava una tumba para tomar tiempo; ya conjura á sus compañeros á que se mate alguno para darle ejemplo; ya llora y suplica, hasta que se atraviesa con gran trabajo una espada por la garganta, y muere en la desesperación y la vergüenza. Galba cae asesinado en las calles, y su cabeza, separada del tronco, rueda por lugares inmundos, como piedra de cloaca. Othon se suicida. El gloton Vitelio huye en-
tre su carnicero y su cocinero; se refugia en una portería; cae en manos de sus enemigos, niega su nombre, su persona; y es atado por el cuello con larga soga, conducido entre dicharachos del pueblo y pedrada mezclada con lluvia de fango y excrementos, á las orillas del Tiber, donde á puntapiés le rematan. Si Vespasiano murió erguido, Tito, el primer hijo de Vespasiano, muere de melancolía en su litera, llorando como débil mujer, creyendo oír el trueno amenazador en el cielo claro, asaltado por obsesiones de infernal terror; y Domiciano, el hijo segundo, muere herido en el bajo vientre por sus domésticos, luchando con una turba de libertos, de pretorianos, de gladiadores que le insultan, le escupen, le golpean, le atormentan y le acaban entre resuellos de rabia y carcajadas de burla.

Y así han muerto también desde hace más de un siglo los déspotas rusos: que la humanidad vive bajo leyes ineludibles. Pedro III es perseguido por Catalina, su mujer, la Pasifae del Norte, la grosera erótica furia de la sen-
sualidad coronada. Prisionero, los mismos que le prometen libertad le envenenan sigilosamente en animadísimas veladas, donde, entre cuentecillo y cuentecillo, juramento y juramento, maldición y maldición, consúmense copas rebosantes de todos los licores. Cuando Pedro siente los primeros efectos del veneno, vuelviese airado contra los asesinos. Conocen éstos que no debe perderse tiempo, y le asaltan como a un toro bravo, lo sujetan á pesar de sus hercúleos esfuerzos, lo derriban á tierra, cayendo arrastrados por sus estremecimientos y su violencia hasta que al fin le hieren con mil heridas en todo el cuerpo, y le machacan la cabeza contra el suelo. Al día siguiente, la Emperatriz desolada depositaba en magnificentísimo catafalco el cuerpo de su esposo vestido con traje de general prusiano. Tienen por costumbre los rusos besar en los labios el cadáver de sus deudos. Las muchedumbres besan los cadáveres de los Czares. Cuantos besaron los labios de Pedro III bebieron el veneno, y experimentaron súbitas hinchazones en sus propios labios: que
tan corrosivo era el líquido; y tan implacable
la amante esposa del Czar. Pablo I murió lo
mismo. Sus siervos, sus domésticos, sus cor-
tesanos tiraban de las cintas que debían aho-
gar aquel salvaje. Alejandro, después de ha-
ber sido de Napoleon amigo y enemigo; de
haber intentado repartirse con éste toda Eu-
ropa como un prédio; de haber ido desde el
incendio de Moscow á las victorias de París;
estenuado de cuerpo en vicios eróticos, exal-
tado de alma en visiones místicas; creyéndo-
se, ya un Mesías, ya un ministro de las ven-
ganzas divinas, ó ya un criminal castigado
por torcidos de conciencia; viendo que el
imperio mayor de la tierra, un imperio, cu-
yos límites apenas conocía; el ganado más nu-
meroso de siervos que contaba la historia mo-
derna, jamás bastaron á satisfacer su ambi-
ción, ni á mitigar la sed de su deseo; encerró-
se como un eremita en la campiña, y allí murió
á la manera de Tito, entre obsesiones y terro-
res, medio loco, airado contra sí mismo, de sí
mismo maldecido, sin creer en la humanidad y
sin esperar en Dios. Y Nicolás á nuestra mis-
ma vista, en cuanto recibió la noticia de sus reveses, en cuanto supo la debilidad de su imperio, á pesar de que el médico de Cámara lo retenía de la brida del caballo, para que no saliese á una revista en día rigidísimo y estando enfermo, por ser aquella salida un suicidio, salió desesperado en busca de la muerte. ¿Qué mucho, pues, si aquellos que así mueren, viven temblando hasta de las palabras y de las cartas de sus vasallos? ¿No es cada vasallo una víctima suya? ¿Y no es cada víctima suya un cadáver, sí, un cadáver ambulante, sin conciencia y sin alma, porque no existen allí donde no existe la libertad humana? Y estas víctimas le envían á la conciencia, quiera ó no quiera, miles de remordimientos.

El caso que veníamos refiriendo prueba en término último cuán azarosa es la vida de un tirano. Alejandro Hertzen había escrito á su padre que uno de los representantes del déspota asesinaba en las calles y por las noches á los transeuntes. Alejandro Hertzen merecía implacables castigos, porque reve-
lababa sus tendencias incontrastables á la crítica, que es la revolución en la conciencia, en el espíritu. Mas sus destierros eran bien singulares destierros. Tratado como el hijo pródigo de una familia monárquica y aristocrática, pasaba de empleo á empleo en sus largas y forzosas correríás por todo el territorio de Rusia. Del Ministerio del Interior en San Petersburgo, iba al Consejo de Regencia en Nougord. Inútilmente, una de las más consideradas princesas rusas se interesó por él; Nicolás fué inflexible, y no hubo más remedio que abandonar la córte y partirse para la provinçia.

El cargo de consejero de regencia era una especie de ministerio de los gobernadores de provinçia. Todas las mañanas debían los consejeros ponerse su uniforme, ceñirse su espada é ir á la recepcion del geffe, que entraña arrastrando su sable y haciendo reverencias, á firmar las diversas disposiciones del día anterior, sin tomarse siquiera el trabajo de leerlas, y sin que permitiera á los demás de viva voz comentarlas, no sea que llegáran...
á imaginarse miembros de Asambleas deliberantes. Hertzen, que desempeñaba negociados varios, tenía entre ellos el de inspección de policía, y como estaba él sometido á la vigilancia de la policía, quiere decir que estaba sometido á la vigilancia de sí mismo. Todas las semanas llegaba el informe que sus subordinados solían dejar por deferencia en blanco, y trazaba estas palabras inflexiblemente: adscrito al servicio del Emperador.

En este cargo podía hacer é hizo favores reales á dos clases de seres igualmente infelices: á los siervos y á los sectarios. Son estos unos campesinos, que disintiendo de la religión griega, de la religión oficial, acuden al desierto por todas partes presente en la inmensa Rusia para salvar la fe de sus almas, el tesoro de sus creencias. Los sectarios de Nogorod creían principalmente en la revelación y en la asistencia de un espíritu puro que se comunicaba estrechamente con su espíritu. Pablo I quiso conocer al anciano que en su tiempo presidia esta tribu. El anciano se presentó, y por ser muestra de respeto en los
suyos permanecer cubiertos, no se quitó su gorra de pieles. Tomóla á irreverencia el bárbaro Czar, y mandó que le condujeran á Siberia y quemaran la aldea donde se albergaba. Uno de sus ministros se echó, pasados varios días, á los pies del Emperador y le dijo que no había cumplido ni una ni otra orden, esperando las confirmara el Czar en mayor calma. No las confirmó, y fué encerrado el sectario en convento, donde edificaba á los monges moscovitas, en su mayoría glotones y borrachos, con la pureza de sus costumbres, severas hasta la austeridad, y la abnegación de su vida consagrada al bien de todos sus semejantes. Las persecuciones aumentaron los sectarios. Y el jóven republicano pudo favorecer aun á muchos en su cargo de consejero, y evitarles grandes molestias.

Más difícil era amparar á los trabajadores del campo; pues para amparar á los trabajadores del campo debía reñir con los nobles. Sin embargo, por todos los medios que tenía á su alcance, los amparaba. ¿Y qué podía hacer contra la fatalidad de las instituciones? La
sierva de un coronel entraba en el comedor con una tetera llena de agua hirviente, y el pequeñuelo del coronel que salía, tropieza con ella, y se abrasa la mano. ¿Qué castigo inventó el señor á este daño hecho involuntariamente por la sierva? La pena de Talión. Mandó traer un hijo, un niño de doce años que la esclava tenía, y le sumergió la mano en agua hirviente.

Las colonias militares eran una creación digna de las siniestras fantasías de la Edad Media. Todos los delirios del despotismo arriba; todos los horrores de la servidumbre abajo. Habíase puesto á su cabeza uno de esos generales que resumen y compendian los vicios del imperio moscovita, que tienen la ferocidad del tártaro, la soberbia del mongol, y la fría indiferencia del sargento alemán reducido á máquina por la disciplina y la táctica del gran Federico. Llamábase Araktcheief. Tenía una querida insolente, grosera, que golpeaba á todo el mundo, y la asesinaron. El déspota empañó su pañuelo en sangre de la mujer amada, se lo puso sobre el corazón, y juró to-
mar una terrible venganza. Aunque el asesino fue su propio cocinero, no pudo descubrirlo sino muy tarde. Entre tanto las prisiones se llenaron de inocentes, y los huesos crujieron destrozados innumerables veces en el potro. Hasta los transeuntes eran presos, y puestos a cuestión sobre la espantosa máquina del tormento y bajo el chasqueante Kouth. El criminal llegó a horrores monstruosos en su salvaje cólera. Tuvo sospechas de una pobre mujer inocente, y le dio tormento en el palacio mismo donde el monstro vivía. La infeliz estaba en cinta, y pedía piedad, no para sí, para el fruto de sus entrañas, para el ser que en su seno se agitaba, anheloso por la luz y por la vida. No hubo piedad. El látigo mordió las carnes, el tormento descoyuntó los huesos de la mártir, que espiró al dolor y a la vergüenza, matando de su muerte el triste hijo, antes de nacer, castigado.

El espíritu del joven demócrata se enardecía á presencia de estos tristísimos ejemplos, que en su tiempo, y en tiempos anteriores, mostraban todos los crímenes del despotismo.
Cierto día que estando en el palacio del gobernador se presentó una campesina, condenada por su amo a separarse para siempre del hijo único que la infeliz tenía, y a permanecer de por vida en Siberia; como Alejandro nada alcanzaría en su bien, presentó la dimisión de su cargo, que solo podían ejercer los crueles y lucrar los concusionarios; y se retiró a Moscov bajo la alta inspección de la policía.

En Nougord su vida era tristísima. Algunas veces la hipocondría le aquejaba en términos que entristecía a cuantos le rodeaban. Nathalia era naturalmente la más triste. Quizá la mujer, naturaleza en su esencia afectiva, reducir toda la vida de sus amantes, de sus esposos al sentimiento; encerrarlos en el fondo del corazón, y convertir el amor en la única tierra, en el único cielo del ser amado. Como á ellas, ¡tan buenas! les basta por toda felicidad con la felicidad del hogar doméstico, creen posible abreviar así, compendiar así la vida más dilatada, y expansiva y multiforme del hombre. Sér que existe fue-
ra de su sér, en el nido de otro corazón y al calor vivísimo del sentimiento, necesitando más que la luz del sol la luz de unos ojos queridos, y más que el aire de la atmósfera el suspiro y el aliento del amor, la mujer no comprende que haya para el hombre otro mundo que el mundo del hogar, ni otro cuidado que el cuidado de la familia, ni otra vida que la vida de los afectos, de los recuerdos, de las esperanzas para ella esenciales á su existencia. Es un sér amante, y por lo mismo un sér celoso. Quisiera que sus éxtasis se comunicaran al hombre á quien ama con ese sublime egoísmo sin el cual cree siempre vacío y mentido el amor. Por eso, cuando ve que la política, que la ciencia absorben mucho la vida del hombre, se imagina la mujer que la política y la ciencia toman formas plásticas, y son rivales hermosas, que le arrebatan el cariño por ella exclusivamente exigido como culto intolerante, único á la divinidad de su amor. Nathalia era una mujer de sobresaliente mérito. Había trocado un palacio por un destierro; y una rica herencia por un amor
exaltada. Su afecion hacia Alejandro era tan grande, que perdió en sus brazos y en el comercio continuó con sus ideas la religion aprendida en la cuna, observada en el hogar. Así descolgó el bizantino altarcito lleno de santos griegos; apagó las lámparas que ante estos altarcitos ardían; extinguió la oracion en sus labios, la antigua fé en el pecho; y abrazando las ideas filosóficas de su esposo, trocó toda aquella poesía, todas aquellas leyendas, perfumadas de incienso, embellecidas por la historia, acompañadas de solemnnes cánticos, nacidas entre la liturgia griega, y adoradas por siglos de siglos, trocólas todas por las rudas fórmulas de la hegeliana ciencia de su esposo. Hé ahí la mujer. Entrega á su amante corazón y conciencia; fé y esperanza; y sin él no quiere el cielo, y con él cree que hallará la felicidad hasta en el infierno. Llevada de esta exaltacion quejába Nathalia de que Alejandro se entrísteciera en Nougorod, cuando en Nougorod estaba ella, sí, ella, que solo vivirá para Alejandro, en cuyo amor habían desaparecido hasta su religion y sus creencias.
Bien es verdad que las costumbres del clero cismático-griego eran poco idóneas para mantener la fe en las almas puras. Hertzen cuenta en sus Memorias la muerte de un doméstico suyo, Matres, el compañero de destierro, ahogado en el estanque de una de sus posesiones del centro de Rusia. Padre Juan se llamaba el sacerdote ó cura de aquella localidad. Cuando el cuerpo estaba yerto, en su presencia, y en medio de las ceremonias religiosas para recogerlo, y de los procedimientos legales para testificar su fin, ya pedía padre Juan algo que comer, y sobre todo que beber. En el momento de salir con el cadáver salmodiando los versículos del ritual, interrumpía el cántico para preguntar si serían abundantes las agapas, las cenas de los funerales. Tenía por hábito emborracharse en todas las festividades religiosas, hasta caer desplomado sobre el suelo. Cogíanlo entonces como un fardo los campesinos, arrojándolo en su carro, dejaban la rienda sobre el lomo del mulo, y este animal, más inteligente y menos vicioso que el ungido del Señor, le llevaba por
instinto y sin necesidad alguna de guías ni carreteros á su casa. Por regla general su esposa se encontraba en el mismo estado de beatitud alcohólica que el buen sacerdote. Solo había firme en aquella familia la hija única de tan santo matrimonio, que se echaba entre pecho y espalda enorme tasa de aguardiente ó de ron, y su cabeza permanecía grave, serena, sólida, como si la hubieran fabricado en piedra. La embriaguez no era el vicio único de su santo padre, aquejábales tambien desapoderada codicia de los agentes bienes. Y cuenta Hertzen que llegó en su desenfreno hasta robar el reló á su mismo sacristán. La inmoralidad de su vida no se compensaba con la lucidez de su inteligencia, porque desconocía el griego, el latín, y á duras penas murmuraba entre dientes ininteligibles oraciones. Así molestaba frecuentemente á los crédulos campesinos, asegurándoles que no valían ni un sorbo de aguardiente las oraciones que él rezaba y las misas que él decía. Admiremos, pues, al clero de los rusos.

Alejandro Hertzen pasó después de 1840 á
Moscow, donde por muerte de su padre recibió una rica herencia, y de Moscow a Petersburgo en 1845, donde necesitó mover todas sus relaciones para conseguir un pasaporte al extranjero. Cuando dejó aquella Rusia con su Emperador absoluto en la cima, con sus manadas de siervos en la base; con su clero desmoralizado e intolerante; con su ejército al servicio de todo despotismo; con su policía que cela desde el hogar y la alcoba hasta el recorte de las patillas ó de las barbas; con sus universidades montadas como un cuartel y dirigidas por generales; con sus naciones degolladas y palpitantes; con sus varias razas encorvadas bajo el látigo; Hertzen respiró y sintió avivarse, crecer su sentido revolucionario, contemplando el pensamiento, brillar en las conciencias, y la palabra huir serena de los labios sin mordazas, y la prensa brotar como un árbol que diariamente se renovará, hojas cargadas de ideas, y las universidades discutir todos los varios sistemas que forman la trama de la ciencia, y tronar desde la tribuna esa elevadísima montaña moral en
discursos admirables las nobles aspiraciones de los pueblos, y en cresparse las muchedumbres en los comicios para prestar más fuerza e impulsar con más soberano impulso la civilización a sus fines naturales, a realizar la justicia; maravilloso espectáculo, en cuyo goce no se cansaba nunca, apareciendo á sus ojos la existencia pasada en la servidumbre, en el silencio, en los destierros, en las persecuciones de la policía, en la esclavitud de la vida y del pensamiento, como un sueño de muerte en el fondo de un podrido sepulcro.

Entonces sintió Hertzen una grande pasion por la propaganda revolucionaria en su patria. Creía él que no obstante la ortodoxia estrecha de la iglesia rusa, y el despotismo semi-mongol y semi-aleman de la corte, en la raza cosaca había un fondo de independencia, cualidades individualistas, espíritu personal y propio, facultades brillantísimas, que la hacían capaz de un régimen tan liberal como el régimen de los pueblos americanos. Para Hertzen los cosacos eran una especie de sajones continentales, inquietos, batalladores,
nómadas, sintiendo siempre una voz que les decía libertad, y que les empujaba adelante, como si tuvieran que destruir algún viejo imperio y que levantar alguna nueva sociedad. Y si esto eran los cosacos á sus ojos, los eslavos eran algo más, eran por el génio municipal, por la propiedad colectiva, por la comunidad de los instrumentos del trabajo, por la mezcla de la independencia más individualista con el espíritu más social, cualidades exclusivas de su privilegiada naturaleza; el pueblo apercibido á fundar en nuevas bases de solidaridad y de armonía la vida económica de las modernas democracias.

En su sentir, lo que este pueblo necesitaba era una voz que lo despertase, un clarín que, resonando en su oído, lo llamara á vivir y á luchar en la sociedad por el derecho. Después de haber asistido al nacimiento y á la muerte de la revolución de Febrero en París, Alejandro Hertzen se retiró á Lóndres y allí emprendió la publicación de un periódico en ruso y en francés, que se llamaba La Campaña. A esta larga distancia, un periódico ru-
so parece que debía interesar poco a un Emperador elevado sobre tan alto trono. Pues no era así. Caíale en las manos la maldita hoja como si le lloviera del cielo. Encontraba en su jardín, en su palacio, en su alcoba; diríase que la arrastraban hasta allí las ráfagas del viento. Nicolás sentía la publicación de aquella hoja, que denunciaba todas las brutalidades de su gobierno; sentía la por los reyes y pueblos extranjeros, por la emigración rusa que vagaba en Europa, por los mismos pueblos de su imperio a cuyos oídos pudiera llegar aquella palabra creadora de nuevas almas. Cuando Hertzen pidió por primera vez a Nicolás su pasaporte, puso el Emperador al márgen de su puño y letra en lápiz: demasiado pronto. El influjo poderoso de la princesa Olga Alejandrouna, suegra de Orlov, querida un tiempo de Jorge IV de Inglaterra, y directora de la conjuración que asesinó al Emperador Pablo I, alcanzóle el pasaporte, ¡Cómo sentiría Nicolás haberle dejado escapar de esa suerte, para que lleva á conocimiento de las extrañas nacio-
nes los gérmenes revolucionarios depositados por la naturaleza y por la historia en el seno de Rusia! Intimóle que volviera, y naturalmente se negó Hertzen á volver. Entonces le confiscó todos los bienes que tenía en Rusia. Los golpes de Hertzen redoblaban á medida que crecía la ira de Nicolás. El Emperador debió creer lo que creía Felipe II; debió creer en su dominio eminente sobre la vida y aun el alma de sus vasallos como Czar y como Papa. Cuentan de Felipe II que cuando tenía escrúpulo en mandar un asesinato, lo calmaba con el pensamiento de que la vida de los vasallos pertenece á sus reyes. Lo cierto es que en virtud de un razonamiento análogo, mandó Nicolás algunos esbirros á Londres contra el escritor revolucionario con más aire de asesinos que de jueces. Las ideas nuevas, á pesar de la férrea mano que pesaba sobre las conciencias en Rusia, habíanse extendido hasta crear otra policía secreta de la libertad frente á frente de la policía secreta del Imperio. Hertzen sabía los esbirros imperiales, que so color de amigos, le cercaban.
en Londres. Cierta vez convidó á beber en una taberna á uno de ellos, y cuando más dado se hallaba á las elucubraciones revolucionarias inspiradas por la necesidad de encubrir su ministerio, sacóle Hertzen un retrato fotográfico hecho en Petersburgo, y á cuyo pie se leían estas palabras: esbirro de Nicolás. Imagináos cuál sería el asombro del pobre diablo. A la muerte de Nicolás, las persecuciones se mitigaron; pero también se mitigó la oposición de Hertzen. La ley de emancipación de los siervos cautivó su alma y engendró en ella nuevas apocalípticas esperanzas sobre el grandioso ministerio de la raza eslava en el mundo moderno. Así de Londres trasladó su periódico á Ginebra.

En su retiro de Suiza difundía las ideas revolucionarias, con las ideas revolucionarias las esperanzas de una renovación verdadera en su raza, y por medio del ejemplo de su raza, en toda Europa. Embargado en estas gravísimas ocupaciones, sobrevino el Congreso político de Ginebra, que se llamó Congreso de la paz y fué Congreso de la República.
Representantes revolucionarios de todos los pueblos se juntaron en aquella Asamblea.

Uno de los primeros invitados al Concilio de los nuevos dogmas, fue el escritor ruso, que tanto ha trabajado por la difusión de estos dogmas en estepas desiertas y en razas primitivas. No obstante su carácter revolucionario, escusóse Hertzen de asistir al Congreso revolucionario, y escusóse por la cuestión rusa, creyendo que los demócratas occidentales jamás serían justos con su nación y con las esperanzas que su nación, desconocida generalmente, guarda en sus entrañas. No se engañaba. Sus pretensiones originales de renovación por los municipios eslavos y la sangre cosaca, iban á suscitar grande oposición, á lo menos grande extrañeza en los revolucionarios de Occidente. Un emigrado alemán llevó al seno del Congreso vehementísimo discurso contra los eslavos en general, y contra Rusia en particular. Criticaba acerbamente su papa-cosaco, mitrado y á caballo, con el sable al cinto y la cruz en las manos; su religión enemiga del respeto á toda otra creencia, y
basada en ortodoxia soberbia; sus manadas de pueblos hambrientos y helados, acariciando la esperanza de festín contínuo en las tierras de calor benéfico; sus pretensiones históricas á representar en el seno de tosca barbarie, ya corrupta, el antiguo y puro ingenio griego; sus hordas de escitas, medio bestias, medio hombres, mandadas por germanos renegados, y amenazadoras á la civilizacion occidental; sus generales-ogros, archi-asiáticos, adiestrados en el desierto á preparar nuevas invasiones de mongoles, tártaros y kalmucos; sus folletistas mesiánicos, educados y crecidos bajo el látigo de la policía, imitadores serviles de la cultura occidental en la forma, y enemigos de esta cultura en el fondo, que presentan por toda esperanza las bárbaras instituciones rusoeslavas, manchadas con la corrosiva gangrena de primitivo y brutal comunismo.

Como se ve, Hertzen había temido con fundamento á los demócratas occidentales. El discurso no llegó á leerse, porque las inculpaciones á un pueblo, sublevaban á todos los pueblos, y producían universales protestas.
Impreso más tarde en Bruselas, y difundido con verdadera profusión, escrito en estilo esmaltado de imágenes deslumbradoras, y lleno de esas salidas de tono tan naturales al humor germánico, el discurso de Borkheim alcanzó éxito en los extrañados y aun resentidos de que pueblo puesto en el tormento de la servidumbre, y encorvado bajo el cetro de los autócratas, no solo desdeñara ser redimido, sino pretendiera ser Mesías y Redentor.

Hertzen hablaba con cierto menosprecio de los occidentales. Encontraba en todos señales de la precaria posición que la generalidad de los escritores tiene en nuestras regiones, y los creía dotados de facultades brillantes, pero singulares, careciendo de las universales aptitudes por él descubiertas en su raza, en la raza eslava. Sin embargo, este encendido entusiasmo por la raza eslava no le llevaba á participar de las ideas de los panslavistas. Para estos era necesario combatir la cultura alemana traída por la casa reinante; cerrar el período iniciado en San Petersburgo y contrario al antiguo espíritu ruso; levantar la vida
nacional con su autocracia pura y su iglesia bizantina, desligándola del germanismo en mal hora importado por Pedro I al seno de un pueblo íntegro en su originalidad, y puro en sus costumbres. Hertzen creía también que Rusia guardaba elementos generales de civilización y de progreso. La naturaleza individualista y social de los cosacos; la propia personalidad sentida en ellos con vigor y la sociedad amada por ellos con pasión; la aldea patriarcal; el artel, asociación de trabajadores donde cada uno laboraba para todos y todos para cada uno; la vida común agrícola, la reunión de los campesinos en asambleas; la reunión de las asambleas en cantones, que a sí mismos se gobiernan; todo esto fecundado por el espíritu moderno, por este espíritu de libertad y de igualdad, producto de tantos siglos de elaboración espiritual, podía ser como el apocalipsis de una nueva era en la historia. Para Hertzen, los eslavos de genio inquieto y bullicioso, de voluntad emprendedora y audaz; sensibles y fantaseadores al par de fuertes y valerosos; faltos de expontaneidad y so-
brados de espíritu asimilador; comunicativos sin desnaturalizarse nunca, y originales sin perder el genio universal humano; vienen á ser de todos los pueblos europeos el más apto para pasar del antiguo régimen aristocrático al nuevo régimen federal, y para resolver, sin sacrificar el individuo á la sociedad, ni la sociedad al individuo, todos los problemas sociales.

¿No hay en estas originales aspiraciones alguna ilusión? Trazaba tales ideas el publicista ruso en tiempos del imperio francés. Aquel eclipse de la conciencia humana le parecía eterna noche. Los pueblos de la revolución tras sus maravillosas Cruzadas por la libertad, dormíanse brutalmente á los pies del despotismo. Volvían como verdaderos espectros aquellos tiempos últimos de la sociedad antigua, en que alzaban los ciudadanos altares y consagraban votos y ofrendas al César que los libertaba del peso abrumador de sus derechos. En tanta degradación, los pueblos, embutecidos y viciados, se preguntaban unos á otros cuando á la libertad los querían des-

TOMO II.
pertar: ¿qué es libertad? Y algo análogo habíamos visto en la civilización occidental por aquellos días en que Hertzen trazaba sus libros. Y así como la monarquía de los Ptolomeos y de los Augustos, inspiraba la égloga, voz verdadera de la naturaleza, en medio de las arbitrarias combinaciones del despotismo; así como la tiranía de los Césares obligaba al historiador Tácito a trazar el retrato de los germános independientes en sus selvas, y desligados casi de la sociedad para mejor conservar sus libertades individuales, ese bien robado por una eterna dictadura y perdido por una incurable debilidad; cuando todos nos quejábamos del despotismo militar triunfante en el corazón de Europa, era como un consuelo, como una esperanza, refrigerar y levantar el alma desmayada y sedienta de fe, en la vida pura de los campos con sus razas patriarcales y nómadas, gozando en medio de todas las privaciones el inapreciable tesoro de su libertad.

Pero convengamos en que esas costumbres patriarcales, esa vida común, ese trabajo so-
lidario, esa ausencia de toda autonomía individual no es solo propiedad de los cosacos diseminados en el imperio ruso, es propiedad también de todas las razas primitivas, de todas las sociedades en inocente infancia, de todos los pueblos nómadas, de todas esas antiguas y apartadas épocas, que se caracterizan por esa confusión completa entre el hombre y la naturaleza, en que está pegada el alma á la tierra como el feto al vientre de la madre. Necesitaríase caer muy bajo para que pueblos como los pueblos heleno-latinos que han elaborado la estética de la humanidad; que han producido el derecho civil; que han divinizado el espíritu humano con su idea del Verbo; que han educado las razas nómadas en la religión y en la disciplina social; que han traído al mundo moderno la gran cultura del espíritu contenido en el renacimiento, y á la sociedad moderna los principios universales de justicia contenidos en la revolución francesa, fuera así á tomar como ideal estados sociales por los que pasaron en tiempos casi fabulosos las tribus aborígenes de su larga historia.
Y lo que digo de la raza heleno-latina, digo también de esas razas germánicas que han fundado la libertad individual en sus municipios, que han producido la conciencia moderna en la Reforma; que han educado los puritanos, los apóstoles y los mártires de la democracia; que han dado al mundo el jurado y el parlamento de Inglaterra, la federación y la República de América; que han iluminado la conciencia moderna con ideas filosóficas: trabajos que acusarían de estériles, actividad individual que acusarían de infecunda, si dentro de esta larga serie de ideas no existiese la idea social llamada a redimir el cuarto estado de su servidumbre económica, sin detrimento alguno de los derechos fundamentales humanos, a que debemos la posesión de nuestro ser y la plenitud de nuestra vida.

En filosofía Hertzen pertenece a la extrema izquierda hegeliana. La naturaleza por todo ser, la vida presente por toda vida, el movimiento de las ideas por todo ideal; hé ahí su ciencia. No busqueis en ella ningun
principio inmóvil, absoluto. Es una continua procesión de sombras, que van y vienen, como la danza macabra de nuestras catedrales en la Edad Media. Cuando contemplo estos sistemas científicos, la vida en ellos me parece un río sin orígen y sin desagüe, rodando eternamente sus ondas por indeterminado cauce. Y el mundo de lo porvenir necesita un ideal. Y no puede haber ideal si no hay ideas. Y no puede haber ideas sino en lo incondicional, en lo absoluto. Yo nunca he creído que para destronar á los reyes de la tierra sea necesario destruir la idea de Dios en la conciencia, ni la esperanza de la inmortalidad en el alma. He creído todo lo contrario; he creído que las almas, desprovistas de estos grandes principios, caen yertas en el lodo de la tierra, y allí las pisotean hasta las bestias. Dadle al hombre una grande idea de sí, decidle que lleva Dios en su conciencia, la inmortalidad en su vida, y le vereis alzarse por el sentimiento de su dignidad fortalecido, á reclamar aquellos derechos que aseguran la nobilísima independencia de
su sér en la sociedad y en la naturaleza.

Alejandro Hertzen se había propuesto conmover al mundo ruso con las ideas más extremas del mundo occidental; y conmover al mundo occidental con paradojas ingeniosísimas sobre el mundo ruso. A su naturalismo en filosofía, y a su socialismo en política, unía un claro conocimiento de las ciencias naturales y un brillante estudio de las literaturas modernas. Brilla como escritor en la variedad de tonos, en la nitidez de dicción, en los contrastes felices, en la maravillosa flexibilidad de palabra, en la aptitud para poner lo grotesco junto a lo sublime, sin que resulte un gran desentonó, porque conoce los delicados matices de las ideas y las varias gradaciones del estilo. Si frecuentemente extrema los principios, no hay que extrañarlo. El inglés, el americano, el suizo, como viven siempre en la realidad de la política, conocen sus asperezas, y no se proponen destruirlas con leyendas y ensueños, sino con prácticas y positivas reformas. Los pueblos presos llenan sus calabozos de leyendas. Dice el mis-
mo Hertzen que el eslavo se parece al árabe en que se deja mecer muchas veces en alas de sus cánticos. Él ostenta las cualidades de su raza, también se mece en ilusiones y ensueños. Poeta era, naturalista, filósofo; y después de haberlo sacrificado todo por la política, nada político, en el sentido real de la palabra. Mas de todos modos, él ha revelado la unidad del espíritu moderno revelando que hasta en el seno de aquella Rusia, parecida á inmenso desierto, brotaban bajo su iglesia bizantina, su autocracia alemana, su nobleza moscovita, su ejército de cosacos, de tártaros, y su burocracia de máquinas, las incontrastables aspiraciones á la libertad universal.
CAPITULO XXVII.

REFLEXIONES SOBRE EL SOCIALISMO Ruso.

Sí, verdaderamente extraño parecerá siempre que entre los más anhelosos de reformar la sociedad moderna, y de reformarla hasta en sus cimientos, se encontrarán tantos y tantos hijos de esa nación rusa que pretende ser como la clave única de la autoridad herida por las revoluciones. En esta transformación de los espíritus moscovitas representaba Hertzen la idea y el sentimiento; representaba el compañero antiguo amigo suyo, Bakounine, el combate y la acción. Hertzen era el republicano á lo Rousseau, elocuente,
sentimental, un poco soñador; literato consumado, novelista agradable; con una fantasía capaz de mariposear sobre todas las artes, con una inteligencia docilísima al influjo de todas las ideas revolucionarias, llevando en su palabra caldeada por el fuego de la fe, el propio ardor á cuantos leían aquellos sus escritos dictados por la pasión y el entusiasmo, que crean como nuevas almas al contacto de nuevos pensamientos. Bakounine no es ciertamente esto, no representa esto; al contrario, representa la realidad, pretende modificar la vida; lucha, organiza, gobierna; cuando es preciso sublevar, subleva, y cuando ha sublevado un pueblo ó un partido, sostiene con las armas en la mano, á riesgo de su vida, la obra de sus conjuraciones.

Difícilmente se encontrará en el mundo un hombre más imbuido de sus ideas, más consagrado á realizarlas; con una doctrina tan rigurosamente lógica y una vida tan ajustada á la doctrina. El mundo para Bakounine, no se mejorará hasta que haya aceptado su ideal eslavo; y su ideal eslavo consiste en la muer-
te de todo organismo gubernamental, en la ausencia de todo Estado, siquiera sea el más democrático; en la desaparición de la familia dentro del municipio, que según él, es la verdadera familia humana; y en la desaparición de la propiedad dentro del colectivismo, reminiscencia de las tribus rusas acampadas en las estepas, a la manera de las antiguas tribus asiáticas.

Este ideal, en mi sentir, completamente erróneo, dañoso, más bien que útil a la democracia moderna, ha sido sustentado por una vida, en mi sentir completamente pura, consagrada toda entera con perseverancia admirable, a la defensa de los pueblos. Comprendemos todo el daño que las teorías de Bakounine hacen al progreso de la democracia en Occidente, lo comprendemos y lo decimos; pero comprendemos y decimos también que sus intenciones son rectas y sus errores brotan todos en lo más hondo de su alma, sinceramente unida a un sistema, que dimana de toda una larga educación, y se nutre con el riego de la ardorosa, de la inquieta
sangre eslava. Bakounine alarma en Occidente a las clases propietarias con sus apocalípticis
comunistas; y enerva a las clases populares con su menosprecio por los procedimientos
de nuestro republicanismo, y su repulsión a todas nuestras soluciones políticas. Pero Ba­
kounine se ha inspirado en el espectáculo de
sus municipios rusos, propietarios en común de las tierras, y cree de buena fe encontrar
allí el germén de la nueva sociedad humana.
En los congresos de la democracia europea,
en las grandes controversias, cuando el atlé­
tico ruso, de estatura casi gigantesca, levan­
te su oriental cabeza sobre todos aquellos
que le cercan á la manera que los jefes cim­
brios, cogidos por Mario en los campos pú­
tridos, alzaban su cabeza hasta sobre los tro­
feos romanos, descubriese claramente en la
sonrisa despreciativa con que oye nuestros
discursos, según él llenos de sofismas; y en
el siniestro relampaguear de sus ojos encen­
didos de cólera contra todas nuestras ideas
individualistas; descúbrese que hay en su
alma, sin darse él mismo cuenta, algo de
aquel rencoroso odio contra Occidente, que sostenía el godo Alarico, cuando asediaba a Roma, y la deshacía y la trucidaba, arrojando sus hijos dispersos, y sus monumentos saqueados al incendio como se arroja una víctima al fuego del sacrificio.

Bakounine sería incapaz de abrasar en el fuego material como el caudillo bárbaro nuestra sociedad; pero sería capaz de disolverla en el crisol de su inteligencia. Yo combato, pero yo comprendo esta concepción de la política llamada con fundamento hoy en Europa concepción exclusivamente moscovita. Una de las ventajas mayores de la libertad, es lo mucho que educa; y una de las mayores ventajas de la educación, es lo mucho que enseña a contar con la realidad viviente en todas nuestras soluciones políticas. Hablad con un ciudadano de Suiza o de los Estados Unidos; y lo primero que en él encontrareis de admirable, será el sentido práctico, el sentido de lo real, su seguridad serena de que toda reforma se realizará cuando la haya aprendido el pueblo en las escuelas de la po-
lítica, en la prensa, en las reuniones públicas; y quiera encarnarla en la manifestación más ingénua de su soberanía, en los cómicos. Pero un hombre, nacido á la sombra del despotismo; criado entre los terrores de la propia familia y las sospechas de la autoridad arbitraría; educado bajo el látigo de un dogmatismo religioso y político; así que la idea brota en la conciencia, amordazado por la censura; así que el carácter de ciudadano se desarrolla por la edad, puesto en el potro de la servidumbre; con el espectáculo siempre ante los ojos de la omnipotencia de un solo hombre y con la vergüenza siempre en el alma de la propia servidumbre, de la propia impotencia; cohibido en sus escritos, en su palabra, en las reuniones más íntimas por los esbirros; desconfiado, inquieto; como todo lo ve posible, todo fácil á su tirano, se crea en el alma silenciosa un ideal fantástico que ama con delirante exaltación, y concluye por oponer á la soberbia de los déspotas las tramas de la conjuración, los misterios de la sociedad secreta, el supremo esfuerzo de las revolucio-
nes. Por todo esto no me extraña que el partido republicano moscovita sea el menos práctico y el más exaltado de todos los partidos republicanos de Europa. Por esto no me extraña que Bakounine sea colectivista ante los problemas sociales, y anárquico ante los problemas políticos. En el estado de los ánimos, en las eléctricas corrientes de las ideas, el gobierno que no engendre ciudadanos libres tendrá que engendrar por necesidad demagogos furiosos. La libertad es una aspiración universal, y para defenderla, aquellos espíritus, que son lanzados del derecho, se refugian en la utopía; y aquellos ánimos, que son lanzados de la soberanía, se refugian en las conjuraciones. Así explico yo la idea utópica y el temperamento revolucionario del ruso Bakounine.

Su profesión fue la profesión de oficial de artillería. Pero sus inclinaciones fueron siempre inclinaciones de conspirador y de apóstol. Explicábábase en la filosofía su alma, en la filosofía que placaba un tanto la exaltación de su carácter, y templaba la sed de las refor-
mas. La cátedra de filosofía estaba, sin embargo, cerrada en Moscow desde 1826. Los déspotas saben muy bien que el pensamiento libre forja libres caracteres; y que en el mundo siempre domina sobre la fuerza bruta de los gobiernos, la fuerza inteligente de las ideas.

Pero la idea de Bakounine se ha extendido por el mundo y ha fundado la Internacional. Aunque se haya atribuido á Marx esta sociedad, aunque realmente la idea de Marx la haya animado, la organización y el impulso débese á Bakounine y á sus rusos. El que comenzó su carrera inspirándose en la más alta metafísica, la concluye y termina prescindiendo de toda metafísica. La idea de Dios le parece sobrado abstracta, y sobrado autoritaria; pues se olvida por completo de la idea de Dios. El concepto del Estado, en sentido de Aristóteles, tan necesario e indispen-
sable al hombre que sin él seríamos ó ánge-
es ó bestias, este concepto fundamental le parece que ha de entrañar cierta autoridad, y cierta gerarquía, aunque se funde en las
bases más democráticas; pues sacrifica el Estado, y le jura tanto horror á la República como á la Monarquía. El hombre solo tiene instintos, y su actividad solo debe consagraré á los intereses; por consecuencia, su gobierno debe ser una especie de factoría ó de compañía mercantil. La Religion y la Metafísica, la Monarquía y la República, las ideas trascendentales, bajo cualquiera de sus formas, el Estado, bajo cualquiera de sus aspectos, lo fundamentalmente necesario á la vida moderna, lo elimina por innecesario y lo maldice por opresor.

Y si no quiere ni religion ni Estado, inútil añadir que tampoco quiere familia. Para él la familia se alimenta de la tradición y se perpetúa por la herencia. La tradición la hace teocrática y la herencia feudal. Un Municipio que adopte, eduque á los hijos del amor, es el bello ideal de la vida humana. Esto no se llamará comunismo, porque el nombre es anticuado y dá horror, pero se llamará colectivismo.

La propiedad será atacada también como
todas las modernas instituciones. En sentir del publicista ruso, ninguna de éstas ha traído tantos y tan graves males como la concepción de la propiedad. Los instrumentos de trabajo deben ser comunes, y entre los instrumentos de trabajo debe contarse la tierra. Por consecuencia, la tierra ha de pertenecer en común al Municipio. Y cuando llega á este punto, sus instintos moscovitas se revelan. Nada de nacionalidades. ¿A qué hablarles de eso á los sacrificadores de Polonia? Casi casi se arrepiente de su antiguo entusiasmo por la víctima de sus Emperadores y de sus Patriarcas. La idea de nacionalidad le parece tan generadora de egoísmo como la idea de religión, como la idea de Estado, como la idea de familia. Es en el fondo la Patria antigua. El género humano, se compondrá en adelante de una colección de Municipios comunistas. No le digais que eso mismo era hace muchos siglos, antes de que viniese la civilización universal con dos grandes ideas, la idea del individuo libre, la idea de la nacionalidad autónoma. Si le apurais mucho maldecirá toda
la civilización y dirá que el ideal está á nuestras espaldas, en lo pasado, como cualquier neo-católico. Así nada le incomoda tanto como nuestras grandes transformaciones políticas. Todo discípulo suyo, que se interesa por la República, está seguro de recibir una excomunión mayor. Él atizará durante tres años las cóleras de los pueblos contra los republicanos, contra los demócratas, contra los que se bañan en el éther, en lo azul, y desconocen las rojas ideas que deben llenar y henchir las venas de una revolución verdadera. Él maldecirá de sus más ardientes sectarios, venidos á España durante la revolución de Septiembre, porque han gritado «Viva la República,» cuando debieron gritar «Viva el Colectivismo,» aunque jamás los pueblos meridionales hubieran llegado á comprender esa extraña idea. Él irá á Lyon durante los primeros días de Setiembre, pero á excitar las muchedumbres contra un Gobierno que tenía el terrible ministerio de fundar la República y de salvar la Francia. Él aplaudirá á los comuneros de París, que han dejado tras sí en
el suelo un rastro de sangre, de lágrimas, de asfixiante humo, y en las conciencias, en los ánimos, un espíritu de reacción al que difícilmente podremos arrancar nuestros penates, nuestras libertades y nuestros derechos. El viento de la estepa rusa ha pasado por el alma de Bakounine, y Bakounine ha derramado ese viento asolador en toda Europa. ¡Ah! Solamente son fecundas las ideas que germinan, y brotan, y florecen y fructifican en el seno de la libertad.
Lo hemos dicho muchas veces en el curso de estos trabajos y nunca nos cansaremos de repetirlo: el movimiento religioso trasciende al movimiento político en Alemania, mucho más que en ninguna otra nación. Nosotros, acostumbrados de antiguo a la indiferencia arraigada en el ánimo de razas que profesan un solo culto y tienen de grado ó por fuerza una sola religión, habiendo recibido con glacial indiferencia las cuestiones suscitadas sobre la autoridad del Concilio que declaró dogma la Concepción Inmaculada de María y
sobre la naturaleza del nuevo artículo, añadido a la antigua fé, del artículo relativo á la Infallibilidad del Pontífice; nosotros que, puestos á creer, nos dá lo mismo añadir que quitar un milagro á la lista de nuestros milagros, un santo á la letanía de nuestros santos, no podemos comprender ni explicar cómo las razas germánicas, sobre todo sus familias protestantes, que leen y comentan los libros religiosos, casi vedados á nuestra humildad, se apasionan hasta el fanatismo por la versión ó las interpretaciones de algunos versículos de la Biblia, por la época en que se escribieron y publicaron algunos capítulos del Evangelio, por la creencia en el libre arbitrio ó en la gracia, cuestiones ni siquiera discutidas en nuestras escuelas de Teología, las cuales someten su criterio al fallo inapelable de la tradición y su enseñanza á la autoridad infalible de la Iglesia.

Mas, parando mientes en el influjo que ha tenido la religión sobre la vida de estos pueblos, se alcanza toda la importancia política allí conseguida siempre por ideas y proble-
más, apenas sostenidos por nuestra fe rutinaria en la apartada y luminosa esfera de la teología o de la moral. La religión ha creado ese espíritu interior, íntimo, propio de las razas germánicas, que se aíslan severas en su conciencia, y que crean y fortalecen de esta suerte el principio capitalísimo de su política, el principio de la personalidad. Por más que los filósofos se empeñen, es hasta ahora imposible borrar la virtud de los dogmas teológicos en la vida práctica y en la vida política. Sobre nuestro sentimiento, sobre nuestra razón, hasta sobre nuestra fantasía se extiende, como el cielo sobre nuestras frentes, la idea misteriosa de lo infinito, de lo eterno, por la cual suspiran al cabo los más puros deseos humanos, y de la cual desciende la inspiración sobre las artes, la luz sobre las ciencias, la esperanza de la inmortalidad sobre toda fugaz y frágil vida.

Mas no es la relación de lo finito con lo infinito el principal carácter de la idea religiosa. Su virtud, su fuerza creadora se extienden a las relaciones sociales y a las leyes políticas.
Así como decía Plotino, que cada alma se crea, se cinzela un cuerpo a su imagen, podemos decir nosotros, que toda raza, todo pueblo tiende a formarse en la religión y en sus dogmas un alma en armonía con su temperamento, su complección y su historia. El pueblo hebreo ve surgir en el inmenso desierto, cuando marcha desde Egipto á la tierra prometida, como un sol de su conciencia, el Dios, uno y provido, que le guíe con sus columnas de fuego y le alimente con su lluvia de maná; y allá, en el cautiverio, cuando el férreo látigo de los tiranos vibra sobre sus espaldas, y el sombrío curso de extranjero rio corre á sus plantas, bajo los sáuces del destierro, á los ecos de la elegiaca arpa, brota el mesianismo, la religión de la esperanza que otras razas debían aceptar y cumplir.

Cuando el pueblo griego arrancaba á la naturaleza la idea de la ciudad individual, heredera de los antiguos imperios y madre de las futuras democracias, cinzela, pulía los dioses venidos del Oriente, y elevaba en ellos, en su radiante hermosura, la imagen del hom-
bre al Olimpo. Así, el egipcio, que se levanta en continente africano entre los pueblos europeos y los pueblos asiáticos, término medio del gran silogismo de la historia universal, sacerdote que revela á Grecia los misterios de Oriente, conserva en su teogonía el sabeísmo, la luz, el alma de las regiones orientales; y calienta, y abriga el germen del politeísmo helénico, el alma de las religiones de Occidente. Su religión parece la religión de la muerte y de la inmortalidad; sus sepulcros, ciudades de ideas alzadas entre los confines de dos mundos; sus momias, los dioses orientales, caídos de sus altares, muertos al pie de sus teocracias, embalsamados y conservados por filtros misteriosos, para ir á resucitar en las tierras occidentales, en Grecia, en Sicilia, en Italia, al conjuro de los oradores de los poetas y de los filósofos.

Las ciudades semíticas de la Mesopotamia, Nínive, Babilonia, capitales de las tribus caldeas, que han recorrido el desierto con los ojos fijos en el cielo, tendrán por dioses las estrellas, por dogmas los principios esenciales á su na-
ciente astronomía, por la universal inteligencia, que com penetra y dirige el Universo, los eternos efluvios de la increada luz. Nuestros más antiguos progenitores, los arios, llevaban ya en los indecisos comienzos de sus primeros días, en las letras iniciales de sus primitivos himnos, los dioses, que luego han de adorar los helenos y los latinos en sus ciudades, los germanos y los eslavos en sus bosques. El cielo y la tierra; las estrellas que se pierden allá en los abismos del espacio y las arenas que se pierden allá en los abismos del mar; las montañas elevadísimas, y los nublados que ciñen su cintura, y los ríos que manan de sus plantas; las ondas que se agitan coronadas de diademas de espuma, y los vientos que corren desatados entre las contínuas palpitations de las verdes océanicas aguas; el éther con sus cerúleos matices y la atmósfera con sus brisas y sus áuras; el rosado alborar de la aurora y el misterioso reflejo del crepúsculo; todo cuanto existe en la inmensidad, todo cuanto vive en lo infinito, se halla poblado de dioses varios; almas de las co-
sas, como Savitar, el productor de la vida y de los organismos que llegará a ser el Saturno de los antiguos latinos; como Añi, el principio de vida, el calor universal, el elemento ígneo que abriga al Universo, y que andando el tiempo ha de ser Hefestos en Atenas y Vesta en Roma; como el Indra, que allá en el extremo Oriente es el centelleante relámpago y que aquí en el extremo Occidente es el fulminante padre Júpiter; como Varouna, que es el cielo tendido, primero sobre el Himalaya y el Ganges, y luego Urano, el cielo tendido sobre el Hibla y el Pireo; como la Mun-tar, madre tierra de los medos y persas, Modor, tierra también de los anglo-sajones, Hertha, tierra también de los germanos; cual si todos los hijos de la misma raza aria, en toda la dilatación de los tiempos, quisieran vivir y morir en el seno de la diosa, donde todos han tenido su cuna y donde todos tendrán su sepultura.

Y si los pueblos antiguos, si los pueblos primitivos se han atenido a la religion, ó bien creada ó bien admitida por ellos, que estaba
más en armonía con su carácter; ¿los pueblos modernos, ya maduros, no habrán prescindido de esto, y tomado sólo de las religiones su moral y su dogma? No. Un mismo dogma, una misma moral, constituye en su esencia el cristianismo. Para llamarse con derecho cristiano, se necesita creer en Dios y en la providencia de Dios, en la redención de la primera culpa por los méritos de Cristo nuestro Salvador, en la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana, en los premios y en los castigos eternos después de la muerte.

Creeríase que sobre éstas bases no cabían variaciones posibles, y sin embargo, cada pueblo, cada raza fundamental de Europa, ha apropiado el cristianismo á su carácter y á su historia. Los griegos han levantado una ciudad santa cerca de sus mares, en oposición á la ciudad santa de los latinos, y allí han fundado una Iglesia, que tiene como la raza, cuyo espíritu alimenta, carácter metafísico antes que carácter moral; Iglesia, que ha celebrado los grandes concilios ecuméni-
cos, las Asambleas constituyentes de nuestros esenciales dogmas, gobernándose aun por confederaciones eclesiásticas, recuerdo y remedo de las ligas anfictiónicas en la antigua Grecia. Los romanos, los grandes unitarios de la historia, han llevado su unidad a su Iglesia; el dogma sagrado, la disciplina y la litúrgia unos en lo posible; un Papa-rey, como el antiguo Emperador-Pontífice en el trono de la Ciudad Eterna; sus Prefectos y sus Pretores, en los Arzobispos y en los Obispos; su Senado, en el Cónclave; su prestigio en la ciudad menos cristiana y más idólatra del antiguo mundo, en la diosa Roma, que quiere conservar el dominio sobre las almas, ya que ha perdido el dominio sobre los pueblos; todo lo cual prueba que el catolicismo es el Imperio romano, y como el Imperio romano, eleva con el dogma de la Infallibilidad sus Césares á dioses.

Y á nuestros mismos ojos, en los últimos siglos del Cristianismo, sucede lo propio, se repite este fenómeno en todos los pueblos. El pueblo español, que es entre todos los mo-
dernos el cruzado por excelencia, combatien-
do siete siglos con los infieles, y al concluir
esta obra, llevando la cruz mantenida por la
espada al Nuevo Mundo, profesa un Catolicis-
mo exaltado, fanático, intolerante, como la
guerra. El pueblo francés, que es un término
medio entre las razas germánicas y las razas
latinas, erige una Iglesia, término medio entre
el Protestantismo y el Catolicismo, la Iglesia
galicana, que estuvo á punto de merecer hasta
en su más alta personificación, en Bossuet,
un anatema del Papa.

En todos los fenómenos de la revolución
religiosa de Inglaterra se notan los fenómenos
mismos de su revolución política. Los anglo-
sajones no podían dejar de entrar en la reli-
gión protestante, como no podían dejar de
entrar en la política liberal. Raza individua-
lista había de abrazar una religión indivi-
dualista también, y había de ser como el
brazo de esa religión en los mares. Pero la
causa ocasional de la conversión de Inglaterr-
a fue la voluntad y la pasión de un rey que
deseaba constituir sobre la unidad fortísima.
de su reino su formidable autoridad. El principio hereditario de las monarquías contrastó y contradijo en parte el pensamiento y el propósito de los dos grandes reyes protestantes, de Enrique VIII y de Isabel de Inglaterra. El primero dejó su trono a María, que llevaba en sus venas la sangre de los fundadores de la Inquisición en España; y la segunda a los Estuardos, que tenían afinidades con los Guisas, con los degolladores de los protestantes en Francia.

Así el protestantismo oficial inglés fue un protestantismo monárquico, aristocrático, más próximo á la antigua Iglesia católica que las otras sectas de la misma rama, protestantismo episcopal, con tendencias á constituir una especie de Pontificado británico semejante al Pontificado romano. Cuando se entra en la gran catedral protestante, en San Pablo de Lóndres, se echa de ver la distribución de capillas semejantes á las capillas de nuestras iglesias, como revelando que el príncipe, su fundador, tenía puesto el nombre en los registros oficiales del protestantismo, pero
el corazón todo entero en los dogmas de la Iglesia católica. Por el principio hereditario de la monarquía hubiera vuelto Inglaterra al seno de la Iglesia católica á no haberse opuesto la nación, que sentía en sus venas la sangre de su raza, en su conciencia la idea de su individualidad, y en su corazón el sentimiento y el instinto evangélico. Y así los diversos partidos religiosos eran al mismo tiempo partidos políticos; los presbiterianos, enemigos del predominio real en las instituciones y del episcopado en la Iglesia; los independientes, amigos de los fueros del Parlamento en toda su extensión y de la libertad religiosa en toda su pureza; y Cromwell representa el principio liberal en religión, el principio republicano en política; pero fundados ambos en la autoridad y en la dictadura, tan alejadas de la Iglesia episcopal semi-católica como de los niveladores, y de los demás exagerados, verdaderos demagogos en religión y en política.

Y lo que sucede en Inglaterra sucede con mayor razón todavía en Suiza. El jefe de su Reforma es al mismo tiempo el jefe de una
gran democracia. Los protestantes podrán contar a Zuinglio entre sus apóstoles y sus doctores; los demócratas, los liberales, los republicanos le contaremos entre nuestros grandes tribunos, entre nuestros héroes, entre nuestros mártires. Nacido en las grandes montañas que hablan de Dios y de lo infinito; criado en las entrañas de la naturaleza; alimentada su inteligencia de grandes ideas, como su cuerpo de sanos alimentos; mezclando a la sangre de su corazón los más puros afectos, como al respirar de sus pulmones el más puro aire; de vida agreste y campesina en sus primeros años; de temperamento robusto, como la ruda y sublime tierra alpestre; durmiendo durante toda su primera educación a la hora en que volvían los ganados y se borraba el crepúsculo para levantarse, despertado por el gallo, cuando levantaban su vuelo las alondras y renacía la esperanza de una nueva mañana por los bordes últimos del horizonte en las primeras alboradas; cerca del cielo y lejos del mundo, como las aves; impregnada su alma de lo divino, cual una
estrella del éther; en las batallas de la vida, conservó el candor de los pastores; en los trabajos e innovaciones de la reforma, el afecto á la tradición; en el seno de las ciudades, el aroma del cytiso en flor y el cántico del gilguero en celo; entre las cóleras de los hombres y de los partidos, la efusión infinita del aire y de la luz que se dan á todos los seres; y después de haber conversado con los filósofos y con los santos, bebiendo en la fuente sagrada de Platon y en las lágrimas amargas de Job, cantando los salmos de David y las odas de Píndaro, como si todas las corrientes del espíritu humano fueran á desaguar en su espíritu, reducía las ideas más abstractas á vulgares, prácticas, tangibles para repartirlas entre el pueblo, vivía en la predicación y en las oraciones; y moría, héroe en el combate, hermana de la caridad en los hospitales, tribuno en la plaza pública, sacerdote en el templo, revelador en todas partes, como mueren los grandes caracteres, que varían y tuercen con el soplo de su pensamiento, con la fuerza de su voluntad la cor-

TOMO II.
riented de los tiempos; moría en la pelea por la verdad, y en el seno purificador de un santo martirio.

Y su reforma nace, y crece, y se desarrolla en el seno de una democracia, de una República, de una libertad arraigada y antigua, teniendo por lo mismo todos los caracteres del medio en que nace y marchando resueltamente a modificarlo y mejorararlo. Ménos combatido y ménos contrariado que los otros reformadores, aparece mucho más sereno. Brota su reforma de la conciencia más que de la pasión; y se dirige á la razón más que al sentimiento. Sin romper tan abiertamente, como sus cooperadores en la obra común con el Papa y la Iglesia, sostiene tan solo aquello que expresamente en las Escrituras se encierra. Es un orador, y en su oratoria más brilla la luz filosófica que el fuego tribunício. Es un sacerdote que predica la gracia y que se distingue por la caridad y la grandeza de sus actos, que reza y obra. La lógica de sus argumentos no daña á la síntesis de su sistema; ni la fuerza del raciocinio á la elocuencia de
sus discursos. Encuentra frente a sí menos resistencia, y por lo mismo la combate con menor empuje revolucionario que los demás innovadores. Se ve que su alma individual es parte del alma de una gran democracia; que su educación íntima ha dimanado de las dos escuelas que pueden ofrecer la naturaleza y la sociedad, del campo y de la República.

Su obra es religiosa y política a un mismo tiempo. Predica los méritos de Cristo y eleva el derecho de cada cristiano; arranca de su corazón la antigua fe teocrática con la misma pujanza con que arranca de la tierra las tradiciones feudales; habla de la santa cena como de una comunión religiosa y como de una comunión democrática; siembra con el odio a la tiranía espiritual, el odio a las aristocracias reaccionarias, y con la revolución en contra del cosmopolitismo romano el culto a la patria helvética; reforma los entendimientos y reforma las costumbres; pide que los sacerdotes dejen de llevar las almas al sacrificio ante las aras de una autoridad indiscutible y que los suizos dejen de llevar la
sangre de sus más caros hijos al ejército de los despiadados déspotas para que no se convertía la cima de la naturaleza humana en pedestal de la tiranía monárquica; es, en verdad, su doctrina una religión y una República, el alma inmortal de Suiza regenerada por este arquero de las ideas, por este soldado de la lógica, por este Guillermo Tell del espíritu, que alza sobre la nación material otra más alta y más duradera que los altos eternos Alpes, la nación ideal de la conciencia.

Y donde quiera que aparece una gran aspiración social, es al punto impulsada o seguida por una gran aspiración religiosa. La alegre Ginebra, que debía fundar la nueva moral del mundo democrático moderno, para no echar en las garras del águila de Saboya, su vecina codiciosa y rapaz, necesitaba de una religión severa, austerísima, que renovara la sociedad con sus dogmas, que sometiera a un yugo saludable los caracteres con su disciplina, que tocara de un lado a las altas cimas teológicas, y del otro lado a las profundas escabrosidades políticas; y enco-
tró todo esto en estóico joven, francés por su origen, alemán por su pensamiento, grande escritor como cuadraba á una ciudad literaria, teólogo de la escuela de San Pablo y de San Agustín, jurisconsulto que unía á las más abstrusas concepciones de la metafísica la noción más clara del derecho. Muy diversamente ha sido juzgado el gran hombre; hasta de fatalista le tacha estrecha crítica que se pierde en las minuciosidades y no acierta á ver el conjunto de las grandes obras humanas; pero, cuando se recuerda que, teólogo y magistrado, dió á la nueva idea disciplina democrática, y á la sociedad nuevo carácter civil y republicano; que, merced á esto, creó partido poderoso en la misma Inglaterra, contra la tendencia autoritaria y la gerarquía aristocrática del protestantismo inglés; que, acosado este partido por los sacerdotes y por los reyes, salió de sus combatidos hogares, de su ingrata patria, se derramó por Suiza y por Holanda, con la palabra de la nueva fe en los lábios y el sentimiento y la idea en el corazón y en la conciencia, dispuesto á ofre-
cer siempre por su doctrina el holocausto de la vida; que una fracción muy considerable de este partido, se embarcó en la Flor de Mayo, y se dió al mar á la manera que Moisés al desierto, y atravesó la inmensidad con el libro, la Biblia en las manos, y la igualdad cristiana en el pecho; que allá en el Nuevo Mundo, en la tierra sin mancha, fundó el templo de la conciencia perseguida, y el gobierno de la democracia despreciada; la libertad y la República, que son el timbre de honor de América y la esperanza de Europa; cuando se recuerda toda esta gran epopeya del progreso humano, se olvidan todos los defectos de Calvino, todas las inconsecuencias que pudo cometer contra el principio mismo de la emancipación religiosa, y se le ve en las altas eminencias de la historia, entre los redentores de la humanidad, bañado por la luz inmortal de humanas y grandiosas ideas.

Por esta larga escursión, al través de la historia, venimos en conocimiento de la verdad de nuestra tesis: cada pueblo, cada raza, cada nación, crea ó acepta el ideal religioso
más en armonía con sus tendencias políticas y sociales. Pues la Reforma es la religión necesaria, la religión nacional de la raza germánica. El carácter interior, íntimo de esta raza es la independencia individual; y el carácter histórico es el odio a Roma. Las oscuras selvas de Germania, cuyo aire estaba cargado de rumores siniestros, y cuyo suelo de fuegos fátuos, engendraban aquellos primeros invasores, que muertos en los campos putridos, llegaron á envenenar con los miasmas de sus cadáveres y de sus despojos, los cie­los de Italia. El primer héroe de la raza es aquel Arminio, que sujetó en sus trampas y lazos de cazador, las legiones de Varo, dest­ruídas hasta el aniquilamiento por las selvas de Teutoburgo, y lloradas hasta la desesperación en el palacio de Augusto. La lengua latina se dibujaba en los labios del joven bár­baro; el anillo de caballero romano brillaba en sus dedos; acaso no tenía ni el sentimien­to de patria en su pecho; pero afiló su espada en las piedras de las aras de sus dioses, la esgrimio contra Roma, y el mundo germáni-
por cuyas discordias fué inmolado á los treinta y cinco años de edad, le cuenta entre sus fundadores y sus héroes. Si otra razón los alemanes no tuvieran para esta apoteosis, tendrían la razón del largo tormento infligido por Roma á la familia de Arminio, el recuerdo de la mujer, que él robara para su lecho, cautiva y expatriada, el recuerdo del hijo que él engendrara para continuar el lustre de su nombre, nacido en el destierro, y arrojado á la cloaca de Rávena, para ser contado entre los gladiadores que divertían con sus combates, sus heridas, su agonía y su muerte, el ócio de los romanos.

Cuatro siglos duró el combate de Germania con Roma, los cuatro siglos primeros de nuestra historia. Tácito no veía más esperanza para la ciudad eterna amenazada que las discordias de sus crueles enemigos. Pero las vallas del Rin, del Danubio, se rompieron, las discordias cesaron, y la raza germánica sació su odio en las ruinas de Roma. Hasta los muertos se despertaron en las cenizas del Foro, según las tradiciones romanas, y subieron,
aunque paganos, á luchar desde las nubes, en compañía de los santos cristianos, contra los enemigos de Roma. Pero eran estos los ángeles exterminadores del Apocalipsis, y aven- taron con sus lanzas, mas largas que cometas, á los cuatro vientos las cenizas de la ciudad, madre de las ciudades latinas. Atila, que en nuestras crónicas es el azote de Dios, porque ha destruido el Imperio romano y ha espo- do á las razas bárbaras para que lo enterra- ran, es en el poema nacional de Alemania, en los Nibelungen, el rey épico, á quien gusta más la sangre romana que el vino, pues el odio á Roma es el sentimiento nacional de Alemania.

Pero ¡oh prestigiosa ciudad! Rota, vencida, muerta, sin sus legiones en la tierra, sin sus dióceses en el cielo; pulverizados sus muros, derruidos sus templos; todavía se rejuvenece y se trasforma; pone en el vacío trono de los Césares sus Pontífices; sustituye los ejércitos de héroes con ejércitos de penitentes; á las tablas del derecho olvidado reemplaza las oraciones de sus doctores bendecidos y san-
tificados; y por medio de nuevos dogmas, asimilados de Grecia, de Alejandria, de África, de Asia, pretende primero y establece después un dominio como jamás lo había tenido en la antigüedad, el dominio sobre las almas. Los alemanes recibirán el agua del bautismo en su frente; el monasterio en sus ciudades; la cruz en sus encrucijadas y en sus selvas; los obispos en sus provincias; el latín en sus escuelas; y un germano, un descendiente de Genserico y de Alarico, Carlo-Magno, sostendrá el dogma del predominio de los Pontífices, que significa el predominio de Roma, irá de rodillas a recibir sobre las ruinas de la gran ciudad, en la frente ungida por el óleo católico, la antigua explendente corona del romano imperio. Contra este dominio espiritual, que abraza el arte y la ciencia, la vida y la muerte, no podrá nada todo el mundo germánico, ni la espada de Arminio, ni el recuerdo del sombrío y victorioso Odino, ni el grueso martillo de Thor, ni los sacerdotes reunidos en las cavernas abandonadas por los lobos, ni las laderas de la mágica montaña de
Harz, preñadas de dogmas sanguinarios, ni las orgías de las cimas del Broken, donde acuden por las noches de primavera las reinas de las brujas con sus mantos semejantes á las oscuras alas del murciélago; ni los incansables cazadores que van en vertiginosa carrera sonando eternamente los roncos cuernos de caza; ni los dioses que en el viento gimen y en las nieblas vagan; ni toda la mitología nebulosa que se desvanece á los rayos del nuevo sol espiritual, naciente entre los altares de Roma.

Durante toda la Edad Media el Imperio aleman luchó contra Roma, luchó poderosamente, pero sin elevarse al cielo, de donde bajaba la luz y el aire de la vida, al cielo del espíritu. Allí y solo allí, en la region apartada y elevadísima de las ideas, cabía el combate, y estaba el premio de la victoria. Para derribar la Roma moderna se necesitaba derribar antes sus dogmas. Y para derribar el dogma de la universalidad latina, imposible encontrar otra antítesis tan radical y profunda como el dogma de la incredulidad germánica. En la
sociedad como en la naturaleza, deben concertarse los dos principios de unidad y de variedad en verdadera armonía. Pero andaban a la sazon divididos, cuando son dos términos indispensables a la existencia humana. El principio germánico se removía, se enconaba en el Renacimiento contra el principio latino como en los tiempos de Othon, como en los tiempos de Enrique IV, como en los tiempos de Federico II. Venía, pues, y venía lógica necesariamente la fundación de la nacionalidad religiosa en Alemania por un estallido de su conciencia. El hombre que surgió en este momento histórico para representar fielmente el estado del espíritu humano fue Lutero. En su humildísima cuna, y en su modesta educación, aprendió a sentir y a padecer como el pueblo. Hijo de un trabajador, de un minero, había en su naturaleza algo de la fuerza y del vigor de su padre. Estudió desde sus primeros años. Y para ocurrir al sustento y continuar en la escuela, ganaba la vida cantando de puerta en puerta con voz entera, y recibiendo de
unos y otros modesta y caritativa limosña. Siendo jóven, iba con un su amigo por cierto camino, le sorprendió la tempestad, y un rayo dejó muerto al camarada y sus plantas. Este súbito caso le conmovió en términos que tomó hábito y abrazó la religión de los agustinos. Allí aprendió el dogma de la gracia que viniendo de San Pablo se extiende y se afirma en San Agustín, se agranda y se exagera en Lutero. Del convento pasó a Roma, y pasó con ánimo de adorarla, de rezar, absorbido, hundidas las rodillas en las cenizas de los mártires, fija la mirada en el sol de la autoridad religiosa. Cuando divisó á Roma flaquearon sus piernas, se estremeció su corazón, juntaronse sus manos, cayó en arrobamiento, en éxtasis ante sus innumerables cúpulas, y le pidió que le enviara su bendición y su espíritu. También Arminio fue caballero romano. Mas así que estuvo en Roma, toda el alma de su raza se despertó en su alma, todo el génio de sus predecesores entró en su fuerte corazón, y el jóven tímido se trocó en furioso Alarico, anhelante por
entrar á saco en la ciudad que había cazado á los germanos para gladiadores de sus eruetas fiestas; y los había uncido como trofeos vivientes á sus carros de guerra, á sus carreras triunfales. Al mismo tiempo que este espíritu guerrero estallaba en su ánimo, se derramaba por su fantasía como un soplo de inspiracion lírica. Cantó y combatió. Compuso el coral que han repetido en coro cien pueblos; y escribió las invectivas que han roto la unidad cristiana. Negó las indulgencias, la virtud de las obras y de las ofrendas, la autoridad del Pontífice, la antigua Iglesia, en luchas contínuas, ante sus mayores enemigos, rodeado de los generales de Cárlos V en Worms; hasta fundar con la energía de su voluntad y con la acerada lógica de su idea la nueva nacionalidad de Alemania, la nacionalidad que era como el santuario de la conciencia emancipada. De Lutero proviene la lengua alemana, trasformada en sus controversias y en su propaganda; de Lutero la ciencia, porque todos los mayores filósofos germánicos pertenecen á la rama protestante.
y todos derivan sus sistemas de la libertad de conciencia; Lutero ha convertido el humilde marqués de Bramdeburgo en rey de Prusia, el humilde rey de Prusia en grande emperador de Alemania, que á un tiempo ha desvanecido la sombra del imperio español, arrojando al Austria de la Confederación, y la base del Pontificado, arrancándole la ciudad de Roma y el poder temporal. ¿Se comprende, pues, toda la importancia que tiene el movimiento religioso en el movimiento político de Alemania?

Hoy mismo el Príncipe Bismarck, después de haber triunfado del Austria y de Francia, de las dos potencias católicas, concentra sus vigorosos esfuerzos en el intento de combatir al catolicismo. Lejos de caminar hacia la separación de la Iglesia y el Estado, que tan admirablemente han sabido arraigar en su constitución y en sus costumbres los pueblos anglo-sajones del Nuevo Mundo, camina hacia un cesarismo omnipotente, en que pueden quedar mermados los derechos de la conciencia humana, y con ellos la vitalidad y
la gloria de Alemania. La guerra al Catolicismo es el alma de la política prusiana. Los católicos se quejan de que los veinte millones de reales adscritos á los fondos secretos, y las rentas de la fortuna privada del destronado rey de Hannover, y los excedentes de los gastos votados para la anexión de la Alsacia y la Lorena, excedentes que suben á cerca de cien millones de reales, se emplean todos en suscitar enemigos estipendiados á la iglesia de Roma. El dogma de la infalibilidad ha sido combatido, negado, puesto en una especie de entredicho civil, con menosprecio de los buenos principios, que aconsejan separar toda fuerza coercitiva de las cuestiones candentes de dogmas, de disciplina y de Iglesia. Esta conducta extrañó tanto más á los perseguidos, cuanto que esperaban, aun después de la guerra, por ciertas palabras leídas en los discursos de apertura de las Cámaras, por cierta visita del prelado de Breslau, que sobre la corona del nuevo Imperio se elevará y cerniera la antigua blanca paloma de los tiempos de Carlo-Magno, y la
Espada en tantas victorias engrandecida, se doblará al servicio de los Pontífices.

Pero en el corazón de Alemania los ódios al Austria y á Francia están animados, encendidos en otro ódio superior todavía, en el ódio á la Iglesia romana y á sus dogmas. Desde Sedán vió todo el mundo que el poder temporal estaba perdido; y desde el momento en que se declaró el dogma de la Infallibilidad vió también todo el mundo que corría Germania á otro nuevo cisma. Y este cisma era avivado por el poder político recién-nacido en Versalles á la manera que fué avivado el luteranismo por el elector de Sajonia en sus comienzos. El gran teólogo de Munich, á quien tanto debiera la Iglesia Católica, pasó á jefe de la secta disidente que se llamaba de los viejos católicos, así como los protestantes se llamaban los viejos y verdaderos cristianos. En su obsequio hizo cuanto pudo el nuevo imperio, y en detrimento de los que admitían la Infallibilidad Pontificia. Una grande ordenanza fué promulgada, llena de castigos y de multas, contra los predicadores demasiado exalt-
tados ó fanáticos. El día en que se quejó el Papa, y publicó una Encíclica contra el imperio, los periódicos liberales y ultramontano, que copiaran en todo ó parte aquel documento, fueron recogidos. La mano del Gobierno entró en los seminarios, y arregló la enseñanza religiosa á medida de la enseñanza oficial. El ministro de Cultos declaró que no podía continuar sin modificaciones importantes la vida de la Iglesia Católica en Alemania imperial. El clero, muy independiente de las autoridades civiles, dependía de una autoridad extranjera, que ignoraba por completo las necesidades y aspiraciones nacionales de Alemania. Sobre todo, el bajo clero le parecía amenazador desde las posiciones que le había dejado cierta indiferencia que resultaba ciega imprevisión. Y como, el cambiar radicalmente ese estado, atacaba algunos artículos de la Constitución, pedía el gobierno que se examinara con gran detenimiento y calma el pavoroso problema.

Llevado, pues, de este pensamiento, se obligaba al clero á cursar toda la segunda ense-
fianza en los establecimientos del Estado y á recibir tres años de ciencia teológica en las Universidades oficiales; á sujetarse á exámenes presididos y celados por autoridades del gobierno; á sufrir una esquisita vigilancia en sus escuelas, en sus iglesias, y á dar una grande garantía de celo por el bien público; á proveer dentro de cierto tiempo y ciertos límites los beneficios vacantes; á invalidar todo contrato entre el superior y los inferiores eclesiásticos, que desconociera la autoridad y las leyes civiles; á recibir en su jurisdicción y en sus castigos procedimientos ageños, y á veces contrarios al procedimiento canónico; á aceptar la intervención del juez ordinario en las causas religiosas; á revisar en tribunales nombrados para este fin todos los títulos de todas las dignidades existentes en la Iglesia; á convertirse el clero, ¡él!, hasta entonces independiente, en funcionario completamente sometido á la autoridad del imperio.

Los jesuitas fueron expulsados, á pesar del mucho respeto y poco miedo que les tuvie-
ra siempre el gran Federico. Los obispos, que protestan, son perseguidos, multados, encarcelados. Los fieles se ven constreñidos a recibir los sacramentos de manos que no creen puras, y a doblar la rodilla ante católicos que no creen ortodoxos. El asunto de la Infallibilidad se ha tratado en las plazas, en las Academias, en los púlpitos, en las tabernas, en los clubs, y ha sido causa de grandes disentimientos en la corte de los Emperadores, en los consejos de los ministros, y de ruidosos escándalos y alarmantes perturbaciones en las calles. Bismark se parece a los Emperadores de Bizancio influyendo sobre los concilios para la declaración de un dogma, ó a los califas de Córdoba regulando las relaciones entre sus vasallos cristianos y su clero. Se debe sentir mucho orgullo, al penetrar, como un Dios, en el seno casi divino de la conciencia humana, con la espada de la autoridad en las manos; pero ¡ay! que nunca se desconoce impunemente la naturaleza de nuestro sér, ni impunemente se atenta á la santidad del derecho.
CAPITULO XXIX.

DE LAS ESCUELAS RELIGIOSAS EN ALEMANIA.

Si las escuelas filosóficas, definiendo y depurando la idea del derecho, han contribuido al movimiento político y al movimiento republicano en Alemania, cuánto no habrán contribuido, en qué alto y superior grado, las escuelas religiosas. Efecto de nuestra imperfecta organización política y social, quedase el pensamiento científico en las regiones superiores de la sociedad, en las escuelas, en las almas privilegiadas que han adquirido alguna cultura intelectual; en tanto que la religión, la idea religiosa, cómo abraza la vida...
y la muerte, cómo lleva en sí el consuelo á innumerables dolores y el aliento á innumerables esperanzás, cómo ilumina desde los cielos del arte hasta la piedra del hogar, y desde la piedra del hogar hasta la piedra del sepulcro, enciende y anima á un tiempo el corazón y la cabeza, la voluntad y la inteligencia, el tiempo y la eternidad.

Se han concluido las guerras religiosas. No se batalla en el género humano por la presencia real, por la cena, por el libre arbitrio, por la gracia, por la divinidad ó la humanidad de Cristo. Pero las controversias religiosas ni se concluyen, ni se concluirán nunca, mientras haya en el mundo quien doble las rodillas ante las aras sagradas, y para explicarse lo existente y lo posible, entregue su alma al templo santo, que flota como el arca de Noé, entre un diluvio de lágrimas. En toda cuestión política se encierra hoy, como ayer, una cuestión religiosa. La extrema derecha de la Asamblea de Versalles, no pugna tanto por someter la nación á la autoridad del rey tradicional, como por someter la inteligencia
al yugo de la fe histórlica; y la extrema izquierda no pugna tanto por la República y la democracia, como por la independencia del pensamiento y el reinado de la razón. El ministerio liberal ha caído en la Gran Bretaña.

Y su caída se debe, más que á ninguna otra cosa, á las cuestiones relacionadas con la Iglesia y con la enseñanza, á las cuestiones religiosas. Italia ha vencido al Austria, que le vedaba su integridad, y á la Francia que le retenía su capital; ha tomado el sacro imperio y el cuadrilátero; vencida por la fuerza ha triunfado por la política; y no puede tomar el Vaticano, ni mover al Papa, desarmado, viejo, preso, porque ahí existe una inmensa cuestión religiosa. Nuestras verdes montañas del Norte chorrean sangre; el estampido del cañón y el bramar de las costas cantábricas, se unen con los salvajes gritos de guerra en los espacios de un cielo implacable, airado; y el incendio, y la mantanza y la depredación, y las ruinas se explican, porque pelean allí nuestra antigua intolerancia con nuestra nueva libertad religiosa. Cada
vez que la cuestión de Oriente se suscita, surgen de ella, como en tiempo de las Cruza-
das, Jerusalén, la capital del mundo cristia-
ño, Constantinopla, la capital del mundo
griego; cuestiones de disciplina, de dogma,
de ortodoxia. El cretense opone al turco opre-
sor su derecho y su Dios; el polaco de Varso-
via al ruego de Moscow su independencia y
su dogma; el hijo de Bohemia remueve los
huesos de Juan Hus y Gerónimo de Praga,
para recordar á los Emperadores de Austria
que ha jurado vengarlos. En la pequeña Sui-
za, el Sunderbun fue un asunto religioso; y
en la pequeña Bélgica pelean por el poder
liberales y católicos. Bismark, que no ha
temblado ante los aguerridos ejércitos de Fran-
cia, tiembla ante los clérigos del Papa. De
suerte que en toda cuestión política late hoy
sobre este viejo continente una altísima cuestión
religiosa, algo que se relaciona con la
fé, que vive del dogma.

Quizá ellos mismos lo ignoraban; pero al
remover los problemas religiosos, al interpre-
tar la Biblia, al poner frente á frente del
comentario de la Iglesia el comentario de la razón, al examinar si el libro de Job era hebreo ó árabe, si el libro de Judith anterior ó posterior al cristianismo, en todas estas cuestiones que tan de lejos interesan á los problemas planteados en nuestro tiempo, los teólogos alemanes encerraban torrentes de electricidad revolucionaria, que debían relampaguear, tronar, caer sobre la cabeza de una generación, la cual, abandonando los viejos altares, á cuyo pie había nacido y criádose, abandonaba con igual ímpetu y violencia, sin darse de ello pura cuenta, los viejos reyes y los carcomidos tronos.

El siglo decimooctavo, es uno de los siglos mayores de la historia humana. Hay indubitablemente en el desarrollo de la vida de nuestra especie, épocas decisivas, de una influencia más inmanente que otras épocas, en que el género humano parece haber descansado de sus antiguos trabajos y fatigas. En la historia moderna son para mí siglos de importancia excepcional, máxima, el siglo primero, el siglo cuarto, el siglo decimotercio, el es-
pacio que comprenden la segunda mitad del siglo décimo-quinto, y la primera mitad del siglo décimo-sexto; y sobre todos quizá, y más importante que todos acaso, el siglo revolucionario por excelencia, el siglo decimo-octavo.

En el siglo primero, el cristianismo y el imperio se fundan; la idea del hombre que había forjado Atenas, la idea de la humanidad que había forjado Roma, la idea de Dios que había forjado Jerusalén, la idea del Verbo que había forjado Alejandría, todas estas ideas se unen por los apóstoles y por los mártires en la conciencia, por los filósofos en la razón, por el estoicismo y los Emperadores estoicos que cierran como gigantescas estatuas estos grandes tiempos en el derecho romano, con cuyos principios se compondrá una nueva sociedad, para que caiga sobre ella la vida de un nuevo espíritu.

Y en el siglo cuarto la unidad del mundo romano se rompe, la variedad y la personalidad de los tiempos modernos aparecen con las primeras invasiones de los Bárbaros; la Roma
pagana es desposeída de su prestigio secular y fundada la Constantinopla de los cristianos que vá á continuar la obra de Jerusalén y Alejandría; el federalismo de las nacionalidades nacientes se opone á la despótica autoridad de los Césares históricos; los dioses, á quienes Juliano diera un filtro mágico, pero inútil, caen yertos á los piés de oscuro trabajador nacido en los establos de la plebe y muerto en el patíbulo de los siervos, para ser elevado á Dios de las futuras democracias; el Concilio de Nicea, que comprende todos los peligros encerrados en la prematura heregía de Arrio, promulga el símbolo de la fe cristiana, y proclama la divinidad de Cristo para que recoja la dirección del mundo, que se escapa á las desarmadas manos de Júpiter y edúque á las razas que avanzan rapaces y hambrientas; los Obispos, perseguidos por Diocleciano, vuelven, merced á los rescriptos de Constantino, con las señales del martirio en sus cuerpos quebrantados, á sustituir la rota unidad material con la eterna unidad humana; se funda el trabajo moderno, que crea y produce enfrente
de la guerra, que destruye y aniquila, y se funda el trabajo merced a la órden de San Benito, órden de agricultores y de sábios, la cual guarda las cenizas de la antigüedad en sus bibliotecas y abre la madre fecunda tierra con sus arados; y mientras los cielos se oscurecen y los campos se anegan en sangre, y la tea del bárbaro y su hierro por do quier brillan siniestramente en aquella ocasión terrible, en que Amiano, enviado de Valente, no pudo contar los godos que pasaban del otro lado del Danubio al Imperio; San Agustin, después de haber salvado la libertad humana contra los maniqueos y la Providencia divina contra los pelagianos, eleva en los aires la Ciudad de Dios, como una promesa de paz y de progreso, como un refugio a la perdida esperanza.

El siglo décimo es un siglo horroroso. La idea de la próxima destrucción del mundo ha sobrecogido á Europa y la ha postrado en la penitencia. La tierra se estremece y bambolea como nave combatida por la tormenta. Los espacios se tiñen de reflejos sangrientos porque viene sobre ellos el Juez airado de vivos
y muertos, á cuyo aliento se rollarán los cie­los como un pergamino, y se disiparan los mundos como pavesas. El universo entero es el nido de la muerte. El trabajo se suspende. Los hombres solo buscan un sudario. Llaman á las puertas de los cláustros los reyes y los emperadores ansiosos de cambiar las coronas por cogullas. El azadón se cae de las manos de los trabajadores. Una peste horrible que­ma la sangre, y convierte los cuerpos en llagas pustulentas. El hambre es tan grande que para alimentarse los vivos desentierran á los muertos. El demonio se sustituye á Dios, se agarra á las orejas de los reyes, sube al trono del espíritu junto á los papas. En los cielos solo resuena el cántico anunciando la ira di­vina; en la tierra el cántico pidiendo piedad y misericordia. Aquel oscuro mundo tiene tal idea del tiempo, que se le imagina mucho el período de mil años, y siente que al cumplirse resuena en los aires la estridente trompeta del ángel llamando á juicio los vivos y los muertos. Pero no sonó, y el feudalismo teo­crático fué vencido. Y el histérico miedo de
la humanidad fue disipado. Y el hombre comenzó á sentir toda la vida derramada en la naturaleza y á hermanar su alma con la esperanza. Y la paralítica Europa cobró movimiento, se incorporó sobre las piedras de su claustro, dejó tras sí el sudario, y se fue á Oriente, á la tierra de los milagros, en busca del sepulcro de la tradición para encontrar la cuna de la libertad, y traer la primera aparición de la democracia en la moderna historia.

El siglo décimo-tercio es el siglo en que se escribe el testamento del Catolicismo. Las catedrales góticas son su testamento en arquitectura; los cuadros de Cimabue su testamento en pintura; la Divina Comedia del Dante su testamento en poesía; la Suma Teológica de Santo Tomás su testamento en ciencia; las Siete Partidas, que reúnen la jurisprudencia romana con la jurisprudencia eclesiástica de la misma suerte que los doctores reunían los Padres de la Iglesia con Aristóteles, su testamento en derecho; y los dos grandes papas, Inocencio III y Gregorio X, dejan escrito con
esfuerzos increíbles su testamento en política. El siglo décimo-tercio es á un tiempo la Biblia y el Evangelio universal del Catolicismo. Se reconstituye, se resume, se sintetiza porque ha llegado al término de su ideal. Desde aquel día crítico todos los esfuerzos que la humanidad emplee para caminar hacia adelante saldrán de ese ideal. Y por eso el esfuerzo del Catolicismo es volver al siglo décimo-tercio: volver al gótico, dicen sus arquitectos; volver al misticismo artístico, dicen los pintores pre-rafaelitanos; volver á la poesía dantesca, dicen los poetas; volver á la Suma, dicen los filósofos; volver á las Partidas, dicen los jurisconsultos; volver á la política de Inocencio III, dicen los más exaltados católicos.

Mas no será posible: que está ahí el siglo del Renacimiento, la segunda mitad del siglo décimo-quinto, la primera mitad del siglo décimo-sexto. La naturaleza tomó una fecundidad increíble. Nacían los grandes hombres como no habían nacido antes, como no nacieron después, de tan alta calidad ni en tanto
número. El soplo del espíritu divino había pasado por la faz del humano espíritu. El alma de la Europa moderna se debe á este día creador. Dios manda en legiones sus reveladores á la tierra. Guttemberg asegura la perennidad al libro, la rapidez de la luz á las ideas, la propagación de las especies en la naturaleza á los hijos del génio en el espíritu, con tosco alfabeto de plomo y sencilla máquina de presión; Erasmo se rie con risa inmortal de las locuras místicas y monásticas de la espirante Edad Media; Hutten convierte su pluma en espada maravillosa que derriba los monstruos, los endriagos, las obsesiones todas con que la superstición tenía como enfermo el entendimiento; Lutero reivindica la autonomía de la conciencia humana; Ramus y Vives entierran la escolástica, el falso aristotelismo teológico, y llaman el pensamiento á la comunicación estrecha con la naturaleza y al estudio profundo de sí mismo; Paracelso encuentra la verdadera piedra filosofal, el principio de las ciencias químicas; Vesala revela los secretos del organismo en la anato—
mía; Porta reconoce las propiedades de los espejos cóncavos y de los espejos convexos en los fenómenos de la vision y prepara el telescopio; Gilberto descubre las virtudes de los cuerpos imantados; Cardan las leyes de las ecuaciones de segundo, tercero, cuarto grado, y la doble naturaleza de sus incógnitas; Pallissy, el mago alfarero, los comienzos de la Geología, los tesoros de los fósiles; Servet la circulación pulmonar de nuestra sangre; Copérnico la moderna astronomía que imprime nuevo movimiento á este planeta antes inmóvil, y hace visible, palpable, experimental, lo eterno, lo infinito; Marsilio Ficino despierta en los jardines de Florencia el alma de Grecia, evocándola con el habla divina de Platon; Bruneleschi corona las catedrales cristianas con los templos romanos elevados á las alturas en las maravillosas y atrevidas rotondas; Leon X resucita del polvo los fragmentos de la antigüedad y los corona y los exalta en apoteosis católicas; Leonardo de Vinci encuentra las formas perfectas; y Cellini anima con ellas los mármoles, los bron-
ces, el oro, la plata; y Rafael, Fidias de los pinceles, pinta la hermosura serena griega en sus ángeles y en sus vírgenes; y Miguel Ángel raya con lo sublime en sus coros de Alcides, Profetas, Sibylas; y Ticiano sumerge la forma humana santificada y redimida en mares de luz, en cielos de innumerables colores; y Ariosto reemplaza las sombrías visiones del Dante con alegres y rientes visiones; y Camoens canta la Iliada de la navegación, del trabajo; y Shaksppeare describe hasta el fondo de la naturaleza humana; y Cervantes pega la risa de Erasmo contra la Edad Media, que no había pasado de los labios de la aristocracia inteligente á todas las clases, á todos los pueblos, á todas las muchedumbres; y mientras el cielo se ilumina, y el espíritu se regenera, y el cuerpo humano se reincorpora y hermosea, Vasco de Gama encuentra el extremo Oriente, la tierra olvidada donde nace el sol, el teatro de lo pasado; Colon encuentra el extremo Occidente, la tierra desconocida donde el sol se pone, el teatro de lo porvenir; y Magallanes atraviesa el extremo meridional
de América, entra vencedor en el Pacífico, y enseña el camino á Sebastian del Cano para dar por vez primera la vuelta al planeta, de suerte que cielos, soles, mundos, la naturalezza y la consciencia se revelan en todo su esplendor, toman desconocidos matices, como para celebrar con una divina embriaguez de ideas y de vida el nacimiento de la libertad.

¿El siglo décimo-sexto crea la libertad de la consciencia? Pues el siglo décimo-octavo crea la libertad de razón. En este sentido es menos poético, pero más grande que el siglo décimo-sexto. Y por su carácter, por sus tendencias, por su ideal, comienza en el siglo décimo-octavo aleman el gran movimiento religioso que ha de tener en política tanto y tan grande influjo como el movimiento filosófico, pero con una diferencia esencialísima, á saber: que mientras el movimiento filosófico queda aislado en las escuelas, y solo por derivaciones sucesivas, llega hasta la política; el movimiento religioso, anima, enciende, agita el corazón de las muchedumbres. Es el siglo décimo-octavo un siglo de razón y de sentido práctico;
un siglo que dispersa los jesuitas y que congrea los filósofos; el siglo en que las Asambleas y las Convenciones suceden a los Concilios; el siglo en que los derechos del hombre se proclaman a una en América por el órgano de los Estados Unidos, y en Europa por el órgano de Francia.

Pero como el siglo décimo-octavo es un siglo revolucionario, tiene por necesidad toda la pasión y toda la injusticia de las revoluciones. Y su crítica muy revolucionaria, poco histórica en verdad, porque el siglo décimo-octavo ignora todo lo que no sea su aspiración de emancipar la inteligencia, y con ella al hombre todo, su crítica se esgrime principalmente en las religiones. Para una gran parte de sus pensadores todas son imposturas, y más que todas aquella más cercana, y más inmediatamente opresora de su razón, la fundada por Cristo. Es un siglo que desconoce la lógica, la dialéctica del desarrolló de la idea y de su serie. Abomina por lo mismo de la revelación. No comprende que jamás la conciencia se hubiera declarado independiente en
el espíritu, y tras la conciencia la razón, si antes el espíritu no se hubiera reconocido y declarado independiente á sí mismo. Y para esto fue necesario romper la armonía entre el hombre y la naturaleza que brillaba en los antiguos griegos y en sus maravillosas estatuas; combatir no ya el sensualismo sino hasta la materia, hasta el vivido Universo; crear por el dolor, por la penitencia, por la maceración, en combate terrible con los sentidos, el alma humana en sí, por sí, desceñida, separada del mundo, como un ser, total, independiente, infinito. Los filósofos del pasado siglo no vieron en el cristianismo sino la opresión presente; y se rebelaron contra el cristianismo, poseídos de una verdadera furia revolucionaria, que el siglo décimo-nono, el siglo por excelencia humano, el siglo sereno, imparcial, el siglo que ha creado verdaderamente la historia y que ha hecho justicia á todas las manifestaciones del humano espíritu, no puede comprender. Pero estas pasiones exclusivas de cada tiempo han servido á la educación entera del género humano, y al desarrollo pro-
gresivo de su luminoso ideal; porque si sus exageraciones han dominado por mayor ó menor espacio, también han destruido errores, concluyendo al cabo la sociedad por volver á su serena imparcialidad, y distribuir en sus debidas proporciones por todo su organismo la sangre de las ideas y entrar en su indispensable equilibrio.

El siglo décimo-octavo fué pues siglo de exaltadas ideas y de ruidosas contradicciones en la cuestión religiosa, sobre todo, entre los pensadores alemanes. Wolff, con gran fidelidad á su ministerio de filósofo, combatió lo sobrenatural; y sostuvo que todo cuanto se cree llegado á nosotros por el maravilloso conducto del milagro, pudo llegar también por medio de la razón natural. La filosofía preparaba así el camino á una trasformación religiosa de la misma suerte que la trasformación religiosa preparaba una trasformación política. Los escritores que llevaban la idea nueva, la idea racionalista á todas las esferas de la práctica, á todos los furores de la controversia, á todas las pasiones de las escuelas, eran escri-
tores en literatura escasos, en ciencia pobres, apasionadísimos en sus juicios; de un estilo verdaderamente deplorable por su mediocridad, y si alguna vez se exaltaban, más deplorable todavía por su furia y por su inconveniencia. Edelman comenzó en religión por ser apologista, y concluyó por ser excéptico. Sus dudas eran bien extrañas en protestante tan piadoso, y racionalista tan reciente. Se preguntaba a sí mismo si los irracionalenes no eran más felices que los hombres, que los ángeles mismos, por no tener en la mente estos problemas religiosos llenos de ideas, pero henchidos también de dolores y de angustias. Se preguntaba cómo el hombre regenerado por Cristo puede continuar pecando; y si continúa pecando cómo ha sido regenerado. Se preguntaba si era eficaz el bautismo cuando no alcanzaba a borrar el pecado. Y después se dirigía contra todos los dogmas, contra todas las creencias; y declaraba que todo el Viejo Testamento había sido escrito en tiempo de Esdras, y todo el Nuevo Testamento en tiempo de Constantino, obedeciendo la redacción del
primeró á las preocupaciones de una raza, y la redacción del segundo á las necesidades de la política.

Compañero de Edelman en la obra de criticar la religión histórica fué Nicolai. El doctor Stauss se queja en uno de sus más profundos escritos sobre los problemas religiosos del menosprecio profundo en que suelen tener los reaccionarios alemanes el siglo decimooctavo, llamándole por excelencia siglo de Nicolai, pésimo escritor. Sin embargo, este pésimo escritor era conocido de todos los grandes génios de su tiempo, al revés de Tácito, que se gloriaba de no conocer a los emperadores ni por sus beneficios ni por sus injurias, nec beneficio, nec injuria cogniti. Nicolai fue é amigo entusiasta, é enemigo encarnizado de todos aquellos que se consagraban en su tiempo á las letras y á las ciencias.

Su crítica lijera, su tono burlón, sus conocimientos superficiales, sus salidas bruscas, sus injurias seces, le atrajeron reputación abominable y ódios inextinguibles. Pero vengábaseruidosamente clasificando á todos los escrito-
res en tres categorías: cabezas redondas ortodoxas, embrollistas estéticos, cerebros cascados filosóficos. Después publicó una novela contra la vida de los pastores protestantes; más tarde, en sus viajes por Suiza, atacó ruda e inconvenientemente a todos los catedráticos, sacerdotes y poetas más ilustres de su tiempo, achacándoles el pertenecer a una inmensa sociedad jesuítica destinada a subvertir los caracteres y a viciar las ideas de su tiempo. Naturalmente todos aquellos grandes genios, zaheridos y maltratados por un hombre de vulgar entendimiento y de mediano estilo, habían de vengarse en frases que por su relieve y por su mérito quedaran grabadas indeleblemente en la conciencia humana. Su reputación por tanto es inmerecida. Exageró, es verdad, pero combatió con el mismo ardor que los enciclopedistas, aunque sin su ingenio y sin su gracia, un clero que en el fondo era tan atrasado e intolerante como el clero católico. Su ministerio se parece en mucho al ministerio de los filósofos del pasado siglo, que ahuyentando las ideas teológicas y so-
breponiéndolas el sentido comun, creian reali­
lizar una revolucion filosófica, y en realidad,
realizaban una revolucion democrática.

Bahrdt cierra el ciclo de estos escritores,
intermedios entre la religion y la filosofía,
nacidos en el protestantismo y destinados a
minar la iglesia protestante. Nervioso, impres­
sionable, cambiante, tornadizo, atento á sus
pasiones más que á sus estudios, predicador
desde los diez y siete años, precoz por con­
secuencia, y como todos los jóvenes precoces
sin desarrollo y sin madurez verdadera, teó­
logo de profesion, filósofo de aficiones, y ade­
más cocinero, peluquero y tabernero; su vida
se parece, siempre en la miseria, husmeando
siempre el dinero, amante de esta dama, es­
poso infeliz de la otra, querido desgraciado y
aporreado de la de más allá, criado y señor
á un tiempo, lleno durante algunas horas de
respetos, y abandonado á la hora siguiente á
todos los sarcasmos y á todos los insultos; su
vida, decia, se parece á una de esas novelas
picarescas, su tipo á uno de esos extraños ti­
pos que nuestros escritores copiaron del na-
tural, y que la fácil pluma y el brillante ta-
liento de copista que distinguen á Lesage tras-
mitieron á toda Europa. Nacido y criado en
el protestantismo, predicador y predicador
casi pietista, llegó de extravío en extravío
hasta forjar una novela sobre la vida de Jesu-
cristo y hasta decir que, así como Confucio y
Moisés eran hombres extraordinarios que pre-
cedieron á Cristo, Cristo no fué sino otro
hombre extraordinario, aleccionado en una
sociedad secreta, circuido de antiguos maso-
nes y destinado por la Providencia á servir á
su vez de predecesor á Bahrdt.

Realmente el hombre que funda la libertad
de pensar en Alemania es Federico II. En la
historia de su raza no hay carácter más atracti-
vo, porque no hay carácter más humano. No
es su idea la idea estrecha de Arminio, no es
su pasión la pasión nacional de Lutero; es la
idea y la pasión de la humanidad. Los que
entrán en la historia, en sus tortuosidades, en
sus asperezas, como si entraran en la región
serena y tranquila de la filosofía, suelen
echarle en cara que escribió ardiente libro
contra Maquiavelo y puso por obra prácticas maquiavélicas; que cantó los beneficios de la paz como un Virgilio y sembró la guerra como un César; que maldijo de la conquista como el abate Saint-Pierre y fué de los conquistadores como Ciro y como Alejandro. Pero los que examinan los hombres y las obras de los hombres, midiendo las dificultades que encuentran, los obstáculos que vencen, los males que ahogan y los progresos que traen, jamás admirarán bastante al filósofo coronado, que, solo en el mundo, perseguido de todos los poderosos, acosado por rusos, tártaros, croatas, húngaros, franceses, abandonado de sus amigos y de sus aliados, con su pequeño abigarradísimo ejército, sin más fuerza que su vigorosa disciplina y sin más impulso que la grande alma de su general, impulsada á su vez por otra idea más grande, crea en el centro de Alemania la potencia destinada á ser, respecto á la libertad de pensar, lo que fueron los Oranges y Inglaterra respecto á la libertad política. No hay que dudarlo; el instrumento de que se valió fué un mal instru-
mento, la monarquía absoluta; las manchas que afean su reinado son grandes manchas, la desmembración de Polonia; su conciencia no se eleva muchas veces hasta el ideal absoluto de justicia; sus lábios lanzan epígramas que cuestan guerras; su escepticismo degenera en sarcástico y lijero; pero con todos estos defectos, con mayores todavía si se quiere, no hay ninguna personalidad de su tiempo, en que estalle con tanta fuerza y tanto brillo el inmortal espíritu de su siglo, aquel siglo humanitario por excelencia. Aunque otros timbres no tuviera, bastaría el que apenas recibe un dominio de dos mil leguas cuadradas y de tres millones de habitantes, quebranta desde este reducto el formidable Sacro Imperio, el representante de la tradición, el Goliat del absolutismo, el carcelero de todos los pueblos, el enemigo de Guillermo Tell, el verdugo de Juan Huss, el asesino de Padilla, el envenenador de las razas latinas, el monstruoso imperio austriaco, que, de haber triunfado, quemaría hasta la médula de nuestros huesos, redujera a pavesas nuestra conciencia, e hicie-
ra de toda Europa lo que hizo con su nefasta autoridad y su terrible política de nuestra feraz España, un desolado desierto. La conquista de Silesia, que tanto y tan duramente le han criticado, fue la conquista de la libertad de conciencia, porque compuesta en su mayor parte de católicos, recibieron todos estos la consagración de su derecho de manos del Rey, educado en el protestantismo y crecido en la filosofía. Después de la batalla de Strieugan, en 1745, dos mil campesinos quisieron degollar á todos los católicos de la comarca. El Rey se indignó. La tolerancia humanitaria latió en su corazón, el espíritu del siglo se posesionó de su mente, el eterno Verbo Divino asomó á sus labios, y invocando el tema de «amad á vuestros enemigos», pronunció un discurso, digno eco del sermón de la Montaña, que arrancó las homicidas armas á los dementes fanáticos. De gran memoria como conviene á un estadista; de escasa fantasía como su siglo; de ideas claras más que profundas; de ironía fina y delicada; un cerebro más que un corazón; un carácter servido
y á veces mandado por una grande inteligencia; con los poderosos altanero, con los humildes sencillo; del génio y de la ciencia apasionado hasta el delirio; del mérito siempre admirador; en sus versos mediano, en su prosa incorrecto, en su filosofía vulgar y de sentido común, pero contando sus hazañas, digno de equipararse con César, no solo por la sobriedad del relato, sino por la sencilla y natural modestia; alegre como un héroe antiguo, administrador moralísimo, jurisconsulto distinguido, celoso de que la justicia llegara hasta las últimas clases sociales; tolerante con los juicios de su pueblo, á quien todo lo dejaba decir con tal de que todo se lo dejase á él hacer; entero en la adversidad; sereno en el peligro; reflexivo en sus planes; tenaz en sus propósitos; sobre todas sus cualidades salta aquella efusión con que abría las fronteras de su reino, las puertas de su palacio, los brazos de su amistad á todos los que algo pensaban, á todos los que algo creían, á todos los que trabajaban por alguna idea, á los filósofos enciclopedistas perseguidos por las
preocupaciones y quemados en efigie por los verdugos, á los hermanos Moravos cargados con sus utopías, á los fracmasones excomulgados por los papas, á los jesuitas maldecidos de los reyes, á todos los que padecían por alguna creencia: que su frente se eleva sobre todas las frentes, y reverbera y refleja la luz del porvenir, el pensamiento de los siglos futuros, porque su alma ha abrazado con fervoroso entusiasmo la tolerancia universal.
CAPITULO XXX.

LA CRITICA RELIGIOSA Y SU INFLUENCIA POLITICA.

Los dos hombres que verdaderamente personifican dentro de Alemania la cima de la revolución religiosa en el siglo décimo-octavo, son Eimarus y Lessing. El primero, sobre las tradiciones piadosas, sobre la revelación universal, se levanta á buscar, ya que no en los cielos, sordos á sus evocaciones, en la profunda conciencia, la ley de los espíritus, la religión natural, dimanada de nuestro más íntimo sér, y en armonía con los principios y los derechos de la razón. Y conviene apuntar este fenómeno histórico, pues desde el mo-
mento en que la razón busca fuera de las tradiciones religiosas la ley natural de las conciencias, por un movimiento lógico, superior a la voluntad individual, por una fuerza dialéctica, impuesta de propia virtud, buscará también, fuera de las tradiciones políticas, la ley natural de las sociedades. Hoy el principio fundamental de Eimarus, ha pasado á ser un principio vulgar y de común sentido. Todo hombre medianamente ilustrado, sabe que debe buscarse la religión, no tanto en las revelaciones, como en la naturaleza y en la conciencia, de la misma suerte que todo hombre medianamente ilustrado pide á su vez la base de las sociedades, no á las tradiciones, sino á los humanos fundamentales derechos. Pero en siglos apartados de nosotros, en oscuros tiempos, cuesta sobrehumano esfuerzo elevarse á un nuevo ideal, y doloroso martirio comunicar á los empedernidos y á los ciegos el resplandor de esta luz.

Mas no se contentó Eimarus con expresar las ideas nuevas, atacó también las antiguas tradiciones. En su exaltación guardó pocos
respetos á las creencias, y se atrajo enemistades implacables.

Ya comprendía, con solo haber levantado una punta al velo de su pensamiento, que el escándalo iba á ser inmenso. Así, después de haber escrito resmas enteras para interpretar la Biblia y el Evangelio, guardó receloso, inquieto, como el ladron sus robos, los productos de sus ideas. La rígida educación de las escuelas luteranas, su estrecho espíritu histórico, su fanático dogmatismo sobre el pecado y la gracia, su repugnancia invencible á todas las inspiraciones de la razón humana, habían hecho del filósofo, que respiraba todo el aire vital de su siglo, enemigo ardorosísimo, exagerado, á veces irreflexivo, de la antigua fé religiosa. Así, en sus fragmentos, sostenía que el bautismo, impuesto por fuerza á los niños, era una usurpación de los derechos del hombre, de la autoridad de Dios, y del ministerio de la razón; que la Trinidad y sus dogmas, resultan, por más investigaciones sobre ellos intentadas y hechas, dogmas no superiores, sino contrarios á la razón huma-
na; que las penas eternas, infligidas a seres finitos, débiles, ignorantes, ni tienen sentido moral, ni misericordia, ni justicia; que Jesucristo y el Bautista eran dos puros judíos, adscritos al ideal judío, adoradores de un reino material y tangible para su raza, indóceles al yugo romano, conspiradores contra la autoridad de los Césares, enemigos de una aristocracia sacerdotal, si no tan heróica, más política y más sabia que ellos, y á cuyos privilegios, conservados por la tolerancia de los Pretores, atentó Cristo el día de su entrada triunfal en Jerusalén, haciéndose así reo de su justicia, y dentro de la ley escrita, merecedor de su patibulo. Todo cuanto el cristianismo tiene de más amplio, de más espiritual, de más humano, su reino de Dios opuesto al estrecho reino de los judíos carnales, su exaltación sobre las frágiles coronas y las limitadas ambiciones del mundo, todo eso débese principalmente á posteriores tiempos, á los afluentes de ideas más filosóficas, á los progresos naturales de la conciencia.
Como se ve, la crítica de Eimarus tenía el sentido de oposición intransigente al cristianismo, es decir, tenía el sentido de su siglo. El desarrollo dialéctico de las ideas en la historia, es así. La generación que ha de realizar un término en la serie del progreso humano, es injusta y apasionada, y hasta cruel con las generaciones anteriores. Cuando nosotros nos embelesamos hasta ver la hermosura perfecta en la Vénus de Milo, y bendecimos a los bienhechores que nos han salvado de las cóleras de los hombres, y del diluvio de los siglos este raro portento, encarnación del ideal humano en el mármol, apenas podemos comprender, que las primeras familias cristianas, vieran claramente en aquella gracia, en aquella serenidad, en aquella armonía, en la belleza incomparable de la diosa, el rostro deformé de Satanás y de sus ángeles. Pero fue necesario, quizá, ese horror á la naturaleza, á la estética, al arte de los antiguos para crear, con una formidable reacción de la conciencia humana, el salvador espiritualismo cristiano. Y como en el siglo dé-
cimo-octavo se trataba de crear el hombre libre, el hombre en la plenitud de su dere­cho, todo lazo que ataba el espíritu á lo anti­guo, si no se desataba, se rompía, se cortaba con furor y con estrépito. ¡Cuántas creencias, dulces y consoladoras, caían como hojas secas; cuántos manantiales de consuelo se evap­oraban después de haber calmado por siglos y siglos la sed devoradora de lo infinito; cuántas imágenes rientes, verdaderas estrellas en las noches del alma, se borraban y desvanecían del horizonte de nuestras espe­ranzas; cuántos huérfanos quedaban desnudos, hambrientos, yertos al pie de los altares sin Dios, en el seno de una sociedad sin fé! Pero el espíritu humano rompía sus ligadu­ras, saltaba sobre sus vallas, deshacía todos los obstáculos, y se lanzaba resueltamente, entre tempestades, á la conquista muchas veces sangrienta de sus imprescriptibles dere­chos.

El editor que publicó los fragmentos de las críticas de Eimarus sobre el cristianismo, había de alcanzar un nombre inmortal en
ciencias, en artes, en literatura, en crítica, en filosofía religiosa, como precursor de los grandes génios de Alemania. Se llamaba Lessing. Podemos llamarle el crítico por excelencia, de la misma suerte que podemos llamar á su siglo el siglo crítico por excelencia de la historia. El pensamiento que Federico II realiza en la política, lo sostiene con esfuerzo gigante en las letras, Lessing. Tolerancia universal, espíritu humano alzándose puro sobre las discordias de los hombres, revelación eterna de Dios por medio de las varias religiones, derecho de cada conciencia, de cada sér, á comunicarse libre e íntimamente con su ideal religioso, que en cualquiera de sus formas contendrá siempre lo infinito. Estas ideas valiéronle encarnizados contradictores, nacidos en su mayor parte del seno de la ortodoxia protestante. Y sus contradictores, como todos aquellos que se ufanan de poseer con su fé religiosa la verdad absoluta, lejos de resignarse á refutar las ideas contrarias á las suyas, denuestan, infaman, persiguen, atormentan á los mante-
nedores de estas ideas, viendo un crimen donde si acaso hay un error, en el seno de las creencias, independientes casi siempre de la humana voluntad, é impuestas al entendimiento por fuerzas superiores á nuestras individuales fuerzas. Para llevar sus ideas al seno de las muchedumbres, para iluminar las conciencias y persuadir los ánimos, eligió Lessing la esfera intermedia entre lo real y lo ideal, eligió la esfera del Arte, y en el Arte aquella manifestacion que más se aproxima á la vida, que más participa de sus emociones y de sus accidentes, la manifestacion del Teatro. Inspirándose como el gran dramatico inglés en los luminosos cuentos y relatos de la literatura italiana, de donde se han sacado asuntos dramaticos, á la manera que se sacan y desbastan hermosos mármoles de las riquísimas canteras de Italia, Lessing, tomó la base de su drama, verdadera apología de la tolerancia, en los célebres cuentos del Decameron de Boccacio. Es el tiempo de las Cruzadas; los judíos, los cristianos, los musulmanes, se encuentran en torno de Je-
rusalen, la ciudad santa, en donde todos han bebido la idea de la unidad de Dios, y de donde todos se han separado por rivalidades de raza, más que por motivos de dogma y de creencia. Y sin embargo, aquella comunicación estrecha entre las razas, siquiera sea una comunicación por la guerra, por ese elemento destructor y antihumano, enseña una verdad que difícilmente puede ocultarse a la razón natural, y es la verdad clara, pero escondida, sobre todo a los ojos de la superstición y del fanatismo, la verdad de que todos aquellos enemigos, todos aquellos rivales, todos aquellos guerreros que se odian entre sí, que se persiguen, que se matan, sienten afectos y necesidades comunes, viven de comunes dolores y esperanzas, débiles todos y todos fuertes en las mismas condiciones, hambrientos todos del ideal y todos necesitados de la naturaleza, de su luz, de su aire; sujetos a la muerte, forzados a juntar en la madre tierra los huesos y los átomos que en vida han separado los enemigos dogmas, las religiones enemigas, para despertar tal vez en otra vida y encon-
trarse allí, que un solo Dios ilumina, y vivifica, 
y calienta con su luz increada, lo mismo que 
los mundos y los soles, todas las almas y to-
das las conciencias.

El patriarca de Jerusalen es la imagen del 
eclesiástico intolerante, materialista, avaro, 
sensual, cargado de preseas y de diamantes, 
vestido de brocados y de bordados, más aten-
to á que teman, y veneren, y reverencien, y 
sostengan, y adoren los fieles su persona que 
su Dios. Saladino, es el Sultan que se ha le-
vantado sobre la intolerancia de su religion á 
un culto más íntimo y profundo de la huma-
nidad y de sus derechos. El jóven templario, 
nacido en los feudales castillos de Alema-
nia, hijo de sangre real, que ha buscado bajo 
las palmas de Jerusalen el sepulcro de su 
Dios, representa el término medio entre la 
intolerancia del patriarcado y el espíritu efu-
sivo y humano de Saladino. Así es hijo sin 
saberlo, de un príncipe árabe, hermano del 
Sultan; y de una rica-hembra germánica, 
perteneciente á nobilísima familia. El prota-
gonista del drama, es el judío, precavido y
prudente, llamado Nathan. Los furores religiosos, el fanatismo intolerante, los cristianos en los ardores de sus guerras, le han consumido su hogar, le han quemado vivos á sus hijos. Al pronto le posee horror implacable al cristianismo; pero más tarde conoce que sobre estas pasiones, debe levantarse la pura inteligencia, la tolerancia pura, y recibe en su hogar, como hija propia, á una hija de sus verdugos, la bella y piadosísima Raquel, educada por su protector en sentimientos más humanos, que los egoístas sentimientos de secta. A este judío, quiere Saladino, en sus apuros, sacarle algún dinero, proponiéndole una cuestión espinosa, á saber: cuál prefiere de las tres religiones monoteístas. El judío le refiere este cuento: Un señor recibió hermoso anillo, al cual iban unidas todas las ventajas de la fortuna y de la vida, é instituyó que aquel de sus hijos que se encontrara en posesión del anillo, fuese el único de sus herederos, con facultad de trasmírlo á sus sucesores. Era ya tradicional en la familia que el mejor entre los hijos de aquellos ma-
yorazgos recibieran el anillo en herencia. Pero en la sucesión de los tiempos, encontróse uno de aquellos señores con que sus tres hijos eran igualmente buenos, igualmente dignos, igualmente honrados; y mandó labrar dos anillos, idénticos al anillo prestigioso, y se los dió á sus hijos. Y muerto el padre, resultó que cada uno de ellos creía tener el verdadero anillo y pedía la herencia única. Y entablaron un pleito, y llevados al tribunal todos los tres anillos, resultaron tan idénticos entre sí, que el pleito no pudo fallarse. Y así como no se ha fallado el pleito entre los tres anillos, tampoco se ha fallado el pleito entre las tres religiones. Saladino, que creía que al judío no le quedaba evasiva porque declarándose en favor del judaísmo ó el cristianismo, tenía que darle todos sus tesoros por blasfemo; y declarándose en favor del mohometismo, tenía que darle todos sus tesoros por converso, quedóse maravillado ante aquella habilidad y prudencia. Y tales consideraciones le persuadieron más y más á la tolerancia, y luego resultó que la hija del ju-
dío Raquél, y el templario, eran sobrinos del Sultan, hijos de un su hermano, y que cautivado por la belleza de nobilísima cristiana, había oído antes la voz de sus pasiones, la voz de sus dogmas, en demostración evidente de cómo la naturaleza inmortal junta los seres divididos y separados por las discordias de los hombres y sus diversas religiones.

No se contentó Lessing, á la verdad, con defender la tolerancia en el Teatro, la elevó á dogma en su teoría sobre la educación del género humano. Para el gran pensador la gloria de la humanidad no está, no, en la quieta posesión de la verdad, está en los combates, en las penas que la verdad ha costado. Por eso dice que, si le llamara Dios y le dijese en esta mano tengo la verdad y en esta otra el camino penoso, escabrosísimo, que á la verdad conduce, escoge, escogería el camino de la verdad aun á riesgo de regarle con su sudor y con su sangre. Sí, virtud santificante de la lucha, del trabajo, del dolor, parece que destruyes y creas, parece que abatetes y exaltas, parece que debilitas y fortificas,
parece que eres el signo de nuestra inferioridad y eres la señal explendente de nuestra grandeza y de nuestra gloria!

Lessing aceptaba la lucha por la verdad para fortalecer su espíritu, como el atleta antiguo aceptaba la gimnasia para fortalecer su cuerpo, y en estos ejercicios del pensamiento encontró la idea que todas las religiones son grados diversos, fragmentos diseminados, matices varios de una misma religión, que ha educado progresivamente al género humano. El ideal religioso no se encuentra contenido en un solo libro, sino en todos los libros que han sostenido, que han consolado a la humanidad en las tristes asperezas de su ruta hacia la realización del ideal. Así como el trabajo del Oriente no ha podido perderse, ni perderse el trabajo de Grecia y sus filósofos, el trabajo de Roma y sus jurisconsultos, así también el trabajo de las diversas iglesias servirá para esclarecer, para iluminar la conciencia humana. Desde los picos del Himalaya, a los cuales alzan sus brazos suplicantes los padres de los
primeros dioses; desde las cumbres del Sinaí, donde aún relampaguea, truena y fulmina el Jehová de Moisés; desde el sombrío Calvario, donde corre la humilde sangre del hijo del Hombre; desde el Hibla, que ha visto la cuna de los dioses griegos y que ha escuchado los diálogos del divino Platon; desde el coliseo romano, en cuyas cimas brillaban los génios protectores de Roma y en cuyo centro hoy abre sus brazos la Cruz que parece alimentarse de las cenizas de los mártires como los árboles de la sávia de los campos; desde las cúpulas de San Pedro de Roma ó de San Pablo de Londres; desde las torres de la iglesia de Worms, que oyeron la protesta del monge Lutero, hasta las torres de la catedral de Colonia, que todavía abrigan la reacción católica, no se descubren los límites últimos ni las últimas señales de la revelación; no se ven ni en lo pasado los confines de los recuerdos religiosos, ni en lo porvenir, los extremos de las religiosas esperanzas; porque así como el libro de los Vedas ha podido ser el libro de la naturaleza, y el libro de los Persas el libro de
la luz, y el libro del antiguo Testamento el libro del Dios Padre, y el libro del Nuevo Testamento el libro del Dios Hijo, y el libro de la Reforma el libro del Espíritu Santo, y como el pensamiento humano jamás podrá contar las estrellas ni medir lo infinito, jamás podrá tampoco saber cuántos libros religiosos, reveladores, luminososísimos, vendrán mañana en progresión ascendente a continuar la obra que los otros comenzaron; á embellecer, á santificar el humano espíritu para el cual guardan los cielos en sus profundidades una revelación eterna e incesante.

La idea fundamental de Lessing es que todas las religiones han poderosamente contribuido, aunque en grados diversos, á la totalidad de la educación humana. El espíritu del progreso entraba, pues, hasta en aquellos sitios apartadísimos y sagrados que parecían exceptuarse del movimiento y de la renovación de todos los seres y de todas las ideas. Los santos veían agitarse las hojas de sus inertes libros de piedra al soplo del viento de su siglo; los ángeles veían larvas de nuevas
ideas animarse en trasformaciones progresivas al calor del fuego de los santuarios. En esta agitación, en estos estremecimientos de la conciencia, engendrábase altísimo concepto de la dignidad humana. Y siempre que la ciencia eleva la dignidad humana a grandes alturas viene por necesidad una explosión de la conciencia cargada de ideas, y con esta explosión de la conciencia viene por fuerza otra victoria más de la libertad.
CAPITULO XXXI.

DEL INFLUJO DE LAS APOLOGÍAS ORTODOXAS
EN EL MOVIMIENTO POLÍTICO.

Frente á la crítica racionalista se planteaba la apología protestante. Una escuela entera de apologistas, compuesta por numerosos escritores, atacaba furiosamente á la escuela de los críticos. En esto, como si la obra capital del siglo décimo-octavo fuera sembrar una idea dejando á otro siglo que la fecundase, muere Federico II, y con él muere la tolerancia. Su sobrino Federico Guillermo II le sucede. La estrechez sucede á la amplitud de miras; la intolerancia al espíritu humanitario; la rutina á la idea; un rey de pacotilla á un
rey del espíritu; un oficinista á un héroe; un protestante, que quiere llevar el protestantismo por los medios burocráticos hasta las últimas conciencias, á un filósofo que deja las ideas esparcirse, mezclarse, combatir, formar las grandes combinaciones químicas de la vida intelectual, tener la misma expontaneidad que en su obra creadora tiene la naturaleza.

Y los apologistas protestantes, después de todo, no aconsejan otra cosa más que la lectura de la Biblia. Nunca he podido comprender cómo los pueblos protestantes de Europa retardan tanto su entrada en la República. Muchas veces, en mis reflexiones sobre la Historia, he pensado con detenimiento y madurez sobre la vivacidad con que comprenden y la rapidez con que realizan los pueblos latinos las más avanzadas ideas, sobre todo en la esfera de la política. Aquí se conjuran todos los elementos para tener á los pueblos en completa ignorancia. En mis viajes por Suiza, lo que más me maravillaba era la cantidad de ideas liberales que allí descienden desde los
púlpitos mezcladas con los aromas de las ideas religiosas y de sus eternales esperanzas. Cuando oía en la Iglesia de San Pedro de Ginebra un sermón lleno de evocaciones al espíritu del siglo, al génio de la libertad, al Dios del Evangelio, libro y código de las democracias, involuntariamente pasaban por mi memoria los sermones oídos en la parroquia de mi pueblo, llenos todos ellos de amenazas, de terrores, de pinturas del infierno, de la retórica propia para apocar los ánimos y precipitarlos en el abatimiento y en la desesperación que al cabo engendran la servidumbre de la conciencia y del alma. Si los pueblos latinos supieran leer, si por obligación tuviesen que hojear al menos todos los domingos las páginas de la Biblia en vez de oír las salmodias de sus sacerdotes en lengua extranjera e ininteligible, ¿no hubieran sido hace ya dos siglos pueblos republicanos? Porque la Biblia es un libro lleno, desde las primeras a las últimas páginas, no diré de ideas, pero sí diré de sentimientos republicanos, y los sentimientos influyen con su poe-
sía más aún que las ideas en los pueblos. El Nilo, el río de los misterios, al lamer las piedras de los sepulcros, lleva sobre sus cálidas aguas, que serpentean por el desierto como la vía láctea por el cielo, la cuna de mimbrres, donde va el enemigo de los reyes, el salvador de los pueblos. Uno de los primeros y más bellos cánticos de la Biblia está consagrado á exaltar la rota de los Faraones y de sus caballeros, sumergidos en las aguas del févido mar, que se los ha tragado como si fueran piedra de los abismos. En cuanto las tribus en la tierra prometida se establecen, fundan una República mandada por magistrados que se llaman jueces. Y el día que cualquier tirano se levanta, los sentimientos de la libertad y el habla elocuentísima de los tribunos vibran hasta en el corazón y en los labios de sus mujeres. Jahel ha clavado con su martillo la estaca en las sienes del tirano Sisara. Débora canta bajo la palmera la victoria de los humildes sobre novecientos carros de guerra, todos chapeados de hierro y todos sumergidos en las ondas del torrente
Cison. Cayéronse á las plantas de Gedeon las diademas de oro y los mantos de púrpura de las sienes y de los hombros de los príncipes de Madan; y los soldados de estos murieron en el campo como mieses mordidas por la hoz del segador. Jephté se venga de su pueblo que le había despreciado por hijo de una ramera, salvándole de conquistadores y de tiranos.

Demóstenes no ha hablado contra los reyes de Macedonia como el último de los jueces habla contra los reyes que desean y piden sus extraviadas tribus. Parece que todavía cuando se quiere condenar las veleidades de las muchedumbres por sus amos, hay que volver á imitar aquel sublime lenguaje y hay que anunciar aquellas mismas plagas. El discurso de Samuel se repite de siglo en siglo, así en las imprecaciones de Danton contra los reyes de Francia, como en las escenas de Schiller que pintan la naciente República de Suiza. Todo tribuno dirá á todo pueblo lo mismo: ¿Quereís rey? Vuestras libres tribus serán esclavas. Uncidos serán vuestros hijos á los car-
ros del rey como bestias. Al nacer nacereis con la marca de vuestra ignominia y seréis desde el vientre de vuestras madres hasta el vientre del sepulcro, propiedad de otro, como los terrones del campo, como los borregos del ganado. Unos ireís delante de él como cabestros, y otros ireís detrás de él como recuas. Dispondrá de vuestros caballos y de vuestros caballeros, ya para su regalo y para su corte, ya para su odio y para sus guerras. Empapareís la tierra con vuestro sudor y el fruto será para él. Empapareís el campo de batalla con vuestra sangre, y para él será la victoria. Sembrareís y él cosechará. Vendimiereís y él se emborrachará. Engendrareís y él dispondrá de vuestros hijos. Ya no os llamaréis los elegidos del Dios de Israel, sino los eunucos del serrallo del rey. Vuestras hijas deben untarle el cuerpo de aromáticos ungüentos, y luego entregarse como meretrices á su lascivia. Os repartirais entre sus corte-sanos como se reparte y distribuye una manada. Ya no dependerá ni la vida ni la hacienda de vuestra voluntad, sino de su capri-
cho. Mullid los cogines en que se acueste. Lamed las plantas con que pise vuestra cabeza. Dejad que se tienda sobre vuestras espaldas, y que haga remos de sus galeras vuestros brazos. La sangre, la honra, la herencia paterna, vuestras hijas y vuestras esposas, todo será propiedad del monarca, dueño de Israel como de un prédio. Y como lo quereis, que reis una mordaza para vuestros lábios, un freno para vuestras quijadas, argollas para vuestros cuellos, esposas para vuestras manos, grillos para vuestros pies, la noche en la inteligencia, la muerte en el corazón, la humillación ante Dios, la deshonra ante el mundo.

Las terribles profecías se cumplen. La Historia de la Monarquía confirma desde sus primeras á sus últimas páginas todas las amenazas del profeta. El rey escogido por aquel pueblo, que se olvidará a un tiempo de su religión y de su República, ensoberbécese, llénase de orgullo como el ángel rebelde, crée un Dios, y no se contenta con la sencilla magistratura política y civil, sino que sueña con la magistratura religiosa y sacerdotal, para oprimir
EN EUROPA.

bajo sus férreas manos cuerpo y alma de sus imbéciles vasallos. Inútilmente los más grandes reyes suben al oriental y pagano trono de donde Dios está ausente. David, solo David brilla por algunos momentos; pero su persona es un mentís dado al principio monárquico, principio de trasmision hereditaria, de casta oriental; porque David es un pastor a quien ha exaltado, no su cuna, sino su mérito. En cuanto el principio hereditario aparece, con el principio hereditario aparece también el horrible crimen que entraña la monarquía, institución radicalmente contraria a toda justicia. Salomón es el rey por excelencia. Todos los dones de la hermosura han caído sobre su persona; todo el fuego y toda la luz de la ciencia sobre su entendimiento: los pueblos lejanos le celebran, los magos del Oriente le buscan, los reyes le necesitan; bajo su cetro álzase el templo de Dios vivo, que las maderas de los cedros del Líbano coronan; que las piedras talladas por los trabajadores de Tiro y de Biblos forman; que el hierro, el bronce, la plata, el oro fundidos por
Hiram esmaltan; que el Arca de la alianza santifica; que un holocausto de veintidos mil bueyes y ciento veintidos mil carneros inauguran; que los presentes traídos por las naves surtas en los puertos del Mar Rojo para el Oriente, para Ophir, para el Occidente, para Tharsis, enriquecen; que la sabiduría de su fundador ilumina; mas como nada corrompe tanto en el mundo, como nada es funesto y homicida, cual un poder absoluto, el rey cuasi divino envenena su corazón de artista con todas las abominaciones del vicio, debilita sus fuerzas de guerrero con todas las flaquezas de la molicie, mancha su inteligencia de sábio con todas las fábulas de la mágia, oscurece su fe de creyente con todos los errores de la idolatría; y muestra con otro ejemplo más que no puede el mayor entre los hombres, ser alzado á las alturas del trono y convertido en una especie de Dios, sin trocarse por esta derogación á las leyes de la naturaleza en miserable bestia. Y así la monarquía, de tropiezo en tropiezo, de derrota en derrota, de caída en caída, con los primeros representantes
de la dinastía de David, rompe, destruza la unidad de Israel, divide, dispersa las tribus unidas por la República; y con los últimos, entrega el reino al extranjero, la raza al cautiverio, la ciudad santa á la desolación y al saqueo, el templo al incendio.

Léed á los profetas. Isaías grita: gentes corrompidas, dejasteis el templo de Jehová para tomar el camino del templo de los ídolos. Enferma la cabeza, enfermo el corazón, los pies hinchados, los miembros doloridos, sois todos hijos de Israel, una llaga que no curará la pomada ni ablandará el aceite. No quiere Dios holocausto, no le importuneis con el humo de vuestro sacrificio. Jeremías, desolado, llora. La ciudad poblada antes se halla solitaria; la esposa de los reyes viuda; la reina de los pueblos sujeta á tributo. Los soldados, que debían rugir como leones para defender á Sion, corrieron como cervatillos. Las vírgenes que la halagaban con sus cánticos, fueron, los pies desnudos, y las manos atadas á la espalda, cautivas á los serrallos de Oriente. Ezequiel canta: tú eras una parra
plantada en regadío. Tus pámpanos daban sombra á pueblos enteros, y tus sarmientos eran tan fuertes que los tomaban los reyes por cetro. Mas el viento solano te ha consumido como el fuego al heno seco. Y Daniel exclama: tu tirano ha levantado su esfigie en una estátua áurea de setenta codos de altura. El pregonero te llama en alta voz para que vayas á bendecirla y adorarla de hinojos. Oseas oye los sonidos estridentes que producen las trompetas de los ángeles. Y la tierra se conmueve como si llevara feto abortivo en sus entrañas. Joél tiende su vista y no ve campos. La oruga se ha comido sus árboles y la langosta sus sembrados. Los ancianos ya no duermen sino en la embriaguez, y las mujeres ya no velan sino para el placer. Los sacerdotes se han vestido de luto y los profetas de cilicio. La cólera del cielo ha consumido el granado de rojas flores, la higuera de morados frutos, la vid cargada de racimos, la palmera del desierto con sus dátiles de oro. Amós reconviene á Israel porque Jehová lo prefirió entre todos los pueblos, é Israel negó á Je-
hová ante todos los dioses. Abdías le dice al pueblo que la soberbia de su corazón le ha perdido, y que en vano querrá levantar su morada allá donde el águila pone su nido, porque está más alto aún el rayo de los cielos. Jonás anuncia la caída de Nínive después de la caída de Jerusalén, y convoca las planíferas del mundo al entierro de las protervas ciudades y de los soberbios reyes. Miqueas se queja de que donde Dios puso su casa de oraciones, los hijos de Jacob han puesto casa de prostitución; donde Dios las tablas de la ley, los hijos de Jacob las esculturas de Samaría. Nahúm mira cómo pasa Jehová con su ejército de ángeles. Los montes tiemblan, los collados se derriten; a una palabra suya el mar se ha hinchado de tormentas y los ríos se han salido de madre. Abacuc clama y Dios no le oye. En vano busca á su Criador como el incienso el cielo. No hay piedad para Israel. Sophónías se desespera en noche de espesas tinieblas. Las estrellas se han vuelto cenizas, y el sol pavesas. Las nubes han llorado fuego. La tierra, agitada co-
mo una caña, ha tocado en los profundos abismos. Los hombres han muerto como los peces que se quedan en seco. Tu cólera ¡oh Jehová! acaba de pasar sobre Israel. Aggeo verá los carros tropezar en las piedras del camino, los ginetes perder sus caballos, é Israel ahogarse como Faraón, pero en mares de lágrimas. Malachías maldice á su pueblo porque después de ofrecer ofrenda voluntaria á los ídolos, ha querido ofrecer ofrenda forzosa á Jehová. Zacarías canta la esperanza de Judá, y cree que las entrañas de su tribu engendrarán un justo y volverá á sentarse el Señor sobre las montañas de Sion.

¿Qué vienen á ser todos estos profetas con su cólera en el alma, con su maldición en los labios, con sus rayos en las manos? Los defensores del espíritu republicano contra la tiranía de los reyes. El rey quiere unir por alianzas su pueblo con los pueblos idolatras, su Dios con los dioses paganos, su vida con la extranjera vida. Pero se oponen los profetas, que llevan el espíritu divino en su mente, y que saben la divina misión de Israel, desti-
nado á guardar solo una idea, la idea de la unidad de Dios contra las asechanzas de todas las idolatrías, para que sirva de raíz á la religión y á la moral del mundo por venir. Así toda su elocuencia se emplea en maldecir á los reyes y á los ídolos, verdaderos dioses de los reyes. Así huyen á los desiertos, se encierran en las cavernas, se comunican allí con lo infinito en la naturaleza, forjan las aceradísimas espadas de su palabra, salen vestidos de sayal y de cilicio á los caminos, á las encrucijadas, para protestar contra la tiranía de los reyes e iluminar con la esperanza en Dios el alma de los pueblos. Por eso las páginas de la Biblia han derramado muchas y muy grandes inspiraciones republicanas. No solamente le han robado su sublimidad Miguel Angel en las figuras del Vaticano y Palestri na en las cadencias de su música; el poeta republicano Milton, el general republicano Cronwell, las tribus republicanas que se formaron en las grandes ciudades donde se leían los libros de Dios, las tribus de los puritanos han debido á esas magníficas maldiciones de
los profetas lanzadas sobre los reyes, y sobre los pueblos idólatras de los reyes, la mayor parte de su maravillosa elocuencia.

Y así, digo yo, trayendo todas estas reflexiones á mi tesis, que las escuelas más ortodoxas de Alemania, las más protestantes, las que tendieran á encerrarse dentro de una tradición más pura y á tomar un carácter más intransigente, no podían salir de una recomendación vivísima de la Biblia, y al recomendar la Biblia, recomendaban un libro esencialmente religioso, es verdad, pero también esencialmente republicano. Además, todos los llamados círculos piadosos, que oponían una reacción religiosa á la crítica del siglo décimo-octavo, estaban formados de pensadores dados á remover las profundidades del alma con sus problemas de religion sobrepujando al ideal ortodoxo con sus esperanzas de progreso. Ninguno de ellos quería mantener un pueblo ignorante al pie de un altar inmóvil de donde el calor y la luz de la vida habían huido; al contrario, todos pugnaban por elevar el alma á las cimas del ideal
rosadas y matizadas de reflejos que no eran ciertamente del sol de los santuarios. No hay sino abrir cualquiera de los libros de los protestantes de este tiempo, o cualquiera de las historias que sobre estos libros se han escrito; la más reciente, por ejemplo, la del sabio Lichtenberger, que con Reuss y otros ha sido ornamiento de la facultad de teología en Estrasburgo. Y allí se ve que los más piadosos no son los más intolerantes, ni los más apegados á la rutina de un dogmatismo egoísta. Bengel se revuelve contra la tradicion, y cree que el conocimiento de la Historia no basta á la fé cristiana, la cual se alimenta de realidades eternas. OEtinger, es un místico arroba do en la contemplacion de las ideas religiosas. Debilita la teoria del pecado original, y reconoce, no ya en la razon pura, sino en el sentido comun, un órgano naturalmente poseido por el hombre para comprender lo eterno y lo divino. El sentido comun ha formado ese anfiteatro de ideas celestes, que desde las cosas más bajas se eleva á las más sublimes. Zinzendor reforma los hermanos Mo-
ravos, y renueva las teorías de Juan de Hus, víctima de los emperadores y de los papas. Su adoración por la segunda persona de la Trinidad, le lleva casi a divinizar el género humano. Lavater, físico, filósofo y poeta, nacido y educado en Suiza, glorifica en sus efusiones religiosas la conciencia humana, y diviniza la libertad. Poncio Pilatos es á sus ojos abominable, porque representa el escepticismo culto, y porque se atreve á preguntar ¿qué es verdad? Y aunque pasando á los ojos de los racionalistas por un místico, Lavater se revuelve enoado contra el milagro y exalta las leyes de la naturaleza. Poeta republicano, sus cánticos por la democracia se confunden como en las estancias de los profetas hebreos con sus oraciones á Dios. Amann ha sido llamado el Mago del Norte por su oscuridad, en la cual relampaguean numerosísimos pensamientos que cruzan sin ley, sin sistema, sin orden como sorprendentes aereolitos. Su vida está consagrada á reconciliar los libros de la razón divina con las naturales enseñanzas de la razón humana. A sus ojos todos los sé-
res, hasta los más apartados, hasta los que brillan lejos del alcance de nuestros telescopios en los abismos de lo infinito, son, como Cristo, a un mismo tiempo divinos y humanos. Omnia divina et humana omnia. La Historia es la realización del pensamiento eterno de Dios. Y desde el momento en que dice esto, ya no hay pueblos absolutamente perdidos, como quiere una ortodoxia intolerante, ya no hay religiones absolutamente erróneas, ya no hay épocas absolutamente malditas. El hebreo podrá ver en los dioses de Grecia cortesanos del rey de los infiernos; el griego podrá ver en los judíos legiones de oscuros faráxicos; a los ojos del patricio romano será el nazareno de las catacumbas un rebelde, merecedor de que lo devoren las fieras del circo; a los ojos del nazareno serán todas las creencias, menos las creencias evangélicas, abominaciones del entendimiento, oscurecido por el pecado; el católico verá desde los altares del Escorial ó desde la Basílica de San Pedro, en Lutero, un monge sensual y ebrio; el protestante verá desde las desnudas iglesias
de Ginebra ó de Berlín al papa como al Ante-
Cristo apocalíptico que ha de perder el mun-
do; cada religión se creerá la verdad absolu-
ta; cada sectario el hombre perfecto; y entre
tantas intolerancias y sobre tantas guerras, y
en medio de tan inconciliables contradicciones,
todas las escuelas enemigas, todos los pue-
blos en armas unos contra otros, contribuí-
rán á realizar el pensamiento de Dios en la
Historia, como dos ejércitos en guerra sirven
para abonar con sus cadáveres el campo don-
de han caído: que de sus enemistades y de
sus cóleras nada sabe la madre naturaleza.

Wizenmann vá más lejos todavía y resucita
el pensamiento de Orígenes. En su teología
no cabe que haya un sér que esté condenado
al mal eternamente. El espectáculo de los do-
lores humanos servirá para convertir a Satá-
nás. El ángel de las tinieblas participará de
nuestras penas, beberá nuestras lágrimas, y
tendrá sed de lo infinito, y tendrá nostalgia
del cielo y tenderá sus brazos a Dios, sus
ojos a la luz de donde cayera, su pensamiento
a la inmensidad, su corazón al bien; y el so-
plo de la divina misericordia apagará el fuego del infierno, y los ángeles de las tinieblas volverán a entrar, coronados de estrellas, en el óther de los cielos. Cláudius, el más original y el más poeta de todos estos escritores, será también partidario de la razón humana; la llamará luciérnaga, que se arrastra por la tierra, pero luciérnaga, á la cual tarde ó temprano han de salirle angélicas y misteriosas álas para volar por lo infinito.

Compárense estas teorías llenas de sentimiento humanitario y progresivo con las teorías de nuestros neo-católicos. Para estos la razón y el absurdo se aman con amor inven- cible; el género humano, que no está dentro de la Iglesia es más despreciable, mucho más despreciable que las béstias; los tres últimos siglos no han sido más que tres siglos de ignominias y de errores; la revolución que ha promulgado los derechos del hombre, no ha hecho sino continuar la obra de Satanás, la obra de la soberbia y del orgullo contra Dios; la ciencia que ha vertido tanta luz, no ha hecho sino llenar del viento de la vanidad el
frágil corazón humano; la Reforma es un retroceso; el Renacimiento una apoteosis de la sensualidad del paganism; Rafael un idólatra; las monarquías civiles una reacción al despotismo del Oriente, y las repúblicas democráticas una demagogia sin Dios y sin freno; solamente puede haber salvación para el mundo en tornar a la Edad Media, á sus teocracias en el trono, á sus pueblos en el polvo, á sus cláustros llenos de penitentes, á sus cruzados que vayan á recibir de la Iglesia voz de guerra y espada de combate, á sus papas levantados como demiurgos, dioses y reyes, entre el cielo y la tierra.
CAPÍTULO XXXII.

LA EDUCACIÓN REPUBLICANA.

El siglo décimo-octavo continúa la obra de la educación del género humano, obra que ha de dar, quieran o no quieran los reaccionarios de todas las teologías, por resultado lógico y preciso, la República universal. Dos libros apasionaron al siglo; dos libros que podrá empequeñecer como quiera la crítica moderna, pero que no pueden ser juzgados sino por el momento en que nacieron, por la situación de los pueblos, por el estado de los ánimos. El filósofo Kant, era una especie de hombre mecánico. Las ideas habían calci-
nado sus huesos, y las pasiones humanas no habían penetrado en su pecho. No se le conoció jamás amor ninguno, ni ninguna mujer iluminó con su ternura aquel hombre fuerte y frío como el hierro. Todos los días, á unas mismas horas, salía á dar sus paseos con la regularidad y la precision de las figuras en los relojes por antonomasia mecánicos. Durante dos ó tres días, aquel hombre no salió de su casa. ¿Estaba enfermo? Como las pasiones no atacaban su alma, las enfermedades no atacaban su cuerpo. Tenía una salud, que por lo estable, podríamos llamar salud mineral. No salió en dos ó tres días de su casa, porque no pudo apartar de sus ojos el libro que se publicaba por entonces, el Emilio de Rousseau.

Podrá la saña ciega de los partidos cebarse en el autor y en la obra, pero no podrá quitárselo, no, la gloria inmarcesible de haber conmovido con sentimientos maternales hasta las entrañas más duras y los corazones más empedernidos. Desde los tiempos de Platon, hay que decirlo, no se había hablado de una
manera tan elocuente, tan apasionada, tan luminosa. Las ideas se encarnaban en esa hermosura, que según el sublime fundador de la Academia, es el eterno resplandor de la verdad. La lengua francesa parecía, bajo la pluma de Rousseau, como el mármol de Paros bajo el cincel de Fidias. Rebosaba de aquella copa de oro el vino embriagador de los grandes sentimientos revolucionarios. La humanidad se concentraba, como en el primer día de nuestra redención religiosa, como en la noche buena de Belén, sobre la cuna del niño, frágil, tierno, menudo, pequeño; pero llevando en sus rosadas manecitas el mundo de lo porvenir, y repitiendo en sus celestes ojos el horizonte de las nuevas redentoras ideas. La madre, perdida en los salones, apartada de la lactancia por una falsa moral y una falsa higiene, vino con sus ubérrimos pechos, cargados de dulcísima leche, á alimentar á sus hijos, y con su corazón, todo amor, todo poesía, todo religión, á sostenerlos y educarlos para labradores de la vida, para sacerdotes de la libertad. La naturaleza
regenerada se alzó de la tumba donde la te-
nían como muerta las teocracias; y en su re-
surrección, tan bella como la resurrección
de las mariposas en primavera, anunció que
el mal es en su seno un accidente, y que pue-
de llamarse ella el alma santa madre, el bien
supremo, como Dios la suprema justicia. Y
sobre toda esta escala de ideas, como la más
grande, como la más duradera, como la más
divina, superior á la misma naturaleza, se
levantó la idea casi negada en las diversas
sectas religiosas por el principio semi-fatalista
de la gracia, se levantó la idea de la libertad
moral, que dió fuerza al hombre, esperanza al
progreso, luz á la misma ciencia, doctrina é
ideal á la revolución y á la República. Este
libro sobrenatural, con todos sus errores, con
todos sus defectos, con todas sus imperfec-
ciones, planteaba el problema humanitario
por excelencia: el problema de la educación.

El otro libro, que impresionó vivamente al
siglo décimo-octavo, es el libro de Daniel Foé,
escritor desgraciadísimo, á quien la intoleran-
cia de aquellos tiempos había por sus publi-
caciones sumergido varias veces en profundos calabozos, después de haberle cortado bárbaramente las orejas. Su libro ha llegado á pasar, como el libro de Cervantes, al sentido común del género humano y al lenguaje proverbial de todos los pueblos. Su libro es el Robinson. Y el Robinson es el poema de la naturaleza dominada por la fuerza del trabajo. Una y mil veces el mar con sus tempestades y sus naufragios le anuncia al marinero intrépido su estrella; y como si fuera su alma el huracán que impulsaba á los sajones, y su cuna la barca de cuero donde aparecieron los normandos entre las embravecidas ondas del mar del Norte, lucha impertérrito con vientos, con trombas, con tormentas, con el rayo y el granizo, con todos los elementos, á la manera que el conquistador en la guerra. Mas no creais que esta lucha tiene el carácter épico, legendario, poético de los combates descritos por Camoens en sus Luísiadas, no; es lucha real, descrita técnicamente, apoyada en cálculos, probada con documentos, lucha de un mercader, de un inglés prosáico, que
solo busca oro para sí, comodidades para su familia, puntales para su casa, apoyos para su vejez en su conquista del Océano. Y un día el viento le vence, el mar le arrolla, la tempestad le lanza sobre una playa desierta. Y allí está solo, abandonado; sin más recurso que el vigor de sus brazos, sin más esperanza que el Dios de su Biblia. Y solo, y abandonado, lucha con la naturaleza como había luchado siempre; y arranca los árboles, y pule las piedras, y teje los filamentos de las plantas, y empapa con su sudor la tierra, y educa los animales, y somete las fuerzas enemigas, y abre canales, y talla lanchas, y mueve los remos, y caza las fieras, y siembra, y siega, y muele, y amasa sin contar jamás con las dificultades, sin retroceder a los peligros, seguro de su derecho divino sobre la creación y de la fuerza incontrastable de su voluntad; como que aquel hombre, al explorar las selvas inexploradas, al surcar los mares vírgenes, al domar los animales indómitos, al someter la insumisa creación, demuestra la fuerza incontrastable de la libertad individual
y la santa legitimidad de su derecho sobre la tierra. El héroe de Daniel no es un héroe fantástico. Cuando nosotros nos paramos á contemplan el pobre cuáker educado en el desierto, nacido en una cabaña, con su libertad por todo patrimonio, con su Biblia por toda educación, leñador en aquellas selvas primitivas de la América del Norte, navegante en las aguas del Ohio, del Mississipi, que por un esfuerzo de su voluntad soberana y por un milagro de su República democrática ha roto este cendal de la materia, y ha subido, á través de las tempestades de la naturaleza y de las tempestades de la sociedad, á la cima del mundo moderno, al capitolio de Washington, para ser allí el Moisés y el Cristo de los negros, y enterrar los últimos restos del patriarca bárbaro y romper las últimas cadenas del eterno esclavo, no podemos menos de reconocer que el héroe de la novela del siglo decimo-octavo, el trabajador solitario y abandonado, que se crea á sí mismo por esfuerzos interiores y que somete la naturaleza á su mano y la ley á su pensamiento, es una rea-
lidad viviente en la gloriosa historia de nuestras modernas libertades. El libro debía apasionar en su tiempo a las generaciones que lo recibieron y lo devoraron, puesto que el libro venía a decir, apoteosis sublime de la industria, que no hay elementos con fuerzas bastantes para resistir a la voluntad del hombre cuando se la emplea con brio y se la educa con perseverancia.

La educación, la educación comenzó a ser entonces un gran problema en Alemania, y la educación comenzó a ser esencialmente republicana. El primer nombre que se liga indisolublemente a este nuevo impulso del espíritu moderno hacia la libertad es el nombre de Basedow. Muy variamente se ha escrito y se ha hablado de este hombre. Mientras Michelet le llama ilustre, Herder dice que todo su secreto consistía en decir que criaba en diez años encinares que necesitarían ciento, y que por su parte no le daría a educar, no ya hombres, pero ni siquiera bueyes. Y Goethe añade: «Basedow, que mira a todo el mundo como mal educado, es un hombre de pésima edu-
cación.» Seguramente había grandes lunares en su inteligencia y muchos vicios en su vida. Pero el pedagogo que comenzó la obra revolucionaria de la educación republicana tiene dos méritos: primero, despertar en el alma la idea de que tiene dentro de sí virtudes bastantes á ilustrarla y moralizarla conduciéndola al cumplimiento del bien; y segundo, evitar cuidadosamente que las supersticiones se apoderen del entendimiento, lo perviertan en sus primeros años y luego necesite pasar el hombre la mitad de la vida destruyendo la obra y la fe de la otra mitad. Así, Basedow prohibía terminantemente que se enseñara á los niños ninguna religión revelada, limitándose á despertar en ellos la conciencia moral y á robustecerlos por los ejercicios gimnásticos en su cuerpo y en su organismo, por los sentimientos liberales en su carácter y en su alma.

Este impulso que la pedagogía moderna había recibido de las obras de Daniel Foë, de Juan Jacobo Rousseau, y de los trabajos y prácticas de Basedow, fué fecundo en libros, en planes, en proyectos que tendían todos á
la educación de la infancia y á fortalecer y á arraigar en la infancia la idea de libertad. Salzmann se empeñó heroicamente en esta lucha por las nuevas ideas. Aunque sacerdote, tronaba con grande elocuencia y mayor justicia contra la estrecha educación ortodoxa que encorvaba el entendimiento de la juventud, bajo el peso de la tradición; embargaba su memoria con versículos innumerables de la Biblia, y pervertía su carácter en prácticas religiosas sin real trascendencia á la educación y á la vida. Nadie como él se consagró á sacar del seno de las frias tinieblas, que lo pasado arrojaba sobre las almas, el ángel de luz que llevamos en nosotros, y que ilumina con su antorcha todo cuanto nos rodea, y nos señala con su mano bendita el camino que conduce á lo celeste, á lo eterno, camino sembrado de mundos y de soles, y oscurecido por las nubes sin rocío de la superstición y del fanatismo. Campe, el imitador de Foé, quita á la educación todo este sentimentalismo; se revuelve contra la poesía llamándola linterna encendida enfrente del sol; y quiere que ten-
ga el hombre la fe que Robinson en sus derechos, en sus fuerzas, en su imperio sobre la naturaleza.

El reformador que personifica esta gran revolución pedagógica indudablemente con más títulos es el inmortal Pestalozzi. Fichte, en su Discurso á la Nación Alemana, ofrecía como escuela regeneradora de su raza la escuela de este santo. Y en efecto, nadie como él ha distinguido las facultades intelectuales que en cada edad predominan, ni ha visto el camino más corto para llegar á estas facultades, y acrecentarlas en ejercicios diarios, y esclarecerlas con los raudales de la ciencia. Efectivamente, si cuando el sentimiento predomina en el hombre porque su edad lo une á la naturaleza y al hogar, educais la inteligencia; si cuando predomina, como en la juventud, la fantasía porque el hervor de la sangre y la inquietud del espíritu le llevan á las pasiones y á los combates, en oposición casi con todo cuanto le cerca, pues necesita crearse su mundo propio, si en esta edad crítica educais, por ejemplo, la razón; y cuando llega la edad...
de la razón, y con ella los frutos muchas veces amargos de la vida, y se han secado las flores, y se han caído las mariposas que sobre las flores revoloteaban, os empeñais en educar sentimiento e imaginación, haced del hombre un ser artificio, sin lograr el someter y amoldar á vuestra educación lo más inaccesible, lo más indócil, su recóndita naturaleza. Como los frutos pasan por la semilla, por el gérmen, por la flor, pasan las ideas por las sensaciones, por las nociones, antes de llegar á su incondicionalidad absoluta. Y educando en el niño al niño y no al hombre, las facultades del niño, con símbolos á su alcance, con narraciones que le recreen y le deleiten, depositareis en su alma individual con seguridad, con certeza, los gérmenes de un alma universal, de un alma humana.

¿Quién educa verdaderamente al niño en la humanidad? ¿Quién tiene ese divino ministerio? La madre. Ella es la profetisa que prevé la vida por venir, y la Sibila que sondea los misterios del espíritu, y la Musa que lleva al corazón las inspiraciones humanas, y la Maga
que llena de leyendas piadosas y suaves toda nuestra fantasía, y la Sacerdotisa que levanta la conciencia á las regiones de lo infinito: desde el momento en que siente su hijo en las entrañas parece como que el espíritu y la naturaleza se revelan á su mente para ayudarla en su divino ministerio; y así apropiará todas las ideas á la inteligencia del niño, de la misma suerte que el ave cincela todos los agrestes objetos cogidos en su pico para formar el blando nido de sus amados hijuelos.

Sabe la madre instintivamente la higiene con que ha de preservar á su hijo de las inclemencias del mundo, la medicina con que ha de curarlo en sus continuas enfermedades, la moral con que ha de sostenerlo en sus futuros combates, la literatura con que ha de embellecer sus días y con que ha de calmar sus tempestades, la religión que ha de convertirle en sér superior á los demás seres de la naturaleza y ha de abismarle en el seno de lo infinito; cuanto necesita el pequeñuelo en sus primeros años lo lleva su madre en la inteligencia como lleva en los pechos su único ali-
mento. Hagamos de la escuela una madre. Hé ahí el pensamiento de Pestalozzi.

Un hombre así no podía nacer, no podía educarse, no podía vivir sino en el seno de una República. Las ciudades republicanas son las ciudades que han contribuido en mayor grado á la educación del género humano. Volvemos con los ojos del alma á todos los tiempos de la historia, y encontrareis que el género humano ha sido formado por esas ciudades. Cada una de ellas trae su tesoro á las riquezas comunes de la humanidad: Atenas sus estatuas; Roma sus leyes; Florencia las artes del Renacimiento; Génova la letra de cambio para el comercio; Venecia la brújula; Pisa la ley del péndulo; Strasburgo la imprenta; todas ellas la idea. Y así es que los pueblos modernos jamás llegaráran á su perfecto desarrollo si no hubiera, como granos de sal, derramado la Providencia esas pequeñas republicas en su seno; Todo el movimiento intelectual de Francia en el siglo décimo-sixto se pierde si no hubiera cerca una Ginebra capaz de acoger á Calvino. Quizá la Inglaterra
vuelve á ser presa de la reacción católica, feudo de los empedernidos Estuardos, si no está cerca Holanda para crear y educar á los Oranges. Y en la vida intelectual de Alemania han ejercido poderoso influjo las republi- canas ciudades de Suiza y entre todas Zurich. Allí habitaron Schelling y Fichte; allí escri- bieron Klopstok y Gessner; allí formó una especie de centro intelectual, de foco donde convergían muchos rayos de luz el teólogo, el físico, el republicano Lavater; allí se educó Pestalozzi.

Mas su primera escuela fué fundada en las riberas del lago de los cuatro cantones. Aquella hermosa maravilla tiene á nuestros ojos ese explendor más en sus horizontes y esa santidad más en sus recuerdos. Una vez visto no se le olvida jamás. Al extremo Norte, Lucerna con sus torres góticas, con sus pintados puentes, entre los cuales precipita el Saar sus verdes y espumosas aguas; á un lado el Pilatos, ágrio, abrupto, sembrado de abismos como si en su aridez solo engendrara tempestades; enfrente del Pilatos el
Righi, apacible, tranquilo, sembrado de florestas, de quintas, como una montaña italiana cantada por Horacio o por Virgilio; entre estos dos montes, como un anfiteatro de diamantes gigantescos, la cordillera del Oberland que refleja y repite en los cristales de sus nieves eternas la luz del día; y, en todo el fondo, el lago, vário, lleno de ensenadas, de puertos, de aldeas, que se tienden entre las verdes praderas y los bosques de alpestres pinos: espectáculo maravilloso, indescriptible, como acaso no hay otro semejante en el planeta, pues difícilmente se encuentran a tan corta distancia contrastes tan grandes, ni en tan breve espacio se reúnen y se conciernen de manera tan plástica lo hermoso y lo sublime. Y cuando impelido por sus vientos, surcando perezosamente la celeste superficie de sus aguas, oís la esquila del ganado confundida con el cántico del pastor y el grito del navegante con el eco de la campana, la imaginación os trasporta a los tiempos en que aquellos campesinos y aquellos barqueros juraron, como inspirados por tanta grandeza,
fundar la independencia, la democracia, la república, y las fundaron dirigidos por Guillermo Tell, más vivo aún que todos aquellos seres, más grande aún que todos aquellos Alpes, más poético aún que todo aquel incomparable lago, porque su mano ha puesto allí sobre los milagros de la naturaleza los milagros todavía mayores de la libertad.

Por aquellos sitios tan hermosos pasó la guerra en 1798, y dejó la desolación, y todos sus horrores. Era el mes de Setiembre, y los franceses querían imponer una Constitución unitaria, que aquellas federales regiones rechazaban completamente. Resistencia incontestable se organizó. Los campesinos salieron á defender sus libertades y sus hogares como defienden las águilas alpestres sus nidos y sus polluelos; pero los franceses fueron implacables. Una cuarta parte de los salidos á cerrarles el paso quedó muerta en los campos. Los otros huyeron y se dispersaron por las selvas. Entre los cadáveres se encontraron doscientas mujeres y veinticinco niños. La Iglesia fué violada, sus altares ensangrenta-
dos, su bóveda henchida por disparos de fusilería; sesenta y cinco fieles que se habían refugiado allí, ó por no poder llevar las armas ó por pedir á Dios la salvacion de su patria, fueron bárbaramente inmolados sin exceptuar ninguno. El sacerdote que decía misa cayó de un tiro al pie de su ara y de su cálix. Toda la ciudad fué saqueada, y quinientas ochenta casas de sus alrededores reducidas á cenizas.

En medio de esta desolacion, por el mes de Octubre, quince dias despues de la catástrofe, apareció Pestalozzi entre aquellas humeantes ruinas. Su corazon llevaba aún mayores tristezas que el suelo hollado por sus plantas. Y en verdad el estado de aquellas regiones no podía ser más triste: aldeas arrancadas de cuajo como si por ellas hubiera pasado Atila; bosques de vividos árboles trasformados en bosques de calcinados palos; las granjas, las casas de labor completamente destrozadas; los ganados, los animales domésticos ó consumidos ó dispersos; la soledad por todas partes, pues los habitantes habían huido de
aquel suelo de maldiciones; las iglesias sa-
queadas y violadas; los cadáveres todavía en
el campo, inseptúltaos y podridos, llamando
sobre sus restos las aves de rapiña. Allí, en
uno de aquellos edificios, medio destruidos,
ahumados, sin puertas, sin cristales, con
manchas todavía de sangre, reunió Pestalozzi
los niños hambrientos, pálidos, enfermos, lle-
nos de llagas, tiritando en su desnudez de
frio y en su desgracia de miedo. Pero aquel
santo era como Jesús: se gozaba en rodearse de
los niños, en contemplar sus ojos serenos, en
beber su inocente sonrisa, en adivinar el
hombre futuro que se encierra tras de aquel
cuerpecito y el futuro mundo que ha de crear
este hombre, como una madre, con sus ter-
nezas, con sus inquietudes, con sus adivi-
naciones, todo para la infancia, todo para la
inocencia.

Italiano de raza, tenía su alma los contras-
tes del suelo italiano en los Alpes, donde el
Norte, con sus helechos, se mezcla al azahar
del Mediodía; donde florece el almendro á
vista de la nieve; alemán por su lengua, por
La República

su cultura intelectual, por la ciudad donde se había criado, Zurich, esencialmente alemana; republicano por su nacimiento y por sus convicciones; revolucionario o reformador, siempre en guerra con los privilegios de las aristocracias y en adoración siempre ante el humano principio de igualdad, criado por una madre amorosísima que le guardaba durante toda la infancia a su lado, y que le infundía parte de su alma de mujer con todas sus delicadezas; casado en edad temprana con una heredera a quien arruinó en obras de caridad y beneficencia; sostenido algún tiempo en sus apuros por dos viejas criadas de la casa paterna que le profesaban afecto maternal, base aquel redentor de pueblo en pueblo, buscando a los ignorantes y a los pobres para ilustrarlos y para mantenerlos; adoptando a los huérfanos; tendiendo la mano, si era necesario, para pedir limosna con que satisfacer a los hambrientos; filósofo de acción, poeta de la vida, tribuno de la infancia, hijo divino e inmortal de la naturaleza. Su libro estaba en el Universo: ninguna letra de imprenta se
puede comparar con una estrella de oro; ningun poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede compararse con el poema de los Alpes, cuando los dora en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosáceo reflejo del vespertino crepúsculo: ningun libro, ninguno hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana: ninguna poesía es tan bella y tan tierna como la poesía del corazón en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen, por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, previsora como la Providencia, santa como la Iglesia; separarlos de toda artificiosa revelación que no provenga, primero de la conciencia, después del Universo; matar en ellos los sentimientos de privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho espacio á cada vocación individual, para que realice libremente su destino; obligar á unos á que sean maestros de otros, y á todos á que mútuamente se envien sus ideas, como los astros se envian mútuamente á través de la inmensidad sus
rayos de luz; constreñirlos en la primavera y en el estío á que trabajen los campos, á que cultiven las plantas, á que siembrén las flores, á que cosechen los frutos, y en el invierno á que entren dentro del taller, y abracen, y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores, y comprendan todas las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en coro, para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto á la libertad y á la patria; convocarlos, para que con el barro del jardín ó con las tablitas recortadas en sus juegos, formen de relieves, primero la escuela, después la aldea, después el canton, y luego la patria, la Europa, el Mundo; darles nocion del número, de las denominaciones, todo por símbolos, todo por apólogos, hasta que las almas en su madurez puedan definir y clasificar las ideas; recordarles que viven dentro de la naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla, y bajo la mano de Dios para imitarlo y repetirlo en sus obras; intentar todo esto, ha-
cer todo esto, cumplir todo esto, sin más móvil que el bien, ni más fin que la justicia, ni más esperanza que la satisfacción de la conciencia, y acaso una palabra en la historia; trasfigurarse de esta suerte, y trasfigurar a cuantos les rodeaban, era crear con la palabra el germen de un Nuevo Mundo social, que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad agradecida.

Como todos los hombres extraordinarios, fue víctima también de extraordinarias desgracias. Los católicos le perseguían en sus cantones por su origen protestante; los protestantes le achacaban olvido de todo culto; los hombres ilustres desconocían toda la verdad de aquella ciencia sencilla; sus mismos discípulos como a Jesús le fueron ingratos; la reacción piadosa que bajo el imperio y en los comienzos de este extraño siglo décimo nono se inaugura, le cerca, le asedia, le asfixia. El gran Michelet ha contado en su estilo inimitable los últimos días de este génio. No pudiendo ya soportar las tiranías de lo artificioso, las combinaciones de la reacción tec-
crática, la enemiga de la infame hipocresía, se fué de su último establecimiento de Ivem-
dun á las montañas del Jura, á vivir en la in-
mensidad, solo con su conciencia, con Dios y
con la naturaleza, con esta trinidad misterio-
sa, á la cual había ofrecido el holocausto de
toda su existencia. Un día, teniendo más de
ochenta años, bajó á una escuela, fundada
según su ideal y su método; los niños de am-
bos sexos que debían un alma nueva á la idea
de este varón justo, salieron á recibirle ento-
nando melódiosos coros y pidiéndole su san-
ta bendición. Uno de ellos se adelantó á ofre-
cerle sencillísima corona de encina: «Para mí
no, dijó; coronad con ella la inocencia, lo
único que hay santo sobre la tierra.» No, no
es verdad. Hay algo más santo que la inocen-
cia, como hay algo más grande y más santo
que el Paraiso acá en la tierra. Es más santo
el varón que ha conocido todas las seduccio-
nes de la vida y las ha despreciado para con-
sagrarse al cultivo de la humanidad; que ha
hecho de la verdad su religión, de la caridad
su amor, de la justicia su esposa inseparable,
de los desvalidos, de los desgraciados, de los opresos el objeto único de sus pensamientos y de sus afanes. Eso es lo santo, eso es lo eterno, eso es lo divino en la Historia. Los hombres que proceden así sufrirán en la vida, sufrirán en la muerte; pero sufrirán porque la Providencia quiere que se parezcan á sus géneros hermanos en la sucesión de los siglos, que se parezcan á los mártires y á los redentores.
El siglo décimo-octavo había completado su obra fundando la educación democrática, que debía en tiempos muy posteriores dar todas sus consecuencias necesarias. Al comenzar el siglo décimo-nono, comenzaba con él también una reacción vergonzosa. No está en nuestras manos cambiar ciertas leyes sociales cuya razón no comprendemos con la inteligencia, pero cuya fuerza, cuya fatalidad sentimos sobre las espaldas. La revolución francesa había tenido, como la humanidad, su paraíso. Mil setecientos ochenta y nueve será
siempre la fecha de esta edad venturosa. Todas las esperanzas la sonreían, todos los corazones la saludaban, todos los pensadores vislumbraban horizontes infinitos llenos de luz. Pero el progreso no sigue una línea recta. La humanidad no tiene un crecimiento contínuo. A las revoluciones suceden las reacciones; al impulso el retroceso, como si el mundo fuera un péndulo. Hay indudablemente dentro de la sociedad fuerzas que empujan hacia adelante, y fuerzas que detienen y a veces empujan hacia atrás. Hay vapor y freno como en nuestras locomotoras. Por regla general, los filósofos son los que impulsan, sin mirar los obstáculos, como que trazan un plano ideal. Y los hombres de Estado son los que contienen, como que han de realizar ese plano, y para ello necesitan tiempo, mucho tiempo, y espacio, mucho espacio, porque toda la tierra, de que podemos disponer, se halla ocupada por las instituciones antiguas, muchas veces fuertes y arraigadísimas. Luego, las nuevas ideas tienen sus inconvenientes; la nueva vida sus enfermedades. Y
sucede en la sociedad con las instituciones re- 
ci n nacidas, lo mismo que con los séres re-
ci n nacidos en la naturaleza. La muerte es 
en ellos más frecuente y más fácil. Así la re-
v olucion francesa trajo el mal de la demagogia, 
es decir, el esceso de la democracia. Los reyes 
que odiaban democracia y demagogía, busca-
ron en los errores de esta pretexto para acabar 
con los derechos de aquella. Provocada la 
guerra, tuvo la democracia que ser guerrera; 
siendo guerrera tuvo que ser militar, y sien-
do militar tuvo que erigir un jefe, y este jefe 
restauró la monarquía en castigo de las cul-
 pas demagógicas, y destronó á los reyes en 
castigo de las culpas monárrquicas. Entonces 
Alemania fue conquistada.

Los reyes habían querido tener pueblos de 
siervos, y los siervos carecían hasta del sen-
timiento de patria. La gran revolución no 
había dorado con sus rayos más que las ci-
 mas de la inteligencia. Entonces compren-
dieron los filósofos, los reyes del entendi-
miento, que era necesario convertir las abs-
 tracciones en realidades sociales, amasar con
la levadura de la idea el pan necesario para el alma del pueblo. Y los reyes hereditarios comprendieron también que se necesitaba para crear soldados, crear antes ciudadanos, y que solo crea, solo tiene fuerza creadora el principio divino de la libertad. Promesas de reformas cayeron desde las cimas de los tronos durante la guerra de la Independencia, promesas recogidas y olvidadas después de la victoria. Faltaron los tiranos á la fe que tenían prometida y jurada á los muertos; á los que se sacrificaron en cien batallas y cayeron contentos no sólo por la material patria de la tierra, sino también por la ideal patria del derecho. Todo el resultado que vino á dar la guerra de la Independencia se resumió en el reinado de la Santa Alianza, una ignominia tan grande como la conquista. 

Entonces sobrevino una reacción religiosa. Muchos creyeron que tantas desgracias se debían al triste olvido de la religión protestante. De aquí el misticismo que se apoderó de tantas inteligencias, de aquí éxitos fabulosos incomprensibles como el éxito del Génio del
Cristianismo, libro de bello estilo literario y de ningún valor científico. Pero las manos se alzaron al cielo en demanda de paz, de misericordia para la tierra, y una muchedumbre de sofismas secundaba la gran reacción política. Estados iguales presenta la Historia. Cuando se caía la civilización antigua, más por fuerzas interiores descomponentes que por el asalto de los bárbaros, volvíanse a una todos los sacerdotes hacia los templos de los dioses, y los abrían de par en par, y enseñaban los pórticos sin ofrendas, las aras sin víctimas, el altar sin fuego, atribuyendo a la ausencia de la fe, la ausencia del poder y de la victoria. Así en el mundo moderno, en nuestros mismos días, se resucitaba todo lo antiguo. Unos ponían ante los ojos de su siglo el poder y la fuerza social de las antiguas religiones con toda su simbólica. Pero otros no se contentaban con estas reacciones arqueológicas de la pura esfera científica. Querían llevar la reacción de la ciencia a la vida, y había quien demostraba que las almas se desligaban de los cuerpos y vivían
por sí, en sí, pudiendo volver cuando quisieran á la tierra, con lo cual era muy legítima la creencia en los aparecidos; y otros, más dementes aún, trataban de probar que los fantasmas eran tan numerosos y tan ciertos como los seres vivientes, y que se podía llegar á ver las almas condenadas y las almas beatíficas, porque las primeras eran verdes y amarillas las segundas. Tristemente se inauguraba el siglo décimo-nono. De aquellas alturas donde brillaba la idea del derecho y de la justicia, donde nacía la idea de la humanidad y de su universal espíritu, había caído rodando en los abismos donde yacían los leprosos de la Edad-Media con sus enfermedades nerviosas de terrores sin motivo, de apariciones sin sentido, de fantasmas sin realidad: sueños de la demencia, contradicciones con la naturaleza, conjuros lanzados al progreso, ofensas hechas á Dios.
CAPITULO XXXIV.

JENA Y TUBINGA.

En esta crisis religiosa produjéronse dos escuelas que verdaderamente habían de tener, a pesar de su carácter teológico, poderosísimo influjo en el movimiento político. Era una de ellas la escuela de Jena. Era otra de ellas la escuela de Tubinga. Las dos querían avivar el espíritu religioso, y para avivar el espíritu religioso querían quitar de la religión todo cuanto pudiese ofender al carácter y á las creencias universales del siglo décimo-nono. Hay en religión un elemento que hasta ahora le ha sido necesario, indispensable, y que es
el escollo en el cual se han estrellado todos los apologistas, el elemento del milagro. Si lo sosteneis, imposible que un siglo tan adelantado en ciencias físicas y naturales comprenda ni una palabra de esa religion; y si lo quitais, imposible sostener una religion nacida del milagro, promulgada entre milagros y por milagros difundida. Estas dificultades se presentaban á los ojos de los pensadores de una y otra escuela. Los de Jena contradecían, negaban resueltamente el milagro; ó lo explicaban de tal suerte, y por medios tan naturales, que se desvanecía y disipaba. Los de Tubinga tenían espíritu más de conciliación y de armonía, comprendiendo que despojaban á la religion de su esencia al despojarla del milagro.

Se ha llamado á la primera tendencia, á la que extirpa el milagro, tanto de la naturaleza como de la religion, tendencia racionalista. El más batallador entre los teólogos racionalistas es el célebre Juan Federico Röhr, que desde fines del siglo pasado hasta mediados de este siglo ha combatido con igual energía, muy cercana de la aspereza, á todos aquellos
tenaces en conservar lo que él denominaba parte mitológica del Cristianismo. Para este autor asperísimo los ángeles que rodean la cuna del Salvador y despiertan á los pastores; la fuga á Egipto por merced y protección especial de la Providencia; las bodas de Canaam, donde se convierte el agua en vino; la milagrosa multiplicación de los panes y los peces; el paso de Cristo sobre las aguas tempestuosas del mar; las piedras que se partieron de dolor en la hora de su muerte; las mujeres que escucharon el relato de su resurrección; el encuentro con los discípulos después de haber rasgado el sudario; la apoteosis en el monte Thabor, iluminado por extraña y nueva luz del cielo; toda esta parte milagrosa del Cristianismo es puramente fantástica, creada por las necesidades de la predicación y creída por las supersticiones del tiempo. La razón, y solamente la razón, debe ser criterio en materias religiosas como en materias científicas. Lo que repugne á la razón por falso, ha de expulsarse de la teología por irreligioso. La religión tiene por único
ministerio en la historia fundar la moralidad en la vida. El fondo del Cristianismo se reduce a varios dogmas esenciales; al dogma de la existencia de Dios y de sus atributos, y al dogma de la espiritualidad del alma y de su inmortalidad. La Cristología, con todos sus milagros, no pasa de ser una leyenda llena de bellezas, pero falta de verdad; propia á difundir la doctrina entre pueblos jóvenes, de sangre ardiente, de corazón apasionado, de exaltadísima fantasía, para quienes el dogma como el universo está poblado de increíbles maravillas; pero nosotros, hijos de la razón, conquistadores de la libertad, sacerdotes de la ciencia, para quienes la naturaleza ha ganado en sublimidad todo cuanto ha perdido en fantásticas maravillas, y para quienes la historia ha ganado en grandeza todo cuanto ha perdido en milagrosas intervenciones; nosotros no hemos menester que Cristo lleve sobre sus sienes la mística aureola de lo sobrenatural; nos basta para seguirle, creerle y imitarle, su vida purísima, su muerte heroica, la moralidad sin mancha de sus ac-
ciones, la pureza sin sombra de sus principios, la doctrina que cae de sus lábios sobre la tierra sedienta, sobre la conciencia desolada y que engendra y eleva a las alturas como vapores henchidos de vida, almas ansiosas de conocer la verdad y de perderse en el amoroso seno del Eterno.

El hombre que trató con más empeño de explicar racionalmente las páginas evangélicas fué el doctor Paulus. Su padre se había dado en tales términos a las exageraciones del misticismo, que pasó por demente entre una parte del mundo y por hereje en el seno mismo de la Iglesia. Así, Paulus decidió, en justa repugnancia a la educación recibida, no desoír, ni en teología, ni en filosofía, ni en las demás ciencias humanas la razón y sus inspiraciones. De purísima vida, de moral severa, de liberalismo ardiente, partidario del derecho, tanto en la esfera religiosa como en la esfera política, siguió sus ideas y las propagó con singular constancia hasta la hora misma de su muerte. Hizo más que Röhr. Trató de explicar histórica y naturalmente
todos los milagros. Su principio de crítica es el siguiente: solo es cierto en la realidad histórica lo que es posible en la razón especulativa. Por consiguiente, hay que explicarse como natural aquello que sólo puede admitirse como milagroso. Para Paulus, para su exégesis los ángeles de Belén han sido apariciones fosforescentes, fuegos fátuos, como los que brillan en las largas noches de invierno por las tierras de pasto; las curas milagrosas han sido obra de medicinas desconocidas y olvidadas por los evangelistas; la expulsión de los demonios remedios naturales á inveterada demencia; la resurrección de los muertos el despestar de letargos á los desmayados ó á los catalépticos; el milagro de Canaam broma de sobremesa en alegre día de bodas; la marcha de Jesús sobre el mar mala traducción de la partícula ἐπὶ, que quiere decir al rededor; y una serie de alucinaciones magnéticas, nerviosas, propias de climas orientales y de hombres ayunos la trasfiguración de Cristo en las místicas cimas del Thabor.
Los dos pensadores que acabamos de mencionar personifican las ideas capitales de la escuela teológica de Jena. En la escuela de Tubinga, sin que la esencia del racionalismo se pierda, consérvese con mayor fe el principio de la revelación sobrenatural. Es cierto que nada contrario a la razón puede admitirse, pero también es cierto que la razón nunca hubiera llegado a su madurez presente sin las dos revelaciones bíblica y evangélica, cual no llega el hombre a su desarrollo completo si no es antes alimentado en el vientre de su madre, y aun después de nacer, sostenido y criado a femeniles pechos. La revelación, pues, y la revelación sobrenatural es necesaria para la luz de la inteligencia y para la moralidad de la vida. Cristo es hombre y Dios a un mismo tiempo; su vida, por consiguiente, divina y humana; su enseñanza de todos los tiempos y del momento histórico en que aparece; su fin perfeccionar al hombre: y la perfección está en recoger todas sus doctrinas y concentrarlas, como en su foco, en nuestra inteligencia; y mirar, y estudiar, y meditar to-
das sus acciones, y reproducirlas, como en su espejo, en nuestra vida. El punto esencial de la Escuela aparece, sin embargo, un tanto vago e incoloro, cuando sostiene que lo principal, lo esencialísimo a la doctrina cristiana es creer que Cristo es más que nosotros, vale más que nosotros, y que ni nosotros somos él, ni él es nosotros. Así, la Escuela de Tubinga aconseja religion sin supersticiones; fé sin misticismo; piedad sin exageración; sacrificio de sí mismo sin penitencias monásticas; culto á lo pasado sin espíritu reaccionario; confianza en lo porvenir sin utopías demagógicas; razón sin racionalismo; teología sin caer en lo exclusivamente sobrenatural y teológico.

Esta tendencia debía naturalmente engendrar una especie de eclecticismo superior y de conciliación estrecha entre los dos extremos de la escuela de Jena y de la escuela de Tubinga. Así como hay muchos teólogos, que representan la escuela de Tubinga, é indudablemente él que con más títulos y más razón personifica su dogmática, es el teólogo Steu-
del; hay muchos teólogos de la conciliacion, y el que con más derecho la personifica es el teólogo Wethe. Su primer principio, por el cual toda su doctrina se explica, compendiase en el reconocimiento y la admision de otro criterio, además del criterio racional, de un criterio que puede llamarse del sentimiento, del corazon, y que nos enseña por una especie de magnetismo inexplicable algo de sobrenatural y de divino, así en las cosas como en las ideas. Su método histórico es el mismo método que condena y extirpa los milagros. Inútil discutir sobre los libros del Antiguo Testamento cuando no hay medio alguno de certificar ni su autenticidad ni su época. Los últimos libros del Pentateuco fueron escritos en tiempo de Josías, y el autor de las Crónicas recompuso y rehizo el libro de los Reyes, y de Samuel en provecho de las teocracias; los salmos de David ni son todos del rey Profeta ni tienen todos el carácter mesiánico que una crítica estrecha y a posteriori ha querido atribuirles. Así aplica á la historia de la religión el mismo método que Nieburh á la his-
toria de Roma, que Wolf á la historia de Homero. Imaginaos lo que de real quedará en esa historia de la religion, cuando se entre en ella con el espíritu, que ve en los primeros tiempos de la ciudad eterna fragmentos de una epopeya perdida y en sus reyes símbolos de las ideas y de las clases en guerra; ó con el espíritu que, advirtiendo la inmensa distancia existente entre la civilizacion de la Ilíada y la civilizacion de la Odisea, borra de la realidad la persona de Homero, poeta de los pueblos, ciego como la poesía, cantor como la inspiración, que vá de puerta en puerta, y de pueblo en pueblo, al son de su cítara, refiriendo en melodiosos versos las hazañas de los dioses y de los hombres, creando el alma inmortal de la antigua Grecia. Como se vé, en esta conciliacion, si la parte dogmática y el carácter divino de Cristo se salvaban, perdía-se irremisiblemente la parte histórica y tradicional del Cristianismo.

El jefe de la conciliacion religiosa entre la escuela de Jena y la escuela de Tubinga, tenía profundamente arraigadas en su concien-
cia, y vivos y animados en su corazón los sentimientos y las ideas liberales. Corrian los tristes años que siguieron a la reacción de 1815, y dominaba en el mundo con siniestro dominio la santa Alianza de los reyes y emperadores del Norte. El congreso de Aquisgran, escuela del congreso de Viena y premisa del congreso de Verona, funestos concilios de la tiranía espirante, el congreso de Aquisgran enterraba todas las esperanzas de Alemania. Como no tenían los reyes necesidad de los pueblos para combatir al génio de la conquista y de la guerra, los ataban nuevamente al pie de los tronos y de los altares. Presidia esta obra de servidumbre universal y de universal reacción, el Czar ruso, fantaseador un día de apocalipsis liberales, verdugo más tarde, y verdugo empedernido de toda democracia y de toda libertad. La juventud germánica que, aleccionada en sus poetas, en sus filósofos y teólogos, soñaba con una regeneración social, rugía furiosa contra la política de los reyes, resuelta a redimir del yugo la humillada cerviz de los pueblos. Tenía
Alejandro de cónsul general en Alemania, regiamente retribuido, á todas horas consultado, un escritor germánico de indisputable mérito, de fecunda y rica vena, en la poesía lírica excelente, en la dramática notable, en la crítica amarga y sangrienta diestro, en la polémica combatiente aguerrido y superior; pero despreciable por su carácter, vendido á los enemigos de la libertad y de la patria, tornadizo en ideas, liberal un tiempo, cuando la voz de Dios era escuchada por su conciencia, absolutista cuando el oro de los tiranos abrigó su estómago, y en Alemania consagrado á injuriar la nación, á maldecir de sus claros hijos, á calumniar la juventud alemana, á sostener aquella política desoladora, hendida de sensual misticismo, y destinada á embuteecer las nuevas generaciones; política que sólo podía sostener un apóstata de la libertad por los treinta dineros de Judas. La juventud alemana aborrecía más al cortesano de los reyes, al alemán convertido en ruso, que á los reyes mismos, y al dios de los reyes en la tierra, al emperador de todas las
Rusias. Un jóven estudiante bebió á torrentes la hiel de estas cóleras nacionales, que se le subieron á la cabeza y le abrasaron en ira.

De pocos años, de muchos estudios, con ideas confusas pero liberales, con sentimientos patrióticos pero exaltadísimos, habiendo leído y admirado el tipo severo de Brutó en la historia antigua, creyóse por derecho propio juez de los tiranos y sus cómplices; por derecho propio, ministro y cumplidor de la sentencia contra ellos pronunciada por la humana y la divina justicia; é invocando el número de su patria con mágicas palabras, caldeadas en el horno de sus sentimientos, y resolviéndose á morir por su patria con resolución acerada en la piedra de su fria y sólida voluntad, cogió un puñal, lo afiló, dirigióse á Mannheim, entró en casa del poeta egoísta, y á puñaladas lo mató á sus plantas, creyéndose más puro desde aquel momento, más digno miembro de la humanidad, más santo hijo de Dios. Los reyes se horrorizaron de este crimen, y los pueblos perdieron con este crimen mucho. No lo justificaremos jamás.
Crímen era, y como crímen debe quedar en la tierra eternamente reprobado por la conciencia humana, y maldecido en la humana historia. Pero los pueblos opresos, las conciencias opresas, suelen apelar para romper sus ligaduras al crímen; y en algunos momentos hasta los corazones más honrados sienten inexplicables afectos por estos criminales tan grandes. Así fue el teólogo Wethe. Para consolar a la madre del joven Land, inmolado en afrentoso patíbulo, dijole: que si bien el acto por su carácter moral era reprensible, considerado en sí mismo y consumado por un joven purísimo y piadoso, lleno de convicciones liberales y de confianza en lo porvenir, era una señal de mejores tiempos para la patria. Esta carta le valió una destitución de su cargo de catedrático. El teólogo continuó consagrándose á reconciliar la revelacion con la razón, la fé con la libertad, la democracia con el Evangelio. Y en 1842 murió sin haber interrumpido ni por un solo momento su grandiosa obra. Son dignas de meditarse las siguientes palabras de Wethe: «He sembrado
la semilla, pero ignoro dónde madura la espiga. ¡Cuán raro es que se comprenda y que se aplique bien lo aprendido en la vida! Viví en tiempos perturbados que vieron rota la unión de los creyentes, y mezcléme á la lucha, y mezcléme al combate. En vano fué, porque no he podido calmarlo. Por la libertad y por la justicia he combatido y combatiré más todavía. Fué para mí esta lucha necesidad del corazón. Mucho he sufrido, pero desearía sufrir aún más por la justicia y por la libertad."
Indudablemente el período que vamos describiendo es de los más fecundos en grandes enseñanzas, en esfuerzos intelectuales gigantescos, y en autores de primera magnitud, tanto por la riqueza de las ideas como por la hermosura del estilo. Habíase intentado primero la armonía entre la razón y la revelación; intentóse después la armonía entre las dos iglesias que separaban profundamente el protestantismo. Así como Wethe preside al trabajo de armonía entre las dos escuelas de Jena y de Tubinga, Scheleiermacher preside
al trabajo de armonía entre las dos iglesias protestantes; trabajo que se conoce con el nombre expresivo de union evangélica. No puede abrirse un libro de teoría ó crítica protestante sin hallar en él grandes elogios al orador, al filósofo, al apologista de que venimos hablando. Su paso por el suelo de Alemania deja inextinguible huella en la conciencia alemana. Los piadosos aplauden sus puras concepciones de la religión, y el estilo á un tiempo sóbrio y elocuente en que las ha expresado. Los filósofos aplauden la pura independencia de su pensar y la cándida ingenuidad con que la formulaba y difundía. Arróbanse los literatos ante aquella fecunda oratoria que parece asistida, como los apóstoles en el cenáculo, del don de lenguas. Y deténnense los historiadores ante la crísí que señala y determina como una de las fases más grandes y bellas de la conciencia germánica. Es una de esas figuras que se ven, como las altas montañas, desde muy lejos y desde muchos y muy diversos puntos. El mismo movimiento político se liga por diversos aspectos.
á su nombre y á su influjo, puesto que protestó contra la tiranía de los conquistadores; reivindicó la libertad de los alemanes; propuso la separación de la Iglesia y el Estado; pidió con ardor, que así como los sacerdotes no podían ceñirse la corona de los reyes, pugnarase por impedir que los reyes levantaran sus tronos sobre las aras de los sacerdotes; y prestó siempre devotísimo culto, sí, culto del corazón, culto de la conciencia, culto de toda la vida á las ideas fundamentales de la libertad.

Indudablemente Alemania podía estar satisfecha, y aun orgullosa de sus ideas y de sus obras. Mientras la guerra de la Independencia se malograba en fraccionamientos de los Estados alemanes y en ódios irreconciliables entre sus jefes; mientras la libertad prometida como una grande esperanza se desvanecía como un vano sueño; mientras el Austria se gozaba en esclavizar al pueblo, y tras el Austria se veía como un fantasma el Czar de todas las Rusias dirigiendo á los reyecillos germánicos, cual si fueran sus vicarios en la Iglesia,
sus feudatarios en el trono, y sus sargentos en el ejército; mientras todas estas ignominias sembraban por do quer dolores y angustias; el florecimiento primaveral de la poesía; la elevación de la música, que concertaba las voces del espíritu con las voces de la naturaleza, como un eco del cielo; el vuelo de sus grandes pensamientos, que se perdían audaces en los abismos del espíritu, como para traerle en presente revelaciones de lo infinito; la elocuencia de sus teólogos, que llevaban las almas en las pintadas alas de su palabra religiosa, allá por las cúspides del mundo moral, y por los confines de la inteligencia donde sólo alcanza a entrar una milagrosa intuición; los descubrimientos de innumerables sábios, de astrónomos, de naturalistas, de matemáticos, que desentrañaban el Universo como para coordinarlo con la serie maravillosa de sus ideas, y esclarecerlo y vivificarlo en el fuego de su conciencia; todos estos prodigios intelectuales anunciaban que algún día tanta y tan grande fecundidad del pensamiento había de traer larga posteridad política; y
tantos sistemas, esparcidos por dó quier, habían de cristalizarse en múltiples y progresivas instituciones.

A principios del siglo décimo-noño surgía en Francia y en Alemania, en Italia y en España misma una reacción religiosa. En Francia escribía Chateaubriand el Génio del Cristianismo, y en Alemania Federico Schlegel la Historia de las literaturas, en que levantaba y ponía sobre todo la Estética religiosa y católica; en Francia escribía Lamennais el Ensayo sobre la indiferencia religiosa, y en Alemania escribía Schleiermacher su Discurso sobre las religiones. Gervinus ha comparado en el tomo décimo-noño de su grande historia á estos dos clarísimos escritores. En efecto, los dos son sacerdotes, los dos teólogos, los dos elocuentesísimos, los dos poseídos del espíritu de su tiempo, los dos sirviendo á la reacción religiosa, los dos rodeados de discípulos apasionadísimos; pero el frances viene de la fé y vá hácia el racionalismo, y el alemán viene del racionalismo y vá hácia la fé: el frances se revuelve en sus comienzos
contra todas las escuelas panteístas, y á sus postrimerías se sumerge en el océano del panteísmo; y el aleman se educa en las escuelas panteístas, se confunde con la naturaleza, vé á Dios así en el movimiento de su idea dentro de su conciencia como en el movimiento del tallo agitado por las áuras de los campos; no distingue entre el rocío del cielo, que la luz del alba argenta y el rocío de poesía que la inspiracion ilumina, espino-sista en sus comienzos, en tanto que á sus postrimerías distingue y separa al hombre de la naturaleza y á la naturaleza del Dios, creador y personal del Cristianismo: el francés maldice de su siglo porque su siglo no admite ni la direccion moral ni la presidencia política del Papa, y desde estos arrebatos teocráticos pasa rápidamente á la pura democracia; el aleman, mucho más sereno, mucho más conocedor de la sociedad y de la historia, no vacila nunca en estos puntos fundamentales, y confunde siempre su razón y su fé, su culto al Dios vivo con el culto á la pura y santa libertad. Y Lamennais había pa-
sado su juventud en las costas de Bretaña, ante el espectáculo del mar, encerrado en la iglesia, de rodillas siempre al pie de los altares, maceradas por la penitencia sus carnes, macerado por la disciplina y la escolástica su entendimiento; lejos del mundo y de los hombres, en comunicación estrecha con su Dios; mientras que Schleiermacher durante su juventud, á pesar del celo puesto por sus padres en preservarlo de los vientos del siglo, pasa por verdadera orgía de ideas, cayéndose y levantándose mil veces, pero dispuesto á entrar en todos los templos, á interrogar á todos los sacerdotes, á conocer y disecar con su crítica todos los ídolos, á herir con sus llamamientos y sus clamores todos los misterios, á vagar desde la pura ortodoxia de su educación, á la extrema piedad de los hermanos Moravos; y desde la extrema piedad de los hermanos Moravos, al escepticismo burlon de los estudiantes de Halle; y desde este escepticismo á la fé serena e inquebrantable de las familias judías; y desde esta fé, á las veleidades, á la irritabilidad, á los sueños
de los románticos; y desde estos sueños al profundo panteísmo de Espinosa, donde se juntaban, para perderse, las dos ideas de la libertad humana y de la personalidad divina; y desde este panteísmo á una ortodoxia religiosa que había de ser auxilio, consuelo y esperanza de innumerables piadosísimas almas.

De educación piadosa, de salud débil, de tendencias místicas, de temperamento nervioso, de gran cultura literaria y científica, de inclinación al trato y al comercio espiritual con las mujeres, hásé dicho del teólogo protestante que era un génio femenino. Por la esquisita sensibilidad de corazón, por la suma belleza del estilo, merece este calificativo, pero también merece el calificativo de génio varonil, si al valor y á la tenacidad con que defendía sus ideas se atiende. Cercado por do quiera de la inundación que sobre Europa lanzaban las guerras napoleónicas; erigido en predicador y en profeta desde las alturas de su cátedra, que sobre esta inundación se levantaba como un escollo sobre el mar, protestó, y protestó contra la conquista
enérgicamente, en la esfera del pensamiento, con las armas de la palabra, temiendo que el vencedor se propusiera matar toda la rica variedad de la vida moderna, los derechos en el hombre, las nacionalidades en los pueblos, el protestantismo en la iglesia universal. Y para resistir con más empeño esta especie de imperio romano, de imperio carlovingio, que dentro de formas góticas encerraba tempestades del espíritu moderno, aspiró á reunir las dos iglesias protestantes, que dividían la religion reformada en Alemania.

Sirvió á esto el propósito del rey, hombre de más erudicion que talento, de más doctrina religiosa que doctrina política; escritor de teología que se consagraba á publicar memorias sobre sus graves problemas, y que pagado de su autoridad absoluta y deseoso de convertirla en instrumento de la religion tradicional, no se daba descanso en reunir las dos iglesias protestantes. Así despreciaba por cosa baladi los escrúpulos del clero y la fidelidad de los creyentes, componiendo á roso y belloso lazos de union entre las iglesias, re-
dactando códigos, litúrgias, que llevaba como ensayo a las iglesias militares para extenderlos después en más altas esferas y más dilatados espacios a la iglesia nacional; pero sin ninguna meditación, sin ninguna gravedad, y sin ningún juicio. El gran teólogo, para quien la religión era asunto de conciencia y no asunto de estado, ministerio propio de los pensadores y no de los reyes, viendo al de Prusia, ligero en todas sus determinaciones, pedantesco en su vano saber, que entraba como por propio dominio en el seno de la conciencia, y allí se asentaba y fortalecía como si fuera su soberbia personalidad una idea ó un dogma, para convertir la Iglesia de Dios en burocracia de la monarquía, revolvióse airado contra el rey, maldijo sus tendencias, habló elocuentemente contra estas absurdas agresiones, reunió en torno suyo al clero, y con actitud digna de Ambrosio de Milán ante la soberbia de Theodosio de Roma, vedó á los poderes terrestres la entrada en el cielo guardado para Dios, la conciencia y el espíritu. Bien es verdad, que no se mantuvo firme
hasta el fin, y que admitió, si no la primera litúrgia real, muy semejante á la misa católica, la segunda litúrgia, redactada en vista de los argumentos hechos y de las dificultades suscitadas en la contienda; hasta que al fin la union se realizó, antes que por las combinaciones artificiosas de la autoridad y del Estado, por el esfuerzo de tantos pensadores ilustres como deseaban darle una patria á su pueblo en el espíritu, antes de darle la patria una y entera en la tierra.

Lo que eleva principalmente á Schleiermacher y le dá reputacion altísima es su teología dogmática. Ya hemos dicho que su primera grande obra fueron los discursos sobre la religion. Allí sostuvo con ruda entereza que ni los milagros ni las profecías eran esenciales á la religion; que ni de la idea de Dios personal necesitaba para vivir la religion; que el secreto de su existencia consistía en ese impulso de todas las cosas creadas á buscar como instintivamente á su Creador, en esa atracción que sobre todo lo finito ejerce y ejercerá siempre el principio divino de lo infinito. Así
es que para él no está el sacerdote en el ungido, en el privilegiado. El sacerdote está en todo hombre, si quier sea laico, que busca á Dios para absorberlo en su conciencia, que ama á Dios para imitarlo en su vida. Todo sér humano tiene en sí dos actividades opuestas, que se atraen y que se completan como las dos electricidades enemigas: una actividad egoísta, por la cual tiende á mantenerse en su individualidad, en sí mismo; y otra actividad humanitaria por la cual tiende á confundirse con todo el Universo. Como la naturaleza material está sometida al imperio de fuerzas contrarias, á fuerzas contrarias también está sometido el espíritu. Por una de estas fuerzas se cree solo y lo somete todo á su voluntad, y lo asimila todo á su sér; pero bien pronto se encuentra como solitario en su grandeza, como asfixiado en su soledad, y tiende á unirse con algo mayor que él, y á identificarse con algo superior á él, á identificarse con lo infinito. Hay quienes desprecian todo lo universal, perdiéndose en una sensualidad grosera como si el mundo fuese su
serrallo; mas hay otros que se olvidan de sí mismos, de su individualidad, de su libertad, de su conciencia, y se adscriben á una autoridad y á una fuerza superiores como si el mundo fuera su sepulcro. Es necesario huir de estos dos extremos y condensar las dos actividades, y componer lo individual de lo universal. Hay seres privilegiados en quienes las dos actividades se reúnen. Hé ahí los sacerdotes. Pero camina el mundo á destruir los privilegios así en la sociedad como en la naturaleza, y cuando todos se penetren de que necesitan concentrar en sí lo universal y lo individual, todos serán también sacerdotes; como hijos de Dios, de Dios discípulos. Así es que la religión no es ciencia, no es pensamiento, no es saber, no es ni siquiera una moral. Es la tendencia del hombre á lo infinito. El teólogo alemán se acercaba pues á Espinosa por esta difusión de lo infinito en las venas de la humanidad, y por esta tendencia de la humanidad á confundirse con lo infinito; por esta idea de que la ciencia es el sér de las cosas en el entendimiento, y los
séres son las dilataciones del entendimiento en el espacio; y por estas otras ideas de que el arte es la fantasía humana en los objetos, dándole número y música, y medida y colores; y los objetos son como las irradiaciones de la fantasía, como los mundos y los soles de nuestro propio sentimiento, reflejándose en el Cosmos; que la unidad de la razón y de la naturaleza es eterna; que todo hombre debe sentirse entre dos infinitos, como el principio y el fin de todas las cosas, como el alpha y la omega de toda la ciencia; y mirarse en el Universo como en su espejo, y abrazar Dios y el Universo, la vida y la muerte, el gran Todo en su conciencia.

Se ha dicho que la religion comenzó por el terror; que el trueno y el rayo, el huracán y el granizo fueron los primeros reveladores. Si tal fuese, la religion disminuiría á medida que aumentase la ciencia y se sometiese la naturaleza; pero no, la religion empieza donde empieza el amor y concluye el miedo. La religion no consiste en la contemplación de las hermosuras de la naturaleza, del amanecer, del ano-
checher, del coro de sus aves ó los matices de sus paisajes; menos en la contemplación de todo cuanto hay en ella de sublime, la alta montaña en desproporción con nuestra estatura, el huracán y la tormenta en desproporción con nuestras fuerzas, los mundos y soles que siembran lo infinito y no pueden compararse en número ni con los segundos de nuestra existencia; lo esencialmente religioso en la naturaleza, lo esencialmente revelador, el espíritu santo que de su seno se desprende, está en la regularidad de sus leyes inmutables, eternas, y en la suprema inteligencia que estas leyes anuncian.

Para sentir verdaderamente la vida universal en su seno, para ser religioso, necesita cada hombre tender á convertirse por cuantos medios estén á su alcance, y hasta donde lleguen sus fuerzas, en resumen de la humanidad; porque el hombre perfecto no se encontrará jamás en el individuo, sino en la especie; no se revelará jamás en fugaz período de la existencia personal, sino en la inmensa y dilatada vida de la humanidad, la cual es se-
mejante á perfecto artista, creando y distribuyendo nuevas formas cada vez más perfectas; evocando de la conciencia las ideas con sus riquezas naturales y su carácter propio; viviendo y desarrollándose perpétuamente en la historia, en esa lucha de tantos elementos contrarios, donde al cabo el progreso vence todas las resistencias, la vida á la muerte, la civilización á la barbarie, la libertad á la servidumbre, el derecho á la tradición, para que lleguemos á la pura conciencia de nosotros mismos, y enrojecamos nuestro breve ser en el sol de lo infinito, y vislumbremos en su esencia el espíritu y el pensamiento que rigen y regulan todo el Universo.

La religion no es una ciencia, y por consiguiente, no puede encontrarse en oposición ni con la psicología, ni con la fisiología, ni con ninguna de las ciencias. La religion no há menester que las profecías se cumplan, que los milagros se realicen, que la revelación sobrenatural venga, que las inspiraciones sobrehumanas caigan del cielo sobre la frente de sus doctores y maestros; le basta con que
el espíritu tienda a comunicarse con lo infinito, a desceñirse del límite y ascender a lo ilimitado, a lo absoluto, pues la naturaleza humana, determinándose a obrar por todo cuanto hay en ella de divino, y prescindiendo por completo de la naturaleza exterior y material, prueba bien a las claras que en cada hombre hay oculto un sacerdote de Dios, y que la gracia no es en último resultado otra cosa mas que la armonia entre la revelacion religiosa y las propias interiores inspiraciones. Así, dice Schleiermacher que no siendo la religion una doctrina, no puede ser ni enseñada ni aprendida, solamente evocada, despertada en el hombre.

Lo único que tiende a salvar de la antigua teología histórica, es la mision de Cristo. Pero Cristo no redime porque sea el nieto de David, el hijo de María, el Verbo encarnado en nuestra naturaleza, redime por su conciencia de lo divino, por su idea de lo divino, por su vida ajustada a lo divino, que lo elevan sobre el error, el pecado, el límite, y lo hacen el tipo perfecto y eterno de la humanidad, la
cual es por sí, por su sola voluntad, incapaz del bien, y necesita de la gracia divina, de sus efluvios, de sus inspiraciones, de su auxilio para sostenerse y salvarse.

Algunas ideas ha difundido también el teólogo protestante en la esfera de la política. Su horror a la intolerancia religiosa, a la divisa de cada Iglesia empeñada en declarar que fuera de ella no hay salvación posible, son ideas y sentimientos que deben contarse entre los grandes servicios a la libertad. En el problema de la unión entre las dos sectas protestantes, su ardor en el combate, su eloquencia en la palabra, su actividad en la vida empeñaronse en la separación completa entre la Iglesia y el Estado, y decidieronse por negar toda autoridad a la monarquía sobre los derechos eternos de la conciencia. Así, el profesor Augusto de Bonn reclamó medidas coercitivas contra el audaz que no reconocía en el rey de Prusia el heredero legítimo de los privilegios litúrgicos de Constantino y Carlomagno; y Marheineke, discípulo de Hegel, le acusó de republicano sedicioso, mien-
tras el superintendente Ammon reclamaba al rey de Sajonia su auxilio temporal para soterrar al nuevo arriano. Indudablemente, la grande elevación que dió el ilustre teólogo á la conciencia y á sus intuiciones; el principio de que cada hombre lleva dentro de sí el manantial de las ideas religiosas; el poco precio dado á la autoridad de la tradición, el mucho precio á la virtud del derecho, alzarán siempre á este pensador ilustre entre los defensores y los propagadores de la libertad en el mundo.

Muchas y muy graves cuestiones, muchas y muy ruidosas polémicas suscitaron las obras de Schleiermacher. Desde luego no había roto resueltamente con ninguna de las tendencias de su época; ni con el racionalismo que eliminaba el milagro, ni con el espinosismo que eliminaba la personalidad de Dios, ni con los románticos que prescindían de la libertad, ni con los supernaturalistas que prescindían de la razón. Así, los ortodoxos le achacaban tendencias panteístas, los liberales supernaturalismo acomodado á la fatalidad de las cir-
cunstancias más que al dictado de su cons-
ciencia. Los más imparciales veían en él una
mezcla de fe y de excepticismo, que ora le
cconfundía en piedad escrupulosa con los her-
manos Moravos, ora le lanzaba en las dudas
íronicas de los estudiantes de Jena. Los mis-
mos filósofos, á quienes había servido pro-
clamando la independencia del pensamiento
humano, le denostaban por el empeño mo-
trado de excluir á la filosofía de toda juris-
dicción teológica, cuando los problemas de la
existencia de Dios, de su naturaleza, de sus
atributos, de sus relaciones con el mundo y
de la intervención de la Providencia en la
historia, ó no son nada, ó son problemas
esencialmente filosóficos y científicos. Lue-
go, queriendo salvar la persona y la obra de
Cristo, ni supo decidirse por la escuela que
sostenía la autenticidad y la legitimidad de
los Evangelios, ni por la escuela que critica-
ba los relatos de los divinos libros. Tampoco
fué claro en el importante problema de si con-
venia llevar hasta el pueblo el tesoro de todas
las verdades adquiridas, ó apartarlo de este te-
soro en una santa ignorancia. El sacerdote que llamaba á todas las conciencias á participar de la idea divina, y que veía en cada sér sediento de lo infinito un sacerdote de Dios, y en la naturaleza y en la historia sagrados templos; este sacerdote cayó luego desde la democracia especulativa en una verdadera oligarquía práctica, sosteniendo inicuamente que sólo algunos privilegiados debían conocer y guardar la religion verdadera. Mas, á pesar de estos desmayos, á pesar de estos errores, no puede desconocerse ni ocultarse que contribuyó poderosamente á despertar la idea de lo divino en el hombre, y que contribuyendo á esto, contribuyó también á elevar el sentimiento del derecho, que es la eterna base de la democracia en el mundo.
Era imposible que un escritor del mérito y de la importancia de Schleiermacher dejase de tener muchos y muy decididos discípulos. Cuéntase como principal entre estos al dulce Neander, Melanchton de este Lutero, y que por su poesía, por su delicadeza, y por sus conocimientos históricos, estaba destinado a llenar grandes lagunas dejadas en la ciencia por su ilustre antecesor. Hijo de familia judía, judío él mismo en religión y con toda la inquebrantable fe judía, convirtióse al cristianismo y recibió en su frente el agua del
bautismo. Desde entonces consagróse á un ministerio para el cual parece haber escasas aptitudes en su raza, al ministerio de historiador. Los judíos comprenden difícilmente la historia antigua, porque la refieren toda al privilegio exclusivo que según ellos recibiera de Dios únicamente su teocrática raza; y comprenden ménos la historia moderna, porque no alcanzan el sentido de la obra de Cristo, porque no sienten la fé de los pueblos cristianos. Pero Neander ha prescindido de este egoísmo de raza y entrado como hombre y como hombre universal en la historia. Una de las primeras monografías que publicará, fué la curiosísima relativa al gran reaccionario de la antigüedad, al emperador Juliano. Pocos hombres han dejado en la historia huella más profunda que este hombre extraordinario. Muerto en edad temprana, pasando rápidamente por el trono, su nombre destella resplandor inmortal en la historia, á causa de haber intentado obra superior á las humanas fuerzas, la obra de una resurreccion. Inteligencia clarísima, carácter acerado y tenaz, co-
razón amante de la inmortalidad y de la gloria, fantasía abierta a todas las inspiraciones, memoria guardadora de todas las ideas, talento universal por sus tendencias y flexible por su rica variedad; filósofo profundo, artista de primer orden, orador elocuente, guerrero digno de los primitivos tiempos romanos, un griego en el culto á la hermosura y al arte, un cristiano en la pureza de la vida, un estoico en la inflexibilidad de las costumbres; su alma llevaba en su inmensidad el espíritu de toda una civilización próxima á extinguirse; y viendo que esta civilización había engendrado los dioses, los héroes, los filósofos, los poetas mayores del mundo, quiso á toda costa salvarla, resucitar al gran Pan muerto y enterrado por un ciego misticismo, volver á las ondas del mar de la Grecia sus cantoras Nereidas, al cabo Miseno y á las Parthenopeas islas sus misteriosas Sibilas, al archipiélago jónico sus marmóreos templos, á las selvas y á los bosques los ecos de los caramillos de sus faunos, á las fuentes la melodia de sus ninfas, al Universo entero la voz
de sus dioses; y conociendo que para esto nada valían ni la fuerza de las armas, ni la autoridad de los Césares, ni el fuego de las hogueras, ni los dientes y las garras de las alimañas del circo; si persigue algunas veces, no persigue jamás, ni por sistema, ni con verdadero encarnizamiento; combate á los nazarenos con ironía digna de Luciano; reúne todas las ideas antiguas, y sobre todas la idea de Platon en elocuencia digna de Plotino, para dar á sus dioses la bebida de la inmortalidad; se consagra por completo á la restauración del paganismo, y sucumbe: que no hay fuerza por grande, ni génio por luminoso, ni poder por absoluto, capaces de contrastar las corrientes de los siglos, ni de detener las trasfiguraciones de la conciencia, ni de burlar las leyes de la historia.

La obra histórica por excelencia de Neander, es el retrato de San Bernardo, de este monge ideal, como le llamaba Lutero, que reproduce en su fisonomía propia, la fisonomía especialísima de la Edad Media; que sobrepone la teocracia democrática á la monarquía feudal;
que detiene en Abelardo las prematuras impaciencias de la razón humana por emanciparse fuera de tiempo; que reorganiza las órdenes monásticas para darles un carácter más espiritualista; que sacude los inmóviles pueblos petrificados en su penitencia para lanzarlos á la guerra de las Cruzadas; y en su movimiento advertirles y enseñarles, como por milagro, la existencia de la libertad. Rico, poderoso, de grandes y feraces dominios, nacido en los ubérrimos campos de Borgoña, menosprecia dignidades, propiedad, riqueza por su tosco sayal de monge, por su errante vida de apóstol, por su comercio intelectual y religioso con los desvalidos y con los pobres, por sus combates con la soberbia de los fuertes y de los poderosos. Pálido como la muerte, demacrado como los esqueletos, sin más vida que el brillo de sus ojos centelleantes, estático hasta el punto de haber perdido las fuerzas para recoger y asimilarse el alimento, como si sólo devorara ideas y sólo bebiera inspiraciones; distraído hasta desatender durante días enteros los sitios por donde pasa y las
personas con quienes habla; de su palabra dependen los pueblos, de sus escritos los reyes: el Papa, á quien protege, es adorado; el guerrero, á quien maldice, es zaherido; el pueblo, á quien eleva, es de todo el mundo saludado; la guerra que condena, se suspende; la paz, que le es odiosa, se turba; el hombre, que le escucha, le sigue al desierto, al valle de la amargura, á enterrarse vivo en el claustro, á correr desalado á las batallas: si él quiere, los ejércitos de Francia saldrán de la Campaña; el rey Luis se arrepentirá de su política; el emperador Conrado abandonará los asuntos de su imperio para correr en pos de los asuntos de la Iglesia; y doscientos mil hombres, pastores unos, que dejan su ganado y bajan de sus montañas; campesinos y sier vos otros, que se despiertan como resucitados de su terruño; grandes y ricos-hombres que abandonan sus palacios; todos, como si poseyeran la demencia del heroísmo y del martirio, menospreciando esposas, hijos, hogares, van sin saber á qué, ni por qué, no donde les manda la voluntad de Dios, sino
donde les manda la palabra de San Bernardo.

A estos grandes estudios reunió Neander otros no menos dignos de mención sobre las escuelas gnósticas, esas tentadoras serpientes del naturalismo oriental, que tiraban á seducir la Eva regenerada, la Iglesia cristiana; sobre Orígenes y Tertuliano, dulce y armonioso el primero como la bíblica miel de que se alimentaban los poetas griegos; impetuoso, ardiente el segundo como las ráfagas del Simoun por los desiertos del África; sobre la Historia de la Iglesia, obra monumental que interrumpe su muerte en los tiempos de la Reforma, y que separa cuidadosamente con fina crítica, con piedad profunda, todo cuanto hay de esencial á la religión, y todo cuanto hay de accidental en el desarrollo de los tiempos, levantando así un templo á la idea religiosa. El objeto que más llamó la atención de Neander, y que á su vez críticas más amargas le ha valido, es la Historia del Siglo, llamado por excelencia Apostólico, del siglo primero. Y en efecto, el historiador no entra en este siglo con su sana crítica. Rechaza el
exámen profundo de los textos, desatiende las fuentes ciertas de su relato, y se atiene a un método que llama psicológico, cual si en vez de hallarse frente á frente de seres reales, se hallará frente á frente de abstractas ideas. Y hace todo esto para quitar su verdadero interés al siglo primero, que estriba en las diferencias entre los grandes fundadores de la Iglesia; entre Pedro que se atiene al sentido puramente judío, y encierra la Iglesia en la sinagoga, y quiere que el Cristianismo sea el cumplimiento de las puras esperanzas mesiánicas; y Pablo, que griego, judío, romano, hombre antes que todo, abre las puertas de la Iglesia de par en par á los viejos pueblos; entre Santiago, también atento guardador del primer rudimentario sentido teológico, y Juan, que judío primero, embebido en las teorías apocalípticas nacidas bajo el látigo de Nínive y de Babilonia, abre su alma á la palabra griega, y lleva el Verbo alejandrino en páginas deslumbradoras y platónicas á los misteriosos senos del Evangelio cristiano. Pero estos descuidos á sabiendas
tienen por objeto reunir todos los discípulos bajo las alas amorosas de una sola idea, de la idea de Cristo. Los críticos descontentados, que se levantan y suscitan contra todos los grandes hombres, han ridiculizado el sentimentalismo de Neander, llamando a su teología teología *pectoral*, porque su pensamiento era que el pecho, el corazón, forjan la fe, la verdadera ciencia teológica. Sin embargo, su historia, impregnada de lo divino, su espiritualismo, fundado en la razón, su moral desinteresada y purísima, su ciencia profunda y vasta, su vida sin mancha, dan a este hombre virtuoso, a este escritor dulcísimo, una de las más verdes y más gloriosas palmas que han podido cosecharse en los combates y en las victorias del pensamiento alemán.

En la escuela de Schleiermacher hubo, como en la Escuela de Hegel, derecha, centro y izquierda. La primera se atenía completamente a la doctrina del maestro, la segunda creaba un ideal más racionalista y la última rechazaba por completo el milagro y lo sobrenatural. Todas estas escuelas, sin embar-
no podían salir de los puntos capitalís-
mos ya controvertidos anteriormente y que se
reducían primero a considerar el Cristianis-
mo como obra del milagro y de la intervención
directa y personal de Dios en la Historia y en
la vida; segundo, a considerar el Cristianismo
en contraposición al anterior punto de vista,
que era el del supernaturalismo, como obra
de las leyes generales que presiden a la his-
toria, como enseñanza destinada a separarse
de todo cuanto pudiera haber en ella contra-
rio a la razón humana, sentir puramente ra-
cionalista; tercero, a considerar el Cristianis-
mo como una pura ley moral, sin otro objeto
que disciplinar la voluntad y reformar la vida
que es el sentido puramente filosófico; cuar-
to, a considerar el Cristianismo como una
fuerza redentora que distribuye la gracia de
Dios en la conciencia del hombre, que es el
pensamiento de Lutero; y quinto y último, a
considerar el Cristianismo como la unión del
hombre con Dios, como la unidad de lo divino
y de lo humano, como la glorificación de las
criaturas en Cristo y por Cristo, que es el
punto de vista de Schleiermacher. A pesar de las tendencias de este gran teólogo y de su espíritu liberal, sus más ilustres discípulos no fueron, llegadas las supremas crisis políticas, fieles al espíritu del maestro. Nitzch se afilió al partido conservador y Ullmann al partido puramente reaccionario.

Donde la reacción tuvo su ideal y su doctrina, fué principalmente en la escuela llamada la nueva ortodoxia, que de un rasgo querría suprimir todo el siglo décimo-octavo, toda la filosofía moderna, toda la crítica histórica, y volver á la concepción de Cristo y de la gracia, y del pecado, y de la libertad, tal como la guardaba en su doctrina y en su historia el siglo décimo-sexta.
CAPITULO XXXVII.

LA REACCIÓN ORTODOXA.

Las tendencias de la escuela de Schleiermacher, y sobre todo de sus discípulos de la derecha, llegaron a extremarse, más allá de los límites de todo lo justo, y a producir una reacción religiosa, cómplice y sierva de la reacción política. El siglo décimo nono, como rene
gando del siglo anterior, se despertaba a la vida entre conjuros y oraciones. La guerra
de la Independencia en España, que había
ersvido como de norma y enseñanza a todos
tos demás pueblos, superficialmente conocida
y estudiada, aparecía como un milagro de la
antigua fe religiosa. Ignoraban los políticos casuistas que Napoleon venció cuando peleó con los reyes, y fue vencido cuando en la pelea se encontró con un pueblo. El error de los protestantes más liberales que habían convertido su doctrina en patrimonio de aristocracia inteligente, dio pronto sus amargos frutos, y trajo pronto la necesidad de despertar el sentimiento religioso en pueblo abrumado con el sueño de la materia, como se despertara entre los primeros irruptores bárbaros, con doctrinas materialistas, con sobrenaturales milagros, con libros legendarios, con todo cuanto indica la infancia de la civilización y el apocamiento de la conciencia. Y así como De Maistre empleaba toda la fuerza de su áspera dialéctica y todo el peso de su severo estilo para volver hacia el ideal teocrático de la Edad Media, los protestantes ortodoxos empleaban todas sus fuerzas en volver hacia el puro ideal del Renacimiento y de Lutero.

Los reyes favorecían, no ya de grado, sino de corazón, estas abjuraciones de nuestro si-
El regreso al templo de lo pasado era como el regreso al trono de los reyes; los esclavos de la fé heredada no piensan, ni raciocinan, ni protestan; y alargan la cerviz material a la coyunda monárquica después de haberse rendido y resignado a la coyunda religiosa. Jurisconsultos, poetas, filósofos, periodistas, largamente pagados de los presupuestos reales, bautizaban a los antiguos revolucionarios, quisieran ó no, como diz que Cisneros bautizaba á los moros en Granada, vertiéndoles encima el agua del bautismo, obligándoles a ceñirse el sayal cristiano, sin preguntarles para nada dónde ponían su voluntad y su conciencia. Después, como bajo las lavas y las cenizas del Vesubio se han conservado las ciudades antiguas, por lo mismo que no tenían aire, bajo las cenizas y las lavas de la revolución religiosa habíanse conservado las escuelas pietistas, preservadas enteramente de las ideas modernas, adscritas a todo lo pasado, llenas de aspiraciones reaccionarias en todas las esferas, trémulas bajo la idea de la culpa, enemigas de toda la poe-
sía moderna, excomulgadoras de toda la mo-
derna ciencia, condenando la razón al error, 
la voluntad al mal, y arrastrándose en fervor-
rosa idolatría ante el sentido material de la 
Biblia para no ver sino aquello que convenía 
á la absurda restauración de los antiguos re-
yes en los mermados tronos, y de los anti-
guos sacerdotes en las emancipadas concien-
cias. Adoradores de la Santa Alianza, pietis-
tas intolerantes de Guttenberg y Basilea, teó-
logos asalariados en las cortes de Berlin y de 
Dresde, viejos luteranos que habían cerrado 
su espíritu á todo el aire de la vida moderna, 
emisarios de Metternich, enviados por do quier 
á someter las almas como se habían sometido 
los cuerpos, todas las aves nocturnas que vi-
ven y medran al amor de las sombras en las 
espesas noches de la historia, todas se con-
juraron para pervertir la conciencia de las na-
ciones y entregarlas fácilmente á las ligadu-
ras de las más pesadas cadenas. 

Parece imposible; mas un hombre que ha-
bía nacido con todas las cualidades necesarias 
para cautivar á los pueblos; tribuno más que
teólogo, y tribuno de club y de plebe, rudo campesino del Oeste del Holstein, hijo de un carpintero y trabajador de un molino; fuerte en su carácter, enérgico en su voluntad, humorista en su lenguaje, poeta muchas veces, sin perder nunca la serenidad del buen sentido; indisciplinado por conciencia, inquieto en su vida y múltiple en sus profesiones, sacerdote, jurisconsulto, médico, boticario, dotado de ingenio pedagógico, rico de antítesis bruscas, propio para el arte y la literatura popular, se puso al frente de la reacción religiosa y llamó Ante-Cristo á la razón, como se lo habían llamado á los Nerones los antiguos cristianos; y llamó rebelde y destronadora de Dios á la conciencia libre; y dijo que no tenía derecho á levantarse contra la antigua religión un púlpito por esa religión levantado; y sostuvo que sobre los huesos de Lutero iba á consumarse el adulterio de la Iglesia con el espíritu del siglo; y rechazó toda explicación natural dada á la Biblia, diciendo que solamente era digna de fe la palabra de Dios en sus literales y materialísimos
sentidos; y tuvo toda constitución por atentatoria á la lógica, y todo poder intermediario entre el gobernante y el gobernado por perturbador de la sociedad, y toda República popular por la más cara y la más odiosa de las instituciones, y todo pueblo deliberante y legislador por el más arbitrario de los tiranos, trazando como límite de las humanas perfecciones la religión protestante y la monarquía absoluta.

Después de esto ya nada hay que extrañar en nuestras reacciones católicas, en la vuelta al siglo décimo-tercio, en la apoteósís del Papa, en la restauración del Infierno, en los deliquios por la teocracia, en la brutal franqueza con que la reacción entre nosotros convidaba á la conciencia á dormirse en la barca donde había permanecido incólume é inmóvil por espacio de diez y nueve siglos. La religion de la Reforma, de la conciencia, de la libertad, de la interpretación individual en las lecturas evangélicas, había caído en el abismo de servidumbre en que antes cayeran los neo-católicos. Hengstenberg
sostuvo la reacción religiosa y política con menos entusiasmo, pero con más ciencia y con más habilidad que el impetuoso Harms. La Biblia es por él adorada con el sentido materialista de los antiguos judíos carnales y con la intolerancia sangrienta de los modernos inquisidores católicos. Su vocación fue el periodismo y el periodismo insolente, desvergonzado, libeloso, rico en brutales agresiones, en diatribas, en calumnias, que expía a todos los libre-pensadores, que los sorprende en los secretos de su familia y en las intimidades de su conciencia, que los arrastra a la picota contando con la complicidad y la satisfacción de las autoridades políticas, que ya en la picota, agarrados, espirantes, sin voz, sin defensa, los maldice, los abofetea y los escupe. Figuraos un Veuillot, sin su ingenio y sin su estilo, y tendréis una imagen fidelísima del escritor evangélico. Babea sobre la literatura clásica, henchida, según él, de paganismo; confunde la democracia con la demagogía; llama frívola, y lijera y calaveresca a la Francia moderna; niega toda auto-
ridad á la razón y toda virtud al derecho; declara la ciencia contemporánea más asoladora que el cólera morbo, y califica á la teología sentimental de rehabilitación de la carne; todo bajo la bandera del más puro luteranismo, y con el propósito firme de restaurar la antigua religión. Y no le basta con la reacción religiosa; sostiene también la reacción política más desenfrenada e insensata. Los mandamientos de Dios cometieron imperdonable olvido cuando mandaron honrar padre y madre, sin añadir igual respeto al rey y á la reina; porque para este piadosísimo cristiano el rey y la reina son nuestros padres, nos han dado su sangre, nos han mantenido á sus pechos, nos conducen por la vida, y hasta nos aseguran la paz eterna en el seno de la muerte. Parécele insosportable tiranía orar por las cámaras según los preceptos de la Constitución y los rescriptos del rey, sobre todo por la Cámara popular, nacida del libre examen y de la revolución política, consagrada á regatear tributos al monarca, y á encender pasiones en el pueblo;
Ilena de reformadores que son al fin y al postre con toda su apariencia de sensatos, deméntes, demagogos. El clero sólo debía orar por la Cámara de los señores, por esos campesinos que traen la santidad del terruño, por esos caballeros feudales que mantienen la servidumbre de la gleba, por esos reaccionarios que adoran de rodillas la Santa Alianza, por esos luteranos que pegarian fuego en todas las Universidades á todos los simulan­cros de la Diosa razón, y á todos los filósofos, sus falsos y corrompidos sacerdotes. La separación de la Iglesia y del Estado es el error de los errores. Los reyes necesitan de la Iglesia como del cielo donde el cetro de su autoridad se forja; la Iglesia necesita de los reyes, como de los ministros que le abren con sus varas y con sus sables el camino para el dominio material del mundo.

Todos estos insensatos podían libremente entregarse á sus insensateces, renegar de la conciencia libre, sin comprender que renegaban de Dios; suprimir la libre voluntad sin comprender que suprimían al hombre. Su
rabia, su locura, sus negaciones de la luz, sus combates al progreso, su bárbara conjuración para oprimir y envilecer á su tiempo, demostraba con qué razón, con qué derecho, con qué verdad había sostenido el siglo décimo-octavo el salvador principio de la incompatibilidad absoluta entre las iglesias intolerantes y las modernas libertades.
Las exageraciones de la escuela ortodoxa llevaban por necesidad los ánimos con verdadero impulso hacia las escuelas filosóficas. Ninguna, á la verdad, tan dominante entonces como la escuela hegeliana. En su afán de constituir una síntesis, dentro de la cual cuyieran todas las manifestaciones de la actividad, Hegel acepta la religion como fase necesaria del espíritu, como instante preciso en el total desarrollo de la idea. En este concepto, servía su sistema á los teólogos. Pero la religión superior al arte en la teoría de Hegel, es
inferior a la filosofía. En este concepto servía poco, muy poco, el sistema hegeliano a los teólogos protestantes. No era posible que las almas piadosas admitiesen, como manifestación más digna de fe, más pura, más luminosa, la ciencia humana que las revelaciones tradicionales de Dios. Y los escoses de la escuela teológica habían sido tales y tantos, que el sentido general se refugiaba, huyendo de ese dogmatismo asolador, en el seno de la filosofía, donde al menos el aire de la libertad volvía a refrigerar y templar las almas. Uno de los teólogos más eminentes de este tiempo y de esta tendencia, era Daub. Y Daub se extasiaba, primero ante la contemplación de las fórmulas kantistas; de su imperativo categórico, dictado por la conciencia como ley suprema del deber; de su pura subjetividad, donde el individuo recababa para sí todas las libertades internas; de su severa y austerísima moral; de su Dios, enterrado en los glaciales desiertos de las frías eminencias donde la razón pura se aisla, y resucitado luego en los hondos valles de la realidad, en la razón
práctica; y desde la filosofía crítica se precipitaba de un salto, como tocado de vértigo, en el inmenso océano del idealismo objetivo; en su vida embriagadora, en su naturaleza exhuberante, en su magnetismo misterioso, en sus corrientes eléctricas, en su gigantesca flora de ideas, en su intuición sobrenatural, en sus milagros y en sus revelaciones; para irse después, como cansado de todo reposo, como repulsivo a toda constancia, hacia el hegelianismo y sus viajes eternos, desde el ser primitivo a la idea pura, desde la idea pura a la dialéctica, desde la dialéctica a la naturaleza, desde la naturaleza al Estado, desde el Estado, que se desarrolla en mil formas, y que vive en innumerables siglos, al Arte, que pone el Universo material sobre la conciencia en el Oriente, que armoniza el espíritu y la materia en Grecia, que eleva el alma sobre la naturaleza en el mundo moderno; y pasa de allí a la Religion, y de la Religion a la Filosofía, siempre bajo la ley de la contradicción, que engendra abiertas oposiciones, para resolverlas en síntesis y trinidades sublimes; hasta llegar por fin
á la plena conciencia de sí misma, siendo la idea, por esfuerzos sobrehumanos y por desarrollos sucesivos, eterno y absoluto Dios.

Marheineke es el gran teólogo de la escuela hegeliana: lucha por consecuencia contra todos los extremos, así contra aquellos que se entregan, retrocediendo, al idealismo objetivo; como contra aquellos que caen por completo en los excesos y en las violencias de la extrema izquierda hegeliana. La ciencia es el desarrollo lógico de la idea en sí, y la teología, por consiguiente, el desarrollo lógico de la idea como Dios. La idea de Dios no es una pura representación de Dios, no es un puro espejo donde Dios se refleja; es Dios mismo, inmanente en el pensamiento del hombre. La idea de Dios tiene tres formas: la escritura, la fe y la ciencia. La idea de Dios no comienza a tener conciencia de sí misma, sino cuando un objeto exterior á ella la solicita fuertemente a definirse, á concretarse, y este objeto es el Evangelio. De aquí la revelación, á la cual se somete ciegamente la idea recién nacida, como el niño se somete á su madre. Y de la Re-
velación, tenida por sobrenatural, proviene la fé ciega y obediente; pero esta fé primitiva, esta creencia ciega, es el borrador primero del conocimiento y el grado más elemental de la idea. No hay certidumbre verdadera sino en el momento en que el objeto de la fé se reconoce por la filosofía, como idéntico y uno con el contenido de la conciencia subjetiva.

La dogmática es la fé comprendiéndose á sí misma. Así como la conciencia de Dios no se revela en el hombre, sino por la tesis y la antítesis; la dogmática no se presenta, sino en forma de contradicción. Pero como todas las contradicciones se resuelven al cabo en verdaderas armónias, el descubrimiento de estos principios está llamado á reconciliar todas las iglesias.

La división del sistema se explica por estas premisas filosóficas. En su desarrollo lógico la idea divina «Dios» se concibe primero como sustancia absoluta y por consiguiente impersonal. Así el sér de Dios y sus atributos constituyen la parte primera de la teología dogmática. Distinguiendo en seguida de este es-

435
píritu absoluto aquel espíritu que lo piensa, que lo ama, que lo adora, la dogmática en su segunda parte trata del Hombre-Dios, revelado en su Hijo. La idea divina rompe en Cristo su forma subjetiva, y se eleva, sin dejar de ser individual, a universal, como Cristo, sin dejar de ser hombre, llega a ser Dios; hasta que el espíritu adquiere plena y definitiva conciencia de sí mismo en el seno de la Iglesia. Y la ciencia de la Iglesia forma la tercera sección de la dogmática.

Si el hombre se niega a sí mismo la posibilidad de comprender a Dios, niega en el mismo hecho a Dios, puesto que el pensamiento del hombre no es otro sino el pensamiento del Creador. Dios es comprensible. El conocimiento de Dios se llama religión. La historia religiosa es el desarrollo del trabajo empleado para llegar a la idea de Dios y el desarrollo del trabajo empleado por la idea de Dios para llegar a su vez a la plena conciencia de sí misma. La religión cristiana es la religión definitiva; porque en ella el espíritu llega a la plena evidencia de ser en sí mismo
absoluto. Como la idea de Dios es Dios, con-
eibiéndose á sí mismo, no puede haber otra
prueba de la existencia de Dios, sino esta
idea misma. Dios es pensamiento. Y como el
pensamiento es idéntico al sér, Dios es el sér.
Sus atributos se refieren á la substantividad,
al Padre; á la subjetividad, al Hijo; y á la bea-
titud, al Espíritu Santo.

La creación es eterna, incesante, sin ningún género de interrupciones, ni eclipses, necesa-
ria, porque sin ella Dios no sería más que
una abstracción. El objeto de la naturaleza es
revelar Dios á Dios mismo. Idéntica á lo ab-
soluto en cuanto á su esencia, diversa en
cuanto á su individualidad; el alma humana
es la imagen de Dios. La identidad, que con-
funde el espíritu finito con el espíritu infinito,
como el feto está confundido con el vientre de
su madre, constituye la inocencia ó el estado
inconsciente. El espíritu se distingue pronto
en subjetivo y en objetivo, y por consecuen-
cia se distingue de Dios. Y el individuo llega
pronto al egoísmo, y somete el mundo á sus
goces. De aquí el nacimiento del mal. El pe-
cado tiene su raíz en la naturaleza del hombre. El pecado es primero original, vicio inherente a nuestra naturaleza. El hombre no puede existir sin Dios, ni Dios sin el hombre, porque lo finito necesita de lo infinito, y lo infinito de lo finito. Dios y el hombre son eternos. Dios es esencialmente Dios-Hombre, y el hombre es esencialmente Hombre-Dios; y las religiones no tienen más objeto que divinizar al hombre, y humanizar a Dios. El Cristianismo es la síntesis absoluta de lo finito y de lo infinito.

El Cristo histórico es la realización del ideal divino en una individualidad humana. Todo por el mundo, nada para sí propio, es su divisa. Así domina todo instinto, borra todo pecado, sujeta toda pasión, y es el centro luminoso de la historia. Cristo se llamará siempre nuestro redentor, porque nos ha mostrado con el ejemplo de su vida y de su muerte que es posible llegar a la santidad. Su vida es la realización de la virtualidad de justicia existente en la naturaleza humana. Dios se descompone en trinidad y se recompone en unidad. El
individuo muere, pero la personalidad es inmortal, y de grado en grado de perfección, subirá hasta Dios.

Desde el momento en que la razón apropiaba á una escuela filosófica todos los dogmas religiosos, había de nacer por necesidad, como un término más en la serie lógica de los progresivos desarrollos de la idea, quien extremara este sentido, y concluyera por combatir el Cristianismo. La escuela de Hegel se había dividido desde la muerte del gran maestro en derecha, centro y izquierda. La derecha formaba un partido, en filosofía conservador de la pura idea del maestro, y en política conservador de la monarquía hereditaria, de la pena de muerte, y sobre todo, de aquellas teorías de los hombres representativos, como les llamaba Emerson, de los hombres-ideas, hombres-siglos, que Hegel extendía á los reyes del arte, de la ciencia, de la industria, á los que poseen por gracia y elección divinas el génio, á los reyes del espíritu, y que los reyes del mundo limitaban á sus dinastías tradicionales, como
hizo Napoleon III en su célebre *Historia de la vida de César*. El centro conservaba las ideas filosóficas del maestro; pero daba á las ideas políticas un sentido más liberal y progresivo. La extrema izquierda lo transformaba todo. Admitía el movimiento de la idea, la corriente de la dialéctica, pero eliminaba en este movimiento, en esta corriente, un término esencialísimo, un punto indispensable, generador de ideas sucesivas en el sistema hegeliano, eliminaba la religión, combatiéndola por contraria á la ciencia, denostándola por opuesta al progreso, y admitía en política la pura democracia, el derecho puro, la República, ofreciendo en sus principios el ideal de la sociedad. Mas hay entre estos pensadores un hombre que, teólogo de profesión y no filósofo, había de apasionar en su pró ó en su contra al mundo entero con una obra de crítica religiosa; y que admitiendo el sentido filosófico de la extrema izquierda hegeliana respecto á religión, había de combatir, por extrañas contradicciones, todo su sentido político. Creo haber designado bien á las
claras al escritor quizá más ruidosamente célebre de la Alemania moderna, el más combatido y criticado, Strauss, autor de la *Vida de Jesús*, objeto de tantas controversias, y cuya tormentosa vida, cuyos numerosísimos escritos, cuyas radicales inconsecuencias enseñan mucho del estado moral de Alemania y influyen mucho en su movimiento político y en sus crísis históricas.
La antigua Suabia es una región deliciosísima, quebrada en sus terrenos, váría en sus paisajes, humedecida y regada por claros arroyos y profundos ríos, cubierta de bosques cultivadísimos y de agrestes selvas; con rientes colinas y sublimes montañas; rica en praderas donde se alimentan incomparables ganados y en viñedos donde se cojen suaves vinos; hermosa por la fecundidad de su naturaleza y hermoseada aún más por la virtud del trabajo. En esta región brotaron los coros de poetas, cuya gloria se refleja sobre la fren-
te de toda Alemania; y nacieron el gran filósofo Hegel, y su infidelísimo discípulo el doctor Strauss. Inútil recurrir á los biógrafos para conocer la vida de este hombre, los sentimientos y las sensaciones de sus primeros años, los padres que le dieron el sér y le criaron, los maestros que le instruyeron; el desarrollo de su inteligencia, la vida de su corazón, porque él mismo se ha revelado al mundo y se ha trasmitido á la historia en páginas, en fragmentos, que brillan por la fluidez de la frase y la pureza del gusto.

En santa poesía rebosan las sencillas y delicadas páginas que ha escrito de su madre, contando á sus propios hijos, y ofreciéndoles como ejemplo que seguir y modelo que imitar, la vida de su santa abuela. No busquéis en estos relatos el arte trágico de Rousseau, que al nacer dá muerte á la que le diera vida, y tiene existencia tormentosa, como si corriera sobre cauce abierto en los abismos del infierno. La casa donde ha nacido y se ha criado Strauss, brilla por esa poesía íntima del corazón, del hogar, de la familia, que tan-
to sirve a vivificar y sostener el sentimiento de la propia individualidad en las razas germánicas. Su madre queda huérfana en edad bien temprana. Su abuelo materno la socorre, la acoge, la educa en sencilla medianía, con el cariño más tierno y el cuidado más previsor y más profundo. El abuelo tiene casa de comercio, donde aprende la netezuela todas las enseñanzas del menaje; y tiene viña productora, donde la netezuela aprende el amor al campo y a la naturaleza. Cuando los racimos comenzaban á madurar, no la permitía ir á cogerlos; pero cuando llegaba la sazon de la vendimia, iba y comía todo cuanto le demandaba el gusto. En aquel pueblecillo, que el escritor bendice como la cuna de su felicidad, fué su madre á la sencilla escuela del siglo pasado, que enseñaba á leer en un solo libro, á entonar en coro los cánticos de la Biblia, á trazar sobre la pizarra suma y resta, division y multiplicacion, las cuatro fundamentales cuentas. No sabia francés, ni siquiera aleman clásico; produciase en dialecto suabo, pero asombraba á todos por su sólida.
instrucción, por su sentido común, por su vasta memoria, por sus conocimientos de la Sagrada Escritura, en los cuales nunca llegó á sobrepasarla su hijo, á pesar de su larga carrera de teólogo. El abuelo había ocurrido á su educación. Así le guardó siempre religioso culto. Para obsequiarla en uno de sus cumpleaños, colgó su marido un retrato al óleo del abuelo en la sala, copia de otro antiguo, y cuando entró y lo divisó, se conmovió profundamente á la delicada sorpresa, llorando á un tiempo mismo de dolor y de alegría.

En Stuttgart, donde fué enviada para que aprendiera á coser y cocinar, se casó con el padre de Strauss, comerciante también como el abuelo materno, aunque dependiente de otros socios, y por lo mismo sin ninguna autonomía, y en posición bastante delicada y crítica. En 1807 nació Strauss. A los pocos años de este nacimiento, y á los cuarenta y cinco de edad, llegó su padre á director de la casa de comercio. Pero esta posición, que tanto había deseado, solamente le sirvió para arruinarlo. Las guerras de la Independencia
y las medidas económicas de Napoleon des-
trozaron su almacén y desvanecieron sus en-
 sueños de fortuna. Era el padre de Strauss en
literatura clásica docto, incansable lector de
Höracio y de Virgilio, que llevaba siempre
bajo el brazo, y gran amigo de las abejas, de
esas hijas de la luz, de esas madres de la
miel, qué nos regalan en sus productos la
sangre y el alma de las flores, y que nos ale-
gran con la unísona música de sus vibrantes
zumbidos. A literato, a teólogo, a filósofo
debieron dedicarle sus padres y no á comer-
ciante, para cuyo oficio carecía de talento y
de prevision. La bancarota hubiera venido á
no ser por el trabajo de la madre, por su eco-
nomía, por su celo, por su ciencia del mena-
je, por sus ahorros, por sus cuidados, por su
alejamiento de todo aquello que no fuera el
culto de su casa y la educación de sus hijos.
Así, la santa esposa, la madre santísima pasó
toda su vida en padecer y en ocultar á la fa-
milia sus padecimientos. Siempre deseó tener
una viña como en su niñez, y nunca pudieron
procurársela en la ancianidad, ni su esposo
ni sus hijos. Un pariente le cedió corto espacio de huerta, y allí plantaba legumbres y hortalizas para la casa, y con ellas rosas, violetas y algunas otras flores modestísimas, perdiéndose en la vida de la naturaleza y alabando á Dios en cánticos tan expontáneos como los cánticos de las aves. ¡Qué pena para esta santa mujer la publicación de la Vida de Jesús, del escrito de su hijo! No participaba de aquellas ideas, no olvidaba la fé aprendida en su Iglesia y en su escuela protestante; pero no convenía en que malos móviles, orgullo ofendido, ambición desapoderada, deseo de celebridad y de gloria hubieran guiado la pluma de su hijo. Y sin embargo, la ortodoxia intolerante, el pietismo feroz alzaron hasta la madre las ofensas inferidas al hijo, y amargaron los últimos días de aquella mujer, que lo había educado en la más severa virtud con el ejemplo; y en lenguaje divino, como es el lenguaje de las madres, le había inspirado la fé cristiana aprendida en el hogar, en la escuela y en el templo.

Desde la casa paterna pasó Strauss al mo-
nasterio de Blaubeuren, fundado por los be­
nedictinos en el siglo undécimo para casa de
religion, trasformado por la Reforma en se­
minario de jóvenes eclesiásticos, presidido
por un director llamado Eforo, á quien se­
cundaba varios catedráticos llamados repeti­
dores; ornado de ogivales ventanas que acu­
saban su ancianidad; cortado por claustros
abovedados, cuyos techos cubrian artesonada­
dos de encina; lleno de seminaristas, que de­
jaban el calor de su familia para caer en vi­
gorosísima disciplina, en vida conventual, en
trabajos excesivos, sino superiores á sus
fuerzas, incómodos á su atencion, ajenos á
su edad, y sólo interrumpidos por algunos
paseos en comun, algunas oraciones en alta
voz, algunos cánticos en coro.

Sus dos maestros principales allí fueron
Baur y Kern, sábios verdaderos; más pensa­
dor y más decidido el primero en la difusión
de sus pensamientos; erudito el segundo, con
gran talento asimilador, pero indeciso entre
los partidos teológicos: catedrático aquel de
prosistas latinos y griegos, leía con sus dis­
cípulos en arroboamiento los diálogos de Pla­ton; catedrático éste de poetas latinos y grie­gos, leía con igual entusiasmo los versos de Homero y Sófocles: el uno filólogo más que filósofo y crítico en sus explicaciones; el otro consumadísimo literato y artista; ambos eru­ditos y excelentes. Sin embargo, uno y otro tenían grave defecto para la segunda ense­ñanza. Traspasaban los límites señalados á su materia; desconocían ú olvidaban la edad temprana y la inteligencia ferma de sus alum­nos; se remontaban tan alto y tan lejos que se perdían de vista en el cielo inmenso del pensamiento, olvidando á los jóvenes en sus nidos de barro, donde apenas les brotaban las ténues alas para seguirles y acompañar­les; circunstancias dañosas al comun de la gente, favorables al carácter y al entendi­miento, fuertes, animosos, precoces, del jó­ven teólogo, que adivinaba ya las lenguas de fuego destinadas á iluminar su espaciosa frente.

Strauss nos ha dejado en la biografía de su amigo Marklin descripciones, así de la impre-
sión que le producían aquellos maestros, como de la impresión que le producían aquellos sitios: las pintorescas viciosas colinas que las viñas coronaban con sus pámpanos y sus racimos; las ágrias montañas cubiertas de asperrísimos riscos y cortadas por peligrosos derrumbaderos; las rientes orillas del Neckar; los valles profundos abiertos entre eminentes y estrechas cordilleras; el aire vivificante que se respiraba en las altas cimas; los recuerdos que renacían de los arruinados castillos; el torrente de La Blau que los incitaba a bañarse en el estío, sin que pudieran atender a sus incentivos, porque entraban blancos y rubicundos como buenos germanos, y salían rojos y trasformados en cangrejos cocidos; el lago que tras el claustro retrataba el cielo en su tranquila superficie, del color de los lagos en el Tirol y en Suiza.

Del Monasterio de Blaubeurer, donde cursará la segunda enseñanza, pasó á la Universidad de Tubinga, donde había de concluir su carrera. La ciudad es pequeña, pero bella y culta. El Neckar le besa los pies, y vie-
jo feudal castillo le corona las sienes. Uno de sus señores, muy pródigo, le dió alguna libertad a cambio de que pagara sus regias deudas. El tiempo la ha dividido en dos, en ciudad nueva y ciudad vieja, y le ha impreso ese carácter de juventud y de ancianidad que presta a las ciudades tanta hermosura. Las montañas que la cercan y las selvas que cubren estas montañas, dan deleitosa amena-
dad a sus cercanías y mucha pureza a su atmósfera. En los momentos de llegar Strauss á esta Universidad, dominaban dos tenden-
cias: primero un espíritu de conciliacion que se acercaba mucho al racionalismo; después un sistema supernaturallsta que se acercaba mucho a la ortodoxia. Por un felicísimo con-
eurso de extrañas circunstancias, los grandes maestros del Seminario pasaron á la Universi-
sidad. La antigua ortodoxia fue proscripta, y la nueva teologia de Schleiermacher admitida. Aquel profundo culto á la razón, aquel sabio olvido de los milagros, la feliz concor-
dancia entre la ciencia y la fé, las armas to-
nadas en la dialéctica, el espíritu panteista
esparcido en sus dogmas, la exaltación del fundador de la Religion meramente como dotado de un espíritu que lo infinito henchía; todas las ideas del maestro le parecieron al pronto larguísimas inconmovible paz firmada entre la revelación y la razón, cuando al poco tiempo pudo persuadirse de que era solamente un transitorio armisticio. En tal coyuntura, en tan crítico estado de ánimo, llegó a sus manos el libro por excelencia de Hegel, la Fenomenología, su obra maestra, su tesoro, el resumen de su doctrina, brotando por doquier ideas nuevas, puntos de vista desconocidos, encadenamientos jamás señalados antes entre la idea y el ser, entre las leyes de la lógica y las leyes del Universo; entre la filosofía donde todos los pensamientos nacen, y la Historia, donde el pensamiento se realiza; entre el arte y la Religion, la Religion y la ciencia, fases del espíritu, puntos de la línea incalculable de la idea, serie filosófica, escala luminosa por donde el ser va subiendo desde el abismo insondable de su primera esencia, cercana á la nada, hasta la
plenitud de la vida, hasta la conciencia de sí en lo absoluto.

Y á medida que subía la idea filosófica en su ánimo, bajaba la idea teológica. Parecía que el protestantismo caminaba rápidamente á desconocer su principio fundamental y primero, á saber: que la libre és íntima convicción del individuo debe aceptar las creencias, sin ceder en ningún tiempo á extrañas sugerencias, principio reemplazado por una adoración fetichista á la letra muerta. Sólo una aristocracia del pensamiento ha conservado la razón bastante serena, la conciencia bastante iluminada, la voluntad bastante libre para no petrificarse en la tradición y seguir el camino abierto por sus íntimas vocaciones, por aquellos interiores llamamientos á que llamaba Sócrates la voz de Dios en la vida. La literatura nacional ha preservado del retroceso y del decaimiento, que pudo llegar hasta la reacción católica, al espíritu germánico. Afortunadamente un hombre superior realizó el progreso de la union evangélica, despojando los dogmas y principios que se-
paraban á las dos comuniones de todo su carácter y de toda su fuerza de obligatorios, con lo cual quedaba más espacio al libre pensamiento que en la antigua ortodoxia. La carga de dogmas, de milagros, de tradiciones, que hacía zozobrar la nave de la Iglesia, fue arrojada al mar, para que pudiese mantenerse más ligera, y correr más dócil á los vientos del siglo. Cristo mismo no era ya la segunda persona de la Trinidad, el Hijo de Dios separándose de su mansión divina para tomar nuestra pobre carne humana, y después de su existencia terrestre, interrumpida por el patibulo y el sueño de la muerte en el sepulcro, reanudada por la resurrección, y terminada por su ascensimiento á los cielos; después de su existencia terrestre confundido de nuevo con el Eterno; era un hombre moralmente perfecto, pero sujeto á las estrechas condiciones de la vida individual y la vida nacional, necesitado de ser engrandecido por la sávia de las ideas, por las corrientes del tiempo y por la luz de la conciencia humana en sus progresivas trasfiguraciones.
Pero á esta efusion del espíritu había sucedido estrecha ortodoxia, hija de la reaccion. Las rotas banderas de las tradiciones fueron desempolvadas y lanzadas al viento. Los tribunales literarios cayeron bajo la inspeccion y la férula de las aristocracias pietistas. Los estudios preparatorios, que enseñaban filosofía y filología, se mermaron para evitar las tentaciones paganas. El estudiante de teología no debe preguntar qué ideas son verdaderas, sino qué ideas son provechosas. Y la locura de la supremacía sacerdotal entra en los entendimientos, y en los corazones el entusiasmo por la dominacion material. Cada sacerdote se propone, más que iluminar la conciencia del pueblo, dirigir la voluntad del rey. Fanática intolerancia se apodera de los caracteres que odian todo cuanto cierra el paso á sus ensueños y á sus ambiciones. Todos están podridos, porque todos llevan un feto muerto en su cerebro, la propia ahogada conciencia. Lo necesario es oírse á sí mismo, estudiar la propia razón, y no caer, como los siglos anteriores, en el er-
ror, en la preocupación de que está fuera de nosotros, allá en cielos apartados, lo que está dentro de nosotros mismos; que es sobrenatural inspiración la idea, nuestra propia hechura. Y llevado de estos pensamientos que eran para él reglas de conducta, Strauss se propuso estudiar la verdad con independencia de toda tradición, y decir lo que él creyera verdad, sin temor a ningún género de preocupaciones. Y puso mano en el gran trabajo de escribir la Vida de Jesús.

No creáis, sin embargo, que ha sido siempre el racionalista que revelan sus obras y sus polémicas. Educado en la tradición religiosa por su piadosísima madre, crecido en las aulas de un Seminario, sus primeros años son años de creencias tranquilas. Pero el siglo guardaba mil tentaciones y la serpiente de la duda se deslizaba en el paraíso de la inocencia. Eran los días del Mesianismo, los días en que la electricidad brillaba como un nuevo espíritu difundido por el planeta; en que se aceptaban toda suerte de leyendas acerca de este agente del Universo; en que
se creía posible la trasparencia de los cuerpos, la trasfiguración angélica de las criaturas, la vista material y la experiencia tangible de las almas, el viaje a la luna, a Urano, donde Goethe, allí transmigrado, recibe a los recién venidos; la comunicación estrecha con todos los mundos, el abrazo efusivo a todos los seres hasta llegar a la plenitud de la vida en la eternidad, identificados con Dios. Así no es mucho que de las tradiciones religiosas, de la piedad cristiana pasara Strauss primero a una doctrina en la cual tomaba la naturaleza mágico aspecto, a la doctrina de Jacobo Boemh, y de la doctrina de Jacobo Boemh a otra doctrina, en que la naturaleza tomaba carácter idealista, a la doctrina de Schelling. Era propiedad de aquellas almas, achaque de aquellos tiempos no detenerse, no fijarse en ninguna idea; clamar a la puerta de todas las escuelas en demanda de la verdad; arrastrarse al pie de todos los altares en busca de consuelo; pasar de sistema en sistema como la mariposa de flor en flor para libar su esencia; subir de la
La naturaleza á Dios, y caer desde el seno de Dios en la nada; sumar los dioses de todas las religiones para ver si daban fuerzas al desmayo de la voluntad y de la conciencia; estado semejante al estado de la escuela alejandrina, sincretismo semejante á su sincretismo, cuando la antigüedad reunía los números pitagóricos á los dioses homéricos; las ideas de Platon á las experiencias de Aristóteles, el Verbo de Plotino al espíritu universal de los estóicos, creyendo reunir sus fuerzas para la continuación de la vida y trazando en realidad su testamento, el epílogo de sus creencias, para la próxima hora de la muerte.

La doctrina de Boemh debía tentar á hombres como Strauss: aquella relación del mundo espiritual con el mundo fíisico, de la moralidad de las acciones humanas con el desarrollo de la vida cósmica; aquella resurrección del número pitagórico y de sus combinaciones con las ideas y con las cosas; la virtud del siete que se extiende desde las obras espirituales de Dios hasta los días de la
creación, desde los días de la creación hasta las cualidades primeras del ser, desde las cualidades primeras del ser hasta los brazos del candelabro apocalíptico, pues todo en la naturaleza es símbolo expresivo de alguna idea superior, todo animado, así en la materia universal como en el universal movimiento por el soplo divino, por la divina palabra, que primero crea el Hijo, después el Espíritu Santo; y como hay tres Personas en la Trinidad hay tres mundos en el Universo; dos, mandados por Miguel y Ariel, donde los ángeles buenos viven puros, hermosos, diáfanos, en mares de luz, viendo todos los días el milagro de la creación en soles de soles, y el florecimiento de los seres en primavera perpétua, en gigantésca flora de varias ricas formas, y escuchando la música incomunicable de las acciones divinas; santidad, que no tiene, que no puede tener el mundo tercero, presidido por Lucifer y habitado por nosotros, donde la ambición de traspasar el límite y subir a más altas esferas, a vida más celeste, ha engendrado el mal que todo lo trastorna y
lo corrompe y lo pudre, pero el mal mezclado al bien, porque entre los ángeles buenos todo es santo, entre los ángeles malos todo perverso y diabólico, entre los hombres todo bueno y malo al mismo tiempo, como la luz que vivifica y abrasa, como el amor que crea y consume, de cuya triste mezcla no saldremos, sino el día de la segunda venida de Cristo á traernos la redención de Lucifer y del hombre, la redención de la materia y del espíritu, trasformados todos, y todos bendecidos, y todos salvos en la inmensidad de los primitivos cielos, y en la presencia del Eterno Padre.

Dos causas llevaron al doctor á estas extrañas y sobrenaturales creencias: primera su asidua lectura de los discursos de Schellig, el mago de la naturaleza, y segunda su comercio con Kerner, el magnetizador, el médico, el poeta, que tañía su lira, curaba sus enfermos, despedía los demonios del cuerpo de los endemoniados, estudiaba original profetisa, sonámbula, enferma en Prevorst, reducida por sus enfermedades á una especie
de alma sin cuerpo, ó de cuerpo sin carne ni sangre, toda compuesta de nérvisos, que la ponían en comunicación directa, diaria, con los espíritus puros, exhalados como aromas de la tierra y de los demás planetas por ministerio de la muerte, y errantes en lo infinito para volver entre nosotros alguna vez á los conjuros de la mágia y á los efluvios del magnetismo.

Pero todas estas aficiones fueron pasatiempos de la juventud. Los libros de Hegel fijaron su vocación de teólogo crítico. Las enseñanzas de filología decidiéronle á llevar á la Biblia el escalpelo de su razón fría acerada en sus profundos conocimientos. Un viaje á Berlín acabó de decidirle por la filosofía y la crítica religiosa. Desde aquel punto la heregía entró en su alma y se apoderó por completo de su conciencia. Y la suerte quiso que fuera sacerdote, y que le nombraran vicario sufragáneo en una villa de Suabia. Allí pasó algún tiempo viendo cómo se compadecían la sinceridad de su ministerio religioso con la profesión de su panteísmo racionalista. En
realidad no había nacido para filósofo, y no había tomado del maestro Hegel nada más que el método dialéctico. Pero su erudición era rica en sí, brillante en sus manifestaciones. Y pronto había de ser profesor en aquella misma Universidad donde había sido discípulo, y profesor de teología. Perspicaz en el estudio de los más difíciles problemas, preciso y claro en su exposición, brillante en su estilo, siempre perspicuo y sereno, Strauß es ante todo, y sobre todo, un consumado literato. Creo que en el mundo no puede darse más crítica y dolorosa situación para un hombre de clara inteligencia y ánimo entero que ejercer ministerio tan elevado como el sacerdocio; de fe ardiente en sus móviles, de virtud pura en sus medios, de abnegación y sacrificio en sus fines; todo consagrado á los creyentes, á los fieles, á darles ideas de Dios y de su Providencia, á sostenerlos en los combates de la vida y de las pasiones, á infundirles el sentimiento de la alteza de su alma con la esperanza de la inmortalidad; y luego encontrarse que la base de este ministerio, la
creencia en la religión de que es ministro, y predicador, y apóstol, vá poco á poco muriendo, secándose allá en lo más íntimo, en lo más recóndito del ser, y apareciendo por consecuencia el sacerdote á los ojos del mundo, si de su ministerio se desciñe y aleja, como criminal apóstata; y á sus propios ojos, si en su ministerio persevera, como farsante é impostor.

Varios poetas católicos han descrito magistralmente el conflicto de algunos sacerdotes nuestros, que después de haberse unido á la Iglesia, después de haber entrado en su profesión y hecho sus votos eternos, obligándose á eterna castidad y alejamiento de las dulzuras del amor, de los goces de la familia, tropiezan en el mundo con una mujer, acaso destinada por la Providencia á completar y hermosear su vida, y desde entonces pasan por todos los círculos del infierno, por el amor sin esperanza, por los celos sin razón, por la sed hidrápica de los sentidos sin satisfacción ninguna, por los deseos infinitos sin alivio en la tierra; desgarrados al par de
pasiones ardientes y de remordimientos insufríbles; víctimas del combate entre la voz del corazón y la voz del templo; exacerbados por las mismas escenas que consagran y presiden, por la celebración del matrimonio entre seres más felices que ellos, por el bautizo a hijos nacidos de amores benditos, por el encanto de la familia en la cual sólo aparecen los sacerdotes como consagradores de la felicidad y a esta felicidad siempre ajenos; hasta que en guerra tan tremenda o se despeñan y caen olvidados de Dios, o mueren mártires de su religión, de su deber y de su conciencia.

Pero hay otro tormento mayor aún, el tormento de aquellos que nacen y se crián en familia piadosa, con los ojos en los libros divinos y el pensamiento en la fe revelada; que crecen al abrigo de probado Seminario, donde la fe sentida en el hogar pasa a nociones agrandadas en la inteligencia; que maduran en las facultades teológicas de sabia Universidad, donde los sentimientos aprendidos en el hogar ó las nociones aprendidas en el Seminario pasan á ideas universales, aceptadas, crei-
das, pensadas, por todo el sér, desde el sentimiento hasta la razón; abrazando solícitos, en virtud de estas convicciones, el sacerdocio; y apenas lo ejercen y practican, entra la duda en el paraíso del alma, muerde el corazón, ilumina con sus relámpagos los abismos del entendimiento, presenta los libros sagrados como Historia más o menos humana, que apenas resiste á la crítica; los dogmas, pasto de la predicación, como símbolos de ideas muertas; el templo santo, como sepulcro de edades ya extinguidas; la religión toda como una luz que va pasando á sombra; y en esta situación, la suerte les condena á la alternativa, ó de engañar al mundo faltando á su conciencia, ó de perderse para siempre ante el mundo si son fieles á sus deberes, y oyen las voces interiores de su alma que les aconsejan sobreponer á todo en los cielos y en la tierra el culto á lo que sienten, y creen y piensan y profesan como verdad.

Pues en esta situación se encontraban Strauss y su compañero de Seminario y Universidad el doctor Marklin, de quien Strauss...
ha escrito interesantísima biografía. Los dolores de aquel eran más intensos que los dolores de éste. Por más que pugnaba consigo mismo, no podía en manera alguna acostumbrarse a dar como verdadero en sus predicciones lo mismo que creía falso en su conciencia. La idea de que lo divino sólo se hubiera unido con lo humano en una persona histórica, en Cristo; y sólo se hubiera revelado en un pueblo distinguido, en el pueblo de Israel, y en un momento histórico, en la crítica aparición del Cristianismo, esta idea le atormentaba con tormentos indecibles. La misma inmortalidad del alma y de su individualidad, base, no ya del Cristianismo, sino de toda la doctrina espiritualista, que arranca de Sócrates y Platon, le repugnaba con repulsión invencible, y le parecía natural consecuencia de una pésima concepción de la vida y de un soberbio egoísmo del hombre. En vano leía y releía el célebre discurso de Schleiermacher sobre los muertos y trataba de imitar el arte con que este sabio predicador apuntaba sus ideas espinosistas sobre la
vida y la muerte, sin aparecer en contradicción abierta con la dogmática y la simbólica cristianas. En su dolor se dirigía Marklin a Strauss, y en aquel seno depositaba, lleno de efusión y con profunda confianza, todas sus amarguras y todas sus penas. El auditorio a quien predicaba era ilustrado auditorio, de población culta al par de numerosa, y vislumbraba el combate empeñado en la conciencia de su predicador favorito.

Strauss se encontraba mucho más tranquilo, aunque no menos cambiado. Habíanse deshojado, como los árboles por el invierno, las ideas religiosas de su infancia y de su juventud. El misticismo soñador de Boehm, y el naturalismo místico de Schelling, habían corrido la misma suerte que las ideas religiosas; todos estaban secos. No pasa una chispa eléctrica por nuestros nervios con tanta rapidez como habían pasado aquellas ideas por las fibras de la inteligencia absorbente del joven vicario. Un pensamiento de Hegel abría a su razón celajes antes ignorados. La esencia de la religión y la esencia de la filosofía...
son una misma esencia. Solamente que aquello que en la filosofía se presenta como idea, en la religion sólo se presenta como imagen. Desde estas creencias, el tránsito á una convicción profundísima era inevitable; el tránsito á convertir la religion en filosofía, amolando en lo posible los antiguos dogmas á los nuevos principios. Así es que su alma estaba en serenidad completa. Había abandonado la fe, y no pensaba abandonar el sacerdocio. Había entrado en la ciencia moderna y no se inquietaba por la muerte de la antigua religion. Vivía en sosegada aldea y su auditorio no le daba mucho cuidado. Seguía las prácticas externas y las predicaciones religiosas de la misma fe, que estaba socavando con su pluma y destruyendo en sus libros. Esta situación podía parecerle muy segura; mas no era ni clara ni moral. Vicario del error, sacerdote de la mentira, predicador del sofisma, y vivía tranquilo, y estaba satisfecho de sí mismo, contento de su ministerio y de sus obras. Así aconsejaba á su escrupuloso compañero de profesión, que no se atormentara.
á sí mismo, como el personaje de la comedia antigua. Si le repugnaba la existencia del Dios de las tinieblas, pareciéndole resto de las teogonías pérsas, del dualismo oriental, proponiéle que sustituyera la clásica palabra, «el diablo,» por la vulgar palabra «el mal.» Su conciencia tomaba estas doctrinas en la convicción profundísima de que era necesario tener en reserva las ideas más elevadas para las aristocracias intelectuales, y dejar sola­mente una parte, y parte reducida de la ver­dad, para el pueblo. Teoría semejante es con­traria á toda ciencia y á toda moral. La ver­dad es verdad en todas las esferas, y debe ser patrimonio de todas las inteligencias. Dar á unos la verdad y á otros el error; tener á es­tos en las eminencias donde llega el sol, y á los otros en los valles de muerte, donde reinan las tinieblas, es crear las castas; los nacidos al goce y los nacidos á la pena, los llamados á la idea pura y los llamados sólo al sentimiento, como en las naciones regidas por las antiguas teocracias del Oriente. Y de este error fundamental no hay más que llegar á
sucesivas aplicaciones para establecer una aristocracia religiosa, destinada a pensar, y una plebe destinada a creer; una aristocracia destinada a dirigir, y una plebe destinada a obedecer; una aristocracia que debe guardar los libros sagrados, el lenguaje hierático y una plebe que sólo debe guardar su ignorancia y su servidumbre; una aristocracia emanada de la cabeza y del pensamiento de Brahma para el santo ministerio religioso, y una plebe emanada de sus plantas para vivir perpetuamente sobre el campo, con el trabajo manual por única ocupación de la vida, y la ignorancia por único horizonte del alma. Teorías así eran horrible retroceso en la ciencia y servían a una reacción no menos horrible en la política.

Y sin embargo, el hombre que así escribía, pasaba desde su humilde vicariato de aldea a la plaza de catedrático de teología en Tubinga, profesión también esencialmente religiosa. Ya en Tubinga, escribía con toda madurez su obra por excelencia, lo que ha dado á su nombre fama imperecedera, la Vida de
Jesús. Cuando el paganismo andaba ya próximo á la decadencia; y los templos se iban quedando desiertos; y la fé se iba extinguiendo en los pueblos antiguos; y el sentido humanitario de los estóicos penetraba, no sólo en las conciencias, sino en los códigos; y las ideas judáicas y alejandrinas del Cristianismo rompían las vallas de las creencias como los pueblos germánicos habían de romper poco más tarde las vallas del Imperio, renacieron con gran boga, y helaron la sangre en las venas de los antiguos creyentes, de los que aún adoraban los altares helenos, las ideas de un filósofo griego, de muy antiguo divulgadas, y que interpretaban materialmente los dogmas y tenían por hombres elevados á la apoteosis en la gratitud de los siglos, desde el Zeus que presidia la creación e hinchaba los nublados y blandía el rayo, hasta el humilde Pan, perdido en la vida de los campos y de las selvas. Terrible angustia despertaban las interpretaciones en aquellos que habían creído, adorado, puesto su esperanza, su vida, su muerte, la inspiración de sus artes, la luz de su cien-
cia, los huesos de sus padres, la cuna y la educación de sus hijos, en los dioses del paganismo, en los que habían triunfado con Temístocles y con Escipion, en los que habían cantado con Píndaro y con Virgilio, en los que habían esculpido las piedras con el cincel de Fidias, en los que habían hablado por la boca de Demóstenes y de Platon, en los que habían tenido durante tantos siglos en sus labios entreabiertos por la serena sonrisa de la inmortalidad todas las grandes inspiraciones que sostenían la vida y contrastaban la muerte entre los pueblos mayores y más gloriosos de toda la historia.

Pues algo análogo sucedió á la aparición del libro de Strauss. Devorado por algunos, leído por pocos, impedían su divulgación la mucha ciencia teológica y crítica que lo ilustraba, y el fatigoso método que lo componía, consistente en presentar de relieve las contradicciones entre los Evangelios; llegaría un relato, y sobre todo á un relato de algo sobrenatural ó milagroso, y ver la insuficiencia de la explicación racionalista, y la falsedad
de la explicación ortodoxa, para ir luego á las propias explicaciones, que tienden principalmente á demostrar cómo la persona de Cristo y la vida de Cristo han ido surgiendo poco á poco de la imaginación exaltada por la nueva fe, y extendiéndose entre las Iglesias cristianas con todo el aparato literario y todo el tinte artístico de una verdadera leyenda. El sentido vulgar dedujo en seguida que Strauss negaba la existencia de Cristo. No había sido osado á tanto el siglo décimo-octavo. Imagínese, pues, la penosa impresión que produciría en los ánimos, si no la lectura poco divulgada, la noticia divulgadísima del libro. Suprimia de la historia á Cristo; al Redentor de los hombres, que había fundido las cadenas del esclavo; al Verbo de los cielos, que había iluminado la conciencia de las generaciones; al modelo eterno y perfecto de moralidad para la vida; al Crucificado, que desde su patíbulo abre los brazos como para acoger á todo el género humano, y separa dos edades, la edad antigua, la edad del fatalismo en religion, del privilegio en política, del Imperio cuasi divi-
no, y esta nuestra edad, que, á través de luchas sin cuento, de desmayos sin medida, de reacciones contínuas, realizará las tres grandes categorías sociales, la libertad, la igualdad, la fraternidad, nacidas al riego de la sangre que de sus venas derramó Cristo sobre el ara sublime del Calvario.

Strauss mismo nos enumera las causas ocasionales que determinaron la publicación de su libro. Dábanse por aquel tiempo, 1835, tres explicaciones á los Evangelios. Unos creían todos sus milagros ciertos y cumplidos, creencia que su razón rechazaba. Otros creían que todo cuanto relataban los Evangelios había pasado naturalmente; pero que omisiones de los evangelistas habían dado á los relatos aspecto legendario y milagroso; interpretación que le parecía violenta. Otros tenían todos aquellos relatos por pura fantasmagoría é impostura; sospecha repugnante á su conciencia. Lo sucedido con los dogmas antiguos parecíale medio útil de llegar á la interpretación de los dogmas cristianos. Nadie hoy cree que sean los dogmas paganos
ciertos é indiscutibles como creía Herodoto; nadie que tengan una explicación naturalísimamente histórica como creía Evhemeró; nadie que se deban á perversidades é inspiraciones de Satanás como creían en su exaltación y celo religioso los padres de la Iglesia; todos los toman como mithos nacidos de la piadosa fé de los pueblos y de la rica fantasía de los poetas, sin que éstos creyeran engañar ni aquellos tampoco ser engañados. Así, la fé candorosa, inocente, purísima de los primeros apóstoles y de los primeros cristianos originó entonces los relatos evangélicos y explica hoy la facilidad con que crecieron y se divulgaron por el mundo.

Strauss dice que treinta años por lo menos separan la muerte de Cristo y la redacción de los Evangelios. El que podría aparecer más legítimo, el cuarto, como dictado por un historiador que fuera testigo presencial de la vida de Cristo, aparece á los ojos de Strauss como incierto, fantástico, cercano á las ideas alejandrinas, con carácter gnóstico, inspirándole la sospecha de haber sido obra de un
falsario, resuelto á presentarse como el discí­
pulo querido de Cristo, como el apóstol San
Juan. Cristo fué en su primera aparicion sec-
tario del asceta Bautista, elevándose luego á Mesías en la universal esperanza y en la fé
ingénua de aquellos tiempos. Pero Cristo elevó
la ley moral sobre la ley mosáica, á la manera
que Sócrates habia elevado la voz de la con-
ciencia humana sobre la voz de los dioses
paganos. Así es que el Cristianismo fué en-
gendrado por la esperanza general en la ve-
nida de un Mesías y por la creencia de que
este Mesías era Jesús. Una vez que las espe-
ranzas mesiánicas estaban en su colmo, apa-
reció natural, lógicamente el Mesías.

En verdad que ninguna de estas interpre-
taciones explica satisfactoriamente un hecho
capitalísimo. ¿Por qué Cristo, y sólo Cristo, apa-
reció como Mesías? ¿Por qué vieron en él, y
no en otro alguno, este carácter sobrenatural
cuantos lo rodeaban? ¿Por qué aquel momen-
to de la historia, y no ningun otro momento,
es el concreto, providencial de la redencion?
¿Por qué la esperanza mesiánica, nacida en
pueblo privilegiado y aparte, esperanza nacional, se ha convertido en esperanza humana, en esperanza de todos los pueblos? Una ebullición de ideas sirvió de alma y levadura á la vida de Jesús según Strauss. Pero las ideas no hubieran por sí mismas crecido sin que se personificaran en un hombre. ¿Por qué no fué ninguno otro? ¿Por qué ese hombre no vino antes? ¿Por qué no vino después? Dos grandes hombres históricos han sido muchas veces comparados: Sócrates y Jesús. ¡Qué diferencias! Sócrates ha sido un filósofo, y Cristo un redentor: Sócrates ha habitado la región por excelencia del pensamiento antiguo, Grecia, y la ciudad culta, sabia por excelencia, Atenas; y Cristo ha habitado la región apenas conocida ni estimada de los antiguos, Judea, y la ciudad sometida, esclava, Jerusalen: Sócrates ha tenido los discípulos más brillantes de la historia, Jenofonte, soldado é historiador de primer orden, y Platon, el más poeta de los filósofos, y el más filósofo de los poetas; y Cristo ha tenido los más oscuros discípulos: Sócrates y
Cristo han dado su vida por su idea; aquel ha vivido cuatro siglos antes que éste en épocas de más fe, y no ha dejado, sin embargo, sus huellas en la historia, porque mientras Sócrates queda confinado en las alturas de la ciencia como maestro singular, que provoca y origina un momento único en la filosofía, Cristo se apodera de griegos, de judíos, de romanos; baja á la ergastula del esclavo y sube al trono de los Césares; junta la idea de Roma con la idea de Atenas, la idea de Jerusalén con la idea de Alejandría; trasforma el mundo antiguo y educa el nuevo; recoge los sistemas de los filósofos y los populariza; se detiene ante los bárbaros, y los somete y los trasforma; alcanzando altares que duran siglos de siglos, lo mismo en el Asia, donde nacieron todos los dioses, que en la joven América, donde brotaron las instituciones más avanzadas de los últimos siglos; y nadie entrevé todavía la época en que pueda su nombre dejar de ser la letra inicial de la más alta civilización sobre el planeta.

La verdad es que los espíritus, cerrados a
las grandes inspiraciones históricas, no podrán jamás comprender este milagro. Él sólo redujo las ideas más abstrusas y divinas a verdadero alimento del pueblo; él sólo descendió desde las alturas de la metafísica a la choza del pobre y del esclavo a llevarle con el sentimiento de su dignidad moral la certeza de su redención; él sólo predicó el dogma democrático por excelencia, el dogma de la igualdad religiosa; él sólo supo llegar, en el sermón de la Montaña, hasta la inteligencia del oprímido y del humilde; él sólo supo confundir en la humanidad todas las castas; él sólo juntar en la ley religiosa a todas las gentes, dándonos por único Padre, por único Rey, por único Señor a nuestro Dios que está en los cielos.

Strauss ha descuidado en su obra el punto que debía haber sido esencialísimo, los orígenes del Cristianismo, la época suprema y crítica en que brotó la doctrina. La libertad y la República habían muerto en Roma; los filósofos de Grecia se habían convertido con los estoicos en moralistas prácticos; Jerusa—
len, que tratara siempre de conservar su Dios apartado del mundo, sentía afán, el afán de los sadúceos, por darlo en comunión a todas las gentes y difundirlo en toda la tierra; poblábanse los desiertos de santos, de ascetas, de solitarios, que demandaban grandes gritos el rocío del cielo sobre la conciencia desolada y sedienta; por Egipto, cuando pasaba un vencedor o un tribuno o un poeta le preguntaban las gentes si era el esperado; Alejandría congregaba las ideas de Oriente y Occidente para formar como un nuevo dogma; los ebionitas, los esenios se difundían por los alrededores de Jerusalén profesando públicamente la pobreza del cuerpo, presintiendo la rica renovación del espíritu; los gnósticos traían no sé qué ecos de las religiones orientales, ni qué reflejos de los primeros crepúsculos de la conciencia religiosa; y toda aquella crisis fue recogida y personificada por un joven de la más olvidada de las regiones, y del más oprimido entre los pueblos, joven divino, que aniquiló las castas religiosas, y dió su vida por las dos ideas más grandes de
la civilización futura, por la libertad moral de nuestra alma, y la igualdad religiosa, la igualdad ante Dios, de todos los hombres.

Junto á esta obra redentora, ¿qué importan los accidentes históricos? Strauss había escrito su libro para los teólogos, y no para los laicos. Mas leyeronlo laicos, teólogos, filósofos, profanos; y produjo un verdadero escándalo. Su cátedra de Tubinga le fue violentamente arrancada con menosprecio de la libertad de pensar, de que tan devotos han sido siempre los alemanes. Millares de folletos y libros se escribieron para refutarle, escarnecerle, maldecirle. Los más exaltados pidieron que fuera expulsado de Alemania. Los más prudentes le echaron en cara, como recuerda con oportunidad y gracia mi amigo Mr. Cherbuliez, que no hubiera escrito en latin. El partido radical de Zurich quiso compensarle tantas amarguras y le ofreció una cátedra en la ciudad que ha sido siempre como escuela abierta á los alemanes. Una petición firmada por más de cuarenta mil habitantes impidió que el teólogo alcanzara este tranquilo retiro,
y derribó al Gobierno que se lo había ofrecido. A medida que aumentaba la vehemencia de la oposición, extremaba Strauss sus afirmaciones. En la primera edición de la *Vida de Jesús* nada dice claro sobre sus ideas acerca de la legitimidad del cuarto Evangelio; en la segunda duda de esta legitimidad; y en la tercera refutala resueltamente. Al principio mostró alguna serenidad y posesión de sí mismo; luego se dio á todas las iras de aquellos tiempos de la Reforma en que Enrique VIII llamaba con su latin especialísimo en ruidosa controversia *cacatus* á Lutero.

La verdad es que Alemania desmintió con este motivo y este libro su respeto proverbial á la libertad del pensamiento. En el combate dejó Strauss por completo su fé religiosa y renunció para siempre á su Cristianismo histórico. La dogmática es la obra que con más claridad señala esta transformación profunda. En ella estudia cómo las creencias y los dogmas fundamentales han nacido en la Biblia y en el Evangelio, cómo se han desarrollado en los padres de la Iglesia, cómo
se han trasformado en la filosofía moderna, cómo se han convertido en ideas racionalistas y en leyes universales, deduciendo de todo que una sola personalidad, por superior que aparezca, no reunirá jamás los atributos prestados por la Iglesia á Cristo; y que solamente la especie humana en su totalidad puede reunirlos y concentrarlos: que el individuo peca y la humanidad es inmaculada; el individuo yerra y la humanidad es infalible; el individuo decrece, decae y la humanidad es progresiva; el individuo muere y la humanidad es inmortal; el individuo sucumbe muchas veces en su lucha con el error y la humanidad obra el milagro de someter las fuerzas contrarias en la sucesión de la historia; el individuo es limitado y la humanidad es la hija del Padre invisible, de Dios, y de la madre visible, de la naturaleza; es la reunión, como el Verbo, de lo finito con lo infinito, de lo contingente con lo eterno; y baja á los abismos, y resucita, y se trasfigura, y asciende á los cielos, como el Cristo de la tradición, porque, cuerpo y es-
Píritu, organismo e idea, se eleva sobre las naciones, sobre las razas, sobre los continentes y los mares, sobre la tierra, sobre los planetas mismos á identificarse con el Eterno por medio de sus luminosas y absolutas ideas.

Para continuar la exposición de sus doctrinas trascendentales y venir á la exposición de sus doctrinas políticas, no podemos olvidar su libro de la Nueva Fe, por las ruidosas polémicas que ha suscitado y la transformación de su inteligencia que há claramente manifestado. Había roto Strauss el matrimonio entre el dogma y la ciencia de que fueran como padrinos Hegel y Schleiermacher. El primero, declarando que el contenido de la revelación y de la ciencia es el mismo, había aproximado la razón á la revelación; el segundo, prescindiendo de las tradiciones, del milagro, de todo aquello que no fuera la mision de Cristo, había aproximado la revelación á la razón; de suerte que las dos enemigas se habían reconciliado y confundido en el seno de algo superior á la Igles-
sia histórica, en el seno de la conciencia hu-
mana, que parecía florecer con nuevo flore-
cimiento y dar el fruto sazonado de una se-
gura paz a las almas.

La publicación de la Vida de Jesús rompió
el encanto y trajo el nuevo divorcio. Filósofos
y teólogos a una se revolvieron contra él, acusándole de destruir sin reedificar. Al fin
de sus días, en las horas supremas de la ve-
jez, poco antes de su muerte, ciego ó muy
cerca de la ceguera ya, escribió su último li-
bro, su testamento científico, la Nueva Fé.
En este libro se rebela contra toda tendencia á reconciliar la religion y la filosofía. No quiere
más eclecticismos. No sostiene más la discordè con-
cordia de la tradicion y de la ciencia. Se di-
rigió á sí mismo estas preguntas: ¿Sómos toda-
vía cristianos? ¿Tenemos todavía una religion?
¿Cómo concebimos el mundo? ¿Cómo conce-
bimos la vida? En la respuesta á estas pre-
guntas compendia todo cuanto cree de la
ciencia y expone sus definitivos principios,
los cuales luchan radicalmente con la tenden-
cia idealista que á pesar de todo tenía su
doctrina, cayendo en el puro materialismo, en sus últimas y extremas consecuencias.

Adios, religión de los primeros años; protestantismo maternal, que creía tan puro y tan inocente, y tan divino como las ideas evangélicas. Adios, misticismo de Boehm, que hasta en las leyes de la naturaleza descubría misteriosas combinaciones teológicas. Adios, panteísmo idealista de Schelling, que sumergía y abismaba todos los seres en Dios, como las esponjas en el mar. Adios, filosofía hegeliana y su eterna idea, produciendo en el movimiento infinito de su curso, a través de los espacios, espíritus y soles. Adios, últimos esfuerzos para conciliar al Cristianismo con la ciencia, la revelación con la razón, la idea divina con las ideas humanas. Adios, cielos en que se bañaba y tierra en que se nutría la expondente alma del filósofo. Desde la grande dialéctica, que construye por la idea Naturaleza, Estado, Arte, Religion, Filosofía, ha caído Strauss en el darwinismo contemporáneo; en la lenta formación, por causas pequeñas, del planeta; en las evoluciones su-
cesivas de la materia que vía desarrollándose por medio de progresivos organismos; en la teoría de que los cristales se unen a las plantas y las plantas a los seres animados, y los seres animados entre sí, de familia en familia, de especie en especie, por medio de familias o especies intermedias, naciendo unas de otras, a virtud de la selección natural o sexual, que dá el premio de la perpetuidad, ó bien a las más fuertes, ó bien a las más hermosas, ó bien a las más ágiles; resumiéndose todos sus principios en las leyes de la concurrencia universal, de la guerra por la vida, que convierte el planeta en cruento campo de batalla, donde luchan unos con otros, sin trégua, sin término, los seres, las familias, las especies, las razas, para subir, amontonando los despojos y los cadáveres de sus rivales, de sus enemigos, vencidos y muertos, después de la sangrienta victoria, una grada más en la progresiva escala del organismo.

Esta filosofía materialista, de la cual Dios, y el alma, y la idea, están por siempre ausentes; esta teoría nació en el pasado siglo,
teniendo, como todas las teorías modernas, muchos y muy antiguos precedentes en la ciencia de los griegos. Lamark, francés, fue el primero en apuntar que las especies se desarrollan por progresivas evoluciones. La inmensa autoridad de Cuvier soterró la doctrina, a pesar de haber renacido en Saint Hilaire, hasta que vino á resucitarla Darwin, después de veinte años de observaciones y de estudios, en su maravilloso libro del Origen de las Especies.

En Alemania tenía precedentes la doctrina y tiene hoy continuadores que la extienden y la extreman. Treviranus ponía por raíz los zoófitos al árbol del organismo, cuyo fruto más perfecto es el cerebro humano. Oken dá el mismo origen á todos los seres y los vé crecer, transformándose unos en otros y saliendo todos á la vida superior en contínua ascensión. Goethe, cuyos estudios sobre los seres orgánicos aventajan muchos en mérito y profundidad á sus estudios sobre la luz, proclama en sus Metainórfosis la existencia de un órgano típico, la hoja, del cual todas las plan-
tas son como variantes e irradia­ciones: y con­ sidera á su vez la vértebra en el organismo zoológico, de la misma suerte que la hoja en el organismo vegetal, como otro órgano típico, llegando á tener el cerebro humano por un compuesto de vértebras semejantes á las que forman la médula espinal en los vertebrados. El cráneo es una cápsula huesosa, trasformacion agrandada de los anillos que encierran y contienen nuestra mé­dula, y lo mismo el cráneo de todos los ma­­míferos. Así es que después de haber reco­nocido en el hombre el hueso intermaxi­lar para demostrar su parentesco con los séres inferiores, proclama que todos los or­ ganismos provienen de una raíz común, que hay relación estrechísima entre el organismo vegetal y el organismo animal, que unas especies se derivan de otras como se deriva la mariposa de la oruga, que por una fuerza centrípeta los organismos se unen fuertemente á la ley fundamental de su espe­cie, y por otra fuerza centrífuga se disemi­nan, se diversifican y varían en especies in­
numerable que llenan con el rico tegido de sus formas lo eterno y lo infinito.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de referir todos los autores que en Alemania han sostenido, antes ó después de Darwin, el principio de la trasformación de las especies. El que hoy con más empeño y más éxito divulga la doctrina, bajo la alta tutela y la decidida protección del maestro, del jefe, de Darwin, es Haeckel, todavía más generalizador, más atrevido, más entusiasta, llevándola desde el reino vegetal y animal hasta el reino de la historia, y extendiéndola así al desarrollo de los mundos en el espacio, como al desarrollo de la humanidad en el tiempo.

Si la tierra se mueve entre dos polos, el ártico y el antártico; y el Universo se equilibra por dos fuerzas, la centrífuga y la centrípeda, las especies se determinan por dos leyes, la ley conservadora de la herencia, la ley progresiva de la variedad ó de la diversidad. La variedad en las especies proviene de la nutrición; la herencia proviene de la generación; de suerte que hay en los organismos,
cómo hay en las sociedades, una fuerza que impele hacia adelante y otra fuerza que da la estabilidad y la permanencia.

El hombre observa las plantas en su jardín o su estufa; observa los pichones en su corral o en su palomar; observa los caballos en sus cuadras y los bueyes en su establo; y por cultivo esmerado y trabajo continuo los educa y los perfecciona. Pues así como hay esta selección artificial en las plantas y en los animales de inmediata utilidad para el hombre, así hay una selección natural en el Universo, que se determina por la ley de la concurrencia vital, por la batalla á muerte que tienen todos los seres empeñada, desde el zoófito hasta el hombre, á fin de conservar y adelantar su vida.

La ley que Malthus dió á la producción y á la población, es la ley que Darwin ha encontrado en toda la naturaleza, do quier se dilatan el calor de la vida y las combinaciones del organismo. También para las especies hay muchos llamados y pocos escogidos en el gran banquete de la vida. Multitud de huevos des-
aparecen antes de llegar a producir un ser; multitud de individuos mueren apenas nacidos; otros encuentran a sus primeros pasos formidable enemigo que los soterra y los aniquila; unos sirven al alimento de otros, y todos están rodeados de peligros y de asechanzas. Pero si en estas especies los individuos superiores de diversos sexos se buscan, se encuentran, se aman, se entregan uno a otro, engendrarán individuos superiores que pueden llegar, por una progresión ascendente, a fundar con el tiempo una especie superior también, mediante la ley de variedad, de metamorfosis, que impera en toda la creación.

Allá por las escalas inferiores de la vida, los moneros, seres orgánicos que apenas tienen órganos, próximos al mineral y al vegetal, en el confín de los otros mundos ó reinos de la naturaleza, se reproducen por la segmentación, separándose, dividiéndose en seres iguales, idénticos, á la manera de las hojas, que se abren y separam en el capullo. Y desde la segmentación hasta la generación sexual á que obedecen los animales superio-
res y varias plantas, pasan las funciones generadoras por series de lo imperfecto a lo más perfecto, como pasan los organismos. El germen de las diversas especies análogas es muy parecido, y de aquí parten los metamorfosistas para probar el parentesco entre todas ellas, y de este germen casi imperceptible brotan los organismos y sus atributos, mantenidos, perpetuados por el gran principio conservador que domina en la naturaleza, por el principio de la herencia, llamado muy especialmente para la especie humana atavismo.

Pero si hay en la naturaleza el principio conservador de la herencia, hay también el principio progresivo de la diversidad y de la variedad. La herencia proviene de la generación y la variedad de la nutrición. No entendais por nutrición el alimento; n útre se el animal del sol que le vivifica y calienta, del aire que respira, de la electricidad que atraviesa sus nervios, del agua que bebe, de las plantas en cuya vecindad vive, del magnetismo, del rayo de los astros, de las sustancias que
se apropia por la absorción, de la tierra en que habita, de los átomos que en su descomposición y recomposición eternas, incesantes, contínuas, le presta la química de la vida. Y hay en las especies una facultad que los metamorfosistas llaman de adaptación, y que consiste, como su nombre indica, en sujetarse al medio ambiente, al suelo, al aire, a la luz, al alimento, y por esta virtud llegar a la transformación que el medio ambiente exige. Y hay también lo que llaman la adaptación virtual, la cual consiste en que ciertos cambios de organismo, determinados por el medio ambiente, no se manifiestan inmediatamente en el organismo sometido a su influencia, sino en los organismos que engendra.

La lucha por la vida dá la victoria entre las especies, entre los individuos, siempre a los superiores, siempre a aquellos dotados de cualidades que a sus rivales faltan. Cada ser lucha, no sólo con los seres de su especie, sino también con las demás especies, con todo el Universo, en lucha abierta y tenaz. La naturaleza ya los crea con medios ofensivos y defensi-
vos, los arma para el combate. Este tiene un cuerno que es verdadera lanza; aquel unos colmillos que hienden y cercenan como afiladas espadas; el de más acá enturbia el agua con tinta para burlar á su perseguidor; el de más allá se envuelve en su propio cuerpo y forma una bola de espinas; las gudejas le sirven al leon para preservar su cuello de los dientes y de las garras de otros semejantes suyos que van en la hora del celo á disputarle su hermosa compañera; y unas veces los más fuertes, y otras los más hermosos; ya los de uñas más afiladas; ya los de plumaje más vistoso; ya los de más atronadores bra­midos; ya los de voz más melodiosa, o ven­cen ó seducen, y fundan por la mágia creadora del amor nuevas y progresivas espe­cies, que tienen gigantesco pedestal de fríos huesos mondados por la muerte.

El mundo no se ha formado por esas revo­luciones violentas que deben considerarse como mitológicas, y que ha pregonado Cu­vier. El milagro de la creación se reproduce todos los días á nuestra vista. La ola del Me-
diterráneo forma aún el fósil, como la erupción del Vesubio produce aún los terrenos que parecen tan apartados de nosotros. Las cordilleras no se han formado por esa especie de grandes surtidores de materias incandescentes alzadas cuando la corteza terrestre no estaba aún muy solidificada y espesa. El tiempo incalculable, millones y millones de años bastan para explicar la elevación de las grandes cordilleras. Sobre esta escena de la vida, causas químicas, físicas, biológicas, todas naturales, producen los organismos. Los cristales son en el reino mineral los profetas del mundo orgánico. En la composición de este mundo no entra materia que no se encuentre en los otros mundos inferiores. Realmente no hay materia orgánica; es una misma la que permanece en el estado inferior y la que se eleva á estados superiores. Todo se enlaza en la creación. Entre los séres que parecen más varios hay puntos intermedios, anillos que los unen. El ave que se pierde en el azul del cielo, llenándolo de gorgeos y de trinos, se enlaza con el reptil deformé que
se arrastra por la tierra, por medio del animal fósil encontrado últimamente en las excavaciones del Jura, y que tiene bajo sus alas cola de lagarto. Así, los monoeros, que parecen inorgánicos, vienen á ser á su vez el término natural que une, que enlaza el mundo inorgánico y el mundo orgánico. Los laberintulos, que se encuentran en el mar, del color de la yema de huevo, vegetales por la forma, animales por el movimiento, vienen á ser como líneas misteriosas que unen los confines de dos mundos. Las algas, los hongos, los líquenes representan á su vez seres intermedios del reino vegetal y el reino animal. Absorben el hongo y la seta oxígeno, y exhan ácido carbónico, al revés de las plantas, como anunciando el límite de otro nuevo mundo orgánico.

Y la progresión, la serie ascendente continua en los animales que á su vez enlazanse por medio de misteriosos anillos. El zoófito pertenece casi al mundo vegetal. Su forma, su color, su digestión y su respiración reunidas en el mismo órgano, su crecimiento en
el agua, sus sobreposiciones casi minerales, como claramente pueden verse allá en los bosques del coral, les dan aspecto de planta, y les colocan en los límites donde la vida vegetativa y la vida animal se acercan, se tocan, se confunden. Pero el organismo asciende otro grado en la ascidia, cuyo desenvolvimiento ya ensaya el borrador casi de un vertebrado. Y tras la ascidia vienen los moluscos, de los cuales unos habitan el agua, otros la tierra, y todos con sus imperfectos gánglios parece que ponen las cuerdas misteriosas de los nervios en la sonora arpa de la vida. Y tras los moluscos los insectos, que en sus innumerables familias, en sus multiformes alas, en sus ricas vestiduras, en sus zumbidos misteriosos, señalan una exaltación de la materia, una rica variedad en el árbol del organismo, una proyección del mundo de los vertebrados. Y la vértebra se extiende, se dilata en el pez. Y los batracianos vienen a ser el término medio entre el pez y el reptil, habitantes a un tiempo del agua y de la tierra, con medios de respirar en las dos atmósferas, en la de hidrógeno y en
la de oxígeno, para ser en su esfera como los hongos, como las esponjas, como los corales, puntos de la inmensa serie de la vida, eslabones intermedios de la infinita cadena de los seres. Las últimas clases de vertebrados se unen por signos comunes, por tener todos cinco dedos, por ser, pues, pentadáctilos. Y el reptil se va elevando poco a poco en la batalla de la vida hasta convertirse en ave. El arquéropterix fósil encontrado en el Jura, con su cola de lagarto, sobre la cual brotan plumas, representa el misterioso organismo donde los reptiles y las aves se encuentran. Y vienen luego los pájaros corredores, como el avestruz, que están más cerca de sus padres, los reptiles; y que no pueden separarse de la tierra; y tras los pájaros corredores, los pájaros voladores, la alondra, por ejemplo, del color de la tierra, de la afición al cielo, Sibila de la luz, sacerdotisa de la aurora, que en su diminuto cuerpo contiene toda una orquesta de músicos nervios, y en su alegría, en su efusión, en su amor, llena de odas, de arpegios, de sinfonías los aires. Y el ornithorin-
co es el término medio entre el ave y el mamífero. Y los mamíferos pasan por diversas series, desde el marsupial hasta el simio ó mono, que viene a ser el padre, el generador del último y más perfecto entre todos los mamíferos, del hombre.

Hé aquí la nueva fé del teólogo cristiano, del filósofo idealista, del jóven místico; una filosofía que nada sabe del espíritu; una filosofía reducida á la química y á la historia natural; una filosofía que, á fuerza de estudios y de agudezas, ha encontrado si se quiere la analogía de unos seres con otros seres, el parentesco de unos organismos con otros organismos; pero que no ha podido explicar ni por la adaptación, ni por el atavismo, ni por la herencia, ni por la concurrencia vital, ni por la serie, ese mundo superior del espíritu humano, ese cielo de la idea, ese misterio de la palabra, esa armonía del arte, ese concepto del derecho, ese organismo del Estado, esa serie de las ciencias, ese mundo interior que no cae bajo los sentidos, que no se puede analizar en las retortas, que no se desprende en.
ninguna combinación química como los gases, y que se llama y se llamará siempre mundo del espíritu, en cuya cúspide está Dios.

A primera vista saltan los defectos del sistema. Creer que la alimentación explica hasta la inteligencia, es desmentir enseñanzas eternas de la historia. Si el mejor alimentado fuera el más inteligente, ¿por qué no escribió Felipe III el Quijote y lo escribió Cervantes? Las especies intermedias no se han encontrado todavía. Aún los seres próximos al mundo inferior que mayores analogías tienen con las escalas más bajas del organismo pertenecen resueltamente a una especie. Y las especies intermedias no parecen. Los nuevos naturalistas salen de este apuro diciendo que las especies intermedias han debido desaparecer por su propia debilidad y por el período en que surgieron. El mono antropóide, que andan buscando por todas partes, en todos los rincones de la tierra, en las entrañas del planeta, entre los fósiles, aún no han podido mostrarlo. Para su fortuna y la nuestra, este respetable padre de la humana especie, este
Japhet del humano organismo, que ha engendrado á Rafael de Urbino y á Newthon, se encuentra en el fondo del mar Índico, sumergido con la tierra que fue su cuna. Allí hay que pescarlo.

A estos naturalistas les molestan nuestras teorías trascendentales, nuestras hipótesis, y ellos presentan por todas partes animales hipotéticos, creaciones de su fantasía, hijos de su naturalismo. Los *protamniotas*, por ejemplo, no existen, no se les ha visto en ninguna parte, no tienen, según confiesa el gran apóstol del darwinismo en Alemania, más que una existencia fantástica; pero se los crea para establecer mejor el parentesco de reptiles, aves y mamíferos. De suerte que los metamorfosistas son como esos forjadores de genealogías heráldicas, que donde les falta un abuelo ó bisabuelo con que halagar la vanidad de los pretendientes á nobles, si no lo hallan, lo inventan. Todo cuanto han podido decir del mono antropóide es que el orangutan, el gorilla, el chimpancé se parecen al hombre, y pertenecen á esa casta. Todo su argumento
para probar nuestra descendencia de los monos es que no son cuadrúmanos, que tienen pié y áum talon, y que los hombres son casi cuadrúmanos, que los niños agarran los objetos con el pié. Y si no han encontrado el mono antropóide, tampoco el hombre mono.

¿Dónde está? ¿Dónde habéis visto ese hombre que no habla? Mostradnoslo. La existencia de hombres sin palabra la fingan, la suponen, no lo demuestran. Y son ellos los que rechazan el idealismo porque no cae bajo la jurisdicción de los sentidos, porque no se demuestra según el criterio de la experiencia. Y sus teorías, puramente experimentales, carecen de datos ciertos en sus experimentos.

Pero quizás haga fortuna y llegue hasta ser fomentada por los Estados europeos, cuando adviertan los príncipes, los monarcas, los poderosos de la tierra que les favorece, y que la doctrina del derecho divino puede fácilmente ser sustituida por la doctrina del atavismo. Las dinastías ya no son personificaciones de artificiales privilegios fundados por la fuerza de los poderosos y admitidos por.
la ignorancia de los débiles; las dinastías son obra de las evoluciones de la materia, castas nacidas de las entrañas mismas de la naturaleza, familias privilegiadas que han brotado de la selección natural, que se han perfeccionado por alimentos capaces de llevar enormes cantidades de fósforo a su cerebro, y que han ganado en la concurrencia vital, y han vencido en la batalla de la vida. Haeckel, en el octavo discurso sobre «La herencia y la reproducción» de su obra titulada Historia de la creación de los seres orgánicos según las leyes naturales, invoca las castas, las aristocracias, la monarquía hereditaria. Dumont, discípulo del anterior, propagandista en Francia de su doctrina, que ha reducido a las proporciones de un folleto para que pueda difundirse con más facilidad y leerse en menos tiempo, ha sostenido que el espiritualismo con su idea de la libertad y de la dignidad moral es esencialmente revolucionario, democrático, republicano, puesto que da al hombre eternos derechos, en tanto que el darwinismo nos quita todo orgullo, enseñan-
donos que el gérmen de nuestra raza se confunde con el gérmen de los más viles animales; que las desigualdades en la sociedad están justificadas por las desigualdades fisiológicas en la naturaleza; que el principio hereditario es un principio de conservación en el cual pueden asentarse las monarquías y las dinastías; que la doctrina evolucionista debe ser la doctrina de todos los conservadores; que, fuera de ella y lejos de ella, se cae inevitablemente en la democracia. Y sin duda, por la teoría de la evolución se explica un fenómeno á primera vista inexplicable, á saber: que Strauss, el racionalista puro, el enemigo de las tradiciones religiosas, el fervoroso adorador de la libertad de pensamiento, el gran demócrata de la inteligencia, el gran revolucionario en las ideas pueda aparecer también como el más conservador de los hombres, como el más atenido á la reacción política, como el más devoto de las instituciones muertas, comparando en ese libro darwiniano de la Fé Nueva los pueblos modernos con los alanos y los vándalos, y sos-
teniendo las monarquías hereditarias como la forma mejor de gobierno y la más propia para la educación de la humanidad y la continuación de sus progresos.

¡Caso raro! Este hombre que ha saludado á Darwin como un salvador, porque Darwin ha conseguido proscribir el milagro y lo sobrenatural del Universo; porque Darwin ha conseguido explicar naturalmente, apoyándose en los trabajos geológicos de Lyel, por la sucesión de siglos y más siglos, por las evoluciones de la materia, por la serie de los organismos, la creación y las varias especies, que en la creación habitan, se extasia ante el principio monárquico, se arroba y trasporta, como si fuera un místico, y al dar la razón de esta preferencia, dice lo siguiente, que viene á derribar todo su sistema filosófico, dice: «en la forma monárquica hay algo de enigmático, de absurdo á primera vista; pero áhí la razón y el motivo de la preferencia que conviene darle. Todo misterio parece absurdo; sin embargo, nada más profundo; imposible vida, arte, estado, sin misterio.» ¡Pue-
de darse nada más contradictorio? No quiere admitir misterio alguno en lo infinito, en lo absoluto, en lo eterno, en los horizontes de la religion, en el seno de Dios, en la Providencia, en la obra maravillosa de la naturaleza, en el advenimiento de las especies a la escena de la vida, en sus cambios, en sus trasformaciones, en la oscuridad de la muerte; y luego admite el misterio en lo humano por excelencia, en lo que depende principalmente de nuestra voluntad y de nuestra razón, en el organismo del Estado, en la forma de gobierno; y después de haber intentado destronar a Dios, convierte en Dios al monarca, y lo corona con la diadema divina de lo sobrenatural, y lo envuelve en el cerúleo manto del misterio.

¡Misterio! ¿Existe la trasmision del genio? ¿Vinculan las dinastías el mérito por privilegios de la naturaleza, como vinculan el poder por errores de la sociedad? Cinco Césares hubo de la familia del gran César, y ninguno de ellos alcanzó el genio universal y humanitario del ilustre jefe de su raza. Augusto,
hábil, prudente, en tal manera fué tímido, que se ocultaba debajo de las camas en cuanto oía el estampido de un trueno. Tiberio se alejaba de la guerra y se consumía en el placer. Claudio mereció que Séneca comparara su divino cráneo con gigantesca y divina calabaza. Calígula era un loco sanguinario, y Neron un sanguinario farsante. Individuos de la misma familia, hijos de la misma sangre, San Luis con Carlos de Anjou; y el uno es un santo y el otro un demonio; el uno funda los tribunales y el otro los soborna; el uno concierta paces y el otro enciende guerras; el uno provoca la admiración hasta remitir los reyes á su criterio los sangrientos pleitos entre las naciones, y el otro ódios, hasta legitimar los horrores de las Vísperas Sicilianas; el uno, bajo la encina de Vincennes, dá á cada cual su derecho; y el otro, en la plaza de Nápoles, asesina al último vástago de la casa de Sua- bia; el uno convoca los cruzados como un gran misionero, como un gran general, y el otro los roba en tierra y mar como un ladron y un pirata. No puede negarse que Carlos V
lleva con gloria sobre sus hombros, durante muchos años, el peso de la tierra; pero al siglo, el sucesor de aquel Atlante, se llama Cárlos II. Isabel la Católica, que conquista Granada y descubre América, que cierra los tiempos feudales y abre los tiempos modernos, es hija del débil Juan II y hermana del impotente Enrique IV. Cárlos III bebe en el trono á grandes tragos el espíritu inmortal del siglo décimo-octavo, sirve al progreso de su tiempo, deja una página gloriosa en la Historia de Italia y otra página gloriosa en la Historia de España, pero también deja su nombre y su autoridad y sus derechos á dos imbéciles, de los cuales el uno sólo sabe matar jabalíes en el Pardo, y el otro criar kanguros en Caserta. Las dinastías no existen, no, en la naturaleza. El génio es como el Dios de Mahoma, sin padre y sin hijos, en su grandeza y en su eternidad. El principio hereditario en el poder es un principio que condenan á una la razón, la naturaleza y la historia.

Parece imposible. Strauss, que es monárquico, y conservador, y hasta reaccionario en
sus obras políticas, en su vida política, es demócrata, y republicano, y revolucionario en sus mejores y más preciadas obras históricas. Ha escrito una memoria apologética de Voltaire, de aquel hombre tan ilustre por haber limpiado de supersticiones la conciencia humana como por haber preparado el advenimiento de la revolución francesa. Ha traducido á lengua vulgar y coleccionado las obras de Hutten, el libre hijo de Franconia; el caballero sin tacha, enamorado de la libertad como los antiguos caballeros andantes de sus damas; el discípulo de los monjes de Fulda, que jamás pudo soportar sobre su cerviz la cogulla ni sobre su conciencia la censura; el castellano de aquellas fortalezas inexpugnables, llenas de efectos de guerra, saturadas por el humo de la pólvora, vecinas á castillos enemigos donde aguzaban sus armas los señores feudales, circundas de selvas donde ahullaban los carniceros lobos, santuario de la nobilísima familia de Hutten, muy pagada de sus timbres aristocráticos, que no valían á los ojos del más ilustre de todos lo
que el tilde de una idea; el escritor errante y pobre, sin hogar y sin pan, que tiene por habitación sus esperanzas y por alimento sus estudios; el admirador de la antigüedad, de cuyos oradores y tribunos toma ejemplo para seguir su vocación de soldado heróico en la guerra cruentísima á favor de la razón libre; el gran satírico que, á gracias ingeniosas, á dichos agudos, á retruécanos felicísimos, á epígramas inmortalles, derriba el monástico edificio de la Edad Media; el implacable perseguidor de la escolástica y sus comentaristas, del silogismo y de los rancios argumentadores, del antiguo derecho y de los jurisprudentes bartitolistas, de todos los retrocedidos y de todos los reaccionarios; el revolucionario que destrona al duque de Wurtemberg, al tirano, al asesino de maridos amados, al ladron de mujeres hermosas; el crítico audaz que demostraba cómo los cuerpos adorados de los tres reyes magos de Colonia eran los esqueletos de tres pobres campesinos de Westphalia; el soterrador gigante de la bárbara Inquisición, de sus feroces autos, de los infames que oponen
á la luz de la verdad el fuego de las hogueras; el propagador de las triunfantes contradicciones á la donación de Constantino, destinadas á quebrantar el poder temporal de los Papas que hemos visto caer en nuestros tiempos y rodar á nuestras plantas; el guerrero y el poeta que esgrime con igual entusiasmo la espada feudal y la ardiente palabra revolucionaria á favor de los humanos progresos; brazo de hierro, corazón de león, pluma de artista, estilo conciso y acerado como para el combate, palabra de folletista y de profeta; un Luciano en la gracia, un Demóstenes en la elocuencia, un Tácito en la pintura de los tiranos; un héroe en todas partes; más decidido á la muerte que á la servidumbre; destruyendo con una mano la teocracia en sus sátiras inmortales, y levantando con la otra mano en la áurea urna de sus poemas las cenizas de los mártires muertos por el culto de la conciencia libre; con todas las terribles cóleras y todas las nobles aspiraciones del Renacimiento en su alma; con el tambor de la revolución siempre resonante bajo sus manos, con las armas del
soldado al cinto y á la espalda; viviendo para la religion de la libertad; y dotado con todas las facultades y todas las aptitudes de los hombres llamados por la Providencia, y decidido por su vocacion á impulsar con gran fuerza la humanidad hacia adelante en sus procelosos caminos.

Y no solamente ha idealizado á los tribunos y á los reformadores, á todos aquellos que nos trajeron la materia, la esencia de las ideas modernas, cuyo organismo natural es al postre la República, tambien ha perseguido y acosado á los reyes. Su folleto Un romántico en el trono de los Césares, desde la primera á la última palabra, es ardiente dia­triba contra Federico Guillermo IV. Por románticismo se ha entendido en Alemania la tendencia de la poesía y de la filosofía reaccionarias, á volver hacia los tiempos de la Edad Media y sus extintos ideales. Y el romántico en el trono es Juliano el Apóstata. Llamar romántico á Juliano, que combatia y contrastaba la inclinacion de su tiempo á recibir y adorar las ideas que habian de com-
poner más tarde el espíritu de la Edad Media, significa que, bajo el nombre del Emperador, bajo su púrpura, esconde sábia y prudentemente el escritor la persona augusta del rey reaccionario, que pugna por resucitar un Cristianismo histórico, próximo pariente del Catolicismo romano. Así, el crítico, el filósofo revolucionario no se cura de que tenga su retrato parecido con el Emperador histórico; bástale que lo tenga con el rey Federico Guillermo IV, á quien aborrece, esperanza un día de la jóven Alemania, que príncipe, alentó con su liberalismo caloroso y su filosofía humanitaria, y rey, abandonó para perderse entre los devotos y los pietistas, restaurar la catedral de Colonia, arca donde están guardadas las creencias de la Edad Media, y pensionar filósofos de mucho calor místico en el corazón, de poca luz científica en la mente, corruptores del dogma y de la ciencia, destinados á resucitar la antigua fé con falsos espejismos, y á mantener á las generaciones nuevas con bastardos sofismas en perdurable servidumbre.
Así, escoge todas las palabras más duras lanzadas por sus enemigos al Emperador antiguo y las asesta contra el rey moderno. El Nabucodonosor, el dragon, el demonio, el apóstata, el fanático descrito por San Gregorio Naciancéno; dado á aparentar exaltadísimo misticismo y á proteger piadosos fraudes; decidido á primera vista por aplacar las guerras teológicas nacidas de la fiebre de su tiempo, y en realidad inclinado á las supersticiones populares; retórico y fraseador de las reminiscencias clásicas; fátuo que se mira al espejo de su estilo literario; comediante cuidadoso de su actitud y de su gesto; químico theurgo, que compone extraño brevaje de literatura griega, de religion cristiana y de filosofía alejandrina; acompañado siempre de sofistas burocráticos y de filósofos inspirados por el presupuesto; dolorido de la soledad de los templos y del abandono de los sacrificios; conservador más de los nombres que de las ideas de los antiguos dioses, trasformados y rehechos y renovados por sus interpretaciones semi-racionalistas; pagado de su dignidad
de Pontífice Máximo, que levantaba sobre su dignidad de César romano; exagerador de las ceremonias religiosas y de las hecatombes, hasta el punto de que escasearan donde él estaba los bueyes; asistente á los templos; escrupuloso en las ceremonias; extático al pie de los altares; observante hasta de los fútiles preceptos que prohibían ciertas viandas; redactor de circulares contra la enseñanza y la profesión de la nueva fé; empeñado en la demencia arqueológica de restaurar el templo salomónico sobre sus desaparecidos cimientos; enemigo de que los cristianos fueran maestros en las escuelas imperiales; más obstinado que fuerte, más tenaz que verdaderamente persuadido; moviendo siempre la cabeza, alzando siempre los hombros; torbo en el mirar, inquieto en el andar, violento en el reir, incierto en el hablar, corto en sus períodos, como si le faltara el aliento, y largo en sus meditaciones; de preguntas inesperadas, absurdas, y de respuestas descosidas, contradictorias; el Juliano de Strauss verdaderamente es el romántico rey de Prusia, mal-
tratado y zaherido, por haber antepuesto la reacción ortodoxa y realista al ilustrado liberalismo de la joven y pensadora Alemania.

Pero este escritor, que maltrata á los reyes históricos de su patria, y que suspira por los tiempos republicanos de Grecia y Roma, celebra la elevación de la autoridad de uno solo sobre los derechos de todos; censura á los franceses por haberse desasido de sus viejas dinastías y haber proclamado la nueva República; entona loores sin cuento á la cesárea familia de Prusia, é incita á los pueblos á someterse y á adorarla; entra á velas desplegadas en el absolutismo y en el cesarismo; desdeña el régimen parlamentario y las instituciones que han nacido del libre examen; aconseja la resurrección de aristocracias con muchos terrenos en el suelo nacional y muchas aptitudes para la guerra civil y extranjera; condena á las clases medias, cuya última hora cree haber oído en el reló de los tiempos, y las condena por demasiado liberales; inquiétase cruelmente de las perseveran-
tes aspiraciones del cuarto estado; reconviené á los gobiernos por haber otorgado tantas concesiones á estos vándalos; propone todo género de medidas reaccionarias; llama barbárié al sufragio universal y consiente á lo sumo una modesta oligarquía; pide mucha autoridad y pocos derechos; anuncia que el mundo pertenecerá siempre á los más fuertes; y con elocuencia furiosa, digna del ultramontano de Maistre, pone á la cabeza de la sociedad entera, como un freno necesario, el siniestro brazo del verdugo.

Parece imposible. Este hombre representa una contradicción que hiere todos los sentimientos y que abisma en estupor y en asombro la inteligencia deslumbrada y atónita. Ha trabajado toda su vida por la libertad del pensamiento, por la emancipación de la conciencia; y quiere que estos trabajos no fecunden la vida y que esta lucha se detenga en el primero de los derechos sin pasar á los demás, sus correlativos, su coetáneos, con él coexistentes; quiere que vengamos en la conciencia, en la razón, y que seamos vencidos en la so-
ciudad, en el mundo, en la tierra. Él ha dicho que la materia es una y ha ocultado que es una la libertad. Imposible proclamarla en las altas esferas de la vida sin que se extienda a todas las esferas igualmente. Los que dijeron allá en el siglo décimo-sextio que todos los hombres tenían derecho a ser sacerdotes, dijeron al mismo tiempo que todos los hombres tienen derecho a ser ciudadanos.

Los que proclamaron la libertad religiosa, implícitamente proclamaron la libertad política. Querer la una y no querer la otra, es como dar suelta á la palabra y poner una mordaza á los lábios. Los trabajos por la emancipación del pensamiento, los derechos de la conciencia, la guerra á todo cuanto ha oprimido el entendimiento humano, la aspiración á grandes renovaciones intelectuales, los loores á los apologistas y á los héroes y á los mártires de la civilización moderna, toda esta cantidad de ideas se condensa prácticamente en grandes democracias, y tarde ó temprano se organiza en verdaderas repúblicas. Car-
en las manos el fuego de Prometeo. Pues no tardará en fundirlas, y en ser libres las ideas de su alma en el cielo de la conciencia, libres los movimientos de su organismo en el espacio de la tierra, libres las facultades de todo su ser en el seno de la sociedad. La libertad es como la Trinidad cristiana, varía en sus determinaciones fundamentales, y una y sola en su esencia.

Día llegará en que las libertades todas se compenetren y se confundan, sin que sea dado al hombre separarlas ni dividirlas. Entonces se verá hasta por los empedernidos y por los ciegos que, así como nuestro organismo natural necesita de todos sus órganos fundamentales, del hígado, del cerebro, del pulmón, del corazón, necesita nuestro organismo social de todas las libertades fundamentales, desde la libertad de cambiar las ideas hasta la libertad de cambiar los productos. Y se verá también que si nuestros códigos penales no admiten castas en el cumplimiento del deber, ni gerarquías en la aplicación de las leyes, nuestros códigos políticos
no deben reconocer castas ni gerarquías en la existencia y el ejercicio del derecho. Y se verá, por último, que a la manera del Universo, la sociedad tiene sus leyes, y que estas leyes no consienten la intervención anormal e incomprensible de una familia privilegiada en su dirección, sino que la verdadera mecánica y la verdadera dinámica de la política se encuentra en el organismo natural a la vida de las naciones maduras y cultas, en el organismo de la República.

Siempre he desconfiado, siempre, de toda filosofía que aminore o mate la dignidad en el hombre. Siempre he creído que no pueden fundarse las libertades públicas sin alzar un luminoso ideal de moralidad en la conciencia, y que no puede alzarse este ideal de moralidad en la conciencia sin admitir la inmortalidad de nuestro sér allende el sepulcro. Ninguna partícula se pierde en el Universo; ningún átomo se disipa en la vida; ningun sér se aniquila en la tumba. ¡Y ha de perderse, huir, aniquilarse nuestra personalidad? Los muertos están ¡ay! en nosotros, ha dicho ex-
traño pensador contemporáneo. Y en efecto: ¡cuántas veces he visto en mi niñez, al ir al cementerio de mi pueblo para llevar alguna ofrenda ó alguna oración á la sepultura de mi abuelo, sobre la tierra de los muertos crecer la yerba de los campos, abrirse balsámicas flores de Mayo, juguetear la mariposa encendida en los colores del iris, zumbar la abeja ébria de dulces jugos, y hasta alimentarse y triscar satisfecho y harto el blanco inocente corderillo, recordándome la danza vertiginosa de los átomos, la trasustanciación de una materia en otra materia, el crecimiento de unos séres por la bebida del jugo de otros séres, en términos que las fibras del esclavo pueden alimentarse del cuerpo yerto de sus tiranos en la química misteriosa de la naturaleza, donde por todas partes se siente el calor de los próvidos amores, el trabajo de las incesantes trasformaciones, el renacimiento de los séres; y en ninguna parte se siente la muerte, ni aparece la nada!

¿Quién alguna vez no se ha conmovido á la lectura ó en la representación del inmortal
poema dramático con que ha maravillado al mundo el primero entre los poetas sajones? La pobre Ofelia, que parece hecha de nieblas de los lagos y de rayos de la luna, toda amor, y por lo mismo toda tormento y pena, vestida de gasas tan blancas como su alma, coronada de flores tan bellas como sus primeras ilusiones, salpicada de rocío tan claro como sus lágrimas, desprendese á la manera de un arpa profética ó de un nido desgraciado del sáuice al torrente, que la lleva algunos minutos en la superficie de su curso, como para escuchar su melancólica canción de enamorados, y la sumerge luego como para extinguir en la muerte la sed de su corazón, eterna e inextinguible en la tierra.

Y luego, cuando Hamlet vá al cementerio y oye la mezcla del ruido que producen los azañones y las botellas de los sepultureros, los báquicos cantares y el rodar de los huesos entre las piedras, las huecas carcajadas y las huecas calaveras, pregúntase á sí mismo, no por el misterio del sér y del no sér, sino por el curso que á través de la tierra habrán se-
guido las cenizas de César y las cenizas de Alejandro, en cuyas manos y en cuyos manto
se prendió el mundo como pobre mosca en las patas y en las telas de astuta araña, y
que ahora tal vez servirán tan sólo para tapar el barril en que se emborrachan los en­
terradores ó el agujero por donde entra el aire y salen los ratones.

Dejad en buen hora á los átomos que cor­ran por la fibra de las plantas, por los glo­bulillos de la sangre; que bajen á los pies callosos del leñador y suban al cerebro del filóso­fo; pero no atenteis á mi personalidad, no me disolvais en el bárbaro comunismo de la ma­teria. Yo siento mi parentesco estrecho con todas las cosas creadas; pero tambien lo siento con todas las cosas increadas. Y hemos sido luz, calor, gas en el viaje aereolítico ó cometa­rio de nuestro planeta, durante su fluidez pri­mera, al desprenderse como un rubio cabello de la guedeja del sol; hemos sentido que nues­tras carnes se condensaban en la levadura de la primera condensacion de la tierra; encon­tramos las raíces profundísimas de nuestro
cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra, que señalan en lápidas inmortales y epígrafes indelebles la carrera triunfal del organismo; crecimos con el zoófito, y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; nos arrastramos con el frío del reptil por la tierra, después de haber sentido las trasformaciones del insecto, y entramos llenos de sangre hirviendo, compuestos de líricos nervios, vestidos de multicolores plumas, en el éther inmenso, cantando con el coro sublime de las aves; hemos luchado y reluchado como las fieras en el desierto y en la selva; hemos guerreado con el león y con el tigre; hemos corrido con el caballo y con el gamo; hemos sido, si queréis, el ridículo bufón del Universo con el tití, con el orangután y con el macaco; pero desde el momento en que llegamos á nuestro organismo, sentimos derramarse por todo nuestro ser algo que no vivía en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio, algo más claro que la luz, más rápido que la electricidad, más vivido que el calor y el magnetismo; sí,
el espíritu, el humano espíritu, y dentro de él un sol sin ocaso que se llama pensamiento, y una fuerza incontrastable que se llama libertad; y cuando creíamos que este sol y esta fuerza nos tocaban y pertenecían, como nos pertenecemos á nosotros mismos, los tiranos y los conquistadores nos han hecho pasar en la sociedad por otra calle de amargura, por otra pasión más larga aún que la sufrida en nuestros seculares viajes á través de la materia; y hemos sido párias, sudras, ilotas, esclavos, siervos, cosa para regalo de otro, instrumento de trabajo para provecho de otro, todo menos seres libres; hasta que han surgido los profetas, los mártires, los héroes, los redentores, y nos han revelado nuestro propio ser, y han roto la cadena en nuestras manos, y han apartado el látigo de nuestra espalda, y nos han creado nuevamente, dándonos como un segundo espíritu con la idea de nuestro derecho; y ya somos ciudadanos, victoria, que no puede satisfacernos, porque, después de haber cumplido nuestro destino en la tierra, después de haber realizado nuestro ideal en
el tiempo, después de haber trabajado por el bien de la humanidad y de su planeta, hemos de suspirar con el deseo por nuevos mundos, por nuevos horizontes, por nuevos cielos, por la armonía de otras artes más bellas, por la luz de otra ciencia más grande, por el amor de lo infinito; y hemos de trabajar y de pugnar, ascendiendo en la escala del progreso, inundado hoy de sangre, mañana de luz, hasta encontrarnos frente á frente á nuestro Creador, á nuestro Dios.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.
Universidad de Murcia
S-XIX 1172(II)
240622